



UNA PLAYLIST DE

125

CUENTOS

**HERNÁN
CASCIARI**

orsai



Hernán Casciari nació en Mercedes, Buenos Aires, en 1971. Fundó la Comunidad Orsai, un proyecto autogestivo que incluye contenidos editoriales, de cine, teatro y televisión. Publicó los volúmenes que están en la otra solapa y los libros de historietas *Doce cuentos de verano* junto a Horacio Altuna y *Papelitos* junto a Gustavo Sala. En 2010 renunció públicamente a las editoriales Mondadori, Plaza & Janés, Grijalbo y Sudamericana, y los periódicos *El País* (España) y *La Nación* (Argentina), para embarcarse en proyectos de autogestión. En 2012 empezó a leer sus relatos en los programas de radio más importantes de la Argentina; el éxito de esas presentaciones hizo que comenzara a leer sus cuentos en las medianoches de la televisión de aire y también a hacer recitales de cuentos en teatros. Escribió y protagonizó *Una obra en construcción* y *Una madre extrovertida*, junto a personajes reales de sus cuentos; *Tragedias*, con Zambayonny; *Comedias*, con Fabiana Cantilo; *Nostalgias*, con Cucuza Castiello; *Cuentos dibujados*, con Horacio Altuna; *Criaturas salvajes*, con Gustavo Sala; y *Streaming con delivery* (que se emitió durante la pandemia de 2020 y 2021), además de escribir las obras *Más respeto que soy tu madre*, *Quédate conmigo*, *Lucas* y *Algo podría salir mal*. En 2000 se radicó en Barcelona. Tuvo un infarto en Montevideo en diciembre de 2015 y desde entonces vive en Buenos Aires.

UNA PLAYLIST DE

125

CUENTOS

HERNÁN

CASCIARI

UNA PLAYLIST DE

125

CUENTOS

HERNÁN

CASCIARI

orsai

2022, Hernán Casciari

casciari@gmail.com

@casciari

Primera edición: diciembre de 2022

2022, Editorial Orsai SRL

@EditorialOrsai

Serrano 1141

1414 CABA

Argentina

editorialorsai.com

Diseño: Hernán Casciari y Margarita Monjardín

Edición: Caro Martínez

Corrección: Julia Taboada

Ilustración de portada: Matías Tolsà

ISBN: 978-84-15525-34-9

Impreso en Argentina



Esta obra se distribuye bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 3.0 Unported. Es decir, se permite compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente, hacer obras derivadas e incluso usos comerciales de esta obra, siempre que se reconozca expresamente la autoría original.

A Julieta

Prólogo

Hasta finales de 2015 escribí muchos cuentos en mi blog *Orsai* y un montón de gente los leyó en silencio desde sus computadoras. Los relatos se convirtieron después en libros: si van a la solapa de la contratapa los pueden ver. Esos libros —que son doce hasta la llegada de este— también fueron publicados para ser leídos en silencio.

Más tarde, casi por casualidad, empecé a leer en voz alta esos cuentos en algunos medios de comunicación. Y descubrí, al hacerlo, que muchas palabras que usaba debían cambiar para que funcionaran mejor en formato oral, y otras palabras directamente tenían que desaparecer.

La palabra «aún», por ejemplo, que uso mucho en las versiones literarias de mis cuentos, cuando leo en voz alta se convierte en «todavía». La palabra «quizás», casi sin querer, muta a «capaz que». Y no solo eso. Algunos personajes son dados de baja para que la breve trama gane fuerza. Y al ser textos más compactos, también trato de ser contundente desde el primer párrafo: todo debe saberse desde el principio sin posibilidad de equívocos.

Hay algo en la voz humana, además, que conecta mejor que la palabra escrita. No sé si tiene que ver con que desde chicos nos contaban cuentos. Pero hay algo. Sobre todo con los cerebros menos ejercitados en el placer de la lectura. Un autor que lee sus textos en voz alta genera matices nuevos que el receptor, a veces, no logra reproducir sin ayuda.

Hay un componente vital en el relato a viva voz: debe ocultarse todo el tiempo la entonación literaria, la posición monocorde de la voz, la sensación de que se está leyendo un texto. En lo personal, me gusta dar con un tono que parezca de sobremesa nocturna o de confesión entre amigos. De esa manera es más fácil conseguir atención.

Desde que leo en voz alta mi audiencia creció mucho. Recibo todo el tiempo mensajes de personas que confiesan que jamás habían podido terminar un libro y que de repente logran hacerlo. Otros me dicen que, al oír las historias en lugar de leerlas, amenizan sus tiempos muertos: viajar, cuidar bebés, hacer gimnasia, limpiar la casa o realizar tareas automáticas.

Las versiones que componen este libro recogen historias que leí en voz alta en la televisión y que, durante dos años de emisiones diarias, me permitieron comprobar que muchas más personas acceden con placer a las historias si las narro con ciertos matices de familiaridad.

Por eso este libro, que recopila ciento veinticinco historias resumidas, se complementa con una playlist automática que ustedes pueden oír mientras leen, o incluso solo escuchar. Y que también pueden compartir con alguien más en el mismo espacio.

Las versiones originales son bastante más extensas y aparecen en varios libros de esta misma colección. Son historias con mayor detalle literario (más descripciones y fluir de la conciencia), porque están destinadas a la lectura introspectiva. Esto significa que a principios de este siglo, al narrar, yo

imaginaba a un lector silencioso, con un coñac en una mano y con mi libro en la otra. No había niños ni distracciones en esa imagen ideal, ni tampoco otros estímulos que compitieran con mi historia.

Un cuento de longitud promedio puede leerse en un cuarto de hora, y los míos (los originales) tienen esa extensión. Estas versiones que ustedes tienen ahora en sus manos, en cambio, nunca superan los cinco minutos. Le extirpé a cada historia dos tercios de su tamaño. Y entendí que, de ese modo, las tramas ganan en efectividad y convocan a un número mayor de lectores. ¿O de oyentes?

Da igual. Lo que quiero decir es que fui un escritor tradicional hasta finales de 2015. Me gustaba pensar en un lector con gran capacidad de concentración y con todo el tiempo del mundo para prestarme atención a mí. Pero eso ocurre cada vez menos.

Es por eso que adapto mis historias largas, para que las entienda un mundo que ya no se puede concentrar. Me gusta achicar las tramas para poder explicarlas por la radio o por la televisión; o para que suenen, prehistóricas, en un teatro; o para que quepan en una cápsula de TikTok; o para que mis hijas, que son nativas digitales, puedan decir que llevan en el bolsillo una playlist con cuentos de su papá.

Hernán Casciari, 14 de diciembre de 2022

1. Memorias de un jugador de rugby



Cuando cumplí ocho años, mi papá me levantó de una patada de la cama y me dijo:

—O tomás la comunión o vas a rugby, pero no te quiero los fines de semana durmiendo hasta las doce.

Para hacer la comunión había que hacer un curso los sábados a las diez de la mañana. Para ir a rugby, lo mismo. Las dos cosas eran con pantalón corto blanco y no había que usar el cerebro. Entonces me costó mucho decidir. Hoy que soy grande, hubiera optado por ser católico, pero en la infancia uno siempre se equivoca y elegí ser jugador de rugby.

Me acuerdo de que llegué al Club Mercedes medio dormido, un día espantoso de sol radiante. Me llevaba mi papá de la mano. No por cariño, sino por miedo a que me escapara. El profesor de rugby y mi papá eran amigos.

—Acá te traigo el paquete —dijo mi papá, como si yo fuera diez gramos de cocaína.

El profesor de rugby me miró la espalda, me arqueó los hombros y me palpó los tobillos y me dijo:

—¿Cómo te llamás?

Yo lo parpadeé cuatro veces.

En esa época se me había dado por putear a la gente en clave morse para que nadie se diera cuenta. La clave morse era inventada por mí: tres parpadeos cortos era «la puta» y uno largo «que te recontra mil parió».

—Se llama Hernán —dijo mi viejo—, está medio dormido, ¿cómo lo ves?

El profesor de rugby me miró de arriba abajo y me dijo:
—Tenés cuerpo de pivote.

Por falta de experiencia en deportes y en zoología, yo me imaginé que «pivote» era un animal patagónico. «Debe ser una especie de foca gorda que come algas», pensé. Por lo tanto, la frase «tenés cuerpo de pivote» me sonó ofensiva, así que lo parpadeé cuatro veces más. Después, mi papá se fue y el profesor me presentó al grupo, eran veinte o treinta chicos, todos con cuerpo de pivote.

En esa época en mi casa había una especie de guerra secreta entre mis padres y yo era el botín. Todas las actividades extraescolares a las que me mandaba mi mamá, para mi papá, eran cosa de putos. Entonces él intentaba equilibrarme las hormonas mandándome a practicar cosas que él decía que eran de macho.

Por parte de padre yo iba a tenis, a básquet y a fútbol. Mientras que por parte de madre iba a dibujo, a dactilografía y a piano. Hasta ese sábado, mis padres iban tres a tres. Rugby o la comunión debe haber sido una especie de desempate por penales, por eso me hacían elegir a mí.

Yo estaba pensando en eso cuando de repente alguien me puso en las manos una pelota ovalada y sonó un silbato. Y entonces quince chicos de mi edad, pero muchísimo más enojados que yo, empezaron a querer matarme, se me abalanzaron corriendo. Yo no tuve más opción más que salir disparando. Corrí como un loco, no me acuerdo para dónde, ni cuánto, ni por qué. (¡Es horrible correr sin saber por qué!). Algunos me querían hacer la traba, otros se habían encaprichado con empujarme con el hombro y morderme. Yo corría y los parpadeaba a todos y corría y corría.

En un momento me dejaron de perseguir. Y el profesor vino corriendo desde la mitad de la cancha, con una sonrisa enorme, y me dijo:

—Impresionante, Casciari.

Yo había resultado ser un buen jugador de rugby. Cada vez que yo me asustaba y salía corriendo, eran seis puntos para mi equipo. (Es el día de hoy que no entiendo el sistema, pero era así).

A la semana siguiente, lo mismo: pelota y susto, carrera, seis puntos. Me decían el gordito veloz, todos querían ser amigos míos. Pero yo, la verdad, no disfrutaba el rugby, no lo entendía.

Fui cinco sábados seguidos, hasta que una mañana un chico más gordo que yo me partió el brazo. Y los primeros días que estuve con el yeso no pude ir a ningún lado: ni a piano, ni a dactilografía, ni a dibujo, ni a los otros tres deportes por parte de padre. Me la pasé rascándome el higo (con la otra manito), mirando *Patolandia* y mojando pan lactal en chocolatada.

Una tarde preciosa que lloviznaba, aburrido de cargar con el yeso, agarré un cuaderno de matemáticas y me puse a escribir un cuento por primera vez. Descubrí que me encantaba escribir. Era como parpadear: podía insultar y decir mentiras, y nadie se daba cuenta. Me encantaba escribir porque además no había que correr. Pero entonces vino mi mamá y me dijo que para ser católico no me hacían falta todos los brazos, y me mandó a hacer la comunión.

2. La luna por veinte dólares



Acaba de llegarme el título de propiedad de un terreno que me compré en la luna. Me costó veinte dólares, con gastos de envío aparte, lo pagué con PayPal. El dueño de la luna me mandó por correo este título de propiedad, que es un pergamino con ribetes dorados que dice: «Hernán Casciari, dueño de un acre en la luna, coordenada tal, longitud tal».

Al certificado lo enmarqué y lo tengo colgado en el comedor de casa. Mis amigos cuando vienen se burlan, me dicen que me estafaron, pero no es verdad. Yo guleé a ver si era cierto que la luna tenía dueño, y es verdad, tiene dueño.

En la Wikipedia dice que el dueño de la luna se llama Dennis Hope, Dennis con doble ene. Un ventrílocuo fracasado —dice la Wikipedia— que a finales de los ochenta tuvo una extraña revelación. Estaba borracho, sin trabajo, en su auto, el tipo mira para arriba, ve la luna y piensa: «Ahí se pueden construir un montón de casas».

Hasta ese momento, absolutamente a ningún ser humano se le había ocurrido patentar la luna, y ahí reside la grandeza de Dennis Hope. Dos días después, este ventrílocuo mediocre entró sin golpear a la Oficina de Registros y Patentes de San Francisco y le dijo al tipo del mostrador:

—Buenos días, vengo a reclamar la posesión de la luna, ¿qué formulario hay que llenar?

El tipo de la Oficina de Registros, que ya tenía ganas de cerrar, le dio a Dennis Hope unas planillas azules. Dennis llenó cada formulario, firmó, le dieron una copia y buenas noches. De repente, Dennis Hope fue el dueño de la luna.

Unos años después, cuando apareció Internet, Dennis Hope puso a la venta pequeñas parcelas, cada una a veinte dólares, y ya lleva vendidos más de ocho millones de terrenitos en la luna. Este exventrílocuo tiene una página web en donde cualquiera puede comprarle una propiedad en la luna, como hice yo.

También tiene un montón de detractores y de gente que confunde las cosas. A él lo confunden con un estafador y a nosotros, los compradores, nos confunden con unos pelotudos.

Mi amigo Chiri, sin ir más lejos, cada vez que ve el título de propiedad que tengo colgado en el comedor, me mira y me dice:

—¡Qué gordo boludo! ¿No te das cuenta de que este hombre te engañó, que este tipo te robó veinte dólares?

Y yo le digo:

—¡Nada que ver! Yo le compré a Dennis Hope una historia. Cada vez que alguien nuevo entra a casa yo le digo: «Mirá el certificado este, me lo mandó un exventrílocuo, bla-bla-bla».

Yo tengo una hija, en algún momento voy a tener un yerno. ¿Y qué hacen los suegros cuando aparece un yerno? Le muestran las boludeces que compró. Yo fui yerno y tuve suegros que me mostraban estampillas, monedas, hasta un sorete disecado en una caja. Ahora el suegro voy a ser yo y le voy a mostrar a mi yerno mi terreno en la luna. Le voy a decir: «Mirá, Juan Carlos, un terreno en la luna, tengo. Vos y yo vamos a hacer la medianera acá, en el Mar de la Serenidad». Para eso me compré la luna. Para tener una historia. A mí Dennis Hope me cae muy bien. Es la clase de tipo que me gusta: fracasado, mentiroso, paciente y, de repente, millonario y genial. Me encanta que haya sido ventrílocuo y que ahora sea millonario. Me encanta que la prensa lo confunda con un estafador y que la gente, a pesar de no creer

una sola palabra de lo que dice, le compre un pedacito de la luna por veinte dólares.

El mundo cambió mucho, me parece a mí. Ya nadie compra buzones. Los nuevos compradores de fantasía somos conscientes de que no hay nada, más allá de ese papel falso de ribetes dorados que yo tengo en el comedor de mi casa.

Compramos una historia. Y las historias ya no vienen solamente en el formato de un libro o de un ticket para ir al teatro. Las historias también vienen dispersas en las charlas, en las sobremesas. Vienen colgadas en las paredes. Las historias son, a veces, lo que nosotros queremos que sean.

A mí no me importa la luna. La luna está entre las cosas que menos me importan en la vida. Pero, por suerte, veinte dólares tampoco me importan. Y entre poder decir en una sobremesa «miren esa pared, tengo un pedacito de la luna» o decir «miren: tengo veinte dólares», yo prefiero tener la luna.

Dennis Hope y yo hicimos un negocio imaginario perfecto. Yo le di veinte dólares, que es un papel que representa un pedazo de un lingote de oro que hay en la bóveda del Tesoro de Norteamérica. Y él a cambio me dio otro papel que representa una parcela al norte de la luna.

Nadie vio nunca esos lingotes. Yo a mi luna la miro por la ventana cada vez que se me antoja.

3. El cajón secreto



Mi papá fue la persona más tímida que yo conocí en la vida. Supongo que su principal objetivo era pasar desapercibido. Era gestor impositivo. Se pasaba el día contando plata que no era de él. Y yo lo miraba todo el tiempo porque no sabía, no lo podía entender. Y vi, cuando era chico, que él abría y cerraba el segundo cajón de su escritorio todo el tiempo, pero nunca lo dejaba sin llave. Era su lugar secreto.

Un domingo que yo estaba solo en casa, encontré la llave (de casualidad) y abrí el cajón de Roberto. Adentro había un montón de cosas interesantes: había un cronómetro de carreras de regularidad (porque mi viejo corría en auto), un cronómetro pesado, lindísimo. Un fajo de billetes de cien pesos ordenados de la manera bancaria, y al fondo, envueltas en papel madera, había una colección de seis revistas en otro idioma, llenas de fotos de mujeres desnudas y hombres desnudos arriba de las mujeres desnudas haciendo acrobacias. O lo que a mí a los ocho años me parecía que tenían que ser acrobacias.

Ese domingo yo me robé del segundo cajón de mi papá tres billetes del fajo de cien y dos revistas pornográficas. Acomodé el resto como si no hubiera pasado nada y me fui a mi pieza con el botín escondido abajo de la camiseta.

Yo en ese momento no me di cuenta porque era chico, pero ahora lo tengo claro. Eran revistas pornográficas europeas, traídas a la Argentina por algún amigo sibarita de mi papá. Era 1979, plena dictadura, no se vendía esa clase de porno en Argentina. No eran desnudos —estéticos, quiero

decir—, era un porno tremendo, interracial, con tríos, había vergas gigantes. Era tremendo.

Yo pasaba las hojas con extrañeza y con pudor. Me llamaban mucho la atención dos cosas: las protuberancias físicas de los adultos llenas de pelos (yo no sabía que había pelo en alguna parte del cuerpo) y las vocales, las letras «a» con dos puntitos arriba. ¿Qué hacían las letras «a» con dos puntitos arriba? Eran revistas danesas. Yo no lo sabía.

A la mañana siguiente me fui al colegio con las dos revistas y los trescientos pesos. En el primer recreo me compré más sánwiches de los que un gordo de ocho años podría comer en toda su vida escolar, y en el segundo recreo le mostré a mi compañerito de banco, a Juanjo Bugarín, las revistas. Juanjo Bugarín no lo podía creer, me declaró inmediatamente el mejor amigo del mundo. Por esa amistad, le regalé a Juanjo una de las revistas.

Cuando llegué a mi casa, con sesenta y tres pesos y una revista sola, todo estaba en orden. Me sentí aliviado, nadie había entendido que yo había robado nada. En medio de la cena, sin embargo, sonó el teléfono. Lo atendió mi mamá.

Del otro lado del tubo escuché nítidos los gritos de la madre de Juanjo Bugarín. Los ojos de Chichita (de mi mamá) se hicieron cada vez más grandes. Había algo raro en la mirada de mi vieja, algo nuevo que al principio no descubrí. Ahora lo sé, porque entiendo la historia desde la perspectiva matrimonial: esa mirada no era para mí, era para mi papá.

Chichita cortó el teléfono y se acercó a la mesa, enojadísima. En esa época, cada vez que yo me mandaba alguna cagada muy grande, mi mamá se acercaba y yo me tapaba la cara. Por eso, el resto de la conversación la escuché, pero no la vi. Yo no sabía a quién miraba Chichita cuando colgó.

—¡Te voy a hacer pasar la vergüenza del siglo por pelotudo! —decía mi vieja, y yo pensé que me lo decía a mí—. ¡Vas a ir ahora mismo a tocar el timbre de los Bugarín y vas a

pedirles que te devuelvan esa mierda! —Y yo pensé que me lo decía a mí—. ¡Y vos, imbécil, lo vas a acompañar! —Y yo pensé que se lo decía a mi papá.

Salimos a la calle mi papá y yo. La casa de los Bugarín quedaba a dos cuadras. Caminé con mi padre esos doscientos metros en silencio. Nunca supe que el humillado no era yo. Que el castigo lo imponía la esposa al marido y no la madre al hijo. Que la vergüenza era para un hombre que vivía su vida serena de gestor impositivo en un pueblo donde lo único que hay que hacer es pasar desapercibido.

Yo lo conocí un montón a Roberto, dentro de lo poco que él se dejaba conocer, y les puedo asegurar ahora, que tengo más años que los que tenía él esa noche, que la vergüenza de ese hombre fue infinita.

Mi papá tuvo que tocar timbre en la casa de otra gente, tarde a la noche, para pedir que le devuelvan una revista pornográfica con vergas gigantes, en 1979. Me acuerdo perfectamente de lo que le costó hablar, saludar, pedir disculpas. La mirada de la madre de Juanjo Bugarín lo escaneó a mi papá de arriba abajo. La mujer le devolvió la revista sin hacer contacto físico, sin hacer contacto visual con mi papá, y le cerró la puerta en la cara a Roberto Casciari, el tipo más bueno del barrio.

Me acuerdo que después nos volvimos los dos con la revista en la bolsa, muy tarde a la noche, sin decirnos nada mi papá y yo. Hay un detalle que me emociona mucho de esta historia. Creo que escribí este cuento solamente por este detalle: mi papá y yo hicimos las dos caminatas, la de ida y la de vuelta, agarrados de la mano.

4. El celular de Hansel y Gretel



Anoche le contaba a mi hija el cuento de *Hansel y Gretel*. Y en el momento en que los hermanitos se pierden en el bosque y empieza a anochecer (en esa parte tétrica del cuento), mi hija, en vez de asustarse, me dice:

—¡Pero que lo llamen al papá por el WhatsApp!

Y yo entonces pensé, por primera vez, que mi hija no sabe que hubo una vida antes del celular. Y descubrí al mismo tiempo qué horribles serían todos los cuentos si el teléfono móvil hubiera existido siempre.

Pensemos en cualquier historia clásica, en cualquiera: *Blancanieves*, *Caperucita*, *Pinocho*. Pero no tiene que ser para chicos solamente: *La Odisea*, *Hombre de la esquina rosada*, *Cien años de soledad*... la que sea.

Y ahora pongamos en el bolsillo del protagonista un teléfono con WhatsApp. No un teléfono fijo, grande, con cable. Sino un teléfono inteligente, un teléfono móvil: con 4G, con saldo, con roaming.

¿Funciona la historia? ¿Funciona el cuento, ahora que los personajes pueden llamarse desde cualquier lado? No. No importa qué historia elijamos, la trama no funciona.

Con un celular en la mano, Penélope ya no espera con incertidumbre a que el guerrero Ulises vuelva del combate, porque Ulises le comparte la ubicación por WhatsApp. Con un celular en la canasta, Caperucita alerta a la abuela a tiempo y la llegada del leñador no es necesaria. Y el chanchito de la casa de madera le avisa a su hermano por el grupo de WhatsApp de los chanchitos que está por llegar el lobo. Y

Gepeto recibe una alerta de los papis de la escuela, avisando que Pinocho se hizo la rata. ¡No hay cuentos!

Un enorme porcentaje de las historias que les contamos a los chicos tiene como principal fuente de conflicto la distancia, el desencuentro y la incomunicación.

La historia romántica por excelencia, *Romeo y Julieta*, basa toda su tensión dramática final en una incomunicación: ella finge un suicidio, él la cree muerta y se mata, y entonces ella, cuando se despierta, se suicida de verdad. Si Julieta hubiese tenido WhatsApp, le habría mandado un audio a Romeo en el capítulo seis:

«Me hago la muerta, pero no estoy muerta. No te preocupes, no hagas boludeces. Beso, nos vemos en Verona». Y entonces las últimas cuarenta páginas de la obra no se hubieran escrito nunca. ¡Shakespeare hubiera sido fiambrero!

Todas las historias fracasan si le damos un teléfono con datos al protagonista. Todas esas películas donde el chico corre por la calle al aeropuerto, porque llueve, y porque no hay taxis, para que ella no suba al avión, ahora se solucionan con un mensaje de texto.

Ya no hay ese apuro cursi, ese remordimiento, esa explicación que nunca llega; ya no hay que detener los aviones ni hay que cruzar los mares.

Y entonces me pregunto: ¿no estará pasando lo mismo con la vida real? ¿No estaremos privándonos nosotros de aventuras novelescas por estar conectados todo el tiempo? ¿Alguno de nosotros, alguna vez, va a correr al aeropuerto para decirle a la persona que ama que no suba a ese avión, que la vida es acá y es ahora?

Yo creo que no, creo que le mandamos, como mucho, un guasap lastimoso, un mensaje breve desde el sofá. Eso sí: con mayúsculas, para que parezcamos más desesperados.

¿Para qué hacer el esfuerzo de vivir al borde de la aventura si podemos solucionar todo con un mensaje? Cada audio de

WhatsApp importante que mandamos es un cuento menos: «Abuela, cerrá con llave porque un lobo se quiere hacer pasar por mí». (Un cuento menos). «Guarda, Blancanieves, me llegó data de que la manzana está envenenada». (Un cuento menos). «Papá, vení a buscarnos, porque unos pájaros se comieron las migas de pan». (Un cuento menos).

Nuestras palabras son cada vez más veloces, pero las historias que contamos están perdiendo el brillo. Porque sin querer, sin darnos cuenta, nos estamos convirtiendo en héroes perezosos.

5. Tetás



Una vez, en un recreo —segundo grado, sería—, alguien se dio cuenta de que yo tenía tetás, y otro chico, de mi misma edad, me dijo:

—Tenés suerte, gordo, podés tocar una teta cuando quieras.

Pero no me lo dijo en chiste, me lo dijo en serio, con respeto.

Esa mañana yo tenía siete años y estaba enamorado de Paola Soto. A la tarde volví a mi casa, me miré en el espejo grande y me pregunté cómo era posible tener más tetás que el amor de mi vida.

Paola Soto también tenía siete años y, por supuesto, no tenía tetás, pero tampoco le hacían falta. Tenía algo mucho más sutil. Tenía, para mi gusto, la mejor risa de toda la escuela. Y a mí me costaba una bocha hacerla reír. Yo le hacía una cara muy graciosa, y ella no se reía. Con cualquiera de mis morisquetas yo conseguía desmayar de la risa a mis compañeros varones, pero a ella no.

Una vez, de pedo, logré sacarle una media sonrisa con algo que le dije, no me acuerdo qué; fue una sonrisa breve, hermosa, pero enseguida volvió a ponerse seria. Entonces supe, por primera vez, que tenía que mejorar mis argumentos. No la había hecho reír con morisquetas, fue con palabras. Supe que para hacer reír a Paola Soto había que esforzarse.

Y también supe que ese iba a ser el único esfuerzo que yo estaba dispuesto a hacer en toda la vida.

Me ayudó mucho que desde los siete años tuviera tetas, porque esa es la otra parte de la historia. Mis nuevos compañeros (de siete, ocho años, los que después iban a ser mis amigos) se desesperaban, en esa época, por ver una teta, por tocar una teta, por acariciar la suavidad tersa de una carne humana terminada en un pezón.

Y yo estaba ahí. Yo estaba ahí, turgente, en el tercer banco de sus expectativas. Yo estaba ahí, amistoso, disponible, unisex. Entonces supe que yo tenía que ser comediante o víctima. No había otra opción. Tenía que ser gracioso, punzante, certero, o si no tenía que dejarme manosear en los baños hasta el final de la secundaria.

Era una cosa o la otra.

Por eso, la primera vez que Diego Caprio me hizo una propuesta de canje muy polémica en un recreo fue, posiblemente, el momento más importante de mi infancia. Me dijo, Diego Caprio, adelante de todos, en el recreo largo:

—Si me dejás que te toque una teta, te doy este sánduche.

Y me mostró un pebete riquísimo. El mejor pebete que yo vi en mi vida. Tenía la crostita tostada arriba, y le daban los rayos del sol. Doble de queso fundido, jamón crudo. El jamón crudo parecía dos labios que me decían: «Dejáte tocar la teta, qué te cuesta...».

Ser comediante o víctima durante doce años. Todo dependía de mi respuesta. Y entonces lo miré a Diego Caprio, de una punta a la otra del patio, y le contesté:

—Si me traés almóndigas, te dejo que me agarrés fuerte el pito.

No fue un gran chiste, pero a esa edad todos se cagan de risa con la palabra «almóndigas», funciona la palabra «almóndigas», es un argumento de la comedia. Diego Caprio se rio, se rio mucho y se olvidó del canje. Todos en el patio se rieron. Diego partió el sánduche al medio y me dio la mejor parte sin pedirme nada a cambio. Y fueron doce años

maravillosos los que pasé en esa escuela. Y ni siquiera fue lo más importante que pasó esa mañana.

También pasó algo que no esperaba. Cuando dije «almóndigas», y cuando dije «pito», en ese retruque infantil tan básico, Paola Soto bajó la vista, se puso colorada de vergüenza y después se rio, se rio con la boca enorme, iluminando el patio. Fue la primera vez que la hice reír a carcajadas. Y no fue con muecas. Fue con palabras, con la palabra «almóndiga».

Al día siguiente, cuando la vi en el patio, le dije:

—Paola: bayonesa.

Y se volvió a reír.

Y a la semana ya estaba canchero, cuando la vi de lejos, le grité:

—Paola: ¡muñuelito!

¡Y se cagaba de la risa! La hice reír toda la primaria.

Yo creo que, si no hubiera pasado eso, posiblemente yo hoy sería un escritor serio, y no estaría leyendo cuentos tan tarde, todo maquillado, en la televisión.

6. No me importa el fútbol



El otro día sacaba la cuenta: quince mundiales llegó a ver mi viejo en toda su vida. Desde el Maracanazo brasileño en 1950, que él tendría seis años, hasta la final en Berlín 2006. ¡Quince mundiales!

Para mí, ver quince mundiales es haber tenido una buena vida. Yo llevo vistos doce (con el de Rusia) y creo que con tres más estaría hecho. Me gustaría que empatáramos en quince con mi papá. Sería una falta de respeto ver más mundiales que él.

Igual, el fútbol a mí nunca me importó tanto, todo fue una excusa para charlar con Roberto, mi viejo. Con mi viejo no se podía hablar de política, porque era de la UCD; no se podía hablar de mujeres, porque era tímido, pasaba un culo y él bajaba la cabeza; no se podía hablar de libros, porque no había leído ninguno. Así que nos sentábamos en los sillones del comedor y buscábamos en la tele algún partido: el que fuera. Y nos quedábamos noventa minutos quietos, mirando para adelante, charlando sin mirarnos a los ojos. Podía ser un partido de la C, la repetición de un clásico viejo. Nos chupaba un huevo. Mirábamos el televisor y hablábamos.

Cuando me fui de casa, a los dieciocho, seguimos con la costumbre de hablar por teléfono durante los partidos; él me llamaba cuando terminaba el primer tiempo de Racing y charlábamos en el entretiempo, y después nos quedábamos mirando el segundo tiempo con el teléfono en la oreja, a veces sin hablar, pero sabiendo que el otro estaba.

Después, cuando me fui a vivir a España, seguimos por Skype. Y cuando Roberto se murió, yo seguí con el hábito de ver fútbol, por las dudas de que él me estuviera mirando desde algún lado.

Además, mi viejo no era de decir frases inolvidables. Nunca me dijo cosas del tipo: «Tenés que seguir tu vocación», nunca me dio grandes consejos. Pero me enseñaba cosas durante los partidos. Me enseñó, por ejemplo, que si hay un Sosa en un equipo, el equipo es uruguayo. Que si hay un Rincón, es un equipo colombiano. Que si hay un Cuevas, el equipo es paraguayo.

Mi papá me dijo que si durante la transmisión de un partido aparece un edificio, o una montaña, o una autopista atrás de la tribuna, no es un partido serio.

Mi papá me enseñó que si hay más de dos jugadores gordos, es un partido contra el cáncer.

Que si entra a la cancha un hincha desnudo, en el partido hay más de seis jugadores que valen diez millones. Pero que si entra a la cancha un gato o un perro, en el partido no hay ningún jugador que valga medio millón.

Todas esas cosas me las enseñó él mientras mirábamos fútbol. Ahora, que soy grande, entiendo que mi viejo y yo no hablábamos de fútbol. El fútbol nos sirvió para conectar otras cosas que no podíamos conversar.

Por eso, ahora no me cuesta nada descubrir a un golpe de vista cosas parecidas a las que me enseñaba él. Yo, cuando miro fútbol, descubro rarezas. Descubro que si hay tres hermanos en un mismo equipo, es liga caribeña. Que si hay gemelos, es liga holandesa. Que si juegan en el mismo equipo un padre y un hijo, es liga turca.

Hoy podría darle datos nuevos a mi papá si él viviera. Podría decirle, por ejemplo, que cuanto más larga y estúpida es la coreografía de un gol, más escandinavo es el equipo. Que si el hincha sabe cuánto gana cada jugador, es liga española.

Y que si el hincha sabe a quién se coge cada jugador, es liga argentina.

Pero ¿a quién le puedo contar todo esto ahora? Y, sobre todo, ¿qué sentido tiene?

Desde que estoy sin padre ando como bola sin manija, porque el fútbol nunca fue un monólogo en mi vida. Fue la interminable conversación entre dos hombres.

La primera vez que yo vi una pelota de fútbol fue en el cielo de Mercedes, mi ciudad natal. Yo tendría (como mucho) dos años. Mi papá me llevaba a upa. Un arquero pateó al medio de una cancha de tierra y yo vi la pelota en el cielo, interrumpiendo el atardecer de Mercedes. Vi la pelota y, obviamente, con dos años, pensé que era la luna. Seguramente, hasta debo haberlo dicho:

—Luna, luna.

Él me llevaba a upa y se rio y me dijo:

—No, negrito, no es la luna, es una pelota. —Así empezó nuestra conversación sobre fútbol.

Después, la charla siguió en las tribunas, en los televisores, en el Cilindro de Avellaneda, en los sillones de casa... Fue un parloteo interminable que duró seis mundiales. En dos salimos campeones. Y después siguió en los teléfonos, en los chats veloces cruzando el océano.

La de mi padre y yo fue una conversación feliz que duró más de treinta años.

Y cuando se murió descubrí que no me importa el fútbol. No me importa. Solamente me importaba él. Me pasa cada vez que juega Racing. Estoy viendo el partido, tranquilo en casa, y a los cuarenta y cuatro minutos del primer tiempo me doy cuenta de que no va a sonar el teléfono.

7. El abuelo facho



Yo estaba a punto de cumplir doce años y mi tía Ingrid, una tía muy culta, me regaló dos bolsas llenas de libros de su adolescencia porque se tenía que mudar. Nunca le pregunté bien por qué me regaló a mí esos libros en vez de donarlos a una biblioteca o quemarlos. Eran más de cincuenta libros y mi mamá los metió en el baúl del auto. Estaban en dos bolsas negras, de consorcio, grandotas.

Pero entonces llegó mi abuelo Marcos (mi temible abuelo Marcos, el papá de mi mamá) y, sin que se lo pidiera nadie, sacó los libros del baúl y los desparramó arriba de una mesa como si fueran pomelos. Miró los títulos de los libros, las ilustraciones de las portadas, y empezó a decidir qué libros eran para mí y qué libros no.

Mi abuelo Marcos era un tipo muy gordo y muy violento, y todos en la familia le tenían mucho miedo. Nunca se reía, y cuando se reía era una risa que daba miedo, porque hacía el ruido de la risa, pero no se le movía la cara. Y, además, se reía de cosas que no eran chistes.

A mí me daba mucho miedo ese hombre. Para peor, yo era su primer nieto y él me quería preservar de todo lo malo. Él estaba seguro de que, en muchos de esos libros que me habían regalado, podía haber palabras horribles o cosas para las que yo, a los doce años, no estaba preparado. Así que se sentó a la mesa y empezó a hacer dos torres con los libros.

En una torre ponía los libros que yo sí podía leer, y en la otra torre ponía los libros que no podía leer. En la torre de los libros permitidos puso cosas juveniles muy feas. Mientras

que en la pila de los libros prohibidos iba poniendo novelas que el hombre suponía demasiado complejas para mi edad, o que sospechaba que podían tener tetas y culos y fornicación.

Después metió cada una de las torres en las dos bolsas gigantes, le hizo un nudo a cada bolsa, y le dijo a mi mamá que me diera los libros permitidos y que escondiera de mi vista la segunda bolsa.

Y mi vieja, que es boluda, le hizo caso. Llegamos a casa y ella desparramó en mi habitación los libros de la bolsa ética, y a la otra bolsa la llevó al lavadero, atrás del patio. Yo me hice el boludo, pero miré muy bien a dónde se iba mi vieja con los libros.

Después pasó el verano, empecé otra vez la escuela y el primer día que me dejaron solo en casa, obviamente, fui al lavadero y empecé a buscar la bolsa prohibida. La encontré atrás de los detergentes y del suavizante.

Ahí mismo, sentado entre la ropa sucia, agarré un libro cualquiera y empecé a buscar qué era lo prohibido. Empecé a buscar la palabra «concha» y la palabra «culo», y no las encontraba. Y pasaba del primer párrafo al segundo, y al tercer párrafo ya me empezó a interesar la historia. Eran novelas de Arthur Conan Doyle, de Oscar Wilde, de Mark Twain, de Edgar Allan Poe.

Leí todos los libros que pude, escondido en el lavadero, con la misma adrenalina de los chicos que saben que están haciendo algo mal.

Fíjense ustedes qué paradoja más linda: tuve un abuelo nazi que me prohibió (justo al principio de mi rebeldía) la buena literatura. No me prohibió las drogas, ni el alcohol, ni jugar al póquer por plata. Me prohibió los libros buenos.

Tuve esa enorme suerte de principiante. Gracias a mi abuelo malo, empecé a leer con ganas; porque en la infancia, y en la primera adolescencia, la pasión por las cosas solamente te entra por la puerta del no.

«¡No hagas eso!», le decís a un chico, y el chico quiere ir corriendo a hacer eso. «¡No te juntes con el chico de acá a la vuelta porque se droga!», y vos querés ser el mejor amigo del chico de acá a la vuelta. El «no» es poderosísimo.

Por eso ahora, que soy papá de una nena chiquita, yo no pienso volver loca a mi hija para que lea. Es un error enorme enloquecer a los hijos para que lean. Lo que voy a hacer es poner *La isla del tesoro* dentro de la caja fuerte cuando ella esté ahí mirando y voy a decir: «Esta caja fuerte cierra con el seis, tres, dos, cuatro», para que ella cuando esté sola quiera abrirla.

Y voy a poner los *Cronopios* de Cortázar en el estante más alto de la casa y voy a decir: «Esto no se toca» cuando ella esté jugando.

O voy a agarrar algún libro de Edgar Allan Poe y lo voy a poner arriba de la mesa con la frase «¡No tocar!» y lo voy a dejar ahí y me voy a ir caminando para atrás.

Yo sé que mi hija, cuando se quede sola en casa, va a pisar el palito y va a entrar, como si nada, en la clandestinidad.

8. Primera noche en Buenos Aires



Cuando nos vinimos a vivir a Buenos Aires, teníamos dieciocho años y no nos alcanzaba para alquilar. Era la época de la hiperinflación. Entonces mi amigo Chiri y yo terminamos en la casa de una señora que se llamaba Tita; ella tampoco tenía planeada la hiperinflación y tuvo que alquilarle una pieza a dos desconocidos que venían del interior.

Cuando llegamos, la vieja Tita (pobre mujer) nos mostró la habitación: un entrepiso, con ventana a la calle, en Villa Urquiza. Nos cobró por adelantado la primera mensualidad y nos dio un solo juego de llaves. Nosotros dejamos nuestras valijas en la cama y nos fuimos a pasear.

Buenos Aires era, por fin, nuestra ciudad. Compramos libros usados en los puestos de Plaza Italia, comimos pizza, visitamos gente. A las dos de la mañana volvimos a nuestra casa nueva para pasar la primera noche en Buenos Aires. Estábamos eufóricos, teníamos una llave de Buenos Aires. Nos acostamos cada uno en nuestra cama e intentamos dormir. Chiri se durmió enseguida, pero a mí me molestaba un chiflete que entraba por la ventana.

Entonces me levanté, abrí la ventana, fumé un cigarro mirando la calle, vi pasar el noventa y tres por la avenida Álvarez Thomas. Tiré la colilla a la vereda, me sentí inmortal, me sentía mayor de edad. Quise cerrar la ventana para dormir porque eran como las cuatro de la mañana, pero la ventana no cerraba: por eso entraba el frío. Una de las hojas de madera estaba hinchada y no calzaba bien en el marco. Hice fuerza, pero no pude encajarla. Yo tendría que haber

desistido, me tendría que haber ido a dormir, pero esa noche yo era inmortal.

Así que saqué del bolso un cuchillo de cortar carne, un Tramontina, y empecé a usarlo como destornillador, y les saqué la bisagra a las ventanas y saqué el marco completo de la ventana. Y me senté a aplanar la madera para bajarle la hinchazón. Y claro, Chiri se despertó, y me dijo:

—Gordo, la concha de tu madre.

Y con un ademán sonámbulo me arrancó el cuchillo y lo tiró por la ventana.

Yo no sentí ningún dolor. Me bajó la presión, pero no supe bien por qué. No me di cuenta de nada. No sentí que los dedos —el índice y el mayor— me colgaban de la mano. Supe que algo raro pasaba cuando sentí humedad en la pierna. Era sangre. Noté el borbotón de sangre caliente en la rodilla, y después en las sábanas. Claro: la hoja del cuchillo Tramontina, cuando Chiri me lo arrancó, me sacó los tendones, me dejó los huesos a la vista.

Chiri dormía; lo tuve que despertar.

—Chiri —le dije, pálido—, tengo sangre.

Pero él no se despertaba. Entonces me anudé los dedos con la sábana para que dejara de chorrear, y ahí sí sentí el dolor. Un dolor tremendo, nunca en la vida había sentido un dolor así, y grité, grité como loco. Y ahí sí, Chiri se despertó y empezó a enfocar la escena.

Vio los latigazos de sangre en el empapelado de la casa de la vieja Tita, en el mosaico, en su propia camiseta de dormir. Chiri no entendía lo que estaba pasando.

Entonces se me ocurrió sacarme el revoltijo de sábanas y mostrarle los dedos que me colgaban de la mano. No fue buena idea en absoluto.

Cuando vio mis dedos colgando, Chiri hizo tres cosas. Primero: puso los ojos en blanco. Después, vomitó. Y tercero, se desmayó boca arriba en la alfombra.

Fue la única vez en la vida que vi a un ser humano hacer esas tres cosas —tan chistosas— al mismo tiempo. De no ser por el dolor en la mano, lo hubiera aplaudido a Chiri hasta reventar.

Entonces me senté en la cama y, como pude, me hice un torniquete y me empecé a reír porque Chiri estaba vomitado en la alfombra, era muy gracioso. Me reí como un loco, traspasado por el dolor, porque sabía que faltaban diez segundos, quince, para que la vieja entrara por la puerta.

Y cuando escuché el picaporte, cuando sentí los pasos de la mujer del otro lado de la puerta —sabía que iba a entrar porque era su casa y había escuchado ruidos—, cuando supe que esa pobre mujer iba a ver su empapelado lleno de sangre, y a un chico vomitado y desmayado en su alfombra, y la ventana de su casa arrancada de cuajo, y a otro chico, más gordo y pálido, en calzoncillos y con dos dedos colgando, muerto de risa, cuando supe que iba a pasar todo eso, entendí que estábamos en lo más alto, en lo más hermoso de la juventud.

9. A veces es Finlandia



El catorce de noviembre de 1995 maté sin querer a la única hija de mi hermana haciendo marcha atrás con el auto. En realidad, choqué contra un tronco, pero pensé que había matado a mi sobrina de tres años. Y esos diez segundos fueron los segundos más intensos de mi vida. Fueron diez segundos durante los que me aferré al tiempo y supe que todo futuro posible iba a ser un infierno interminable.

Yo había viajado a Mercedes a festejar el cumpleaños ochenta de mi abuela, por eso me acuerdo la fecha. Era un asado en la quinta. A las tres de la tarde le pido prestado el auto a mi viejo para ir a llevar un reportaje al diario. Me subo al auto, vigilo por el espejito que no haya chicos dando vueltas y hago marcha atrás. Entonces siento el golpe, ¡ta!, contra la parte de atrás del auto, y se para el mundo para siempre.

A cuarenta metros —yo los estoy viendo—, en la sobremesa del asado, mi hermana se levanta y grita el nombre de su hija.

—¡Rebeca!

Mi vieja o mi abuela, no me acuerdo cuál de las dos, también se levanta y grita:

—¡La agarró, la agarró, la agarró!

Entonces yo aprieto el volante y me doy cuenta de que mi vida, tal y como estaba transcurriendo, había llegado al final. Mi vida ya no era. Lo supe inmediatamente.

Supe que mi sobrina de tres años estaba atrás del auto, supe que a causa de su altura yo no habría podido verla por

el espejo. Y pensé, en ese momento pensé: «Ojalá que el Negro me mate». El Negro es el papá de la nena, mi cuñado. «Ojalá sea tan grande su enajenación de padre que, cuando llegue y vea el cuerpo sin vida de su hija, me agarre del cogote, me saque del auto y me empiece a pegar». Yo me hubiera dejado pegar hasta la muerte. Ojalá me hubiera matado. «Ojalá que el Negro me mate», pensé. «Ojalá que me mate y no me deje la opción de tener que suicidarme solo yo a la noche con mis propias manos, porque soy cobarde y no podría hacerlo, porque cometería la peor de todas las bajezas, me escaparía a Finlandia».

Yo tenía casi veinticinco años esa tarde, trabajaba en una revista donde me pagaban muy bien, tenía una vida social intensa, era feliz, y entonces mato (sin querer) a mi sobrina de tres años y se apagan todas las luces de todas las habitaciones, de todas las casas en las que yo podría haber sido feliz en el futuro.

Lo pienso de esa manera porque ya no tengo ni cuerpo con el que temblar. En esos diez segundos en donde el tiempo real se rompe, literalmente, descubro con nitidez que mis únicas opciones (si mi cuñado no me hace el favor de matarme) son las de escaparme.

Huir, sobornar a alguien y escaparme a Finlandia. ¿Se dan cuenta de lo que estoy diciendo? ¿Se dan cuenta? Acababa de destruir la vida de mi hermana y yo estaba pensando en mí.

Van cuatro segundos, todos corren hasta el auto y lo que más me duele, tal y como están las cosas, es que no voy a poder volver a escribir en Finlandia, no voy a poder volver a reírme.

Esos fueron los diez segundos más largos de mi vida, fueron eternos. Hasta que alguien llegó a la parte de atrás del auto y vio que era un tronco, y todos se olvidaron del asunto. Todos volvieron a la mesa diciendo «baaah».

Nadie se acuerda de esta anécdota. Ninguna de las per-

sonas que almorzaban esa tarde se acuerda de esto. Nadie tuvo pesadillas con esas imágenes, solamente yo me desperté transpirado durante años enteros cuando esos diez segundos volvían, de noche, sin el final feliz del tronco.

Para ellos no pasó nada más que la abolladura de un guardabarros al final de la primavera. Nada malo pasó esa tarde... ¿Por qué, entonces, yo me sigo acordando de cada segundo? ¿Por qué algunas noches me despierto y siento que me falta el aire, y me acuerdo como real el frío de un departamento en Finlandia, y me encuentro con las hilachas de la angustia y del exilio, y me ahoga la cobardía de no haber tenido la voluntad de matarme?

Yo creo que es la fragilidad de la paz lo que nos da escalofríos. Lo frágil que es la paz. Ahora, esta noche, nosotros estamos en paz. Nosotros acá, en el estudio, estamos en paz. Ustedes, en casa, están escuchando un cuento en paz. Pero es todo tan frágil.

Es la velocidad infernal de la desgracia que acecha como un águila en la noche la que sigue ahí, escondida, vigilando, para robarnos todo. Es la velocidad infernal de la desgracia que nos deja agarraditos a un volante, pensando que la única opción es morirnos solos en Finlandia, con los ojos secos de no llorar.

Por suerte, por suerte, casi siempre es un tronco, y entonces vivimos en paz. Pero todos sabemos (por abajo de la risa, y del amor, y del sexo, y de las noches con amigos, y de los libros, y de los discos), todos sabemos, que no siempre es un tronco.

A veces es Finlandia.

10. Backstage de un milagro



En 2008 se murió mi viejo, Roberto Casciari. Fue mucha gente al velorio, pasaron las horas, y a la noche, después de cuarenta años, mi mamá cerró la puerta de su casa sin que adentro viva nadie. Yo vivía en España y mi hermana en La Plata.

Mientras mi mamá se queda sola en su casa, a diez kilómetros, por la ruta, van en auto mi hermana, su marido y los hijos, de regreso a La Plata después del entierro.

Manuela, mi sobrina del medio (que tendría en esa época diez años), saca de su mochila un celular negro, nuevo, y se pone a mirar los contactos. En el auto nadie le presta atención.

Mientras tanto, Chichita, mi mamá, en su casa, aprovecha su primera soledad para desahogarse sin testigos. Había durado como cincuenta horas sin hacer escándalo, pobre. Pero ahora por fin está sola y se pone a llorar y a gritar como si la hubieran quemado.

Lejos de ahí, cruzando el peaje, mi sobrino mira el celular que tiene su hermana en la mano y le pregunta:

—¿De dónde lo sacaste, es un teléfono de verdad?

Manuela le contesta despacio, para que no la escuchen:

—Es el celular del abuelo Roberto y tiene crédito —le dice—. Manuela se había llevado el teléfono del muerto.

En Mercedes mi mamá sigue sola y le reprocha a su marido en voz alta haberse muerto tan de repente y sin avisar. Se levanta del sillón y le habla: «¿Por qué, Roberto, por qué?», le dice y lo repite. «¿Cómo te vas a ir de golpe, sin avisar? ¿Cómo pago las cuentas ahora?». Y llora y llora.

En el auto, Manuela sigue con el teléfono en la mano. Se llevó ese teléfono porque nadie más lo iba a usar. No fue un robo; dos o tres veces quiso pedírselo a su abuela, pero ella siempre estaba llorando o dejándose abrazar por gente en el velorio. Por eso ahora Manuela piensa en su abuela triste, y siente culpa por haberla dejado sola.

En diez años, en toda su vida, Manuela no había visto nunca a Chichita con los ojos en compota, y entonces abre el teléfono y le escribe. Mi sobrina le escribe a mi mamá, recién viuda, desde el teléfono de su marido muerto.

Mientras tanto, Chichita sigue hablando sola en mi casa: «¿Cuál es la contraseña del cajero, Roberto? ¡Hay que pagarle a la mujer que limpia! Rober... ¿Por qué te moriste? ¡Dame una señal! ¡Dame una señal!».

No es mágico que Manuela escriba su mensaje en este punto de la historia. Bien mirado, es natural. Manuela redacta una frase muy simple, de cuatro palabras en el teléfono, a sesenta kilómetros de la casa de mi mamá. Pone, en el mensaje: «No estés triste, descansá».

Eso escribe mi sobrina y manda el mensaje.

Miremos por un momento cómo viaja el texto hasta un satélite, cómo rebota la frecuencia y se convierte en bytes. Veamos la escena desde todos los ángulos para asegurarnos de que no hay milagro posible, de que todo tiene la lógica del tiempo y del espacio.

Porque, mientras tanto, en la casa, la mujer sigue con sus preguntas. «¿Hiciste la transferencia, Roberto?», dice en voz alta mi mamá. «Vos no sos la clase de tipo que se aparece después de muerto, a vos te da vergüenza todo... ¿Con quién voy a dormir esta noche?», dice mi mamá, y entonces suena, en la casa vacía, el celular.

Ella se queda con la palabra en la boca y camina hasta el milagro falso, mientras se pone los anteojos de leer de cerca. Mira, en la pantalla del teléfono, una frase imposible, en

mayúsculas, que dice: «Roberto le ha enviado un mensaje». Mi madre aprieta un botón y lee las cuatro palabras.

«No estés triste, descansa».

Mi mamá se queda un rato largo mirando la pantalla, con los dedos inmóviles. No parpadea. Después se levanta, sale del comedor, apaga las luces, entra al dormitorio y se acuesta. Por primera vez en cuarenta horas, descansa.

La historia termina así, no tiene más que eso. Yo podría haberla contado sin explicar la parte del auto, y habría salido un cuento más o menos prodigioso, con una viuda que pide una señal y un marido muerto que le responde. Pero no fue así. No fue así. Casi nunca es así.

Conté las cosas como fueron, con el backstage incluido, porque algunas anécdotas son mejores cuando no tienen nada del otro mundo.

11. Algo para recordar



Cuando llegué a España, lo primero que quise hacer fue escribir una novela y no me salía nada. Pasaba horas en la pensión con la hoja en blanco. Entonces un día, ya medio muerto de hambre, tuve que ir a buscar trabajo. Me compré los clasificados, llamé a un lugar donde necesitaban un redactor y me contrataron. Fue el trabajo más raro que tuve en toda la vida. Fue, además, mi primer trabajo en España.

Mi jefe era un enano gay. Yo nunca en la vida había visto las dos cosas en el mismo ser humano al mismo tiempo. Se llamaba Narcís y tenía mayordomo, porque era un tipo de linaje. El papá era un duque, la mamá, que había muerto hacía poco, era una actriz famosa.

Trabajé con él dos meses, y nunca, jamás, me pagó el sueldo. Yo sabía, por el mayordomo (el mayordomo lo odiaba), yo sabía que el enano era un mentiroso compulsivo y un malcriado. Y además, que no tenía ni un peso.

Entonces un día, después de disfrutar muchas jornadas, me cansé y le dije que dejaba el trabajo, que una revista no se podía hacer sin diseñador, sin fotógrafo, sin imprenta, y me levanté para irme.

Él se puso intenso, se le aflautó la voz, dejó la gata de angora en el suelo. Me dijo que yo no entendía nada del negocio, que lo estaba dejando en mitad del río, justo cuando aquello empezaba a funcionar. Pegaba grititos, se sentía estafado. Y además quería pelea y yo no le daba pelea, yo me iba.

Cuando supo que no había vuelta atrás, dijo una frase que, durante mucho tiempo, a mí me hizo reír en el recuerdo.

Narcís me gritó: «¡Vete a la pampa, guapa!», y era casi una película de Almodóvar. Después se fue a su habitación, prendió la tele y puso una película doblada a un volumen muy alto.

El mayordomo, que había visto el escándalo, me saludó y me dijo que las cosas siempre eran así con Narcís. Y yo caminé por el pasillo buscando la puerta de salida y, como tantas otras veces al irme de esa casa, vi de reojo al enano Narcís en su habitación.

Lloraba y murmuraba la misma frase entrecortada, «todos me dejan, todos me dejan», y a mí me partió el corazón.

Entonces, entré a su cuarto para hacer las paces (no era la primera vez que entraba a su cuarto) y me senté al lado de la cama de él (eso sí era la primera vez). Él fingió no mirarme y siguió viendo la tele. Arriba de su cama había seis o siete videos en VHS con películas viejas que Narcís miraba todo el día sin parar.

Pude leer alguno de los títulos, estaba *De aquí a la eternidad*, otra que se llamaba *Julio César*, otra era *Buenos días, tristeza*. La película que estaba puesta en la tele se llamaba *Tú y yo*. Yo no me di cuenta de qué película era hasta que vi una escena muy famosa y le dije:

—Esta la vi, Narcís —se lo dije para romper el hielo—, esta en Argentina se llama *Algo para recordar*.

Él no me contestó nada, estaba ofendidísimo. Entonces le digo:

—¿Te gusta Cary Grant?

Y él me hizo que no con la cabeza, y señaló el televisor. Me dijo:

—Me gusta oírla a ella.

Y puso pausa.

En la pantalla quedó congelada la cara de Deborah Kerr. Y entonces me di cuenta de que las otras películas, las que estaban desparramadas sobre la cama, también estaban protagonizadas por Deborah Kerr.

Y antes de que pudiera sorprenderme, Narcís sacó la pausa y me dijo:

—Escucha su voz, es mi madre.

Y cerró los ojos para escuchar mejor.

A mí el corazón me empezó a latir cada vez más fuerte. De repente supe que había estado en esa casa más de un mes para que llegara ese momento. Y él me dijo, llorando:

—Mamá dobló a Deborah Kerr en todas sus películas.

Y a mí me dio vergüenza la cantidad de horas que yo había pasado en la pensión, intentando escribir una novela falsa. ¿Cómo carajo se me iba a ocurrir, ahí encerrado, el cuento de un mayordomo que cuida a un enano gay que oye la voz de su madre en las películas?

Sentí pena, muchísima pena, por todos los escritores que buscamos sin suerte historias en la imaginación, y me acomodé en la cama con Narcís. Y él, haciendo un poco de puchero, acurrucó la cabeza en mi pecho.

12. La máquina de escribir



El otro día me encontré en la calle una máquina de escribir vieja. Una Olivetti, igualita a la que usaba mi papá. Y me la traje a casa. Mientras la limpiaba, me acordé de cuando tenía dos o tres años, y perseguía el ta-ca-tac que llegaba desde el comedor de mi casa. Cuando yo era chiquito, no había maravilla más grande que mi papá sentado frente a la Olivetti. Yo arrastraba una silla y me trepaba para verlo. Era increíble.

La fila de hormigas que aparecía en la hoja se detenía solamente cuando él se mordía el labio. Y cuando levantaba las cejas volvía el sonido ta-ca-tac. Lo que más me gustaba era que llegara al final de una línea, porque el mejor de todos los ruidos era el timbre del salto de carro: ¡Plin! Había que mover el rodillo, o las hormigas se podían caer, y eso podía ser fatal. Y mi papá era mi héroe salvando hormigas.

En aquellos tiempos, lo único que yo quería de la vida era usar la Olivetti. Aprender a usar ese juguete; sentía que esa máquina era el mejor juguete de todo el mundo.

La Olivetti que encontré en la calle es idéntica a la que tenía mi viejo. Después de limpiarla la puse arriba de un estante, como si fuera una reliquia, y ahora la miro todos los días. Y cada vez que la miro, mi cabeza vuelve a las épocas en que yo no sabía leer. ¿Se acuerdan ustedes de cuando no sabían leer? ¿Se acuerdan de ese tiempo?

Cuando yo tenía dos, tres años, me fascinaba que los adultos se quedaran en silencio frente a las hojas enormes del diario *La Nación*, y que movieran los ojos para entender a esas hormigas en fila.

Una vez, yo estaba solo en el baño, y me concentré fuerte en una letra del diario que parecía un anzuelo (era una jota, pero yo no sabía), a ver si podía leer esa letra, y como no pude leer nada, pensé una cosa muy paranoica: pensé que los adultos tampoco veían nada en esos garabatos, y que en realidad se burlaban de mí todo el tiempo para después, a solas, divertirse a costa de mi ingenuidad.

¡Qué enfermo, pensar eso a los tres años!

Y entonces salí de ese baño y le empecé a romper las bolas a Roberto, mi viejo, para que me enseñara el truco de leer.

Y una tarde, Roberto se apareció en casa con un libro que se llamaba *Upa*, su propio libro de lectura de primer grado, un libro muy peronista, y al día siguiente, tres años antes de que yo empezara mi escuela primaria, mi papá usó la Olivetti y me enseñó a leer y a escribir.

Yo no sé si mi viejo supo alguna vez que aquella época (1974 y 1975) yo me divertí como un chanchito al lado de él. No sé si alguna vez le dije que, cuando yo tenía tres años, buscaba un gesto de asombro en sus ojos, y que la curiosidad que yo tenía por aprender quedaba en desventaja frente a las ganas de que él hiciera ese gesto, cada vez que yo acertaba a una letra. Él levantaba las cejas y decía: «Muy bien, negrito». Y eso para mí era la gloria.

Yo aprendí a leer y escribir en el comedor de casa, mientras se freían las milanesas. Roberto volvía de trabajar a las ocho y yo lo esperaba con el libro *Upa* en la mano, desesperado, sentado en la Olivetti, para que él me explicara todo lo que había que saber.

Nunca, ninguna noche, llegó tan cansado como para decir hoy no.

Ahora mi padre está muerto. Pero cuando todavía estaba vivo y yo vivía en Barcelona, él me escribía mails preguntándome cómo hacer para instalar el Skype, o para encontrar un ícono perdido del escáner, y yo le contestaba con mucha

paciencia de qué manera, usando el botón derecho, él podía poner un acceso directo.

Durante los últimos años de su vida le di un montón de trucos pelotudos de informática, y al hacerlo sentí que le devolvía un poco de lo que él me regaló en 1974. Pero no, ni en pedo. Nunca pude equilibrar, ni aunque le hubiera dado un millón de tutoriales...

Porque él, sin saberlo, me enseñó las únicas dos cosas que hago en la vida con pasión: leer y escribir.

Ahora yo vivo otra vez en Buenos Aires y de repente tengo una hija nueva que va a cumplir dos años en abril. Y en el comedor hay una Olivetti, y cuando veo a mi hija mirar con curiosidad esa máquina, sé que tengo delante de mis narices la única tarea fundamental de la paternidad: transmitir pasión. No hay otra cosa que hacer con un hijo más que eso. Transmitir pasión. Todo lo demás es pura casualidad.

13. El aburrido del casamiento



El otro día me invitaron a un casamiento, que es como si me hubieran tirado encima un tarro de mierda. No me gustan los casamientos. En las fiestas de casamiento yo soy el que se queda solo, sentado a un costado, atrás, en una mesa, mientras los demás bailan fingiendo que son un trencito.

Yo soy ese porque en la vida hay roles que tenemos que cumplir. Alguien tiene que ser el borracho que da vergüenza ajena, alguien tiene que ser la potra con el vestido rojo, alguien tiene que ser el novio, alguien tiene que ser la bisabuela que fuma, y alguien tiene que ser un primo que vino de Boston especialmente para el casamiento.

Yo soy el gordo aburrido de la mesa del fondo. Y no me quejo. Solamente me agobia un poco saber que voy a tener que estar ahí esas cuatro horas. Es la sensación de pánico que me da ver tan de cerca al ser humano convertido en trencito.

Mi rol en los casamientos es convertirme inmediatamente en un tipo aburrido. Esto consiste, sobre todo, en no reírme de los chistes de nadie, en no emborracharme, en no participar de las conversaciones masculinas que giran, siempre, en torno a cogerse una prima de la novia, en no bailar ni a punta de pistola.

Mi rol consiste en mirar con los párpados entrecerrados los ritos que ocurren cada media hora: el vals, la liga, la torta, el ramo, el *Sacá la mano, Antonio*, el cuñado gracioso, la invitación a tomar merca de un tipo que no conocés de nada.

Yo, impertérito.

Mi función consiste en fingir que no estoy. En los casamientos hay roles activos y hay roles pasivos. Por ejemplo: la potra del vestido rojo y yo somos pasivos. Estamos ahí para ser vistos, para que los demás no intuyan que falta algo. «¿Está la potra?», todo bien. «¿Está el gordo aburrido?», todo bien.

Los roles activos, en cambio, están en la fiesta para ser padecidos. El baboso es un antagonista activo y debe molestar a la potra del vestido rojo. Está escrito. Su consigna secreta, su tarjetita del TEG, dice: «Ocupá seis países de Asia o cogéte a la de rojo en un ligustro». ¡Y el tipo va! Todo el tiempo. ¡Todo el casamiento va!

Yo también tengo un antagonista activo. Mi antagonista es la simpaticona medio borracha que quiere sacar a bailar al aburrido. Esa es su consigna en la fiesta. Sacarme a bailar; a toda costa.

Las chicas que cumplen el rol de «simpaticonas» no tienen ganas de bailar conmigo ni de bailar con nadie: lo que quieren es convertirse en aquella que logró hacer que el gordo aburrido baile. Y va a usar todas sus armas, que en general son el buen humor y el escote, para conseguirlo.

Si lo pensamos bien, todo el mundo tiene su antagonista, pasivo o activo. Y a mí me parece que, en el fondo, no elegimos nosotros estos papeles secundarios. Me parece que nos vienen de fábrica.

Cuando tengo que ir a un casamiento, me quedo en la mesa sentado y veo cómo pasan las horas y no lo puedo creer. Veo a todo el mundo ahí, riéndose, y ya son casi las cinco de la mañana... Siguen haciendo el trencito, toman cosas del pico, se ponen la corbata en lugares que no son el cuello. Gritan, sospechan que se divierten.

Cientos de personas oyendo una música que nunca pondrían en su propio tocadisco, bailando de una manera que no tiene gollete, brindando por cosas que no son la verdad.

Todos ellos, y yo también, estamos ahí componiendo la coreografía del caos. Tenemos un mandato y lo cumplimos. A mí me dijeron: «Andá a ese casamiento porque necesitamos a un gordo aburrido». ¡Y fui!

Andá, sentate al fondo y pensá con resignación en quiénes somos y en por qué vivimos. ¡Y fui!

Y no me quejo. Porque alguien tiene que hacerlo...

La vida sería un disparate si todos, absolutamente todos, fingiéramos al mismo tiempo que somos un trencito de imbéciles bailando la conga; si nadie se quedara en la oscuridad, quieto, con gesto incrédulo, sintiendo fascinación por la condición humana.

14. El intermediario



A las nueve de la mañana, en punto, me suena el timbre, atiendo en patas y es un tipo alto, con la voz muy seria, que me mira y me dice:

—Disculpe que lo moleste, señor Casciari, pero nos consta que usted todavía es ateo.

Yo estaba todo despeinado, no lo podía enfocar bien a los ojos. Le digo:

—Son las nueve de la mañana, a esta hora soy lo que quieras.

—Lo que quiero es que me diga la verdad.

—Entonces poné «cristiano» —le digo—. ¿Qué sos, encuestador? Tomé la comunión a los ocho en la Catedral de Mercedes.

Y me dice:

—Eso lo sabemos. Pero también sabemos que usted no se tragó la hostia.

Ahí me despabilé de golpe, nadie sabía eso.

—Usted no puede saber eso —le digo (ya no lo tuteaba).

—No se asuste, señor Casciari, y permítame pasar, será solo un momento.

Y entró el tipo. Entró sin que yo le dijera nada. No le podés negar el paso a alguien que sabe lo peor de vos. ¿Qué quería de mí ese hombre?

—No importa quién soy ni qué quiero —me dijo el tipo leyéndome el pensamiento—, solo deseo que evalúe las ventajas de convertirse. Usted no puede vivir sin un Dios.

Y yo le digo:

—Sos un mormón, boludo. Me hacés cagar de un susto.

—No soy mormón.

—Bueno, testigo de Jehová, lo que sea, sos de esos tipos que tocan timbre temprano.

—Tampoco. Pertenezco a una empresa intermediaria de la fe —me dice—. El gran problema de las religiones es que los fieles las adoptan por tradición, por costumbre, pero no por voluntad. Nosotros brindamos la opción de cambiar de compañía sin costo adicional.

Y yo le digo:

—Le agradezco mucho, pero yo así estoy bien.

—No es verdad, señor Casciari —me dice—, sabemos que usted no está conforme con el cristianismo.

Y el tipo tenía razón. Hace un par de semanas yo estaba en el aeropuerto y se aparecieron unos hare krishnas, y a mí me dio una rabia verlos tan contentos, siempre en lugares con aire acondicionado, los dejan vestirse de naranja.

—Y nadie les prohíbe ir descalzos —me dice el tipo otra vez leyéndome el pensamiento. Así que me puse a pensar en voz alta, porque era al pedo. Y le digo:

—Cuando veo a los mormones, también me pasa lo mismo, a ellos les dan una bicicleta, les dan un traje fresquito, a los judíos les dan un año nuevo de yapa, a los testigos de Jehová los salvan de la colimba, ¿y a nosotros qué? —le digo al tipo—, ¿a los cristianos qué nos dan?

—Buenos consejos, quizás...

—¡Buenos consejos! —le digo—: No cojas por el culo, no uses forro, no abortes, no compres discos de Madonna, ¿esos son buenos consejos? ¡Prefiero una bicicleta con cambios!

Y me dice:

—Eso vengo a ofrecerle, señor Casciari, un cambio. La semana pasada convencí a un cliente cristiano de pasarse al islam. El pobre hombre tenía una novia oficial y dos aman-

tes, se moría de culpa. Ahora se casó con las tres y está contento. Lo único es que, cada tanto, tiene que mirar a La Meca un rato.

Y yo le digo:

—¿Y cuánto cuesta cambiarse a otra religión?

Y me dice:

—Si lo hace con nosotros, no le cuesta un centavo. Este mes tenemos una oferta: si se convierte antes del treinta a una religión menor, le ofrecemos una segunda creencia alternativa gratis.

—No entiendo —le digo—, ¿qué vendría a ser una religión menor?

—Y, mire, hay creencias superpobladas como el budismo, el confucionismo, y después hay otras religiones más humildes: el taoísmo, el vudú, el panteísmo. Si usted no es mucho de rezar, señor Casciari, si no le importa que no haya templos en su barrio, le recomiendo una de estas, son muy cómodas.

Y le digo:

—¿Y se puede comer jamón?

—En algunas incluso se puede comer gente —me dice.

—¿Y cuál vendría a ser la más distendida?

—Y, mire, si no le gusta esforzarse, le recomiendo el panteísmo, que casi que no hay que hacer nada, solamente cada cuarenta días usted tendría que abrazar un árbol, por contrato.

—Ah, me gusta —le digo—, me gusta, pero tendría que hablar con mi mujer.

Y me dice:

—¡No, no, no! Si firma ahora, señor Casciari, le regalamos también el rastafarismo, que es una creencia centroamericana que lo obliga a fumar porro por lo menos dos veces al día.

Y le digo:

—¡Ahí está! ¡Ahí me gustó! Deme esa.

Y entonces el intermediario me hizo llenar un formulario, yo firmé, y antes de irse me dejó un sahumero, una pandereta y un veinticinco de porro. Lo despedí con un abrazo, me volví a la cama, mi mujer seguía durmiendo. Y qué raro, el reloj despertador marcaba todavía las ocho cincuenta y nueve. Pero no era posible, habíamos estado hablando como una hora con el tipo, entonces mi mujer se da vuelta y me dice:

—¿Otra vez te duele la espalda?

Y yo tuve un mal presentimiento. Le digo:

— No, ¿por qué?

Y ella hace un gesto, me toca y me dice:

—Las manos, te huelen a azufre, como si hubiera entrado el diablo.

Y justo ahí, ¡tac!, el reloj marcó las nueve en punto.

15. La edad de los países



Desde chicos nos explicaron que para saber si un perro es joven o es viejo hay que multiplicar su edad biológica por siete. Y a mí me parece que con los países pasa al revés, que hay que dividir la edad de un país por catorce para saber su edad humana.

Por ejemplo, Argentina, que nació en 1816, tiene doscientos tres años. Si dividimos doscientos tres por catorce, Argentina tiene casi quince años, o sea, está en la edad del pavo. Argentina es rebelde, es pajera, no tiene memoria, contesta sin pensar, está llena de acné... por eso le dicen el granero del mundo. Casi todos los países de América Latina tienen más o menos la misma edad.

Uruguay también tiene quince, pero los padres lo dejan fumar porro en la casa, por ejemplo. Está más contento. México también es adolescente, pero con ascendente indio, por eso se ríe poco y no fuma porro como el resto de sus amiguitos, sino que cocina metanfetamina y se junta con Estados Unidos, que es un imbécil de diecisiete que se dedica a matar chicos de seis años en otros continentes.

Y la teoría funciona también en los países más viejos. Por ejemplo, la China milenaria. Si dividimos los mil doscientos años de China por catorce, nos da una señora de ochenta y cinco, conservadora, con olor a pis de gato, que ahora se hizo las tetas y rejuveneció un montón. China tiene un nieto de ocho años, Taiwán, que le hace la vida imposible. Y está divorciada, hace rato, de Japón, que es un viejo cascarrabias. Japón se juntó con Filipinas, que es

jovencita y siempre está dispuesta a cualquier aberración a cambio de plata.

Y después están los países que acaban de cumplir la mayoría de edad y que tienen padres ricos, por ejemplo, Australia y Canadá. Australia es una chica de dieciocho que hace toples y la histeriquea a Sudáfrica. Canadá es un chico gay, emancipado, que en cualquier momento adopta al bebé Groenlandia y forman una de estas familias alternativas que están de moda.

Francia es una separada de treinta y seis, muy respetada en el ámbito profesional. Es amante esporádica de Alemania, que es un camionero rico que está casado con Austria. Austria sabe que es cornuda, pero no le importa.

Italia es viuda desde hace mucho tiempo, vive cuidando a San Marino y al Vaticano, dos hijos católicos igualitos a los hermanos Flanders. Italia estuvo casada en segundas nupcias con Alemania (duraron poco, tuvieron a Suiza), pero ahora no quiere saber nada con los hombres.

A Italia le gustaría ser una mujer como Bélgica: abogada, feminista, que usa pantalón. Pero Bélgica también fantasea a veces con saber preparar espagueti.

España anda mucho en tetas. Va casi siempre borracha, generalmente se deja coger por Inglaterra y después hace la denuncia. España tiene hijos por todas partes, casi todos de quince años, que viven lejos. Los quiere un montón, pero le molesta que los hijos, cuando tienen hambre, pasen alguna temporada en su casa y le abran la heladera.

Gran Bretaña sale en barco a la noche, se culea pendejas, y a los nueve meses aparece una isla nueva en alguna parte del mundo. Pero no se desentiende: en general, las islas viven con la madre, pero Inglaterra les da de comer.

Suecia y Noruega son dos lesbianas de treinta y nueve, casi cuarenta, que están buenas de cuerpo y no le dan bola a nadie. Cogen y laburan, cogen y laburan, son licenciadas

en algo. A veces hacen trío con Holanda (cuando necesitan faso) y otras veces invitan a cenar a Finlandia, que es un tipo de treinta años, medio andrógino, que vive solo en un ático sin amueblar y se la pasa hablando por teléfono con Corea.

Corea (la del sur) vive pendiente de su hermana esquizoide: son mellizas, pero la del norte tomó líquido amniótico cuando salió del útero y quedó estúpida. Se pasó la infancia usando pistolas y ahora, que vive sola, es capaz de cualquier cosa. Estados Unidos, el tontón de diecisiete años, la vigila mucho. No por miedo, sino porque quiere las pistolas de Corea.

Y yo creo que el mundo estaba bien así, es decir, como estaba, hasta que un día Rusia se juntó sin casarse con la Perestroika y tuvieron una docena de hijos, todos raros, algunos esquizofrénicos, otros depresivos, todos bebitos chiquitos con nombres que terminan en «tán». Kazajistán, Kuchikistán, Karadagián. Hay un bebé, manco, que se llama Georgia y va gateando.

A mí me da un poco de miedo que nos aparezcan países de corta edad, así de repente. Y me pregunto: ¿por qué siguen naciendo países nuevos, si los que hay todavía no funcionan?

16. Acordarse y olvidarse



Tengo la teoría de que la cabeza, o más bien no la cabeza, tengo la teoría de que el cerebro tiene un espacio limitado y que cada vez que memorizás una información, hay otra información más vieja que se cae, que se pierde.

La pregunta es si elegimos lo que borramos o si eliminamos al azar.

Yo creo que elegimos. Por ejemplo, conocés a alguien y te dice: «Hola, me llamo Carlos». Como sabés que durante la conversación vas a tener que recordar ese nombre para no quedar mal con Carlos, lo memorizás.

Carlos, Carlos, Carlos.

Enseguida, para dejar espacio y que la cadena de caracteres C-a-r-l-o-s te entre cómoda en el cerebro, das de baja otro recuerdo al azar, por ejemplo, la marca del segundo auto que tuvo tu papá, Ami 8.

A la mierda, no te acordás más de la marca.

Hasta ahí vamos bien, pero qué pasa cuando querés memorizar una imagen más pesada que la cadena C-a-r-l-o-s, por ejemplo, un culo inolvidable que pasa por la calle. Pasa que tenés que borrar algo también más pesado. Yo, por ejemplo, cuando veo un culo recordable, elimino automáticamente de la cabeza a dos o tres compañeros de la primaria que los tengo ahí guardados al pedo.

Pero ojo, no hay que olvidarse solamente los nombres de los compañeros, sino todo. La cara del amigo de la primaria, la voz, el apellido. Un apellido español pesa casi un mega, pero si te olvidás un apellido ruso, podés estar liberando

casi dos gigas. Lo que no hay que hacer nunca es eliminar al azar, porque la cabeza es muy hija de puta. Yo antes borraba a ciegas. Un día, para acordarme de memoria un teléfono importante, eliminé sin querer la cara de mi vieja. Gestos, color de ojo, tintura. Todo.

Otra cosa muy peligrosa es hacerse el memorioso y no borrar nada. Mi amigo Chiri, en una época, se acordaba de todo.

Yo le preguntaba, ponele:

—¿Te acordás de esa vez que fuimos a ver un Racing-Cruzeiro al club Belgrano?

Y él me decía:

—Mil nueve ochenta y ocho, final de la Supercopa, uno a cero con gol de Catalán. Vos tenías una camisa cuadrillé y desde ahí nos fuimos por la calle Treinta y Uno a buscarlo a Talín.

Era admirable la capacidad de Chiri para comprimir la información, pero por contrapartida le salieron muchos granos y se quedó miope.

El otro día llegué a la conclusión de que Borges se sabía tantos libros de memoria, no porque fuera inteligente, sino porque todos sus recuerdos son archivos de texto, dado que el JPG y el AVI no son compatibles con gente ciega.

Cuando nació mi hija yo presencié el parto, y para guardar esos milagrosos diecisiete minutos en alta definición tuve que eliminar un montón de información, alguna muy útil. Elegí olvidarme el año 1979 entero, y como faltaba espacio, tiré también un archivo que se llamaba Capitales de Asia.zip y una carpeta con los nombres reales de todos los actores del Chavo que me venía muy bien para las conversaciones posmodernas... pero lo siento mucho, por una hija se hace eso y mucho más.

Igual, tengo cosas que quiero borrar y no puedo. La noche que se murió mi papá yo vivía en Barcelona. Me llamó mi hermana por teléfono a la noche. Me contó de su muerte

y yo me quedé quieto, a doce mil kilómetros, sin saber qué hacer ni cómo llorar. Me acuerdo cada segundo de esa noche, después de cortar el teléfono.

A esa madrugada la debo de haber guardado como archivo de solo lectura, o le debo de haber puesto una contraseña encriptada, porque me pesan una bocha esas imágenes de estar por primera vez sin padre, y tan lejos. Son como veinte gigas, me ocupan espacio al pedo y no me las puedo sacar de la cabeza.

17. La culpa fue de Dustin Hoffman



Yo escribía poesías en mi adolescencia. Soneto, verso libre. Y también miraba, a escondidas de mi papá, novelas en la televisión: *Rosa de lejos*, *Los ricos también lloran*, *El derecho de nacer*, *Un mundo de veinte asientos...*

En mi casa había que cuidarse mucho de lo que veías, porque la ficción para mi papá era síntoma de que eras puto. Funcionaba así: en la tele, para ser hombre, había que ver fútbol, fórmula uno, básquet, tenis y boxeo. Ni siquiera vóley, porque era medio medio. Nada, ¿eh?

Mi mamá y mi hermana tenían derecho a consumir cosas relacionadas con el arte, pero no yo. La sombra de Roberto estaba siempre al acecho, vigilando.

Una tarde de domingo, terrible tarde, la más horrible de mi vida, mi papá me descubrió en un descuido enorme. Jugaban Boca y Racing, en directo. El partido empezaba a las seis de la tarde. Roberto, mi papá, iba a llegar muy sobre la hora porque se había ido a jugar al tenis.

Entonces lo invité a Chiri, mi mejor amigo, a ver el partido a casa, pero antes nos alquilamos una película en el videoclub, *La muerte de un viajante*, con Dustin Hoffman.

Hicimos las cuentas, y decidimos que la película iba a terminar antes de que empezara el partido, y sobre todo antes de que llegara Roberto.

Así que nos sentamos en los sillones del comedor y pusimos la videocasetera.

No tuvimos en cuenta que la película era un telefilm, y los telefilms duran bastante más que las películas normales,

esta duraba como treinta o cuarenta minutos más que una película.

Cuando empezó el partido, puntual, nosotros todavía estábamos en la escena en donde Willy Loman hace el monólogo final frente a su hijo Biff. ¡Tremendo monólogo! ¡Muy de llorar!

Para peor, Roberto venía a cien por hora en el auto, porque Racing había metido un gol en el minuto cuatro. ¡Nunca metió un gol en el minuto cuatro! Y esta vez sí. Venía enloquecido, mi papá, porque odiaba llegar tarde. Escuchaba el partido por la radio mientras manejaba a las puteadas, deseoso de poder verlo junto a su único hijo varón, su orgullo.

Cuando mi papá llegó a casa y entró al comedor, dando por hecho que nos iba a encontrar a Chiri y a mí con dos cervezas en la mano, con cara de camioneros, mirando el partido a los gritos, encontró a dos varones llorando a moco tendido, en la semipenumbra, con los ojos en compota, porque había muerto Willy Loman y nadie había ido al entierro.

Nos encontró envueltos en una música tristísima, que amariconaba todo el comedor en la semipenumbra.

Se quedó seco, Roberto Casciari, estaqueado abajo del marco de la puerta. No sé qué pensó. Nunca se lo pregunté nunca. Creo que desde ese día no hablamos más mi padre y yo.

Le tembló un poco el labio, el de abajo, y mirándonos dijo:

—¿Qué haaacen? —lo dijo así, alargando la «a»—. ¿Qué haaaaacen? —como un lamento, como si le estuvieran dando una puñalada en el medio del árbol genealógico.

Chiri y yo, llenos de vergüenza, pusimos rápido el partido y nos quedamos quietos, mirando fútbol con el clima asfixiante de Arthur Miller todavía retumbándonos en la cabeza, aplastándonos el corazón.

En un momento había un córner para Racing y yo me puse a llorar. Y mi papá me miraba y yo lloraba y decía: «Córner». No lo podía entender. ¡Las lágrimas no podían dejar de salirme de los ojos!

Todos los años de haber escondido las poesías, de haber puesto cara de hombre frente al dolor, los años de haber ido a rugby los sábados a que me pegaran patadas en la cabeza sin motivos, los años de haber tomado vino tinto a los nueve para que mi papá me pensara más hombre. ¡Todo ese esfuerzo!, lo acababa de tirar a la basura, a la basura, ¡por culpa del puto de Dustin Hoffman!

18. En Europa no se consigue



Estuve casado quince años con una española, y la primera cosa horrible que pasó en la convivencia tuvo lugar una madrugada de junio del año 2002. Yo estaba acostumbrado a mis orígenes argentinos y di por sentado que ella, mi mujer, se iba a despertar a las cinco de la mañana para ver conmigo el Mundial de Japón. Ni en pedo.

Cristina, al igual que el resto de las mujeres españolas, siguió durmiendo durante esa y durante todas las madrugadas de junio. ¡Yo no sabía que podía pasar eso! Casi me muero de tristeza mirando el mundial solo, a las cinco de la mañana, en un sofá en Barcelona. Porque el único motivo por el que un argentino acepta vivir en pareja es que la mujer lo mime en medio de un partido complicado.

Yo no sé cómo funcionará el amor en otras familias, pero en mi hogar mercedino el amor de madre (o el amor de esposa, para mi viejo) alcanzaba su máxima expresión cuando Chichita, en mitad de un partido trabado, asomaba la cabeza por la puerta y preguntaba:

—¿Siguen uno a uno?

A mi vieja le importaba una mierda el resultado del partido. Pero en esa pregunta («¿Siguen uno a uno?») había otra pregunta escondida. La pregunta tácita era: «¿Cómo está mi familia? ¿Son ustedes felices con este empate transitorio, o tengo que preocuparme y cocinar pastafrola?». ¡Esa era la pregunta!

La mujer argentina, desde que es hermana menor, desde la cuna misma, ve llorar a su padre, a sus tíos, a sus abuelos.

Esto no les pasa mucho a las mujeres del mundo. En todos estos años de machismo desatado, ver llorar a un hombre no fue tan fácil en otros países. Y esto, el llanto masculino, marca para siempre a la mujer nacional. Sabe esta mujercita, desde la niñez de sus trenzas lo sabe, que el hombre sufre. Que no es tan macho. Que el hombre se angustia y llora y patalea, que hace puchero frente a un córner a la olla en área propia cuando faltan dos minutos.

La mujer argentina, y la brasilera, y la uruguaya (no la chilena, la española tampoco, pero sí la rioplatense), nace sabiendo cuál es la pasión que envuelve a los varones de la casa. Y no solamente eso: la mujer argentina guarda en su memoria para siempre el recuerdo feliz de cuando su padre la llevaba, sobre los hombros, a la cancha y le explicaba los secretos del fútbol desde una tribuna llena de otros hombres con otras hijas en brazos.

Y cuando por fin se convierte en novia, en amiga, en esposa, por pura fotosíntesis conoce los horarios de los partidos mejor que nadie, intuye el significado metafísico del orsai, disfruta de los mundiales, sufre las eliminatorias complicadas, sabe de fútbol a veces más que un hombre o, como mi vieja, se aparece con la bandeja del mate para preguntar si la cosa sigue uno a uno, con el corazón en un puño, con el miedo genético de no querer ver sufrir a su manada.

Durante el Mundial de Japón, cuando Argentina quedó eliminada en primera ronda, en España eran las seis de la mañana y yo estaba solo en un sofá de Barcelona, con los dientes apretados y sin nadie que me diera un mate, o que me dijera «No es nada, negrito, en cuatro años llega Alemania 2006 y la rompemos». Nada. La luz de la cocina estaba apagada; en la cama grande dormía una mujer ajena al pitido final y a mi angustia. Pero no solamente Cristina dormía: dormía toda España.

Abrí la ventana de la calle y no había una puta luz en ningún edificio. Nadie lloraba por la calle. Los taxistas hacían su ronda feliz por el barrio de Gracia. Y entonces pensé en Buenos Aires. Allí era todavía mayor la madrugada; en aquel Buenos Aires nocturno, después de empatar con Suecia y quedar afuera, millones de mujeres empezaban a consolar a su familia. Madres, novias, esposas, hijas, amigas, nietas, abuelas inclusive, todas en camisón y con los ojos llenos de espanto, empezaban a cocinar pastafrolas y a balbucear frases de amor al oído de sus hombres tristes.

Gracias a Dios, en 2002 yo vivía en planta baja, porque si no aquella madrugada yo hubiera saltado por el balcón. ¿Para qué vivir, si Argentina ya no estaba en el mundial, si yo ya no estaba a gusto en este mundo, si ya nada ocupaba su lugar en el universo? Pero, como se sabe, antes que argentino soy cobarde, y no me suicidé un carajo.

Hice algo mejor, me parece, después de esa noche. Tuve dos hijas. Y en la final del próximo mundial de fútbol, cuando Argentina empiece jugar la prórroga, cuando mi corazón esté a punto de estallar, mis dos hijas van a estar al lado mío, en el sofá, temerosas de mi infarto, inmensas, convertidas en todas las mujeres que perdí.

19. La tarántula



Estamos en 1980, tengo nueve años y soy adicto a las figuritas del Reino Animal. Cada billete que llega a mis manos, cada moneda, voy y compro paquetes de cinco figuritas. Los abro con nervios porque me falta solamente una, la sesenta y cuatro: la tarántula.

Tengo todo el álbum de figuritas lleno, menos la tarántula. En la vida de todos los días cambio mis costumbres: de golpe y porrazo quiero ir a hacer los mandados siempre yo para quedarme con el cambio. Olfateo la presencia de la plata.

Un fin de semana por medio vamos a San Isidro a visitar a mis abuelos ricos. A mí me encanta ir a San Isidro porque mi abuelo rico me da plata, pero no me da la plata común que existe en Mercedes: me da billetes que acá no hay, me da billetes rojos, por ejemplo, que son la figurita difícil de mi papá. Con un billete marrón te comprás cuatro paquetes de figuritas, pero con un verde te comprás veinte paquetes, es decir: cien figuritas. Mi sueño es tener un rojo (que es un millón de pesos) y gastármelo de golpe en cuarenta paquetes. Pienso que si te comprás doscientas figuritas te tiene que aparecer la tarántula por lo menos cuatro veces.

Y esa tarde mi abuelo me regala un rojo. Cuando volvemos de San Isidro, yo vengo en el auto apretando el billete rojo que me dio mi abuelo rico.

Al otro día respiro hondo y me gasto el billete entero en figuritas. El quiosquero Pisoni no puede creer lo que estoy haciendo cuando voy y le compro todos, todos esos paque-

tes de figuritas. El quiosquero Pisoni se está construyendo la pieza de arriba gracias a mí.

Por el camino voy abriendo los paquetes y voy diciendo en voz baja: «A esta la tengo, la tengo, la tengo, la tengo...». Me dejo tres paquetes sin abrir para después de comer; y de esa manera sigo teniendo algo por lo que vivir. Ceno sin pensar, sin disfrutar, sin levantar los ojos del plato. Me preguntan: «¿Qué te pasa?». No respondo.

Antes del postre me voy a la pieza y abro los paquetes que me faltan: la jirafa puta aparece siempre, también sale la boa. La figurita que más odio de todas es el ciempiés, porque cuando lo vas sacando de a poquito, cuando lo vas orejeando, te da la sensación óptica de que es la tarántula, entonces el corazón te empieza a galopar y enseguida sale entera y decís: «¡La concha del ciempiés, cuarenta veces la tengo al ciempiés!».

A la mañana del otro día, mi mamá me pregunta qué pienso hacer con la plata que me dio mi abuelo Marcos.

—¿Qué te parece si te compramos unas zapatillas? —me dice—. Porque las que tenés ya caminan solas.

Yo le digo que me parece bien, pero que la plata me la gasté en figuritas y mi mamá se pone a llorar. Siempre llora cuando menos te lo esperás. También te pega cuando menos te lo esperás. Cuando te pega es porque te mandaste una cagada normal, pero cuando directamente llora es porque te mandaste una cagada muy gigante.

—¿Cómo te vas a gastar un millón de pesos en figuritas, anormal?! —me dice llorando—. ¿Vos sabés cuánto gana tu padre?

Y entonces va a mi pieza y trae el álbum, que lo tengo casi lleno. Solamente me falta una. Lo trae, me mira, y empieza a hacer fuerza con el álbum para romperlo.

Es difícilísimo romper un álbum de figuritas, porque está lleno de plasticola, pero ella hace fuerza, se le pone la vena

toda violeta. Me mira y yo la miro. Y les juro que en la mirada de mi vieja hay placer.

Y parte el álbum en dos. Y a esas dos partes las rompe en cuatro. Y llora. Nunca se sabe por qué llora ella cuando el que sufre sos vos. Y después de llorar busca algo flexible para fajarte, y ahí lo mejor es que te escondas, porque Chichita no te pega despacio, te pega como una loca. Y va repitiendo la misma frase mientras te pega:

—¿Vos sabés...

Zácate.

—... cuánto gana...

Zácate.

—... tu padre?!

Así te pega mi vieja, y repite el ritmo. Sujeto: chancletazo. Predicado: sopapo. Objeto directo: chancletazo... y no te queda otra más que hacerte chiquito y esperar que se acabe la bronca, o esperar que por fin aparezca la tarántula, o que se termine la infancia para siempre.

20. Messi es un perro



Empecé a escribir este cuento una mañana del 2012: yo vivía en Barcelona todavía y estaba en casa mirando un compilado de jugadas en las que Messi recibe faltas muy fuertes y nunca se tira ni se queja.

Son muchísimos pedacitos de patadones. Él va con la pelota, recibe un guadañazo en la tibia, pero sigue. Lo agarran de la camiseta: se revuelve, zafa, y sigue.

Y me quedé atónito, porque había algo que me resultaba familiar en esas imágenes, sobre todo en los ojos de Messi. ¿Dónde había visto yo esa mirada antes? ¿En quién? Me resultaba conocido ese gesto de introspección. Me resultaba muy conocido, así que dejé el video en pausa y ahí me acordé: eran los ojos de Totín, de mi perro Totín, cuando perdía la razón por la esponja.

Yo tenía un perro en la infancia, Totín, que no lo conmovía nada, era un perro bastante estúpido: entraban los ladrones a casa y él los miraba llevarse televisor. Yo volvía medio borracho, vomitaba, y él no lamía el vómito. ¡Un perro que no lamía el vómito! ¡Estúpido!

Sin embargo, cuando alguien agarraba una esponja, la esponja amarilla de lavar los platos, Totín enloquecía, quería esa esponja más que nada en el mundo, moría por llevarse esa esponja a la cucha, no podía dejar de mirarla.

El cogote de Totín se trasladaba idéntico a la esponja, sus ojos se volvían japoneses, atentos, intelectuales, igual que los ojos de Messi cuando agarra la pelota y encara el arco.

Y entonces descubrí que Messi es un perro o, mejor dicho, un hombre perro. Messi es el primer perro que juega al fútbol; no entiende las reglas del fútbol, por eso no se tira cuando lo traban en el área y puede ser penal.

Los perros tampoco, los perros no fingen zancadillas cuando ven venir un Citroën, no se quejan con el árbitro cuando se les escapa un gato por la medianera, no buscan que le saquen doble amarilla al sodero.

En los inicios del fútbol, los humanos también eran así, iban atrás de la pelota y nada más, no existían las tarjetas de colores, la posición adelantada, la suspensión después de cinco amarillas, los goles de visitante no valían doble. Antes se jugaba como juega Messi y como jugaba mi perro Totín.

Después el fútbol se volvió muy raro; ahora mismo, en esta época, a todo el mundo parece interesarle más la burocracia del deporte, la corrupción del deporte.

Por suerte, los perros no escuchan la radio, no leen los diarios deportivos, no entienden si un partido es amistoso, intrascendente o la final de la copa del mundo. Los perros quieren llevarse siempre la esponja a la cucha, aunque estén muertos de sueño, aunque los estén matando las garrapatas.

Messi es un perro, bate récords de otras épocas porque solamente hasta los años cincuenta jugaron al fútbol los hombres perro. Después la FIFA nos invitó a hablar de leyes y de artículos y nos olvidamos que lo importante era la esponja.

Yo viví un montón de años en Barcelona; todavía voy de vez en cuando. Y cada vez que subo las escaleras del Camp Nou y de pronto veo el fulgor del pasto iluminado, en ese momento que siempre nos recuerda a la infancia, digo lo mismo para mis adentros, digo: hay que tener mucha suerte para que te guste tanto un deporte y te toque ser contemporáneo de la mejor versión.

Porque, me parece a mí, que en el Juicio Final vamos a estar todos los humanos, el día del final del mundo se for-

mará una ronda para hablar de fútbol, obvio, y uno dirá: Yo estudié en Ámsterdam en el setenta y tres, y otro va a decir: Yo era arquitecto en São Paulo en el sesenta y dos cuando jugaba Pelé, y otro va a decir: Yo ya era adolescente en Nápoles en el ochenta y siete, y mi padre, seguramente, dirá: Yo viajé a Montevideo en el sesenta y siete para ver a Racing campeón del mundo, y uno más atrás dirá: Yo escuché el silencio del Maracaná en 1950.

Todos contarán sus batallas con orgullo hasta la madrugada. Y cuando ya no quede nadie por hablar, yo me voy a poner de pie y voy a decir despacio: Yo vivía en Barcelona en los tiempos del hombre perro. Y no volará una mosca. Se hará silencio. Todos los demás bajarán la cabeza. Y va a aparecer Dios, barbudo, alto, lleno de huesos, vestido de Juicio Final, y señalándome dirá: vos, el gordito, estás salvado. Todos los demás, a las duchas.

21. Lejos del dolor y de la fiesta



La noche del veintisiete de diciembre de 2001, una semana después del gran quilombo, ya habíamos tenido cuatro nuevos expresidentes y yo buscaba con desesperación, en Barcelona, un bar con televisión satelital para ver a Racing salir campeón en un país que se estaba cayendo a pedazos.

Me acuerdo muy bien del bar, que estaba casi vacío. Dos españoles miraban esa final como quien ve llover. Había un camarero aburrido y con sueño y un chico argentino y desgarrado, envuelto en una bandera celeste y blanca, sentado solo en una mesa, agarradito a una botella de cerveza Damm.

Yo tenía una novia catalana y la llevé a ver el partido al bar. Nos acodamos en la barra, ella y yo. Afuera era un invierno cerrado que no hacía juego con las tribunas que mostraba la tele, con la hinchada de Racing enloquecida y en cuero, revoleando las camisetas.

Había sido una semana muy rara: los diarios de España decían que Argentina se estaba cayendo a pedazos. Los catalanes me preguntaban por mi familia, si estaban bien, si les había pasado algo.

Los taxistas, al escuchar mi acento, querían saber: «Cómo es posible, tío, un país tan rico, gente tan culta». Argentina se estaba yendo a la mierda como siempre, es decir, más que nunca, pero esta vez yo no estaba.

Es horrible no estar en tu casa cuando está todo mal, porque te sentís un traidor. Y también es horrible no estar en tu casa cuando Racing va a salir campeón, porque también te sentís un traidor.

Nunca pensé que iba a ser tan triste el fútbol. Desde que tengo uso de razón, uno de los milagros que más deseé en la vida era que Racing saliera campeón mientras viviera mi padre. Que pudiéramos verlo juntos, como lo vimos descender en el ochenta y tres, como lo vimos resurgir, dos años después, en cancha de River.

Ver juntos a Racing campeón, en el sillón de casa o en la cancha, y después ir a una plaza a gritar o a tocar bocina por la calle, eso era lo que yo quería desde los tres años.

Y entonces, un día, a diez mil kilómetros, tan lejos y tan cerca del milagro, mis ojos miraban el monitor de ese bar de Barcelona (aburridísimo partido), pero estaban en otra parte mis ojos.

Estaban en el comedor de mi casa, en Mercedes. Mi vieja trayendo el mate, yendo y viniendo de la cocina al comedor, preguntando cómo van, cómo van. Mi papá en su sillón de siempre mirando la hora, puteando al idiota que llamaba por teléfono... y después mi sillón vacío.

Yo no podía dejar de pensar en mi sillón vacío, en mi hueco sin nadie. Me molestaba en el hígado saber que mi viejo tampoco estaba disfrutando porque le faltaba algo. No podía dejar de pensar que todo el mundo estaba en su sitio, menos él y yo.

Cuando el árbitro señaló la mitad de la cancha y pitó el final, Racing había salido campeón después de treinta y cuatro años. Yo tenía treinta, y un nudo en la garganta del tamaño de un pomelo.

Automáticamente, paré la oreja para empezar a escuchar los bocinazos de los autos por la avenida, y el silencio fue como un cachetazo. El chico argentino, el desgarrado, el que había moqueado en silencio durante todo el partido, ahora directamente había metido la cabeza entre los brazos y se hundía en el llanto. Yo estoy seguro de que él también pensaba en su papá. Seguro.

Entonces miré al camarero y al dueño del bar, a ver si por lo menos alguien me hacía un guiño, algo así con los puños, lo que sea, pero estaban lavando las copas y miraban la hora esperando cerrar, como si en ese pitido del árbitro no hubiera cambiado el mundo para siempre.

Me acuerdo como si fuera ahora. Mientras Macaya Márquez hacía el resumen del partido, yo me puse de espaldas a mi novia española para que no me pensara demasiado sensible, para que no me viera llorar, para que no creyera que el fútbol, esa pelotudez, podía hacerme sentir triste...

Me puse de espaldas a ella y lloré, de cara a la pared del bar, en un lugar del planeta donde Racing no era nada... Y nunca —¡les juro, eh!—, nunca, ni antes ni después, yo me había sentido tan lejos de todo lo mío, tan a destiempo del mundo, tan del revés de mi vida, tan en orsai, desesperadamente solo, lejos como nunca del dolor y de la fiesta.

22. Una madre extrovertida



En la infancia todos nos damos cuenta si nuestra madre es extrovertida. Cuando yo invitaba amiguitos a mi casa, Chichita, mi vieja, no se limitaba a traer los vasos de Nesquik y desaparecer. Ella decía:

—Hernán, ¿ya les leíste a tus amiguitos la poesía de amor que escribiste el otro día y que escondiste en un cajón?

Así de hija de puta era mi vieja.

El problema principal es que Chichita creyó que yo era una especie de niño prodigio. Siempre tuvo ganas de tener un hijo despierto, y se lo fue creyendo a base de fantasías. Me revisaba los cajones a ver si ya había escrito una poesía nueva. Y yo escondía las poesías porque odiaba que ella las viera.

Sufrió mucho mi vieja cuando, en primer grado, no entré a un buen colegio por falta de cupo. Y al año siguiente hizo lo imposible para hacerme entrar. Hubo un examen en febrero, entre muchos chicos del pueblo, y solamente entraban al buen colegio los diez mejores promedios. Yo entré de pedo, en el puesto número nueve, pero ella no decía jamás que había quedado noveno. Ella decía:

—Hernán hizo el examen y fue el segundo mejor varón de toda la escuela.

El segundo mejor varón, decía. Por suerte mi papá equilibraba esos excesos con humor y decía:

—Y no solamente fue el segundo mejor varón, también fue el primer mejor gordo —decía mi papá, y era fantástico.

Cuando dejé de ser un infante mediocre y me convertí en un adolescente drogadicto, Chichita tuvo que cambiar su es-

estructura de pensamiento. En su cabeza yo dejé de ser un niño prodigio y me convertí en un genio incomprendido.

Chichita se aferraba a mis poquísimos triunfos para no caerse de culo en mis miserias.

Más tarde crecí y me fui del pueblo, pero las fantasías de mi mamá me seguían llegando por terceras personas, aunque la lejanía ayudó mucho a amortiguar la vergüenza. A mí, mi vieja me daba vergüenza.

Muchos años después, sin embargo, la fuerza arrolladora de mi madre regresó imparable. Fue cuando escribí *Más respeto que soy tu madre*, que después se empezó a hacer famosa.

Yo le decía a la prensa (sin saber que estaba alimentando a un monstruo) que Mirta, el personaje principal de esa novela, estaba parcialmente basado en mi mamá. ¡Para qué habré dicho eso! Fue un error gravísimo, porque oficialicé la locura de Chichita.

El día que se estrenó *Más respeto que soy tu madre* en el teatro, Chichita estuvo sentada en la fila doce. Cuando terminó la función, Antonio Gasalla, que la protagonizaba, me invitó a subir al escenario y yo lo hice con mucha vergüenza.

Una vez arriba de las tablas, Gasalla me palmeó y me dijo:

—Espero —había muchísima gente—, espero que la Mirta de mi adaptación sea parecida a la que vos creaste.

Yo estaba a punto de decir que sí, pero entonces se levantó Chichita desde la fila doce y dijo a los gritos:

—¡Yo soy Mirta!

Gasalla intentaba ver; hacía visera. Y Chichita le decía:

—¡Acá, Antonio! ¡Yo soy Mirta, lo hacés muy bien, te felicito!

¡Qué vergüenza más grande sentí! Ahí, en ese momento, supe que Chichita había vuelto desde la infancia con armas nuevas, y que iba a ser imposible detenerla. Dos o tres veces después de eso, la escuché en las radios de Buenos Aires, o

en la televisión de Mercedes, respondiendo reportajes en mi nombre, donde ella se proclama la verdadera Mirta.

Cada vez que aparece una edición nueva del libro, o que se entera de que la obra de teatro sigue llenando salas en otros países, me llama por teléfono y me dice: «¡Cómo te sigo dando de comer, gordito!». Hace lo imposible, mi vieja, por avergonzarme, con mucha más fuerza que en la juventud.

Y, sin embargo, hay algo en toda su locura, antigua y moderna, que nunca me permite enojarme de verdad con ella. No sé bien qué es. Me imagino que, atrás de la rabia tremenda que me provocaba en la infancia que me espiara los cuadernos con poemas y con cuentos, yo sabía también, en el fondo, que en casa alguien me leía.

Que había alguien, en el mundo, que confiaba en mí.

23. La leyenda del Negro Sánchez



Diecisiete años tendríamos, Chiri y yo, mi mejor amigo y yo. Estábamos en mi pieza de arriba escuchando Pescado Rabioso y suena el teléfono. Atiendo y del otro lado alguien dice un color y un apellido. Y yo me pongo pálido. Tapo el auricular y le digo a Chiri, asustadísimo:

—¿Sabés quién llama? El Negro Sánchez está llamando.

Chiri se ríe, incrédulo, porque es imposible. Al Negro Sánchez lo conocía todo el mundo en Mercedes. No era famoso: era tristemente célebre. La leyenda decía que el Negro Sánchez, a los nueve años, había sido campeón provincial de tiro con pistola, y que desde entonces se había convertido en un chico fibroso, oscuro y demencial. A los quince, ya tenía fama en todo el Oeste. A los dieciocho, se había trenzado en peleas sanguinarias con tipos más grandes que él, y los había mandado, uno por uno, a la clínica Cruz Azul. Se decía que el Negro Sánchez no dejaba moretones: dejaba politraumatismo encefálico.

La tarde que llamó a casa por sorpresa, la leyenda tenía veintitrés años, nosotros un poco menos, diecisiete, dieciocho, y las cosas que se comentaban sobre él traspasaban todas las fronteras. Vivíamos en la misma ciudad, pero en dimensiones distintas de la ciudad: Chiri y yo éramos dos loquitos sociables que andábamos siempre escribiendo guiones, haciendo revistas, escribíamos una columna en el diario; y él, en cambio, ya se había convertido en un personaje marginal frente al que las viejas se persignaban mientras cambiaban de vereda.

Chiri, por supuesto, pensó que el llamado era una joda. Así que se fue al otro teléfono a escuchar la conversación.

—¿Vos sos el Gordo Casciari? —me dijo la voz cavernosa del Negro Sánchez. Yo tragué saliva y dije que sí. Y él dijo:

—Estoy yendo para tu casa, salí a la puerta.

Nos quedamos quietos, el Chiri y yo, cada cual en su teléfono. Salimos sin hablar. Al rato lo vimos doblar la esquina y pensamos que nuestra adolescencia, en ese momento, estaba torciendo el rumbo. A las dos horas de charla descubrimos que no. No nos habíamos encontrado con un mito viviente, sino con un tipo cansado de su fama pendenciera.

No parecía la clase de criminal salvaje del que hablaba todo el pueblo. Nos pedía ayuda gramatical para escribir unas cartas. Se notaba que tenía deseos intelectuales que no podía satisfacer en su ambiente marginal.

A nosotros nos asombró su lucidez, pero sobre todo la oscuridad de donde venía. Su inteligencia, mezclada con su epopeya, nos provocaba fascinación. Eran las cuatro de la tarde de un día laborable y Chiri lo invitó a tomar mate a mi casa. Por suerte no estaban mis viejos; la que sí estaba era mi hermana, que tenía catorce años y estudiaba piano en el comedor justo a esa hora.

Mi hermana me odiaba; a mí y a todos mis amigos. Entramos despacio, y cuando íbamos a encarar directo para mi pieza, el Negro Sánchez se quedó embobado con la música del piano y se metió en el comedor sin pedir permiso. Yo temblé, porque mi hermana era muy inestable en esa época, y era capaz de mandarlo a la mierda sin saber que era el Negro Sánchez, un tipo que había dejado paralítica a mucha gente por menos que un insulto. Chiri directamente cerró los ojos.

Mi hermana, al sentir presencias, dejó de tocar el piano y se dio vuelta. Nos vio a los tres ahí parados, y dijo lo que decía siempre:

—¡Rajen de acá que estoy estudiando, estúpidos!

El Negro Sánchez la miró fijo a los ojos, y se acercó. Chiri y yo supimos que había sido una mala idea invitar a casa a un criminal para hablar de sintaxis. Lo supimos, como casi todo en la vida, demasiado tarde. El Negro Sánchez seguía mirando a mi hermanita de catorce años a los ojos, y ella a él. Durante un siglo el silencio de todo Mercedes hizo equilibrio en la línea recta de esas dos miradas. Entonces habló la leyenda:

—¿Cómo te llamás? —dijo.

Y mi hermana contestó:

—Florencia.

—Mirá, Florencia, con tu hermano vamos a quedarnos acá en el comedor —dijo el Negro Sánchez—. Así que mejor que toques el piano otro día. Ahora quiero que vayas a la cocina y me prepares un té.

Al revés de lo que esperábamos, mi hermana se levantó del taburete, hipnotizada, y salió en silencio para la cocina. La leyenda se acomodó en el sillón, como si no hubiera pasado nada. Ni Chiri ni yo podíamos creer de qué modo aquel hombre oscuro había amansado a la fiera.

Cinco minutos más tarde, mi hermana volvió con una taza de té, y se la dejó en la mesita sin decir ni mu. Él tenía veintitrés años y ella catorce. Un año después se casaron y se fueron de Mercedes. Ahora tienen cuatro hijos y yo suelo pensar que aquella tarde el Negro Sánchez no vino a buscarme a mí.

24. Sesenta mil pesos argentinos



A los doce o trece años yo estaba tan obsesionado con escribir, con ser escritor, que mi viejo habló con un amigo que dirigía un diario en Mercedes y le pidió por favor que me diera trabajo para que yo no rompiera los huevos.

Fue así como a los trece años empecé a cubrir la liga de básquet para el diario de mi pueblo. Eran crónicas semanales, muy cortas, donde yo explicaba el trámite del partido, los mayores anotadores y las incidencias más importantes. Tomaba nota a mano en la cancha, escribía el artículo a máquina en casa —letra por letra, usando solamente dos dedos, igual que ahora— y caminaba después las cuatro cuabras hasta la redacción del diario; iba lleno de nervios, ilusionado y feliz.

«Ahí viene el gordito», decían los muchachos de la imprenta que estaban llenos de tinta hasta las orejas. Yo entraba y quería actuar con naturalidad, pero el corazón se me salía por la boca cada sábado, cada vez que entregaba mi crónica semanal.

Le dejaba la hoja llena de palabras a la secretaria, y veía cómo la hoja pasaba de su mano a la mano del corrector de bigotes, y después a la mano de los imprenteros. Y ahí comenzaba el milagro. En el diario *El Oeste* me pagaban sesenta mil pesos argentinos por cada crónica; eso me alcanzaba para cuatro alfajores y dos Naranjús. Pero la verdad, la verdad de todo, era que al día siguiente mis palabras impresas estaban en el papel. Esa era la paga.

Los domingos yo casi no dormía esperando que el diario

llegara por abajo de la puerta. Cuando veía mi crónica, con mi firma abajo, me parecía un milagro. Como promediaba la década de los ochenta, llegué justo a tiempo para oler cómo se hacían los periódicos antes de la era digital.

Conocí las redacciones antiguas, donde no había computadoras, sino Olivettis de carro ancho; entré a las salas de revelado; conocí el sonido de las viejas Garaventa cuando se atascaban; y, sobre todo, por suerte, fui contemporáneo de tres oficios que ya desaparecieron para siempre: el linotipista, el tipógrafo y el estereotipista.

No dejé nunca de hacer eso (que también es lo que hago ahora), y por alguna razón secreta nunca, en todos estos años, que ya son un montón, dejé de divertirme ni de emocionarme a la hora de escribir.

O, mejor dicho: a la hora de saber que lo que escribo está siendo leído o escuchado por otros, en alguna parte, lejos de mí. Es extraño contar todo esto ahora y de este modo, dictándole la historia a una computadora y leyéndolo después en televisión.

Es extraño saber que ahora mismo, en dos minutos, yo si quiero pulso un botón de la compu y ustedes tienen mis palabras en casa o en la oficina, en Montevideo, en Veracruz, en Sevilla, sin que nadie se haya manchado las manos de tinta, sin carteros, sin tipógrafos, sin esfuerzo.

No pasó tanto tiempo, solamente pasaron treinta y cinco, cuarenta años, entre una cosa y la otra. No hay mucha diferencia entre el chico de campo que escribía a máquina para un diario de su pueblo y este que soy ahora, el que dicta este párrafo en su casa o el que después lo lee en la tele.

El chico de entonces, el gordito, aquel que caminaba las cuatro cuadras con el corazón en la boca y el texto nuevo en las manos, el que deseaba que la vida futura estuviera llena de cuentos y de palabras, yo creo que ya puede dormir tranquilo.

Igual, mucho más tarde descubrí que esos sesenta mil pesos argentinos que me pagaban en el diario, en realidad, se los daba mi papá al dueño del diario. No me los pagaba el diario. Era Roberto Casciari el que ponía la plata para que a mí me diera la impresión de estar trabajando de lo que más me gustaba.

A veces, de noche, siento que esto que hago ahora, escribir libros o leer cuentos en la tele, no me lo pagan los lectores, ni Telefe, sino mi propia familia. A veces pienso que es mi viejo el que pone la plata para que yo me divierta con lo que me gusta.

Y si fuera así, yo prefiero seguir haciéndome el boludo.

25. Canelones



Empezamos haciendo bromas telefónicas de chicos, como todo el mundo en los pueblos, cuando los teléfonos eran negros, a disco y del Estado. Un poco más grandes, ya nos hicimos expertos con Chiri, con mi mejor amigo. Promediaba el año 88 cuando hicimos la última broma telefónica de nuestra vida. Chiri tenía el cronómetro en la mano y me miraba cancherito, porque él había conseguido una conversación de diecisiete minutos doce con una señora. Yo tenía que superar ese récord. Así que marqué el número al azar y cuando la voz de una vieja dijo «Hola», empezó a correr el segundero.

Yo había desarrollado una técnica, una especie de marca de la casa, que solamente usaba en momentos difíciles. Era un sistema muy arriesgado, porque te podían cortar, que consistía en poner una voz masculina estándar, atónica y provocar que la víctima tuviera que adivinar mi identidad.

—¿Quién habla? —preguntó la vieja.

Y yo dije lo que decía siempre. Dije:

—Lo que faltaba, ¿ni siquiera te acordás de mi voz?

Eso genera del otro lado sensación de familiaridad.

—No sé... ¿Con quién quiere hablar?

Y yo dije:

—¡Con vos, boludona!

Muy poca gente del entorno de una vieja le dice «boludona».

Y ella dijo:

—¿Daniel! —Lo dijo en un tono intermedio entre la interrogación y la exclamación. El tono se llama «deseo».

La entonación del nombre me dio un millón de pistas. Daniel no era un sobrino, ni un ahijado, necesariamente era un hijo, posiblemente un hijo único.

Y entonces me arriesgué y le dije:

—¡Claro, mamá! ¿Quién va a ser?

Y ella dijo:

—¡Dani, Danielito!

Y el tiempo empezó a correr de mi parte. En cinco minutos supe que Daniel y su mamá hacía mucho que no se veían, porque ella dijo:

—Papá hubiera querido que estuvieras en su entierro, nene.

—No es fácil, mamá. Hay heridas abiertas, la vida no es tan simple.

Supe que Daniel tenía una esposa, la Negra, y dos hijos. El más chico, Carlitos, todavía no conocía a su abuela. También supe que Daniel era de Comodoro Rivadavia y que trabajaba en una fábrica de televisores. A los doce minutos de charla, ya cuando estaba todo, todo encaminado para superar el récord del Chiri, la vieja empezó a sospechar.

Claro, estoy contando algo que pasó en el 88, las comunicaciones entre la Patagonia y Buenos Aires necesariamente tenían que tener fritura, y la vieja escuchaba una conversación muy nítida. En un momento preguntó:

—¿Pero cómo es que te escucho tan cerquita, nene?

Y entonces yo no tuve opción.

—Mamá —le dije, sorprendido de mi propia crueldad—. Mamá, estoy acá, en la terminal de ómnibus.

Del otro lado escuché un silencio, y después un llanto contenido. Me di vuelta buscando los ojos de Chiri, que me miraba pálido. No se reía. Sentí, por primera vez en la vida, la pulsión de la maldad. La sentí en la cabeza, en la panza y en el pito, al mismo tiempo, como una santísima trinidad diabólica. Con un gesto, le pregunté a Chiri qué tiempo llevaba. Dieciséis minutos.

—No llores, viejita —le dije.

Y ella dijo:

—¿Habías venido ya otras veces a Mercedes, nene? A veces sueño que venís al pueblo de noche, y que no pasás por casa...

—No, mamá —le dije—. No, no, es la primera vez que vengo, te lo juro. Lo que pasa es que no quería aparecer así, de golpe. Por eso te llamé.

—¡Hijo! —me interrumpió ella—. ¡Apuráte, vení, vení!

Casi diecisiete minutos, hacía falta algo más. Cuando supe lo que iba a decir, mi puño izquierdo se cerró. Ahora creo que no era yo el que hablaba, creo que la maldad ya me había invadido.

—Escucháme, mamá —le dije—, mamá, escucháme... ¿Me hacés canelones? Estoy muerto de hambre.

—Claro, Dani.

—Sabés lo que extraño tus canelones.

—Apuráte, yo ahora te hago.

—Un beso, mamá.

—¡Ay! Chau, nene. Estoy toda temblando, apuráte.

Y la mujer cortó.

Lo miré a Chiri, que tenía la vista en el suelo. No me miraba, no era capaz de mirarme a los ojos. Ni siquiera se acordó de parar el cronómetro, o sea que tampoco supimos quién ganó. Estuvimos un rato largo en los sillones del comedor sin decirnos nada. Media hora después, entendimos que en alguna parte de Mercedes había una casa, que en esa casa había una mesa, y que en esa mesa ya empezaba a humear un plato caliente.

Nuestra adolescencia tardía, supimos con Chiri, iba a durar hasta que se enfriaran los canelones de Daniel.

26. Pelea por el apellido



A mí me hubiera gustado llamarme Fernández o Pérez. Pero me tocó un apellido menos común.

En la guía de teléfonos de mi pueblo solamente había dos Casciari: mi papá y mi abuelo. Y cuando iba a visitar a mis otros abuelos, a los de Buenos Aires, me encantaba buscar mi apellido en la guía de la capital, que eran tres tomos, porque tenía millones de abonados. Y empezaba a buscar y no había ni un Casciari. Tantas personas y ningún pariente. Eso me hacía sentir, a los ocho años, como un astronauta que mira la Tierra desde su escotilla, pero no puede compartir el paisaje con nadie. Una especie de vanidad solitaria.

Para peor, un día mi abuelo Casciari se murió y quedó un solo Casciari en la guía de mi pueblo. Yo tenía trece años y estaba seguro de que nunca iba a coger. Y entonces pensé: por culpa mía se van a acabar los Casciari. Estaba desesperado.

Entonces, sin que nadie lo previera, un día llegó Internet y se destapó el frasco de todos los Casciari del mundo. Estaban, sobre todo, en Italia y en Estados Unidos. Había parientes de varias edades, de profesiones distintas, de colores de pelo raros. Me gustó, por ejemplo, la forma de dibujar de James Casciari, que hacía viñetas políticas en un diario de Washington; y me pareció muy linda la prima Carla, que se presentaba a las elecciones de Perugia; y me sentí orgulloso de Joseph Casciari, que estudiaba la cura del cáncer en Nueva York.

Pero más que nadie me llamó la atención Mauro Casciari, un tano de mi edad: era el único que, en aquel Internet prehistórico, subía audios y videos con su propia voz.

Me sorprendió la voz de Mauro Casciari, que se parecía a la mía de ese momento, y sobre todo su nariz, idéntica a la nariz de mi papá.

Una vez, espiando un video suyo, él miró a cámara y yo puse pausa. Y quedó congelado, con los ojos medio estrábicos, y era igual a la mirada de mi abuelo Salvador cuando volvía borracho.

Yo creo que habríamos sido amigos, Mauro y yo, si él no hubiera empezado esa guerra territorial, estúpida, absurda, por el correo electrónico. En algún momento del año 1999, Mauro Casciari sacó una cuenta de Hotmail sin la letra eme antes del apellido. Dio de alta el correo genérico `casciari@hotmail.com`. ¡Eso hizo! Cagándose en Carla Casciari, en James Casciari, en Joseph, en mí mismo. Mauro se subió a la vida virtual a los empujones.

Mascando bronca, me acuerdo, tuve que poner la hache en mi primer correo electrónico: `hcasciari@hotmail.com`. Me daba vergüenza ese correo electrónico, nunca me gustó mi primera dirección de mail; era como si fuera un `perez241@yahoo`, un `juangarcia389`, me daba asco.

Y él, en cambio, se pavoneaba por ahí con su `casciari@` a secas. El treinta y uno de diciembre de 2000, mientras yo miraba los fuegos artificiales del cambio de siglo, me prometí estar más atento.

Y creo que cumplí. Porque cuando escuché por primera vez que Google había sacado un correo electrónico nuevo (para competir con Hotmail), yo estaba, me acuerdo, en la Clínica del Pilar, en Barcelona, porque estaba a punto de nacer mi primera hija. Escuché la noticia por la radio, en la sala de espera. Era el quince de abril del 2004. Ese día, al mismo tiempo, nacieron mi hija Nina y Gmail a la vez.

Mientras mi exesposa pedía mi presencia, porque ya estaba con dilatación ocho y a los gritos, yo me acuerdo de que estaba en la sala de espera dándome de alta en el flamante correo de Google, con miedo a que Mauro, el tano, me hubiera ganado de mano. Pero no. Esta vez yo fui más rápido que él. Conseguí vengarme, y la cuenta cascari@gmail.com es mía. Si me mandan un mail ahora, me suena en el teléfono.

¡Qué hermosa fue la venganza! Seguramente odió tanto Mauro Cascari que yo tuviera el Gmail genérico.

Cuando volví a la sala de partos, mi hija ya había nacido. Esa fue la cagada. Me la pusieron en los brazos; me acuerdo de que mi exmujer pensó que mis lágrimas de felicidad eran por la nena. Yo un poco careteé. Igual, después sentí los latidos del corazón de mi hija en el pecho y, ahí sí, ya conecté rápidamente con la paternidad.

Me acuerdo que besé a la nena, llorando, la sentí cerca por primera vez y le susurré al oído, muy despacio.

Le dije:

—Cuando tengas Gmail, Nina, vas a tener que usar la ene antes del apellido, porque el genérico es de papá.

27. Mauro, mi enemigo



El otro día les conté que hay un tano que tiene mi apellido, o yo el de él. Se llama Mauro Casciari y es mi enemigo número uno desde que me robó el correo `casciari@hotmail.com`.

Pero yo en 2004, un poco después, me vengué y me le adelanté con el correo de Gmail y le robé el `casciari@gmail.com`. Se debe haber enojado, porque después de eso me robó la URL.

Mauro se compró el `Casciari.com` en noviembre de 2005. ¡Yo en esa época no sabía que te podías comprar tu apellido punto com! Yo era muy estúpido en esa época.

Y yo investigué y se lo compró el veintisiete de octubre de 2005, y ese dominio va a ser suyo mientras el tipo pague su renovación cada tres años. ¡Yo nunca había pensado en eso! Desde entonces y hasta la fecha empezamos, Mauro y yo, una guerra silenciosa.

Yo empecé a comprar todos los suplementos tecnológicos de los diarios solamente para ver cuándo aparecía una nueva red social y robarme el `casciari`, el nombre genérico, antes de que llegara él. Llegamos a no dormir por las noches, porque él hacía lo mismo, desde su escondite mugriento en Roma.

Al mismo tiempo, nuestras carreras laborales crecían. Él pasó de ser locutor de radio regional a conductor de la televisión, de la RAI.

Yo pasé de bloguero a escritor de libros. Él se hizo conocido como movilero del CQC de Italia, y yo eché buenas con una obra de teatro muy taquillera.

Pero ojo. No triunfábamos en nuestros oficios por gusto ni por talento, sino para posicionar mejor nuestro apellido en los buscadores. Yo aparecí primero que él en la Wikipedia, ahí lo cagué, pero él salía mucho mejor favorecido en las fotos de Google Imágenes.

Nos dábamos de alta en todas las boludeces que aparecían, siempre con nuestro apellido genérico como punta de lanza. Como los perros que mean los jardines ajenos.

Él me cagó LinkedIn, porque justo esa noche yo estaba jugando al póquer con unos amigos. Desde ese día dejé de jugar al póquer, dejé de distraerme con amistades; me mantuve encerrado y atento.

Para nosotros, para él y para mí, abrir cuentas «Casciari a secas» era como comprar acciones: si alguna de todas esas redes sociales se hacía popular, el madrugador ganaba un nuevo combate.

Gracias a mi perseverancia, lo pude vencer, creo yo, en las dos batallas fundamentales: me le adelanté en Facebook, en mayo 2006, y disparé primero en Twitter, en octubre 2008. Todavía le debe de estar doliendo. Todavía le debe de estar doliendo, porque ahí Casciari a secas soy yo.

También es verdad que él plantó bandera en el canal de YouTube, y me dolió un montón. Pero yo le rapiñé Instagram. Solamente subí tres fotos mientras cagaba, a Instagram, para que Mauro sepa lo poco que me importa sembrar los territorios que gano.

Y así seguimos hasta hoy: vigilando al enemigo, cerrando filas, hojeando las novedades tecnológicas, durmiendo poco y con un ojo abierto.

No hace mucho, en octubre de 2017, fue el día de su pago trianual de la punto com, y yo pensé que podía quedarse dormido y olvidarse de pagar. Yo me quedé agazapado, con la tarjeta de crédito en la mano para robarle la URL. Ya había estado en vela en 2008 y en 2011 y en 2014,

pero el tanito no se olvidó nunca de pagar. ¡Siempre paga a último momento para hacerme sufrir! Esta es la primera vez que yo no estuve solo, en 2017. Mientras hacía guardia, mi hija Nina, que ya tiene trece años, me cebaba mates y me daba charla.

Los años anteriores ella era chiquita, pero ahora ya entiende cuál es mi misión en la vida y me hace el aguante. Y también me consuela, porque cuando Mauro pagó y yo me empecé a agarrar los pelos de frustración, me dijo:

—No te preocupes, papá. En 2020 vamos a estar acá de vuelta. Y si en 2023 ya estás viejo, o en 2026 tenés Alzheimer, o algo, yo voy a estar firme siempre, hasta que se olvide de pagar.

Me dio una ternura. Es más, lo digo y se me pone la piel de gallina.

—Gracias, mi amor —le dije y la miré con admiración.

Pero, al mirarla, me vino a la cabeza que el primer apellido de Nina es Casciari. Y que nació nativa digital, y que es hija única, y que es posesiva, y que ya tiene destreza para navegar. Entonces de golpe, por primera vez, en lugar de los ojos dulces de mi hija, descubrí, acechante, la mirada de un nuevo enemigo.

28. Una foto con mi padre



No hace mucho, en Costa Rica, bajo a desayunar al hotel, prendo la portátil y, antes de que llegue el café con leche, aparezco etiquetado en una foto de Facebook. Abro la foto. Primero no me reconozco, porque en la foto soy un bebé. Tampoco reconozco a primera vista al hombre que me lleva en brazos. Hasta que rápidamente entiendo todo y mis ojos ya no pueden hacer nada para remediarlo.

Es febrero de 1973 en la foto, y mi papá me sostiene en sus brazos. Mi papá murió hace cinco años, y yo todavía no lo había llorado. Nunca supe por qué. Por cagón, me imagino. Nunca más fui a mi casa de Mercedes desde que él se murió. Siempre quise mantener en la memoria otras imágenes de esa casa, unas imágenes más inofensivas, más cotidianas, en las que nadie se muere de un infarto en el sillón. Y nunca más, pero nunca, había visto fotos de Roberto Casciari.

En todos estos años, cuando paso por el comedor de la casa de mi hermana, entrecierro los ojos para no ver los retratos. Para no ver su cara de frente. Y ahora, en Costa Rica, en un buffet libre, lo veo de sopetón por primera vez, y él me tiene en brazos. En la foto yo estoy a punto de cumplir dos años y nos estamos mirando. Él de frente, yo un poco de reajo.

¿Yo ya sé que él es mi papá en esa foto?, me pregunto. Supongo que sí; a los dos años uno ya intuye las relaciones intensas. ¿Y él? ¿Él ya sabe que soy su hijo, quiero decir, lo sabe en el sentido más profundo y absoluto? Su sonrisa

parece decir que no. Todavía no sabe quién soy, todavía no sabe que nunca voy a ser un buen tenista. No tiene la menor idea de que en el futuro se va a quedar muchas horas en vela, sin saber dónde estoy ni a qué hora voy a volver, si es que vuelvo. No sabe que un día me voy a ir a vivir lejos y que no voy a estar cerca de él cuando se muera.

En la foto es verano, es Mar del Plata, no tiene por qué saber nada de esto. ¿Qué sabe de mí, entonces? ¿Qué quiere de mí esa tarde Roberto Casciari? ¿Fantasea, mientras tiene las patas en la arena, cómo serán nuestras charlas del futuro, como yo pienso ahora en mis charlas del futuro con mi hija?

¿Sabe mi papá que en el futuro voy a escribir a veces sobre él, o voy a contar anécdotas suyas en la televisión? ¿Se imagina que cuando se muera voy a tardar cinco años en llorarlo de verdad, y que lo voy a hacer tarde y mal, en un hotel de Costa Rica, por culpa de una foto que aparece en Facebook?

¿Sabe que no voy a estar en su entierro, que ni siquiera voy a volver nunca a nuestra casa? Desde que mi padre se murió, esta es la primera vez que miro una foto suya sin desenfocar la mirada. Puto Facebook y las etiquetas intrusivas.

No hubo tiempo para entrecerrar los ojos. Ahora se me aparece esta foto en Facebook y no puedo dejar de mirarlo. De repente, me pongo a llorar y es como un río que se desborda a destiempo. Alguna vez tenía que llorar, pienso, lo jodido es que sea en Costa Rica, y que haya una pareja de holandeses mirándome de reojo. Lo jodido es que se me haya cerrado el estómago justo en un buffet libre.

El llanto se me desparrama por encima de la mesa del desayuno y hace que tiemblen las cucharitas. ¿Qué pensará el camarero costarricense al ver a un gordo que empieza a llorar en silencio mientras desayuna?

Trato de calmarme, pero no puedo. Voy a cumplir dos años en esa foto, pero me llama más la atención la edad de

mi padre que la mía. Roberto está a punto de cumplir veintinueve, tiene catorce años menos que yo.

Es un chico joven con su primer hijo en brazos. Conozco esa sensación, la de tener a tu primer hijo en brazos y creer en la inmortalidad.

Ojalá sea verdad que Facebook va a quebrar en dos o tres años. No tiene derecho a hacerme llorar tan lejos de casa.

29. Los veinticinco de mayo



Viví quince años en España y mi primera hija es catalana. Es horrible cuando un hijo tuyo va al colegio en otro idioma, cuando sueña en otro idioma. Por eso, a Nina, a mi hija, desde que nació yo traté de hacerla argentina, aunque viviera en España. Ponía los relojes de la casa cinco horas atrasados, la obligaba a ver a Racing a las dos de la mañana, le ponía Charly García desde chiquita.

Y los veinticinco de mayo, por ejemplo, no la dejaba ir a la escuela. Porque en mi cabeza era feriado. Ella se quejaba, porque en Barcelona en mayo hay exámenes finales. Pero yo no la dejaba ir. La despertaba tarde, a propósito, y le decía:

Hija mía, si vos fueras argentina, hoy no tendrías que ir al colegio, pero el resto de los días de tu vida tendrías que levantarte a las siete, que en invierno en Argentina es todavía noche cerrada.

Tendrías que ir a la escuela a veces con cero grados, pisando la escarcha del pasto, y la señorita te haría formar en el patio junto a otros nenitos en estado de coma y todos cantarían «Alta en el cielo, un águila guerrera», y sentirías el frío de mayo congelándote el purpurado cuello, y así durante los primeros doce inviernos de tu vida, hija, hasta que te entre en el pecho la argentinidad o la pulmonía, lo que te llegue primero.

Porque ser argentino, hija mía, es sentarse en un pupitre y aprender a decir yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos durante doce años, y después salir a la calle y no decir ni tú ni vosotros en la puta vida de Dios.

Ser argentina, hija, es tomar mate los primeros cuarenta años de tu vida sin saber por qué, y tomar antiácidos los segundos cuarenta años sin saber por qué. Ser argentino, hija, es no encontrar relación entre la mateína y la acidez.

Todo eso le decía yo a mi hija española por la mañana. Y a la tarde, durante la merienda de los veinticinco de mayo, otra vez me acercaba y le decía:

¿Qué estás comiendo, hija mía? ¿Por qué no le estás poniendo dulce de leche a esa banana, a ese pan con manteca, a ese pedazo de queso, a esa tarta de coco, a ese flancito? ¿Por qué no le estás poniendo dulce de leche a todo, hija mía? ¿Me querés matar de un disgusto?

Ser argentina, hija, es ponerle dulce de leche a lo frío, es ponerle queso rallado a lo caliente, es ponerle limón a lo frito, y ponerle cara de asco a lo hervido. Eso es ser argentino, hija.

Y por las noches, cuando escuchábamos canciones infantiles antes de dormir, ella siempre me preguntaba: «Papá, ¿por qué otra vez me pones Manuelita, la tortuga?, ya tengo como mil años». Que era su manera de preguntarme: «Papá, ¿por qué soy argentina?». Y entonces yo, con todo el cariño del mundo, se lo explicaba:

Vos creés que sos grande, hija, pero no sos grande. De todos modos, un día sí vas a ser grande. Un día, vas a tener veinte años, por ejemplo, y vas a descubrir las otras canciones de María Elena Walsh.

No quiero decir que te vas a olvidar de «Manuelita», ni del «Twist del Mono Liso», ni de «La reina Batata»; eso es imposible, las vas a tener atornilladas a la cabeza siempre, te van a hacer feliz toda la vida, quieras o no quieras, porque eso es ser argentina...

Pero más adelante, hija, vas a estar en edad de conocer las otras canciones. Cuando seas grande, esa mujer, María Elena Walsh, va a dejar de ser en tu cabeza la que cantaba versos

para chicos y va a empezar a ser otra cosa, como un Pepe Grillo, como una conciencia entre vos y yo.

Mirá. Yo te voy a dejar un listado de canciones para que lo encuentres cuando tengas veinticinco, treinta años. Y vas a empezar por una canción que se llama «Serenata para la tierra de uno». Es una canción muy triste y muy hermosa.

Escuchála cuando crezcas, pero escuchála. Y si cuando vos seas grande la letra de esa canción te hace llorar justo en el verso que dice: «porque el idioma de infancia es un secreto entre los dos», si justo empezás a llorar en esa parte, y descubris que ese verso habla de vos y de mí, habla de un padre y una hija, entonces sí, ese día vas a ser del todo argentina y para siempre, aunque hayas nacido en otra parte.

30. Una década flaca



Para mí, los años noventa llegaron en el ochenta y nueve, justo en el momento que Spinetta cantaba «No seas fanática» en los jardines de ATC, y la transmisión se cortó para emitir el discurso del ministro de Economía, Juan Carlos Pugliese. En ese momento, cuando se cortó una canción y empezó la otra, en casa dijimos:

—Cagamos, los noventa. ¡Llegaron los noventa!

Me acuerdo patente. En mi casa vimos una especie de luz azul que entró por la claraboya y de repente mi hermana adolescente se quedó embarazada, yo empecé a tomar cocaína como un chancho, mi viejo puso una cancha de paddle y mi mamá, Chichita, se hizo los claritos. Pero todo el mismo día.

En aquel tiempo yo era otro. Era más joven, era más amable, era muchísimo más soltero que ahora y también más inteligente. Pero había una diferencia visible: fue la época en que más flaco estuve en la vida, o mejor, fue el único tiempo en que estuve flaco de verdad.

La delgadez me había dejado algunas ventajas: agilidad, seguridad, ropa elegante. Fue la única década de mi vida en que usé la camisa dentro del pantalón, por ejemplo.

Lo más importante de los noventa me pasó una mañana y fue sin querer. Yo había pasado toda la noche fumando porro con unos amigos y me amaneció el hambre en la cabeza. Un hambre voraz y primitiva. Como ya era de día, me vestí de traje para ir a la redacción y de camino pasé por una panadería de la avenida Santa Fe. Yo estaba de punta en blanco, hermoso, me quedaban muy bien los trajes cuando

yo era flaco. ¡Pero muy bien me quedaban! Entonces entré en la panadería, pedí media docena de medialunas y una empleada joven las empezó a poner en una bandejita.

Cuando la chica me dio la espalda yo descubrí unas masas finas, bañadas de chocolate, sobre el mostrador alto de vidrio. Y me comí una con rapidez, porque mis dedos de entonces eran dedos ágiles. Levanté la vista para tragar esa masa que me había robado, y desde la otra punta del local una cajera vieja me miraba a los ojos muy seria. Yo cabeceé en forma de saludo y sonreí. Ella no. Entonces me comí otra masa fina, pero mirándola a los ojos, para que supiera que me estaba robando las masas sabiendo que ella me miraba. Y ella no dijo nada.

Creí entender lo que estaba pasando. Sospeché que a un flaco elegante nadie podía decirle nada, ni lo bueno, ni lo malo. Para confirmar la teoría, me acerqué a la cajera vieja y, sin bajarle la vista, agarré dos sanguchitos de miga triples que había sobre el mostrador. Uno de atún y lechuga, y el otro de algo rosa con pedacitos de huevo duro. Los doblé, los aplasté y me los metí en la boca. Mirándola a los ojos.

Mastiqué durante cuarenta segundos con la mirada en los ojos de la mujer. Me atraganté y la cara se me puso de color borravino. Respiré con la boca abierta para recuperar el aire y seguí masticando hasta tragar. La otra chica también me miraba.

—¿Algo más? —me preguntó la empleada, con las medialunas en un paquetito.

Dije que no con la boca llena. La cajera seguía muy seria y me extendió el ticket. En el recibo no figuraban las cosas que yo me había comido, solamente las medialunas, el primer y único pedido formal. Pagué, esperé el vuelto y dije que muchas gracias.

Antes de salir a la vereda, me paré en seco. Abrí una vitrina del fondo de la panadería y me metí en el bolsillo del traje

tres o cuatro cañoncitos de dulce de leche. Por las dudas, me volví para observarlos a todos, a ver si había sido claro. Y sí, todos me estaban viendo robar, a la luz de la mañana, en pleno centro de Palermo. Me observaban sin chistar, maravillados. Salí a la calle y el sol me pegó en los ojos. Respiré todo el aire que pude por la nariz.

Y yo sé que los noventa para mí fueron esa mañana. Los noventa fueron esa mañana, muchísima gente gorda y roñosa, encerrada por un rato en cuerpos de involuntarios flacos elegantes, atracando una panadería de la calle Santa Fe. Eso fueron los noventa: un montón de tipos con la camisa adentro del pantalón y olor a perfume caro que, sin embargo, siguieron manteniendo la costumbre de comer lo que no era de ellos con la boca abierta.

31. La alarma inesperada



Lo más horrible que me pasó arriba de un taxi empezó en la vereda de la librería El Ateneo. Yo tenía que ir a La Plata y me dio fiaca tomar un colectivo; entonces paré un taxi. Había sido una semana muy rara. Mi papá se había muerto hacía muy poco y yo estaba de casualidad en Buenos Aires por primera vez con mi hija. Era rarísima esta ciudad sin padre y con hija.

Mi hija, Nina, se había quedado a dormir en casa de mi hermana, en La Plata. Y yo estaba en El Ateneo de la avenida Santa Fe. Ya era de noche. Me habían pagado una plata que yo no esperaba, y entonces me tomé un taxi. El taxista era un chico joven, morochito, de ojos cansados. Me explicó que manejaba el taxi desde hacía una semana, que el auto era de un primo, y que lo hacía porque necesitaba la plata.

Salimos por Santa Fe hasta Cerrito y de ahí hasta la autopista. El chico manejaba nervioso. Yo pensé que podía ser por la inexperiencia, después pensé que tomaba merca, pero después me di cuenta de que no era por ninguna de las dos cosas.

Lo supe cuando le sonó el teléfono; él puso el manos libres. Entonces una voz de mujer retumbó en todo el taxi:

—Está cada vez peor, Alberto, no sé qué hacer —dijo la mujer.

—Llévala a un hospital privado —dijo el taxista con la voz de agobio.

—¿Pero con qué plata, Alberto? —decía la mujer en el teléfono.

El taxista apretó los puños sobre el volante; le dijo a la mujer que estaba en medio de un viaje, que no podía hablar. Parecía acorralado. Cuando cortó me pidió disculpas y me explicó que su hija (en realidad dijo «hijita») estaba muy enferma, que desde hacía dos noches volaba de fiebre, que para peor él se estaba separando de su mujer, que casi no dormía, que trabajaba de día y de noche para conseguir algo de guita y sacarla de un hospital público donde no le prestaban atención, y que su mujer lo estaba volviendo loco.

Todo esto lo dijo sin poner una sola coma, todas las comas las puse yo. Me sentí incómodo, no sabía qué decirle. Y, de todos modos, intenté calmarlo, porque iba a una velocidad tremenda, pero mis palabras quedaron a mitad de camino por culpa de una alarma horrible que empezó a sonar adentro del auto.

Ni él ni yo entendimos qué pasaba, hasta que de los parlantes del manos libres habló una voz metálica, grabada, que dijo algo así: «Usted está saliendo del perímetro de la Ciudad de Buenos Aires, necesita ingresar el código de seguridad».

El taxista no tenía la menor idea de lo que significaba todo eso y la alarma se escuchaba cada vez más fuerte. Llamó a su primo, al dueño del taxi, y el primo le dijo que era un sistema antirrobo. Como ya estábamos en provincia, había que avisar que yo, el pasajero, no lo estaba encañonando con una pistola. El primo le dio el número de seis cifras, el taxista lo tecleó en el teléfono y la alarma dejó de sonar. Fueron como diez, quince segundos de silencio.

Yo miraba con atención el velocímetro, y de reojo la mirada del taxista por el espejo: parecía un zombi. Faltaban diez, quince kilómetros para llegar a La Plata cuando sonó de nuevo el teléfono. Era otra vez la mujer, que esta vez lloraba a los gritos, no se entendía muy bien casi nada, solamente entendimos la frase:

—Está muerta, Alberto —tres veces lo dijo—, ¡está muer-

ta! —Y retumbaba todo. Y después, un llanto estremecedor. Y después la conversación se cortó y ninguno de los dos, ni el taxista ni yo, dijimos nada. Nos hicimos los boludos. Nos hicimos los boludos, yo supe que quería bajarme de ese auto lo antes posible para volver. No quería estar adentro de la tragedia de ese hombre. Entonces le toqué el hombro con la mano y le dije:

—Dejáme acá y volvé.

Él frenó en seco sobre la banquina haciendo una maniobra peligrosísima. Y me miró. Estaba llorando. Yo no sé desde cuándo estaba llorando. Y me dijo:

—¿En serio? ¿No te jode si vuelvo?

Y yo le dije:

—No. No me jode.

Yo quería bajarme urgente. Saqué el sobre con lo que me habían pagado en El Ateneo y se lo di todo. No por generoso, por culpa. Porque no quería saber nada con su historia ni con la muerte. Bajé del auto y lo vi derrapar como un rayo. Hizo una maniobra en «U» más peligrosa que la anterior. Y yo me quedé en la banquina, estaba todo oscuro, no había estaciones de servicio por ninguna parte. Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, y pensé en lo que no había querido pensar. Pensé en mi hija Nina y en sus cuatro años.

Pensé con terror en mi hija, que seguramente estaba en la casa de mi hermana durmiendo, y sentí, de repente, que yo mismo estaba cruzando un límite. No un límite que separa la capital de la provincia. Era una frontera más intensa: yo había pasado de ser un hijo a ser un padre. Había pasado de no tenerle miedo a nada a vivir con pánico siempre. Aquella noche, en una zona imprecisa entre Buenos Aires y La Plata, me empezó a sonar una alarma horrible en la cabeza. Y yo no tenía, no tengo (nunca voy a tener), el código de seguridad para apagarla.

32. La foto del presidente Wasmosy



En el año 1995 empecé a trabajar en una revista de economía que se llamaba *Énfasis*, en Buenos Aires. Yo usaba traje, era flaco: estaba hermoso. Un par de meses después de que me aceptaran en ese trabajo, logré que incorporaran también a Chiri, mi mejor amigo. El señor Baigan, el director de la revista, tomó a mi amigo a prueba durante una semana para ver si funcionaba.

Su primera tarea, la prueba de fuego de Chiri, fue ir a la Embajada de Paraguay a conseguir una foto del presidente Wasmosy. Estábamos cerrando un suplemento de logística sobre el Mercosur y solamente nos faltaba esa foto; ya nos empezábamos a desesperar por esa foto, no había Internet para encontrar fotos. Chiri entendió, en su primer día de trabajo, que si cumplía ese recado menor, esa tarea simple, pero urgente, podría obtener una buena impresión inicial. Entonces dijo:

—¡No se preocupen, ya está hecho! ¡Voy yo y consigo la foto en la embajada! —Y se fue. Ni siquiera pidió plata para el colectivo. Se fue.

Chiri llegó a la embajada y no tuvo suerte. Lo frenaron en la mesa de admisiones y no le quisieron dar ninguna foto del presidente del país hermano. Le dijeron que no tenían. Chiri supo que se estaba jugando el puesto, así que insistió. Entonces le dijeron que volviera el lunes. Chiri insistió más, porque no podía volver el lunes. Y ahí le dijeron que se fuera, medio con mala onda.

Cuando Chiri volvió a la redacción, sin embargo, traía

bajo el brazo un retrato inmenso del presidente Wasmosy. El primer mandatario del Paraguay estaba mirando al horizonte, —¡era un cuadro!—, con la banda tricolor en el pecho.

Nos sorprendimos un montón, porque era un retrato enmarcado en roble, de treinta por cuarenta y cinco. Le preguntamos a Chiri quién le había cedido esa imagen.

Y Chiri dijo:

—La descolgué de la pared de la embajada antes de irme, porque no me querían dar ninguna foto —eso dijo mi amigo.

Éramos siete en la mesa de trabajo de la redacción. Es decir: catorce ojos que se quedaron mirando a Chiri con estupor. El jefe, Baigan, directamente se puso pálido.

El robo de símbolos patrios en territorio extranjero era, en ese momento (y me parece que ahora también), delito internacional. No te viene a buscar un policía argentino en un patrullero cuando te robás la foto de un presidente de una embajada. Viene a buscarte la Interpol. Vienen a buscarte tipos con traje negro, con anteojos oscuros, uno rubio y el otro con audifono. El juicio, por lo general, es corto porque el gobierno del agresor prefiere no tener conflictos diplomáticos y nadie te ofrece una defensa digna.

Lo miramos a Chiri y entonces hicimos las cuentas: a mi amigo le correspondían cuatro años de prisión efectiva, no excarcelable, y sin fianza. Pero ojo: cuatro años en cárceles de Paraguay, que no es lo mismo que cuatro años humanos. Pasa lo mismo que con la edad de los perros: a las penas de cárcel paraguayas hay que multiplicarlas por siete. Porque te culean todos los días.

Mi amigo Chiri, sin embargo, no era consciente de su gesta cuando entró a la redacción con el presidente Wasmosy en el sobaco. Entregó la imagen en color sin mucho espanto y se sentó en su escritorio a esperar que la escanearan para devolverla. Dijo eso: «para devolverla».

En esa época fumábamos mucho porro, yo creo que Chiri pensó esa tarde que la vida era fácil. No entendió nunca por qué todos lo mirábamos con la boca abierta. Tampoco entendió cuando el señor Baigan, nuestro jefe, se acercó a él, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Pibe, si mañana estás en el país, el puesto es tuyo.

Los siguientes cuatro días nadie vino a llevarse preso a Chiri, y entonces Baigan cumplió su promesa y lo contrató. Pasamos un par de años muy divertidos en esa revista de economía, y después renunciamos.

La foto de Wasmosy está ahora enmarcada en una pared del comedor de la casa de Chiri. Cada vez que voy a visitarlo a su casa y la veo (a la foto), vuelvo a sentir en el pecho que mi amigo es un héroe.

33. Últimas palabras en un ascensor



Una madrugada, el ascensor de mi departamento de Almagro se quedó entre el tercero y el cuarto, y tuve que salir por el hueco. Del lado de afuera, el portero me decía que lo hiciera sin problemas, que no había riesgos. Y entonces descubrí mi fobia a partirme en dos y me paralicé de terror.

Inmóvil de pánico, empecé a desarrollar imágenes de mí mismo saliendo del ascensor; imaginé que el ascensor volvía a funcionar en ese instante y que mi cintura quedaba en el medio, partiéndome en dos como a un durazno. Y no me animé a salir, me quedé quieto.

Como nací en Mercedes, que es el medio del campo, yo crecí viendo a las gallinas correr unos segundos sin cabeza. Yo sabía que morir en serio es posterior al desgarramiento que te mata. Sabía que siempre hay unos segundos donde la sangre sigue subiendo por la cabeza y te deja actuar por última vez, aunque estés muerto, no importa si sos persona o gallina.

Y gracias a eso tuve la lucidez del condenado: pensé que cuando el ascensor me cortara en dos mitades yo sería un medio hombre capaz de entender todo. Y me creí con tiempo de hacer un último chiste antes de desangrarme. Pensé que, si el ascensor me partía en dos, yo le iba a decir al portero: «Me pica el pie, ¿podrías ir a planta baja y rascarme?».

Esa decisión, la de morir fingiendo felicidad o alegría, fue la que le ganó la guerra a la parálisis. Fueron más grandes las ganas de hacer ese chiste que el miedo a que me aplastara el ascensor.

Y entonces tuve coraje y salí. Y no pasó nada. Ni muerte, ni rasguño, ni dolor. Salí de ese ascensor y desde ese momento empecé a pensar, minuciosamente, en cuáles iban a ser mis últimas palabras. Y así nació mi segundo gran miedo: morirme sin decir nada.

Siempre les tuve mucho respeto a los hombres que prepararon con dedicación su frase final antes de morir. Me dan pena aquellos hombres a los que la muerte los agarra por sorpresa y que, incluso teniendo sus palabras bien pensadas, no pueden decirlas por falta de reflejos.

Martin Luther King, por ejemplo, le estaba contestando a un amigo que le recomendaba llevar campera, y dijo: «Está bien, ahora me pongo algo», y lo mataron de un tiro con esa idiotéz en la boca. O el pobre Einstein, que seguramente dijo algo maravilloso, sublime, revelador, sin saber que el enfermero que lo estaba cuidando, el único testigo de su muerte, no sabía ni una sola palabra en alemán.

Los que dejan frases pesimistas me dan un poco de asco. Porque, pudiendo decir alguna cosa esperanzadora, se quedan encastrados en el egoísmo de su propia tristeza. Como Bolívar, con su quejoso «He arado en el mar», o como Gorki, que se murió diciendo: «Habrá guerras, prepárense». O el mismísimo Churchill, siempre tan bajonero, que se murió diciendo: «Todo me aburre».

Da Vinci, que sabía que había sido el hombre más importante de su época, se murió con un gesto de falsa modestia, dijo: «He ofendido a la humanidad porque mi trabajo no tuvo la calidad suficiente». ¡Qué pelotudo! En cambio, Galileo, testarudo y empecinado, repitió su ya famoso «eppur si muove», pero en la versión maxi remixada: «No importa lo que digan, la Tierra gira alrededor del Sol».

Beethoven, muy raro en él porque era bastante original para todo, se copió las últimas palabras de Rabelais. El músico dijo: «Que los amigos aplaudan, la comedia se terminó», una

frase demasiado parecida a la del escritor francés, que dijo: «¡Que baje el telón, la farsa ha concluido!». Y las frases de los dos son mucho menos efectivas que la del gran Nerón, un muchacho irónico e irreplicable, que dijo: «¡Qué artista muere conmigo!», y me imagino que sonrió de un solo lado antes de morir.

María Antonieta hizo un chiste. Le dijo al verdugo —que un segundo después le iba a cortar la cabeza—: «Disculpe, lo pisé». Una genia.

Pero la más divertida, a mi juicio, fue la de Balzac, y con él me quedo para cerrar este recuento de cadáveres.

Balzac, sabiendo que fue el escritor más prolífico de la historia, el que más cuentos y novelas escribió, miró el reloj antes de morir y dijo:

—Putá madre. Ocho horas con fiebre. ¡Me hubiera dado tiempo a escribir un libro!

34. Mi primer asalto



Esto me pasó a finales de 2002. Yo estaba en Madrid, hacía menos de un año que vivía en España, y ya extrañaba un montón Buenos Aires. Tenía un trabajo nocturno bastante aburrido, y esa noche me estaba yendo a trabajar. Eran las dos de la madrugada. Iba tranquilo por la calle, escuchando música con los auriculares. Escuchaba tango, porque cuando vivís en Europa y es de noche siempre escuchás tangos para sentirte peor.

Yo estaba escuchando «Mi Buenos Aires querido», cruzando la Puerta del Sol de noche. Estaba casi vacía la plaza. En un momento vi a un tipo que venía de frente, a lo lejos.

Cuando se fue acercando vi que tenía los ojos muy abiertos, me miraba mucho, los dientes de abajo salidos para adelante. Y cuando me cruzó me pidió algo, no entendí porque yo estaba con auriculares, no sé si me pidió monedas o un cigarro. Me habló con un acento resbaloso que podía ser de las islas Canarias o de Latinoamérica.

Sin dejar de caminar, yo le hice un gesto con los hombros y con la boca apretada, como diciendo «lo lamento mucho, pero eso que me estás pidiendo no tengo», eso dije, y decidí esquivarlo por el costado de la pared.

Él me dejó pasar, pero inmediatamente se puso a caminar atrás, me di cuenta por la sombra. Pasito a pasito, como una especie de mimo nocturno sin talco en la cara. Me empezó a seguir. Sentí la presencia de su cuerpo durante una cuadra, dos cuabras, y no hice nada.

Me cagué de un susto, pero no hice nada.

Caminé en línea recta por la vereda, respirando por la boca y tratando de entender el significado de todos los ruiditos que me llegaban por la espalda. Lo tenía al tipo a un metro. Si estiraba él la mano, me podía tocar. Él caminaba al mismo tranco que yo. Cada vez más cerca. Y sabía que me estaba por robar.

Yo odio mucho ser cobarde. Pero odio muchísimo ser cobarde.

Siempre me doy asco en las situaciones límite. Mi cuñado, el Negro Sánchez, nunca dura una cuadra entera sintiéndose perseguido por un estúpido. ¡Hace algo! ¡Hace algo valiente antes!

Los valientes siempre tienen ideas creativas en los momentos de peligro.

Se suben a caballo de la situación, no pierden tiempo alimentando el susto. Yo reflexionaba esto, justo hablaba de esto con mi cabeza, cuando noté el metal en la espalda y me quedé quieto. Nunca (jamás) me habían apuntado con una pistola hasta ese día. Yo no sabía bien qué hacer. Me quedé quieto. El metal estaba frío.

Y, la verdad, yo no sé cómo funciona el cerebro de los valientes en los casos de peligro, pero el mío, mi cerebro cobarde, se desconecta. Inmediatamente.

Esa noche, en Madrid, mi cerebro se desconectó, y antes de desconectarse me dijo:

Mirá, hermano, yo me apago diez minutos y que sea lo que Dios quiera. En todo caso, tirate al suelo y empezá a chillar. A mí pedime que te escriba un cuento, pedime la tabla del nueve, pero no me pidas ideas relacionadas con el coraje. Eso me decía mi cerebro. Así que me desconecto, querido. Nos vemos en la clínica, un fuerte abrazo.

¡Eso me dijo el cerebro, y se apagó! Y entonces dejé de pensar. Solamente sentía cosas. Sentía el frío del revólver, la brisa de Madrid en la cara, sentía el aliento del ladrón en la nuca. El tipo se acercó a mi oreja, desde atrás, y me dijo:

—Ahora date vuelta y ponete tranquilito contra ese auto. Así me lo dijo. Con ese tono de conurbano cordobés. Dijo «ponete», dijo «tranquilito». ¡Yo no lo podía creer! Yo extrañaba tanto conversar con argentinos, y el primero que me encuentro en Madrid me estaba afanando. Me estaba tratando como en casa.

Con cuánta alegría lo acompañé al cajero, con cuánto orgullo le di la contraseña de la tarjeta. Con cuánta dignidad me desvalijó ese muchacho.

Él también hacía poco que estaba en España, me dijo.

Cuando me hablaba me decía «vieja», y eso, después de un año de que te digan «tío» o «chavalote», es impagable. Es maravilloso que te digan «vieja».

Él también estaba contento de que yo fuera argentino y de poder robarme a mí, porque los gallegos, me dijo, «son aburridísimos de robar». Esto pasó muy al principio de 2002, fue justo después del corralito.

Estábamos los dos tan solos...

35. El hermano de mi amigo fue a la guerra



Yo tenía un amigo en la primaria que se llamaba Agustín Felli. Me encantaba que me invitara a tomar la leche a su casa, porque su familia era muy distinta a la mía. En mi casa era todo normal; Chichita y Roberto eran bastante adultos, o habían madurado pronto, y yo no les podía hablar de cualquier cosa. En cambio, los padres de Agustín Felli todavía no habían madurado tanto; ya eran viejos de treinta y pico, pero parecían más jóvenes.

Escuchaban otra música, compraban otros muebles. Mis viejos tenían muebles aburridos, marrones, comunes. Los padres de Agustín Felli tenían sillones de colores y mesas bajitas, velas prendidas. Mis papás escuchaban a Palito Ortega y a Luis Aguilé, y estos, en cambio, escuchaban a Spinetta, a Manal.

También me gustaba ir a esa casa porque a veces los padres de Agustín nos dejaban solos, y entonces nos metíamos en la pieza del hermano mayor. Al hermano de Agustín le decían el Corcho. En su pieza tenía un montón de discos de rock nacional y siempre andaba con chicas que eran lindísimas. Era una especie de playboy de Mercedes, y se llevaba muy bien con los de nuestra edad. Nosotros teníamos once.

Un día el Corcho se fue a hacer la colimba y le cortaron el pelo. Cuando lo vi de nuevo, me pareció que no era tan canchero sin la melena, pero incluso con el pelo corto seguía teniendo un montón de novias.

Antes del Mundial de España, al Corcho lo mandaron a la guerra de las Malvinas. Pero como los abuelos eran una

familia de plata, el abuelo Felli les pagó a unos militares de Mercedes para que le dijeran siempre dónde estaba el Corcho y para que lo cuidaran. Un día la guerra se terminó y el Corcho volvió de las islas Malvinas. Primero lo mandaron a Río Gallegos, y de ahí en un camión militar a Buenos Aires.

Desde Buenos Aires el Corcho pudo llamar por teléfono a Mercedes. Habló con mi amigo Agustín y después con sus padres. Estaban todos muy contentos de escucharlo. El Corcho había estado dos o tres meses enteros en las Malvinas.

Entonces el Corcho les preguntó a sus padres si podía volver a su casa con un amigo, con un soldado de Misiones que había conocido en las islas.

—Nos hicimos como hermanos —les dijo—, me gustaría que se quedara unos días en casa.

El papá le dijo que sí, que obvio, que los esperaban a los dos con un asado, que se subieran pronto al primer tren y que volvieran rápido.

El Corcho les explicó que a su amigo le habían amputado la pierna y el brazo izquierdos. Que no podía caminar y que estaba muy dolorido; que mejor dejaran el asado para más adelante. Su amigo iba a necesitar descansar unos días.

Entonces el papá del Corcho hizo un silencio.

Y la mamá, que estaba escuchando, agarró el teléfono y le dijo al Corcho:

—Nene, vení vos solo entonces. Después vemos cómo hacemos para ayudar a tu amigo de alguna manera. En casa no podemos cuidar a alguien en esa situación, hijo, tu hermano es chico todavía. Vení vos, Leandro, vení vos solo, que hace tres meses que no te vemos. Yo te prometo que tu papá va a ayudar a tu amigo.

El Corcho dijo que sí, que por supuesto, no era un chico rebelde, nunca discutía con sus padres. Les dijo que iba para allá solo, en el directo de las seis y media de la mañana, y que llegaba a la estación antes de las nueve.

Pero esa misma noche, bien tarde a la madrugada, sonó el teléfono en la casa de los Felli. Eran de la Comisaría Nueve, diciendo que habían encontrado el cuerpo sin vida del conscripto Leandro Felli, de diecinueve años, boca abajo, en una pensión del Once. La puerta estaba cerrada por dentro y, previsiblemente, la víctima se había pegado un tiro en la boca.

Cuando los padres fueron a reconocer el cadáver a la morgue, supieron que su hijo tenía la pierna y el brazo amputados. Y que el amigo de Misiones no había existido nunca.

36. De chico arruinaba las fotos



Durante toda la infancia arruiné las fotos. Todas las fotos. Las primeras veces que lo hice me festejaron la gracia, se creían que era un gordito extravagante. «Dejálo, dejálo, que está llamando la atención». Para mí no era una gracia. Yo no lo hacía queriendo. En el momento exacto del clic, no importaba si era una foto grupal, pautaada, espontánea, justo en el momento del clic, mi cuerpo hacía un estertor que no podía ver el ojo humano, pero el ojo mecánico de la máquina de fotos sí lo atrapaba, e instantáneamente me quedaba esa cara. Así todo el tiempo, en todas las fotos.

Mi mamá sufría en silencio mis caras, pero en público fingía que no le importaba. Yo creo que la gota que colmó el vaso fue cuando empecé la primaria. A las dos semanas nos sacaron a todos los nenitos al patio para hacernos la foto de grupo. Las maestras me pusieron en primera fila y, cuando el fotógrafo dijo «miren el pajarito» o «digan whisky», yo traté con todas mis fuerzas no hacer esa mueca, pero en el momento exacto del clic, ¡zas!, otra vez me salió la cara esa.

A los tres días, mi mamá se encontró con una señora en la mercería y en medio de una charla de nuevas vecinas las dos descubrieron que tenían hijos de la misma edad en el mismo colegio.

Entonces la señora se acercó al oído de Chichita, de mi mamá, y le dijo:

—Lo más probable es que al mío el año que viene lo cambie de colegio, porque mucho no me gusta la Escuela Normal.

—¿Por qué? —le preguntó Chichita.

—Ay... Es que ahí dejan matricularse a cualquiera —dijo la vecina nueva—, hay dos chicos medio negritos, de la villa miseria, en la misma aula que nuestros hijos y, trascartón, hay uno, pobrecito, que es retrasado, ¿vos no viste la foto del gordito retrasado? —le dijo a mi mamá.

Mi mamá no podía hablar, se le salían las lágrimas. La vecina siguió:

—Yo me fui a quejar enseguida, no puede ser que un chico te arruine una foto que es para siempre. Por suerte, a la semana les hicieron la foto de grupo de nuevo, pero al retrasadito no le avisaron, vos tenés la segunda foto, ¿no?

No. Mi mamá no tenía la segunda foto. Mi mamá no tenía la menor idea de que había habido una segunda foto. Chichita se fue de la mercería sin saludar. Cruzó la calle caliente como una pipa. Cuando entró a casa yo estaba jugando con el Segelin en el comedor. Ella se sentó en el sillón, me miró a los ojos como si yo fuera un criminal, y se puso a llorar sin consuelo.

Me miraba y lloraba, y yo jugaba con el Segelin, me miraba y lloraba. Me dijo, en medio del llanto, que se sentía la madre más desdichada del mundo, que tenía vergüenza de mí.

Para mí eso fue como una revelación. Supe inmediatamente que no volvería a arruinar una foto en la reputísima vida. Aunque me costara quedarme bizco, no pensaba pestañear en el momento del clic.

Tres semanas después tuve la primera oportunidad. Jugábamos nuestra primera final de básquet contra los chicos del Quilmes en la categoría premini. Antes de cada final, un periodista viene y hace una foto que después sale en los diarios locales.

Cuando el fotógrafo se acercó y pidió que nos apiñáramos para la foto, yo crispé la mandíbula y le pedí a Dios que por favor no me hiciera hacer esa cara; miré la cámara, le-

vanté el mentón y el flash me encegueció de incertidumbre. «Me parece que no hice cara», pensaba cuando me fui. En casa no dije nada, por las dudas.

El sábado siguiente temprano yo todavía estaba en la cama, sonó el timbre, mamá salió a atender y escuché que le estaban entregando las fotos del club. Oí ruidos de un sobre de papel madera que se abría y, después, silencio. Entonces mi vieja entró a mi cuarto y empezó a fajarme como nunca en la vida, era una madre ninja. Me pegaba y me decía: «¡Otra vez, Hernán, otra vez!». Mi vieja me decía una palabra y pegaba, una palabra y pegaba, era larguísimo. «¡Otra vez me hacés pasar vergüenza delante de todos! ¡Por el amor de Dios, Hernán! ¡Hasta cuándo?».

Se levantó llena de humillación, salió de mi cuarto y pegó un portazo. A mí me dolía todo el cuerpo, pero tuve fuerza para agacharme a buscar los pedazos de la foto rota y la vi: yo estaba sonriendo con la frente alta en esa foto, con mi musculosa celeste con el número cinco, y no tenía ninguna cara, era mi cara de siempre. Y entonces supe la verdad. Aquella era la primera foto que veía mi mamá con mi cara normal. Ese día entendí, por primera vez y para siempre, que no soy fotogénico.

37. El colmo de un campesino



Cuando tenía diez años, once años como mucho, yo leía a escondidas la revista *Humor*. No me escondía porque estuviéramos en dictadura y los textos de la revista *Humor* fueran subversivos. Me escondía porque yo era muy chico todavía y en esas páginas a veces había dibujos de mujeres desnudas, y bastantes malas palabras.

Cada cual tiene su pequeño gobierno militar en la casa, y a mí el coronel Chiquita me producía más temor que el general Galtieri. Chichita es mi mamá. Y a mi mamá no le gustaba que yo leyera cosas que no eran para mi edad.

Pero a mí me aburrían las revistas para mi edad. Las revistas infantiles de esa época, *Billiken* y *Anteojito*, trataban a los chicos como si fueran imbéciles, pero en casa las recibíamos a las dos, *Billiken* y *Anteojito*, porque Chichita creía que troquelar cabildos podía ser útil para mi futuro.

Por suerte, en el negocio de canje de la calle Treinta y Dos, te daban una revista *Humor* vieja por dos números nuevos de *Billiken* o *Anteojito*. Y de esa manera yo conocí a mis primeros dibujantes favoritos, y también supe que los periodistas y los escritores serios podían también ser graciosos y hacer enojar a los malos con buenos chistes por la espalda.

Me encantaba leer a escondidas la revista *Humor*, aunque entendiera solamente el diez por ciento de todo lo que decía esa gente.

Y entonces pasó una cosa increíble. Todos esos dibujantes y escritores, una tarde, en mitad de la guerra de las Malvinas,

tuvieron una idea genial. Tuvieron la idea de hacer una revista como la revista *Humor*, pero para chicos.

Y entonces nació *Humi*, que no traía ilustraciones de próceres en la tapa ni cabildos para troquelar, sino que se burlaba de las cantantes infantiles de la época. Una revista infantil increíble.

El proyecto, obviamente, fue un fracaso. Duró muy poco *Humi*, porque los padres preferían seguir comprándoles a los hijos cabildos para troquelar.

Pero durante las pocas ediciones que duró *Humi*, yo fui un fanático de esa revista; devoraba cada página, hacía guardia en el quiosco del pueblo a la tarde para saber si había llegado el último ejemplar, y después me pasaba semanas leyendo y releendo cada artículo, mirando cada historieta.

Me gustaba el olor de la revista y todo lo que decía.

Me fascinaba, sobre todo, que los mismos dibujantes y guionistas de la revista *Humor*, las mismas firmas subversivas, tuvieran tiempo para conversar con gente de diez años.

Y además no tenía que esconderme de Chichita para leerla, porque me hablaban a mí, me hablaban directamente a los ojos.

Esa cercanía me dio valentía suficiente para mandar una carta a la redacción. No me acuerdo de qué decía la carta, seguramente estaba escrita a máquina y llena de faltas y de borrones.

Pero me acuerdo de que al final de la hoja, ya más distendido, les dejaba un chiste. El chiste del campesino que cierra la tranquera para que no entre el aire.

Mandé el sobre con emoción, pero también sin esperanza, y dos semanas después, cuando recibí de manos del quiosquero el número tres de la revista *Humi*, ahí estaba mi chiste, era la primera vez que veía mi nombre y mi apellido impreso en el papel. Y ese momento, estoy seguro ahora de eso, fue el resorte inicial, fue el punto de partida de mi vocación.

Ahora que existe la impresora, ver tu nombre impreso en papel es fácil, pero en esa época era un milagro. Tenías que escribir una carta y mandarla. El cartero no tenía que equivocarse, la carta no tenía que perderse, alguien tenía que abrirla y no tirarla a la basura, y sobre todo unos señores a los que yo admiraba tenían que leer la carta, y tenía que gustarles el chiste que yo mandaba.

Después de eso, que ya era de por sí increíble, un tipógrafo tenía que seleccionar las letras de mi chiste, y un imprentero multiplicar la página, y unos obreros intercalar los pliegos, y un distribuidor repartir la revista por todo el país, y un camión nocturno llegar a Mercedes, mi pueblo, y el quiosquero darme un ejemplar, y yo ir hasta la página cinco y ver mi chiste, y ver mi nombre y mi apellido impresos. Todo eso había ocurrido en secreto durante quince días hábiles del año 1982. Todas esas magias habían pasado sin distracciones, con la serenidad de los milagros. Y entonces yo supe, con toda la fuerza de un chico, que esas eran las cosas que tenían que pasarme en la vida. No fue un deseo. Fue una certeza extraña y conmovedora de mis diez años. Yo tenía que escribir.

38. La madre de las desgracias



Los que hemos sido inmigrantes, los que vivimos alguna vez muy lejos de casa, sabemos que en algún momento vamos a tener que sacar un pasaje urgente, vamos a tener que viajar doce horas en avión con los ojos en compota para ir al entierro de uno de nuestros padres.

Es un asunto horrible que les pasa, tarde o temprano, a todos los inmigrantes. Yo viví quince años en España, y me acuerdo de la madrugada de 2008, cuando sonó mi teléfono. Era mi mamá:

—Tenés que venir urgente —me dijo con la voz apagada de dolor—. Papá se muere.

—¿Estás segura? —le dije yo sin necesidad.

—Te estoy diciendo que se muere, pero todavía no sabe.

—Okey, mamá, me tomo el primer avión —le dije—, pero no le digas nada.

La conversación, dicha así, suena medio rara, y yo lo sé. Pero no es rara. Desde que soy chico, mi vieja siempre supo la fecha de la muerte de la gente cercana. Mi vieja es una especie de vidente. Siempre lo supo, uno o dos días antes de que pasara.

Tías, primos, abuelos, su propio padre, un cachorro que yo tenía, Totín. Un día volví de la escuela y mi vieja me dijo:

—Abrazalo mucho a ese perro que el dos de mayo le da moquillo y se muere. —Así me lo dijo.

Para mí es costumbre que mi vieja sepa la muerte de los seres queridos, por eso no me sorprendió el llamado. Así que antes de cortar le pregunté:

—¿Y viste cómo se muere?

Y mi vieja me dijo:

—Lo agarra un auto mañana a la noche, vení rápido, Hernán, por favor.

Así que ese mismo jueves a la tarde conseguimos dos pasajes para el viernes por Iberia. No pudimos salir antes, había que dejar a la nena con alguien, encontrar pasajes, hacer la valija, adelantar trabajo, un montón de cosas. Yo en ese momento estaba casado con Cristina, mi primera mujer, que es española. Y no me animé nunca a decirle que mi mamá ve el futuro. Porque los europeos no te entienden esas cosas.

Todas las cosas raras que yo le contaba a mi exmujer sobre mi juventud en Argentina, ella las resolvía de dos maneras: o me decía «eres un mentiroso», o me decía «eso es realismo mágico». Una de las dos cosas, siempre odié ese prejuicio. ¿Por qué si un asiático levita es yoga, pero si levita un colombiano es un cuento de García Márquez? ¿Por qué? ¿Por qué si un hindú prescinde de todos sus ahorros es ascetismo, pero si lo hace un argentino es corralito? ¿Por qué?

Hay mucho racismo intelectual en Europa. Y mi exmujer nunca me hubiera creído que mi mamá es vidente. Entonces le dije que mi papá se moría, sin detalles.

Salimos lo antes que pudimos. La idea era llegar a Ezeiza el viernes a las nueve de la noche. Ahí nos esperaba un remis para llevarnos a Mercedes.

Durante el vuelo le dije a Cristina la verdad. Le dije que mi mamá era vidente. Ni me daba la cara para seguir mintiéndole. Y ella tuvo un ataque de nervios en el avión, «¡Tres mil cuatrocientos euros más tasas!», gritaba en el avión todo oscuro. «¿Cómo es posible que estemos tirando ese dinero porque tu madre está loca?».

Fue horrible ese viaje. Cristina se quedó callada durante las doce horas del vuelo, enojadísima.

A las diez de la noche llegamos a Ezeiza y nos subimos al remís que nos llevaba a Mercedes; le dije al chofer que hiciera lo posible por llegar antes de las doce. Fue un viaje trabado, denso, en el que no pude disfrutar de un paisaje que hacía años que no miraba.

Cuando pasamos por Luján tuve ganas de empezar a llorar, eran las doce menos cuarto y yo estaba volviendo a Mercedes para enterrar a mi padre.

Uno deja de ser chico cuando se muere el padre, pensé en ese viaje, no antes. Cuando se muere el padre. Tuve ganas de que Cristina me abrazara, pero ella seguía con cara de orto mirando para otro lado.

Cuando llegamos a Mercedes, le dije al remisero:

—Entre por la avenida Cuarenta —el remisero era porteño—, por aquella rotonda.

Le fui explicando todo y entonces apareció mi barrio. Las casas de mis amigos, los quioscos cerrados, las motitos con chicos arriba, la penumbra de siempre, los mismos baches.

El remisero seguía mis indicaciones porque no conocía el lugar. Le dije que pasara de largo por la avenida Veintinueve y que siguiera hasta la Treinta y Cinco y después a la izquierda.

El choque fue justo ahí, en la esquina de la Treinta y Cinco y la Cuarenta. Mi papá venía a pie desde la casa de un cliente. El remisero se había dado vuelta para preguntarme algo y no lo vio cruzar. Lo agarramos de lleno, a la altura de la cadera.

39. Un belga en casa



Yo todavía vivía en España. Y una mañana recibí un correo de una revista de Bruselas: era una revista cultural que me quería hacer un reportaje. Les dije que sí, sin muchas ganas, porque yo estaba muy deprimido en esa época, y tuvimos una charla por Skype bastante simpática; aunque nunca supe bien de qué. Y después me olvidé de todo.

Dos semanas después me escribieron de nuevo. Me agradecían la nota y me decían que en su sección de entrevistas no ilustraban el texto con fotos, sino con dibujos, y me pedían permiso para mandarme a un dibujante a mi casa de Barcelona. A mí me pareció muy raro, y además me pareció un dolor de huevos tener que recibir a un dibujante que tiene que estar mucho tiempo en tu casa. Y ahí empezó el asunto.

Lo guleé un poco al tipo, se llamaba Jeroen Janssen y por suerte era un dibujante genial. Yo seguía sin tener ganas, pero igual les dije que sí, que lo mandaran.

Un día yo estaba durmiendo la siesta y sonó el timbre. Era el dibujante. Había entrado por atrás de mi casa y estaba sentado en mi patio, dibujando. Sentado en el jardín de mi casa, lo más tranquilo lo vi, y me di cuenta de que era un hippie viejo, cincuenta, sesenta años, con el pelo largo, con un jardinero, olor a hinojo.

Nos saludamos en la puerta de mi casa, tenía los ojos claros, yo estaba deprimido. Es horrible cuando estás deprimido y a la gente que parece feliz te dan ganas de fajarla.

Nos saludamos y nos dimos cuenta inmediatamente de que él no sabía español y que yo no sabía francés. Así que lo

saludé y le dije que entrara, y él me dijo medio con señas, porque no sabía mi idioma, que no me preocupara, que yo hiciera lo de siempre. Que fuera al banco o a pasear o a almorzar con mi familia, que él solamente me iba a seguir y me iba a dibujar. Y yo le dije, también con señas, que yo estaba deprimido, que yo durante todo el día me sentaba en el escritorio y no hacía nada. Le dije incluso:

—Mirá ese charco de baba que está ahí, es de ayer, todavía no lo limpié.

Y él me dijo:

—Oooh.

Y se sentó en un taburete y me empezó a dibujar sin ningún problema. Me dibujaba, hacía bocetos y tiraba los bocetos al suelo, no porque no le gustaran, sino porque era su forma hippie de guardarlos. Y yo me senté en la computadora sin saber qué hacer. Pensé: «¿Tengo que estar ocho horas con este hombre?». Yo hacía tres meses que no escribía. Lo único que hacía, en medio de mi depresión, era mirar porno y los goles del Barça, era todo lo que hacía.

Entonces medio que empecé a caretear que escribía, me puse a escribir «fhw fhw» en Word, y él me dibujaba y yo pensaba: «¿Cuánto puede durar una persona sin hacer lo que hace siempre, que es mirar porno y los goles del Barça?».

Más o menos a las tres horas de careteo mío y dibujo silencioso de él, el belga ya era como un mueble: yo veía el horno, el belga, la cafetera, el sofá, era todo lo mismo. Y supongo que me relajé sin querer, empecé a olvidarme de que el tipo estaba ahí, a cinco metros, y en un momento se me escapó un pedo, un pedo de gordo que piensa que está solo, ¡es tremendo! Se me escapó el pedo y dije: «El belga, el belga, el belga». Lo miré y vi que el tipo había dejado de dibujar por primera vez en tres horas. Y yo empecé a sentir vergüenza, cómo iba a hacer eso delante del tipo.

Y entonces pasó algo que me parece el gesto de generosidad más grande del mundo: el belga en un momento se puso de costado y se tiró él otro pedo, mucho más lindo que el mío, un pedo europeo, un pedo maravilloso, parecía una jam session el pedo. Los dos nos quedamos mirándonos después de habernos tirado el pedo y, seguramente, empezó a crecer en nosotros una especie de complicidad, y después él siguió dibujando en silencio y yo me lo quedé mirando, y juro que fue la primera vez que tuve comunicación amistosa por el culo con otro ser humano.

Y es increíble cómo se genera complicidad. Ya pasaron algunos años de esto, pero sigo creyendo que fue un momento importantísimo de mi vida.

40. ¿Un maté pour moi?



Hay un libro hermoso del periodista peruano Julio Villanueva que se llama *De cerca nadie es normal*. Un título maravilloso, porque es verdad. Nadie es normal desde el microscopio.

Vos pensás que tu rutina privada es presentable, más o menos corriente, hasta que un extraño se mete en tu casa y te mira en silencio y de cerca durante cuatro horas.

El otro día les contaba que se me metió un belga en mi casa a dibujarme. Fue tremendo. Yo descubrí, por ejemplo, con el belga al lado, que la cantidad de termos de mate que yo me tomo en cuatro horas no tiene gollete, es demencial. Todos los días tomo mate y siempre me había parecido lógico tomar tantos litros, pero cuando estuvo el belga en mi casa, dibujándome, yo pude notar la extrañeza en sus ojos cada vez que yo ponía el agua, o llenaba el termo, o cambiaba la yerba, o tomaba el mate. Abría los ojos y decía: «¿Otra vez?».

Porque no entendía por qué lo estaba diciendo. Yo me imaginaba a cada rato que él pensaba: «¿Será tan gordo por eso que chupa? ¿Será droga eso que chupa?». Yo pensaba, me metía en la cabeza de él.

Todas esas preguntas convivían, confusas, en los ojos del dibujante. Parecía fascinado por el mate, lo dibujaba todo el tiempo, dejó de dibujarme a mí y empezó a dibujar el mate, el repujado de metal de las patitas, la bombilla doblada, el humo de la pava. Y a mí me daba bronca que la barrera del idioma no me dejara explicarle qué era eso que yo tomaba.

Y entonces me acordé de una cosa que resultó ser como un salvavidas de babel. Busqué en la biblioteca la versión francesa de mi novela *Más respeto que soy tu madre*. Esta novela, por suerte, está traducida a muchos idiomas y yo tengo en mi biblioteca todas las traducciones, y agarré la novela, la francesa, y se la regalé. Le dije:

—Mhu, mhu —que es mi forma de decir «te la regalo», y él me respondió:

—Uhuhuuu —que es su forma de decir «gracias».

Y después le dije:

—Leé esto. Léelo ahora.

Porque ahí hay un capítulo, en esa novela, dedicado al mate. A su porqué, a lo que significa para los rioplatenses el mate.

Le traje el libro y le dije que leyera el capítulo veintidós, y él leyó, en francés, algo más o menos así:

«El mate no es una bebida —dice la protagonista de la novela—. Bueno, sí. Es un líquido y entra por la boca. Pero no es una bebida. En Argentina nadie toma mate porque tenga sed. Es más bien una costumbre, como rascarse. El mate es exactamente lo contrario que la televisión. Te hace conversar si estás con alguien, y te hace pensar cuando estás solo. Esto pasa en todas las casas —el belga leía con mucha atención—. Esto pasa en la casa de los ricos y en la de los pobres. El mate pasa entre hombres charlatanes y chismosos, pero también pasa entre mujeres serias, profesionales o inmaduras. Pasa el mate entre los viejos de un geriátrico y entre los adolescentes también, mientras estudian o se drogan, es lo mismo. El mate es lo único que comparten los padres y los hijos sin discutir ni echarse en cara. Peronistas y gorilas ceban mate sin preguntar. En invierno y en verano. Es lo único en lo que nos parecemos las víctimas y los verdugos. Los buenos y los hijos de puta. Este es el único país del mundo donde la decisión de dejar de ser un chico

o una chica y empezar a ser una persona grande ocurre un día en particular. Nada de pantalones largos, ni de viaje iniciático, ni de menstruación ni de circuncisión. Nada. Acá empezamos a ser grandes el día que tenemos la necesidad de tomar por primera vez unos mates solos. En casa. Sin nadie. Sin los hermanos mayores, sin los padres, sin el abuelo. No es casualidad; no es porque sí. (Todos, ¿eh? Todos los que están en la casa, los que estamos acá en el estudio, en algún momento nos tomamos un mate solos. Fue al final de la infancia, al principio de la adolescencia, pero no nos acordamos cuándo. Y no es casualidad, pero en absoluto, no es porque sí). El día que un chico pone la pava al fuego y toma su primer mate sin que haya nadie en casa, en ese minuto, es porque descubrió que tiene alma», eso leyó el belga y después me miró, cerró el libro y me dio la impresión de que había entendido algo, porque guardó el libro en la mochila, se señaló el pecho y me dijo:

—¿Maté pour moi?

Yo le dije que sí, que por supuesto, y le cebé uno. Y cuando me lo devolvió, tomé otro yo y le pregunté con una seña si quería más. Y me dijo que «oui».

Nos bajamos dos termos de mate con el belga mientras él dibujaba y mientras yo escribía. Y esas últimas cuatro horas, en mi habitación de trabajo, ya no fuimos un gordo raro y un belga hippie; de repente nos convertimos en dos colegas trabajando en cosas simples que nos gustan: escribir y dibujar.

Dibujar y escribir como si no hubiera otra cosa para hacer en la vida. Como si el mundo fuera un lugar diseñado, exclusivamente, para que los desconocidos nos hagamos compañía.

41. Una visita a la casa natal



No sé si esto que voy a contar es un sueño o si me lo imaginé. Pero yo estaba en mi casa de la infancia. Estaba todo oscuro. Mi olfato reconoció enseguida el olor inconfundible de mi casa de la infancia. Siempre sabemos cuál es el olor de la casa donde crecimos. No sabemos de qué está hecho ese olor, pero lo podríamos reconocer entre mil olores distintos. Y yo estaba en mi casa de Mercedes.

De a poco mis ojos se habituaron a la falta de luz. Desde la habitación de mis padres, entreabierta, pude escuchar el murmullo de una conversación. Ya era pasada la medianoche. Estarían a punto de acostarse. Siempre tardaban muy poco mis padres en empezar a roncar.

Mi mamá roncaba igual que una Zanellita con la bujía empastada (jjjj), y mi papá roncaba con un silbido musical (iiii). Y cuando roncaban los dos juntos, sincronizados, parecían un motociclista que iba silbando y llevando la moto rota por la calle (jjjj - iiii). Me encantó quedarme ahí un rato, escuchándolos roncar.

Después pasé por la habitación de mi hermana. Yo tenía mi edad de ahora, ¿eh? Esto pasaba hacía mucho. Entré con cuidado y acerqué el encendedor para verla dormir. En el sueño ella tendría doce años, trece años, y me sorprendió (al verla dormida) cuánto se parecía a mi hija. Ese descubrimiento del sueño, insospechado, me hizo acordar de que yo tenía más de cuarenta y pico de años en el sueño, y ellos no, ellos eran jóvenes.

La puerta interna de la pieza de mi hermana fue un ha-

llazgo feliz. Hacía años que se había borrado de mi memoria ese pastiche rosa espantoso. Mi hermana, en su primera juventud, escribía frases en la madera y en el marco de la puerta con rotuladores de colores. Y también hacía dibujos cursis.

«Si lo amas, déjalo libre —léí—; si regresa, siempre fue tuyo, y si no viene, nunca lo fue». Y «viene» con be larga.

También había otra frase escrita que decía: «Amor no es mirarse el uno al otro en los ojos», y estaba rematada con unas flechas de colores lila y púrpura. Mi hermana no tenía una puerta en 1985, tenía un muro de Facebook. Era tremendo.

Más allá del pasillo, la puerta de la cocina estaba cerrada, pero se adivinaba una hendidura de luz del otro lado. Yo reconocí el teclado apagado de la máquina de escribir. Supe sin sorpresa, sin escándalo, que del otro lado estaba yo mismo, con quince años, dieciséis, escribiendo mi primera novela.

Ahora, mientras les cuento esto, todavía no sé si lo soñé o si me lo estoy imaginando. Me encantaría que fuera producto de mi imaginación, porque quisiera caminar hasta la cocina, abrir la puerta y charlar un rato con ese adolescente que escribe, lleno de esperanza, lleno de miedo, su primera novela en la máquina de escribir.

Quisiera decirle que se quede tranquilo, que lo que está escribiendo es una mierda, pero que no importa, que hay que escribir diez mil páginas malas hasta que aparezca la primera página buena. Quisiera darle las gracias a ese gordito de quince años por las diez mil páginas malas que está escribiendo.

Me encantaría entrar a la cocina y charlar con él, sobre todo, para poder contarles ahora a ustedes una historia graciosa con ese gordito boludo, pero tengo tan presente ese cuento famoso de Borges en el que Borges, ya viejo, se topa con un Borges muy joven a la vera de un río y el más viejo

lo convence al más joven de que son la misma persona, y los dos se ponen a charlar de literatura. ¡Qué cagada que existe ese cuento!, pensaba yo.

Así que decidí, en el sueño, que no iba a entrar a la cocina para conversar conmigo mismo, porque sería plagio. Y no solo eso: mi historia perdería muchísimo en comparación con el cuento de Borges, que está buenísimo. Hay cosas que no se pueden decir mejor de lo que ya fueron dichas.

Pero como yo igual estaba ahí, en ese sueño donde mi otro yo escribía su primera novela en la cocina, decidí recorrer un poco más la casa a oscuras, intentando no hacer nada que pareciera demasiado borgeano.

Entonces empecé a caminar hasta el comedor, tanteando las paredes en la oscuridad con las manos abiertas, dando pasos temblorosos, sin darme cuenta de que, en mi afán por no imitar la escritura de Borges, estaba plagiando su manera de moverse por la casa.

42. La escondida con los padres



El otro día soñé, e incluso lo conté acá mismo, que volvía a mi casa de la infancia, y que me veía a mí mismo cuando tenía quince años, escribiendo a la noche, mi primera novela. No quise hablar conmigo mismo, pero me puse a recorrer la casa y llegué a mi habitación, a mi habitación de adolescente.

¡Qué chico espantoso que fui! Fui un farsante. Tenía toda la habitación empapelada con afiches de escritores que no había leído nunca. ¿Qué hacía esa foto de Lenin, ahí, con ese bigote absurdo? Y, sobre todo, ¿por qué durante toda mi adolescencia yo estuve convencido de haber colgado una foto de Nietzsche? ¡Era Lenin! Qué ganas me dieron de entrar a la cocina, donde yo estaba escribiendo con quince años, pero ya no para conversar conmigo, sino para cagar a trompadas al gordito pelotudo que estaba adentro.

Y lo habría hecho, con toda seguridad. Habría abierto la puerta de la cocina a patadas, me habría agarrado de mi camiseta de entonces con mis puños cerrados de ahora y me habría dicho que no fuera tan pelotudo, que no fuera tan psicobolche.

Hubiera hecho todo eso de no haber sido porque escuché ruidos en la habitación de mis padres y me paralicé. Algo, no sé qué, los había despertado.

Saqué apenas la cabeza de mi habitación adolescente y me quedé así, escondido, sin hacer un solo movimiento de más.

Roberto salió primero y encendió la luz del pasillo. Era una luz tenue, azul. Atrás apareció mi vieja, Chichita, haciendo con los brazos gestos de frío. Los dos eran mucho,

pero mucho más jóvenes de lo que yo me hubiera imaginado. Era 1985, y Chichita y Roberto, eran más jóvenes que yo ahora. Y se notaba, se notaba mucho su juventud.

Pero no fue eso lo que más me llamó la atención, sino que estaban vestidos como para salir. Y era muy tarde a la noche. Entonces escuché la voz de mi papá, que susurró:

—No hagas ruido, que está Hernán despierto.

Y le señaló a Chichita la cocina, de donde venía el tecleo de mi máquina de escribir. Ella dijo que sí con la cabeza, y después hizo un gesto de silencio.

Mi padre empezó a tantearse los bolsillos mientras Chichita se arreglaba, con un dedo, los labios en el espejo.

Roberto le preguntó a Chichita:

—¿Tenés una birome?

Mi mamá buscó en su cartera y le pasó una Bic sin decir ni una palabra. Roberto abrió uno de los cajones del armario y sacó de ahí una bolsita. Después descolgó el espejo y lo puso, boca arriba, en el estante. Mi mamá se acercó, y dijo:

—A mí no me la hagás muy grande, guardá un poco y la llevamos.

—No, gorda —dijo mi papá—, tomemos acá, no hagas cosas raras.

Roberto peinó dos rayas finas, del largo de un dedo, con la tarjeta amarilla del Automóvil Club. Después chupó el borde de la tarjeta y se pasó la lengua por los dientes.

Yo vi, en el sueño, a mi mamá doblarse sobre el anaquel y aspirar con velocidad. Después mi viejo hizo lo mismo, pero más despacio. Cuando terminaron de tomar, mi papá guardó otra vez la bolsita en el cajón, mi mamá colgó el espejo en la pared y caminaron hasta la cocina sin entrar. Solamente golpearon la puerta y me avisaron:

—Vamos un rato a salir.

Y yo me escuché a mí mismo, con una voz muy pelotuda, contestar:

—Bueno, yo después cierro.

¡Qué chico estúpido! Tenía voz de pito. Toda la voz de pito.

Antes de salir, Roberto apagó la luz del pasillo y se revisó la nariz en el espejo.

Yo no sé si fue un sueño o si me lo estoy imaginando, pero hubiera sido divertido que a mediados de los ochenta mis padres y yo —los tres— nos escondiéramos para drogarnos.

43. ¿Me agregás como amiga?



La arquitecta Candela Prieto estaba a punto de apagar la compu de su oficina cuando recibió un mensaje en Facebook:

—Hola, me llamo Candela Prieto y tengo diez años. Te escribo desde el pasado. Me alegra saber que en el futuro voy a ser flaca y linda. ¿Me agregás como amiga?

A Candela Prieto no le causó ninguna gracia el mensaje. Espió el perfil de la otra Candela. Y había una sola foto, de su propia infancia; entonces se asustó. Esa foto ya no existía; ella misma la había roto hacía mucho. En la foto estaba gorda, el pelo pajoso, los dientes torcidos. ¿Quién le estaba haciendo esa broma de mierda?

Respondió la arquitecta el mensaje con rabia:

—Seas quien seas, no tiene gracia. Sacá ya mismo esa foto de Internet. ¡Imbécil!

La otra Candela le dijo:

—No te enojés. Solamente quiero ser tu amiga y que me cuentes cuándo empezaste a ser linda.

La arquitecta estalló:

—¡Lo que estás haciendo es un delito! —escribió—. Si no me decís quién sos, llamo a la policía.

Y la nena dijo:

—¿Otra vez? Me llamo Candela, tengo diez años, mis papás se llaman Laura y Eduardo, vivo en la quinta, pasando las vías.

La arquitecta escribió con bronca:

—¡Todo eso lo podés averiguar en cualquier parte de Internet, estúpido!

La nena contestó:

—Tengo un perro que se llama Caniche. Ayer papá me llevó al garaje, a solas, y me dijo que Caniche se va a tener que morir esta semana, de viejo. ¿Te suena eso?

La arquitecta Candela Prieto se quedó muda en la oficina, con los ojos en el monitor. La nena siguió:

—Caniche es mi único amigo, porque en la escuela nadie me habla. Y si alguien me habla es para burlarse. En cambio, Caniche, cuando llego a la tarde, me salta encima y mueve la cola. Lo conozco desde que nací, pero ahora ya no tiene fuerza ni me puede mirar porque se quedó ciego. Estuve llorando toda la tarde, pero ahora veo que tenés seiscientos setenta y un amigos en Facebook, y que sos linda, y entonces estoy mejor.

El mensaje quedó titilando un rato largo en el monitor. La arquitecta Candela Prieto no respondió rápido, porque lloraba y lloraba y no podía parar. Hacía años que no lloraba.

—Gracias por el piropo —dijo—, en realidad no soy tan linda, solamente subo fotos donde estoy maquillada. ¿Pero quién sos?

La nena dijo:

—No te voy a decir más quién soy, me tenés podrida con eso. ¿Te puedo hacer una pregunta?

La arquitecta dijo que sí. Entonces la nena escribió rápido y con muchas faltas de ortografía:

—¿Cuándo empezaste a adelgazar? ¿Cuándo se te corrigieron los dientes?

Y la arquitecta contestó:

—A los doce dejé de comer porquerías, porque me empezaron a gustar los chicos y ninguno quería bailar conmigo. A los trece años pegué un estirón. Los dientes fueron mérito del odontólogo.

La nena dijo:

—¿Y cuándo me van a salir las tetas?

La arquitecta se rio muy fuerte y escribió:

—En dos o tres años, no te preocupes por eso.

Entonces la nena le devolvió un emoji de felicidad, y la arquitecta se rio fuerte.

—Igual, hay una cosa que no entiendo —dijo la nena—; estuve viendo un montón de fotos tuyas y ya sé casi todo de vos. Vivís sola, comés cosas raras, le sacás fotos al plato, vas a fiestas, viajás por todos lados. Pero nunca vi una foto tuya con tu perro de ahora. ¿Por qué no tenés fotos con tu perro de ahora?

La arquitecta contestó:

—Es que no tengo perro.

Y la nena dijo:

—¡Daaale! Siempre voy a tener perro. No puedo vivir sin perro.

La arquitecta se quedó perpleja, con la boca abierta, pensando. La nena dijo:

—Me tengo que ir, papá me llama a cenar. —Y se desconectó.

Candela Prieto se quedó sola en la oficina, sin saber bien lo que había pasado. A las seis de la tarde salió del trabajo y, en lugar de ir directo a su casa, como siempre, pasó por la veterinaria del barrio y se quedó en la vidriera mirando cachorros. Había tres: un cocker, un salchicha con cara divertida y el más chiquito, que la miraba por la ventana. Entró y se quedó con el último, que ni siquiera era el más caro. Volvió a su casa con el perrito en los brazos, le dio leche y le puso de nombre Caniche Dos. Abrió Facebook y aceptó la invitación de amistad de Candela. Y la buscó por el chat:

—Cande, ¿estás?

Del otro lado, nada.

—¿Estás, Candela? Estoy en casa, quiero contarte algo.

Del otro lado, silencio.

La arquitecta fue a la galería de imágenes de la nena y se

quedó mirando la única foto en la que ella tenía diez años y el pelo pajoso y los dientes torcidos. La miró un rato largo: era la foto que más había odiado en la vida. Entonces buscó el botón azul y lo apretó lo más fuerte que pudo:

—Me gusta. Me gusta.

Se quedó un rato embobada, sonriendo con la foto. Después apagó la compu y se fue a jugar con su perro.

44. Me hago cargo



Durante la infancia mi mamá mandaba a mi hermana, solamente a mi hermana, a hacer los mandados al almacén de enfrente. Nunca, jamás, me mandó a mí. Yo empecé a ir al almacén a los trece años, por propia voluntad, a buscar cigarros para mí.

Una vez mi papá se tuvo que cocinar él mismo la cena, porque mi mamá no estaba. Mi abuela se enteró y le hizo un escándalo a su nuera:

—¿Cómo es posible, nena? ¡Él es el hombre de la casa! ¿Cómo va a cocinar?

Entre los nueve y los catorce años escondí de mi papá las poesías que yo escribía, para que él no me creyera demasiado femenino. Entre los seis y los quince jugué a deportes de fuerza, únicamente para demostrar masculinidad.

Mi papá nunca pisó el almacén de enfrente ni el mercadito de la esquina. Nunca jamás nos hizo el almuerzo o la cena. Nunca barrió el piso ni nos cosió un botón. Ninguna mujer de la casa se lo hubiera permitido.

En la adolescencia, algunas amigas señalaron en mí actitudes machistas que yo no podía reconocer o que me negaba a aceptar. Pasaba mucho en las sobremesas de los asados, mientras ellas levantaban los platos y nosotros armábamos el cigarro.

Hasta el final del siglo veinte (es decir, hasta mis treinta años), creí que machismo y feminismo eran dos extremos y me burlé de los dos.

Al principio de este siglo fui papá por primera vez. En la

crianza de mi hija practiqué la ironía seudoprogre de decir frente a ella «puto», «trola», «negro» y otro montón de tópicos que creía inofensivos. O chistosos.

También debatí sin argumento en sobremesas acaloradas y salieron de mi boca algunas frases hipócritas, como, por ejemplo: «No seas exagerada... No todos los varones somos así».

Entre los treinta y los cuarenta escribí más de quinientos cuentos en Internet. Y hay por lo menos veinte cuentos que tienen alguna frase machista o alguna idea retrógrada que hoy me avergonzaría leer.

A los cuarenta y tres años me pregunté por primera vez qué tenía que hacer con esos cuentos. ¿Borrarlos? Eso sería cobarde. ¿Corregir las partes feas? Eso me convertiría en un careta. Entonces elegí mantener esos cuentos en mis libros, pero avisando. Hacerme cargo del que fui para ser menos imbécil de ahí en adelante.

No un autocastigo, sino más bien un recordatorio. Como el que se mira la cicatriz y sabe que no tiene que cruzar desnudo un alambre de púas.

No estoy curado de mi machismo. Todavía tengo en la cabeza algunas frases en reparación. Lo descubro cuando personas más jóvenes me alertan: «¿Te parece, Hernán, que dos mochileras que van juntas viajan solas?», me dijeron una vez. No es fácil soltar todos los lastres.

Pero también empiezo a percibir yo mismo las alarmas. Descubro solito símbolos mal puestos y barbaridades en los medios de comunicación o en la calle. Empiezo a sentir el placer de mis propias cáscaras cayéndose.

Nací varón en Latinoamérica, en los años setenta. Y por eso mismo me cuesta mucho, cada vez que lloro, no decir «parezco mina» o «me puse putito». Son muchos años de ser un imbécil que se creía gracioso.

Pero me esfuerzo. Trato todos los días de estar atento a los símbolos y a los tópicos. Ya no hago chistes de falso progre-

sismo. Me ejercito para dar pelea, incluso en lo dialéctico, que es donde más me cuesta.

Ahora mismo, mientras leo esto, soy casi un viejo. Viví en muchas ciudades del mundo. Y sé, por experiencia, que en esta revolución el mundo entero nos mira, mira a la Argentina, y sigue nuestros pasos. Las mujeres de Argentina se empezaron a levantar y a decir que están hartas de la violencia física, de la psicológica y de la simbólica. Yo soy un escritor y me hago cargo de la tercera. Y quiero decir, ya que estoy, que jamás había visto a un grupo humano acorralar un problema serio con tanta fuerza, con tanta pasión, con tanta creatividad.

Las mujeres están atentas a nuestros deslices como un ejército con hambre de gloria. ¿Cuánto hace que no vivíamos algo tan genuino?

Esta lucha es, a mí no me cabe dudas, lo más revolucionario que le pasó a este país en muchas décadas. Un día vamos a mirar para atrás y nos va a parecer increíble que nosotros, los varones, hayamos tardado tanto en reaccionar.

Nuestros nietos, estoy seguro, van a estar muy orgullosos de sus abuelas.

45. Teoría de los horóscopos



Pertenezco al selecto grupo de varones que han sido concebidos durante un mundial de fútbol. Esto significa que el padre, mientras engendra a su señora, está pensando en otra cosa. Los mundiales ocurren cada cuatro años, entre junio y julio, por lo tanto, padecemos este síntoma los varones nacidos entre febrero y marzo del año siguiente a un mundial. A mí me tocó llegar al mundo a mediados de marzo de 1971. Es decir que, astrológicamente hablando, yo soy México 70 con ascendente en Pelé.

Los concebidos bajo el signo de México 70 somos personas calladas, con un gran mundo interior, y nos llevamos muy bien con los Suecia 66 y con los Alemania 74. No debemos hacer negocios con un Argentina 78 ni viajar en un avión pilotado por un Chile 62.

Las mujeres se rigen bajo los poderes astrológicos de los Juegos Olímpicos. Según mis estudios, los varones México 70 nos enamoramos muy fácil de las chicas Montreal 76 (mujeres nacidas a mediados de 1977), que son un poco equilibradas, bastante altas y con una clara tendencia al comunismo, dado que Alemania de Este ganó cuarenta medallas de oro en esa competición.

Las mujeres Munich 72 pueden llegar a ser muy buenas madres, pero tienen en contra una personalidad un poco explosiva. Las Seúl 88 son pizpiretas, son alocadas. Sexualmente aventureras.

La astrología tradicional intenta hacernos creer que nuestro comportamiento en la vida tiene una relación directa

con la posición de los astros en el momento de nuestra llegada al mundo. A mí me parece muy agarrado de los pelos ese sistema. Prefiero entender nuestro temperamento desde un dato básico: qué miraban en la tele papá y mamá mientras nos concebían.

Es más probable que un ser humano sea «introvertido, sereno y soñador» por culpa de que su padre estaba escuchando un gol de Platini durante el coito, y no a raíz de que el planeta Júpiter haya pasado justo en ese momento por la órbita de Mercurio.

Mi teoría es sencilla. Desde siempre, los matrimonios engendran a sus hijos en la habitación. Pero desde la segunda mitad del siglo veinte, en la habitación matrimonial hay un televisor. Este dato —sistemáticamente obviado por los astrólogos— me parece fundamental.

Los astrólogos nos dicen que somos cáncer, escorpio, leo, virgo... Parecen insultos de gente vieja. El horóscopo tradicional es una antigüedad. Posiblemente hace mil años estaba todo el mundo mirando el techo y las estrellas y el cielo. Y es lógico, porque no había otra cosa para mirar. Hoy, en cambio, miramos el mundial, miramos las olimpiadas, miramos eventos internacionales de gran relieve.

La mayoría de las veces, las parejas modernas conciben a sus hijos con la televisión prendida. Por eso, las mujeres nacidas en noviembre casi siempre son muy agradecidas y se visten con mucha corrección. El motivo es claro: la madre fue inseminada a finales de febrero, que es cuando en la tele pasan la ceremonia de los Oscars. Por tanto, la desconcentración sexual materna, a raíz del premio a mejor actriz secundaria, es detonante en el temperamento de la futura hija.

La madre de mi primera hija, sin ir más lejos, nació a finales de 1974. Esto quiere decir que es Oscar 73 con ascendente en Glenda Jackson. Según su carta astral, debería haberse casado con un Goya 69 con ascendente en Carlos

Saura —se hubieran llevado muy bien—, pero se casó conmigo, que soy México 70 —¡para peor, con ascendente en Pelé!—, por eso nos separamos.

Mi primera hija, nacida a mediados de abril de 2004, fue concebida a principios de julio del año anterior. La pobre carga con el estigma horrible de ser Copa Toyota 2003, con ascendente en Carlitos Tévez, porque mientras yo la concebía no podía dejar de pensar en que el Milan podría haber ganado esa final del mundo. Por eso la chica ahora es tan díscola y con una leve tendencia a despertarse por la madrugada pidiendo la hora.

Es necesario que dejemos de ser piscis y sagitarios, conejos y monos, libras y colibríes, renacuajos y cánceres. Es hora de que dejemos de sentirnos orgullosos de eso. La temática de los horóscopos parece una broma de mal gusto urdida por nuestros antepasados con el fin de saber hasta cuándo sus descendientes podían ser tan pelotudos. Y la pelotudez nos está durando mil años.

Ya es hora, queridos contemporáneos, de que las supersticiones se rijan por una astrología moderna y utilitaria, tan absurda como la anterior, pero por lo menos con un mínimo de sentido común.

46. Encuentro con un caradeforme



Anoche me encontré por Cabildo con un compañero de la primaria que no había visto nunca más desde hacía ochenta millones de años. Fue horrible verlo. Las caras adultas de las personas que dejamos de ver en la infancia no crecen con normalidad. Se agigantan de una manera perversa, se deforman. Todos los compañeros de la infancia que vemos de golpe en la madurez, ¡pero todos!, se parecen al hombre elefante. Son monstruos que vuelven malheridos desde el patio del recreo.

A mí estos caradeforme me asustan mucho. Lo peor es que, cuando te reconocen por la calle, se acercan. ¡Quieren charlar! ¿De qué puedo hablar con esta gente? Prefiero la seguridad que da el amigo viejo, la amistad silenciosa del que va creciendo al lado mío, no el abrazo de un tipo que ya creció del todo y sin mí.

Ver a un chico convertido en un hombre es aterrador.

Los caradeformes sensatos (y me crucé con varios) fingen que no te vieron y siguen su camino. Esas son personas amables, esos son ex amigos fieles que no quieren la humillación de un encuentro no deseado. ¡Yo brindo por ellos! Los caradeformes que huyen son seres nobles que después comentan con la esposa: «Che, esta tarde me lo crucé al Gordo Casciari, un amigo de la escuela». «¿Y qué tal?», dice la esposa. «Naaa... Nos hicimos los boludos».

¡Sí, señor: ahí está la gente que vale la pena, esos son los hombres que están salvando al mundo! No existe un estúpido más grande que el que no sabe hacerse el estúpido.

El caradeforme que me crucé anoche me dijo:

—¡Gordo viejo y peludo! ¿Qué es de tu vida?

Eso me dijo.

A mí me causa gracia la ingenuidad de preguntar sobre la vida de la gente. ¿Qué biografía puedo improvisar en dos minutos? ¿Qué esperan que diga?

—Mirá, desde los trece años, que dejamos de vernos, empecé a drogarme. Después hay un fragmento difuso y un día aparecí en España con mujer y una hija. Después me infarté, me volví. Ahora tengo otra mujer y otra hija.

No. Imposible decir esto. Hay que optar por la hipocresía portátil:

—Bien, acá andamos: tirando. A vos se te ve bárbaro.

Esta opción es suicida, porque perdés el turno y el caradeforme toma la palabra y te cuenta cosas de su vida que te chupan un huevo.

Este caradeforme del que hablo, el que me abrazó y me contó su vida por la avenida Cabildo, el único culpable de esto que estoy contando ahora, se llama Agustín Eduardo Felli. Quiero decir su nombre completo acá, por la televisión.

Agustín Eduardo Felli, mercedino, clase setenta y uno. Antes de verlo anoche, yo me acordaba de algunas cosas sobre él. Su segundo nombre, por ejemplo (siempre nos acordamos el segundo nombre de las personas de la escuela). También sabía la fecha de su cumpleaños, en qué evento se partió un diente, en qué posición jugaba al fútbol en nuestro equipo. Estos datos, a través de los años, para mí son suficientes.

Agustín Eduardo Felli, no tenías derecho a mostrarme tu calvicie prematura ni a explicar la dolorosa y lenta muerte de tu padre. Me gustaría volver atrás en el tiempo y no tener esa información. Me hubiera gustado decirte:

—Mirá, Corcho, preferiría que te callaras la boca, que no me dijeras nada. Sigamos caminando cada cual por su

vereda de Cabildo y olvidémonos de esto. Va a ser mejor para los dos.

Yo no odio a Agustín Eduardo Felli, pero tampoco lo quiero ni lo estimo. Ni siquiera lo aprecio, que es el escalón más bajo del careteo. Los caradeformes parecen necesitados de afecto. Quieren hablar, quieren recuperar el tiempo perdido.

Lo peor de toparnos con un caradeforme es que nos obliga a ver, en el reflejo de sus ojos, nuestra propia deformidad.

Yo también era un nene en tu memoria, Agustín. Yo también tenía la vida por delante y buscaba tu sonrisa de una punta a la otra punta del salón de actos. Yo me acuerdo el número de tu teléfono cuando los teléfonos tenían cuatro cifras, y me acuerdo la voz de tu papá cuando atendía. De tu papá que estaba vivo, y no agonizaba con dolor. Y tu cara, Agustín, que no era la cara de un viejo pelado. ¿Por qué no haber dejado las cosas así, compañero?

Lo lamento mucho, Agustín. Lamento en lo más profundo de mi corazón que, desde anoche y para siempre, nos hayamos convertido en dos hombres repugnantes.

47. ¿Cuándo voy a ser grande?



La primera vez que pensé en el futuro fue una tarde de invierno del año 1978, en la platea de la cancha de River. Paolo Rossi acababa de meterle un gol a Austria. Era la primera vez que yo estaba en un mundial, y la suerte había querido que fuera en casa.

Me resultó conmovedora esa fiesta de los ojos, todos esos gritos y colores, y le pregunté a Roberto, a mi papá, cada cuánto tiempo iba a haber mundiales en la vida. Me dijo que cada cuatro años, y yo empecé a medir mi historia con esa vara.

Creo que tardé todo el segundo tiempo de Italia - Austria en sacar la cuenta (porque la matemática nunca fue mi fuerte), pero al rato supe que durante el siguiente mundial —el de 1982— yo ya iba a tener once años. «Mierda —dije—, voy a ser grande», y lo dije desde la pequeña altura de mis siete años.

La siguiente escena ocurre en la cocina de mi casa, un mediodía de junio de 1982. Partido inaugural del Mundial de España. Otra vez le pregunto a Roberto cuándo será el próximo mundial. Y me dice:

—En el ochenta y seis —justo me lo dice un rato antes de que Bélgica le meta ese gol a Argentina, en orsai clarísimo.

Saco la cuenta con los dedos y descubro que, para entonces, voy a tener quince. «Carajo —pienso—, esta vez sí voy a ser grande». Cuando yo tenía once años, la frontera entre chico y grande eran los catorce. Yo no sé por qué, cuando sos chico alguien de trece te parece un amiguito, pero alguien de catorce es un señor.

Desde entonces, empecé a medir el tiempo por mundiales.

Cuando llegó México 1986 yo ya tenía quince, y me di cuenta de que (a pesar de mis predicciones infantiles) todavía no era grande: era pajero. Así que mientras Maradona hacía magia, yo volví a sacar la cuenta con la mano que me quedaba libre y me dije: «En el 1990, cuando empiece el mundial de Italia, voy a tener casi veinte: entonces sí voy a ser grande», y me metí por cuarta vez al baño sabiendo que tenía el futuro asegurado.

Pero en 1990, más que grande, me había convertido en drogadicto. Drogadicto es un escalón mayor que pajero (en la escala social, quiero decir), pero por alguna razón secreta las dos cosas hay que hacerlas en el baño.

También descubrí, por aquel tiempo, que los años en que no hay mundial son años tontos, son años largos, vegetativos. Y que los juegos olímpicos son una especie de despertador que te avisa que estás por la mitad de ese coma alcohólico, que ya falta poco para que empiece lo bueno.

En 1994 fue el Mundial de Estados Unidos y creo que todavía yo seguía siendo un drogadicto, ya no me acuerdo. (No acordarse, en este caso, es la clave que posiblemente lo confirme). El asunto es que, por alguna razón, ser grande fue siempre una especie de horizonte que se movía mientras yo avanzaba, una línea divisoria de la vida que siempre estaba a cuatro años de distancia.

En Francia 1998 ya había dejado de ser un drogadicto y me había convertido, como por arte de magia, en un vagabundo. Pero siempre tuve claro que era un vagabundo chico, no un vagabundo grande. Los vagabundos grandes tienen la barba larga, la mirada huidiza y olor a patas. Yo solamente tenía olor a patas.

Y así también me pasó en el Mundial de Japón 2002, y en Alemania 2006, y en Sudáfrica, y en Brasil, y después en Rusia 2018. En cada mundial saco la cuenta y pienso que en

el próximo voy a ser grande. Pero cuando llega ese tiempo soy estúpido, o soy inmaduro, o soy vago... Pero grande, no.

No hace mucho, cumplí cuarenta y ocho. A los ojos del chico mercedino que miraba el Mundial de España en la cocina, cuarenta y ocho no es ser grande: cuarenta y ocho es ser un viejo choto, directamente. Es, casi, la antesala de la muerte. Sin embargo, no me siento grande, aunque ya empecé a notar algunos cambios.

La diferencia, esta vez, es que tengo una hija nueva, chiquita, que todavía no vio nunca a la selección Argentina jugar una final del mundo. Una hija nueva a la que voy a poder enseñarle todo lo que sé sobre fútbol.

Y cada vez que la miro, saco la cuenta y no lo puedo creer.

—En el Mundial 2022 vas a tener cinco años —le dije ayer mientras le daba la mamadera—, cinco años... ¡Vas a ser grande!

48. A veces creo que soy uruguayo



Desde chico descubrí que soy un uruguayo atrapado en el cuerpo de un argentino. Ya de chiquito pensaba, vivía y sentía como uruguayo, por más que tratara de ocultarlo, sobre todo por el qué dirán. Mi mamá se dio cuenta una tarde que me vio tomando mate con la silla al revés.

Y después yo me iba al baño y miraba fascinado un mapa enorme de Uruguay, y pronunciaba en voz alta los nombres de los lugares donde me habría gustado nacer: Durazno, Canelones, Treinta y Tres. Mi vieja golpeaba la puerta del baño y me gritaba:

—¡Hernán! ¿Qué estás haciendo tanto tiempo ahí adentro?

Yo plegaba el mapa, rojo de vergüenza, y tiraba la cadena para disimular, pero escuchaba que ella le decía a mi papá en voz baja:

—Tu hijo está otra vez metido en el baño con el mapa de Uruguay... Roberto, tenés que hacer algo.

En el colegio, cuando todos cantaban el himno, yo cambiaba en secreto algunos versos. «Oíd mortales, el grito sagrado: Uruguay, Uruguay, Uruguay», decía yo.

Y con el tiempo, en vez de achicarse, la necesidad de ser uruguayo crecía en mi pecho. Una vez estaba con mi familia en Mar del Plata y me lo crucé a Eduardo D'Angelo por la calle. Era mi ídolo (el de *Comicolor*), era más ídolo que Espalter y que Almada. Eduardo D'Angelo era un dios para mí, que podía hacer todas las voces del mundo. Y lo vi pasar, y no me animé a pedirle un autógrafo, porque me pareció ilegal molestar a un uruguayo.

En una época de mi juventud incluso aprendí a ponerme el termo en el sobaco y cebar con la misma mano. En otra época, salía con el mate a la calle para que la gente me viera y dijera: «Ahí va un uruguayo».

Después, por fin, empecé a viajar y conocí uruguayos en persona. Nunca conocí a un uruguayo malo, o cancherito, o pretencioso. Incluso los muertos, los que nunca toqué. Quiroga, Felisberto, Onetti. A veces, cuando un uruguayo me quiere hacer enojar y me dice que Gardel no es argentino, que nació del otro lado del Río de la Plata, yo para mis adentros pienso: «A mí me pasa lo mismo».

La milonga de Borges me pone la piel de gallina. Hace un rato, la busqué en Internet para agregarla a este texto y me volvió a conmovér. Dice:

Hombro a hombro o pecho a pecho,
cuántas veces combatimos.
¡Cuántas veces nos corrieron,
cuántas veces los corrimos!
[...]
Milonga para que el tiempo
vaya borrando fronteras;
por algo tienen los mismos
colores las dos banderas.

Habla de eso, Borges. De ese sentimiento extraño donde no importan las diferencias. Somos un mismo pueblo que no comparte nombre... Yo me siento partido al medio, pero muchas veces más de aquel lado que de este.

Y la verdad es que siento un amor no correspondido por Uruguay. Yo sé que a ellos no les pasa lo mismo, pero no importa. Un poco los entiendo, porque soy de provincia. Es muy choto tener a tanto porteño cerca. No es fácil.

Pero cada vez que hay un mundial, por ejemplo, y Ar-

gentina se queda afuera antes de tiempo, saber que Uruguay sigue adentro es un consuelo hermoso. La Celeste es mi rueda de auxilio cuando pinchamos en un mundial. Porque en el fondo yo sé que ellos son como nosotros, pero sin los defectos.

Estamos hechos del mismo barro. Esa es la diferencia entre ser hermanos de sangre o solamente un país limítrofe. Yo ya tengo un país limítrofe a la derecha del mapa, del otro lado, y es suficiente. Pero a la izquierda, del lado del corazón, tengo a unos hermanos del alma.

NOTA: A este texto yo lo escribí en 2005, y de verdad, juro, me pasé cuarenta años sin saber por qué yo tenía ese sentimiento. Hasta que, en diciembre de 2015, estando en Montevideo, tuve un infarto y me salvaron la vida unos desconocidos montevidianos, y la salud pública del Uruguay. Y entonces supe, supe, que lo que a mí me pasaba de chico no venía de atrás, no venía del pasado. Supe que lo que me pasaba venía del futuro. Algo me decía, cuando era chico, «vos vas a nacer de nuevo una tarde de domingo, y va a ser en Montevideo».

49. La guerra para los niños



Una vez apareció un humorista de chistes verdes en la tele y dijo que «culo» y «concha» no son malas palabras; que las verdaderas malas palabras son «hambre» y «guerra». Justo pasaba mi hija de cinco años por enfrente y la boluda se pensó que «guerra» era una mala palabra, que era una grosería.

Y, desde ese momento, la nena se interesa mucho por los conflictos armados, porque cree que es una mala palabra. Cuando se siente rebelde, o cuando se quiere hacer la graciosa, anda por la calle gritando «caca», «culo», «guerra», «pis», «sorete», y, por supuesto, presta muchísima atención a los noticieros cuando hablan de Medio Oriente. Porque dicen la palabra «guerra», que para ella es una mala palabra, y se caga de la risa.

Y además me pregunta. Me pregunta un montón sobre la guerra. Y yo le explico lo básico: que es una pelea entre pueblos, que se llega a ese punto cuando es inevitable otra solución, que nadie gana, que muere mucha gente inocente, y otro montón de pavadas que se me ocurren en ese momento.

Es complicadísimo explicarle esas cosas a una criatura: yo preferiría mil veces que se interesara por el sexo o los logaritmos, que son otros dos temas de los que tampoco entiendo un carajo. Pero no: mi hija siente curiosidad por la guerra.

El otro día fue muy complicada la cena, porque vio en el noticiero que Estados Unidos y Rusia firmaron un tratado de paz en Praga. La noticia apareció en la televisión y me dejó sin argumentos para mi hija.

Ella, como es lógico, me hizo muchas preguntas sobre ese tratado de paz. Y yo quise contestarle con palabras que ella pudiera entender. Le dije que Estados Unidos les había prometido a varios países peligrosos que si tiraban a la basura todas sus armas muy mortales ellos (Estados Unidos) les ofrecían una oferta buenísima. La oferta era que si, un día, estos países peligrosos atacaban a Estados Unidos con armas menos mortales ellos (Estados Unidos) responderían el ataque también con armas menos mortales.

Mi hija se me quedó mirando sin entender nada. Y, la verdad, yo también. Porque ¿no es la guerra un conflicto en el que, a causa del enojo, vale todo? ¿No es la guerra, en realidad, el síntoma final del enojo, de la exasperación y de la necesidad?

Me parece rarísimo que dos potencias combatientes (es decir: dos ideas irreconciliables, dos mundos distintos) se sienten a definir el estatuto futuro de la barbarie. Un presidente le estira una birome a otro presidente y le dice: «Si ustedes eliminan las armas nucleares y después nos atacan con armas químicas, nosotros prometemos responder solamente con ojivas teledirigidas». ¿Eh?

Y el otro firma el papel, y se dan la mano, y sale cada uno para su país a festejar la firma del nuevo reglamento. Y después, los periodistas informan que se ha efectuado un tratado de paz, o que tuvo lugar una componenda sobre el desarme.

¡Es complicadísimo explicarle a una hija chiquita, sobre todo cuando antes ya le dijiste que la guerra es un momento de desenfreno y de calentura entre los humanos! ¿Dónde está el desenfreno, si los protagonistas del conflicto pactan el número límite de ojivas que pueden poner en la frontera?

¿Dónde están la calentura y la desesperación, si los actores de la guerra usan frases como «En caso de violarse este tratado, mi país estará en todo su derecho de abandonar el

proceso de desarme»? ¡Parece una tarjeta del TEG, parece que estuvieran jugando!

No. La verdad es que yo no sé explicarle a mi hija la guerra.

Pero encontré, esta semana, una manera de explicarle la paz. Ojalá a ustedes les sirva también para sus hijos chiquitos. Es así: «Paz (sustantivo femenino): Dícese de los quince minutos de descanso en donde los enemigos ajustan los detalles para volver a pelear».

50. Una relación padre e hija



Cuando mi hija cumplió diez años me pegué un susto tremendo. De repente le aparecieron sustantivos nuevos en la boca y la habitación se le llenó de pósteres de cantantes en cuero.

Supe, de repente, que ya no era un bebé. Se maquilla, se mira al espejo... Incluso parece muy preparada para dar el siguiente paso en nuestra relación padre e hija. El que no está preparado soy yo. Yo estoy más bien cagado en las patas, porque el cerebro de una preadolescente es una alfombra peluda que absorbe todo.

Al no haber experiencia previa, mi hija no sabe qué descartar, no sabe qué olvidar, no sabe qué pasar por alto; no conoce lo intrascendente ni tampoco lo singular. A esta edad ella lo almacena todo en la cabeza. En su cabeza empieza a haber dos enormes almacenes. Uno está en planta baja y no es peligroso, porque tiene ventilación; pero el otro almacén está en el subsuelo de su cabeza y hay que andar con mucho cuidado para no generarle traumas.

Hace cien años nadie sabía de la existencia del subconsciente y los padres no se preocupaban por nada. ¡Qué época hermosa! ¡Qué época hermosa! Pero entonces vino el pelotudo de Freud y dijo: «Ojo con lo que guardan las hijas de diez años en el subconsciente, porque lo que ahí entra ahí se queda, y la culpa siempre va a ser del padre». Me cago en Freud.

Y tenía razón, para peor... Porque cada vez que una mujer me resultó interesante, al escarbar un poco descubrí que

estaba loca, y al seguir escarbando supe que la culpa era de su padre. ¡Siempre! Los hombres que tuvieron en la infancia problemas con su madre se encajatan con mujeres que tuvieron traumas con el padre. Es un redondel vicioso. Funciona de esa manera.

¿Y eso qué quiere decir? Quiere decir que cualquier barbaridad que yo haga, por más leve, por más superficial, va a quedar almacenada en el subsuelo freudiano de mi hija. Y eso va a ser para cagada. Yo nunca había entendido la teoría esta de la mariposa que aletea en el Amazonas y provoca un terremoto en Berazategui. Pero ahora lo tengo clarísimo. Si yo me tiro un pedo con ruido delante de mi hija y después me vanaglorio del pedo (que es lo que hice siempre), puede que la nena almacene ese instante en el lugar equivocado de la cabeza, y dentro de siete años quiera participar en una orgía con cuatro jugadores senegaleses de hockey sobre patines. ¿Quién te dice que no?

Y yo ahora tengo miedo, tengo el miedo metido en el cuerpo. Mi vida cotidiana se convirtió en una sucesión de posibles errores sin remedio. La criatura se me acerca, me pregunta cosas, quiere charlar conmigo.

Yo me escabullo, le pongo excusas, intento que la pobre no se dé cuenta del pánico que me causa mandarme una cagada. ¿Qué hago? ¡Por el amor de Dios!, me digo en la cabeza. ¿Qué hago cada vez que aparece? Me está hablando, me hace mimos, me mira los pies. ¿Debería cortarme las uñas de las patas para que en el futuro ella no intente irse a vivir a un país musulmán?

A veces, almorzando, me olvido de cerrar la boca para masticar: ¿será ese el detonante de su futuro lesbianismo? Algunas veces me quito la carne de entre los dientes con la antenita del teléfono: ¿será esa la razón por la que mi hija intercambie en el futuro favores sexuales por drogas blandas? El otro día me quedé mirando un partido entre un equipo

de Ecuador y otro de Venezuela, que para peor salió cero a cero, en vez de estar con ella, de charlar...

¿Le habré cagado la vida sentimental para siempre? Si mi mujer y yo hubiéramos tenido un hijo varón, el problema gravísimo ahora sería jurisprudencia de la madre, y yo podría descansar tranquilo y eructar, y fumar cuete y mirar todos los partidos de la Libertadores y desentenderme de la crianza. Pero lo que tuvimos fue una hija, y todos sus desarreglos emocionales del futuro son culpa mía. Qué suerte de mierda.

51. Antes los autos eran gente



Salgo muy poquito a la calle, pero cuando no queda más remedio y tengo que hacer un trámite o algo, me pone muy triste ver los autos en la vereda, en las avenidas, estacionados.

Ya no puedo reconocer ningún auto, no sé de qué marca son, no sé de qué país. Antes los autos eran todos distintos, eran como los humanos. Cuando yo era chico, los autos tenían personalidad. Había autos fornidos, autos prepotentes, tímidos, autos perezosos. Ahora son todos iguales: redondeados arriba, medio aerodinámicos, de colores tristes, de colores apagados. Antes no eran así los autos.

Yo sabía diferenciar un Peugeot de un Dodge, podía distinguir un Fiat de un Renault. Hasta que un día apareció el Ford Sierra y desde ahí todos los autos empezaron a ser el mismo. Ahí, en ese punto de los ochenta, se pudrió todo.

En ese momento fue que los autos empezaron a perder la personalidad. A ser todos así.

Y no solamente me pasa a mí esa tristeza, también noté que les pasa a los perros. Antes, los perros les ladraban con más odio a los Citroën que al resto de los autos; podían reconocer un 2 CV a diez kilómetros, y empezaban a ladrar. Era un odio ancestral. Ahora los perros miran a todos los autos igual, les ladran por compromiso (guau, guau, guau, les hacen), sin ganas. Están tristes los perros, ya no corren atrás de las ruedas de los autos, como pasaba antes.

Y yo también ando triste por la calle, por eso no me gusta salir.

Cuando era chico salía a la vereda con ganas, porque cuando pasaba un auto yo lo podía reconocer. Por mil detalles: por el ruido del motor, por los alerones, por la forma de las llantas, por el baúl (que a veces estaba adelante, pero a veces atrás), por el ruido de la bocina. Para mí los autos tenían profesiones, tenían modales. El Renault 12 blanco, por ejemplo, era un oficinista cornudo. El Peugeot 404 era un ferretero, y el 504 era el hijo, que trabajaba en la ferretería del padre, pero solamente los sábados. El DKW y el 4 L eran dos autos que estaban haciendo la secundaria y que se rateaban de la escuela y se iban a pescar al río.

El Torino era un playboy que venía de la capital, un gigoló porteño que siempre estaba de paso por el pueblo (no vivía en Mercedes). El Torino venía a visitar a su amante, que era una Citroneta beige que estaba muy bien de tracción.

Y después estaba el auto más careta del pueblo: el Dodge familiar. Por la avenida se hacía el serio, pero en calle de tierra fumaba porro y buscaba Zanellitas.

El Valiant 3 y el Fairlane eran dos médicos muy conocidos que se pelearon para siempre por culpa de una Rural bordó toda retapizada en cuero.

El Citroën 2 CV amarillo era el loco del pueblo, pero el blanco no, el blanco era una especie de mendigo con olor a hinojo que a veces se quedaba a mitad de camino y había que empujarlo.

Hasta mis diez años, mi papá tuvo un Auto Unión rojo, un Fiat 1500 verdecito, un Dodge amarillo y un Taunus azul. Mi hija, a esa misma edad, solamente tuvo variaciones de autos negros o grises, todos parecidos, todos aburridos.

Yo podía subirme a un auto, de chico, con los ojos vendados y reconocer cuál era la marca por el olor de la cuerina, por la forma del volante, por la disposición de la palanca de cambios —que a veces estaba abajo y a veces arriba—, por el pitutito de la ventanilla.

Los Peugeot tenían olor a mandarina y los Falcon a desgracia. Los escarabajos Volkswagen eran chicas de diecisiete a las que les empezaban a gustar las fiestas. Las camionetas F100 eran madres extrovertidas. El Fiat 128 era un inspector de la DGI con bigote anchoa y el Opel blanco era un cura que manoseaba Fititos.

Antes los autos eran gente: había chinos, rusos, italianos, había franceses, nacionales, había autos indocumentados. Ahora salgo a la calle y son todos el mismo auto, todos los autos son un alemán que no hace ningún gesto. Que te lleva rápido de un lugar a otro.

Antes los autos paseaban con nosotros, ahora nos llevan.

Nos llevan de un lugar hermoso, al que nunca vamos a volver, hasta otro lugar horrible, donde se acaba el camino.

52. Los consejos de don Marcos



Yo tenía veintiséis años, era un flamante excocainómano y no tenía dónde caerme muerto. Así que le pedí a mi abuelo que me aceptara como huésped en su casa de San Isidro. Por supuesto, me dijo que no. Don Marcos sabía de mi vida por rumores, que es la peor manera de saber. Conocía la síntesis de mi juventud en cinco frases: ahora está gordo, ahora escribe, ahora se droga, ahora está flaco, ahora nadie sabe.

Insistí en ir a vivir con él. Y un día don Marcos me llamó por teléfono, me dijo:

—Hernán, vas a venir a esta casa, pero con mis reglas. No quiero enfermarme, por tu culpa, más de lo que ya estoy.

Para mí empezaban doce meses alucinantes, tras los que acabaría convertido —ya sin vueltas— en un escritor. Para don Marcos empezaba el último gran disgusto de su vida.

Cuando llegué, me puso unas reglas muy crueles. Yo tenía que escribir seis horas al día; tenía que fumar solamente en el patio y darle dos vueltas al hipódromo todas las mañanas.

—Pero yo vine a Buenos Aires a buscar trabajo, abuelo.

—Tu trabajo es escribir, adelgazar y dejar el vicio —me decía—. Pero, sobre todo, escribir. Si hacés esas tres cosas bien, plata no te va a faltar.

Yo sufrí una bocha ese año. Para mí, escribir era una fiesta a la que podía entrar cuando se me antojaba. Escribir no era un trabajo para mí; era mi mejor excusa para ser un vago.

Don Marcos me puso una máquina de escribir en el galpón de las herramientas y me dejaba dormir en la cocina de su casa. Durante el día él contaba cuántas veces yo dejaba

de teclear para fumar. A la noche, cerraba con candado para que yo no pudiera escaparme de la casa.

Pero yo no escribía. Tecleaba en la máquina palabras sueltas y después dejaba mis cuentos viejos a la vista, como si fueran nuevos. Él nunca descubrió que yo no escribía, pero descubrió algo peor: leyó los cuentos viejos (mis cuentos viejos) y supo que yo era un escritor mediocre. Cada noche, mientras yo dormía, él revisaba la carpeta de mis cuentos y me los destrozaba. Usaba un lápiz rojo, y escribía: «inmoral», «asqueroso», «innecesario». Algunas veces, muy pocas, alguna palabra de aliento: «Esta frase no está mal». Pero era una, una sola palmadita entre quinientos coscorriones.

Yo odiaba esas críticas. Lo que más me molestaba era que, por primera vez, alguien me estaba discutiendo el oficio. Y lo más alucinante es que, en vez de rebelarme, me puse a escribir cuentos nuevos. Con bronca. Mucho más inmorales que los anteriores, pero esta vez yo no escribía para alardear de ser escritor, escribía para responderle a mi abuelo. Y él a la noche los leía y los subrayaba: «innecesario», «asqueroso», «pornográfico».

Nunca le gustó ninguno de mis cuentos, pero a los seis meses yo escribía desde que salía el sol y hasta las seis de la tarde, que me iba a trotar al hipódromo. Fue un año larguísimo, del que seguramente todavía me quedan traumas. En ese año escribí una novela, doce cuentos y perdí diez kilos.

Una tarde fui a comprar cigarros y, cuando volví, mi abuelo me esperaba en el patio. Estaba muy preocupado de que no se lo notara ansioso. Y me preguntó:

—¿Vos mandaste un cuento a un concurso en Francia?

Estaba con el inalámbico en la mano. Yo dije que sí, con el corazón en la boca. Y él dijo:

—¿Qué cuento mandaste?

Y yo le contesté:

—El de la hermana que le hace la paja al hermano. El que rompiste la semana pasada.

Entonces mi abuelo señaló el teléfono y dijo:

—Te llamaron. Que ganaste no sé qué en Francia, no se entendía. Y se fue a dormir la siesta, enojadísimo.

Y era verdad, me habían dado el premio Juan Rulfo, en Francia. Era mucha plata. Con esa plata pagué el depósito para mi casa en Belgrano y me fui a vivir solo. Me compré un colchón y mi primer celular, que pesaba como dos kilos. A ese celular llamó mi mamá, Chichita, para avisarme que mi abuelo se había muerto.

Ahora pasaron una bocha de años de todo eso, ahora me levanto temprano, ahora no fumo, ahora a la mañana hago cinta, ahora respiro el aire, y ahora, que no tengo vicios, cada tanto me acuerdo de él, de mi abuelo.

Absolutamente todos los consejos literarios que me dio fueron espantosos. Mi abuelo no sabía un carajo de literatura. Pero aprendí una cosa el año que estuve con él. Aprendí que cuando un enemigo te dice «Esta frase no está mal» es mil veces mejor que cuando un amigo te dice «Genial, como siempre».

53. Ojalá seamos el pianista



La noticia más espantosa de esta semana fue sin dudas el incendio del avión ruso. Y fue espantosa porque uno de los pasajeros, Dmitry Khlebushkin, que ocupaba un asiento de la fila diez, entorpeció la salida para poder salvar su equipaje de mano. Es casi una fábula infantil para enseñarles a los chicos lo que es el egoísmo. ¡Pero no fue una fábula, fue de verdad!

Los más de cuarenta fallecidos (todos murieron calcinados) estaban atrás de la fila diez. Y todos los sobrevivientes estaban sentados adelante. Sin dudas, Dmitry y su equipaje fueron, por lo menos durante algunos segundos, un tapón insensible que asfixió a mucha gente. Después, Dmitry salió del avión sano y salvo, con su equipaje en la mano, y fue vapuleado a la salida del aeropuerto por los familiares de las víctimas. Obviamente. Más tarde, cuando la prensa contó esta historia de mezquindad, en las redes sociales lo destruyeron a Dmitry.

Es casi natural insultar a alguien tan egoísta. Todos creemos que seríamos mejores que él en una situación límite. Y la verdad es que no tenemos la menor idea. No sabemos cómo va a funcionar nuestra cabeza en medio de una desgracia. Cuando el fuego nos queme la espalda. O cuando en el bote salvavidas queden tres lugares, y nosotros y nuestra familia seamos cinco.

Hay una historia que siempre me pone la piel de gallina. Es la historia de una familia perfecta que va a esquiar durante las vacaciones de invierno. Una mamá, un papá y dos

nenitos, siete y nueve años, lindísimos. Están esquiando lo más bien, los cuatro, y de repente el suelo empieza a temblar como si abajo estuviera pasando el subte. Los chicos no entienden qué pasa. El padre levanta la vista y ve un alud de nieve tremendo que viene hacia ellos. La mamá se da cuenta de que no hay tiempo de nada, de que van a morir los cuatro. Y ella entonces abraza a sus dos hijos para generar un vacío de aire, y mientras ella hace eso, y los guarda a los chicos, los resguarda, de repente la tierra deja de temblar. El alud se detiene a veinte metros de ellos. Y se salvan. La madre levanta la vista y ve a su esposo, al papá de los chicos, corriendo solo, a cien metros, casi llegando al hotel, salvándose solo. Ella lo mira. Él se da vuelta y la mira... Y las vacaciones recién empiezan.

Siempre pienso en ese papá cada vez que aparece un caso de egoísmo extremo como el de Dmitry salvando su equipaje en medio de un avión en llamas. Ese papá, un minuto antes del alud, no sabía que era una persona horrible. No lo sabía. Y nosotros tampoco. Creo que no sabemos en qué nos podemos convertir en mitad de la tragedia. Ojalá nunca tengamos la desgracia de ser pasajeros del Titanic. Pero si un día nos llega a pasar, ojalá seamos el pianista que toca música hasta el final.

54. Una canción de cuna



Viví quince años en Barcelona. Y tardé un montón en entender a los catalanes. Cuando llegué, en el 2000, su lucha por la independencia me daba risa. No entendía nada de lo que decían.

Porque la primera vez que yo escuché el idioma catalán tendría doce años. Una vez di vuelta un casete de Serrat, era chiquito, y empezó a sonar una canción que se llama «Pare», que quiere decir «padre». Y me acuerdo que apreté stop rápido porque pensé que la cinta patinaba y que la voz de Serrat había empezado a sonar al revés, como en esos discos de Kiss cuando se escuchan marcha atrás, que sale el diablo.

Es raro lo que nos pasa con lo catalán: convivimos con su cultura (porque llegaron un montón en los barcos), pero no tenemos clara su huella. Cuando decimos «patedefuá» sabemos que viene del francés, cuando decimos «laburo» entendemos que atrás están los italianos, pero cuando decimos «capicúa», por ejemplo, no sabemos que eso significa «cabeza y cola» en catalán.

Por eso lo primero que pensé, cuando llegué a Barcelona a vivir, es que los catalanes se querían diferenciar. Que cuidaban a su idioma como los padres cuidan a un chico débil que no se puede defender.

Yo siempre le explicaba a mi exmujer catalana que a los chicos argentinos nos enseñan a decir «yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos» durante doce años en la escuela, y que después salimos a la calle y no decimos ni «tú» ni «vosotros» en la puta vida. Y le decía que se relajara con el tema del

idioma. Y ella me contestaba: «¡Pero qué dices! ¡Lo vuestro es una jerga, no puedes comparar!», se enojaba.

En esas discusiones descubrí que no hay ofensa mayor para enojar a un catalán que llamar dialecto a su idioma, folclore a su hábito y dulce de leche tonto a su crema catalana.

Y fue entonces que España entera, con Cataluña incluida, me empezó a dar risa. ¿Cómo era posible que una extensión geográfica del tamaño de Buenos Aires se tomara tan en serio la esquizofrenia de tantos idiomas, de tantas culturas? Era como si de repente los nacidos en Mar del Plata quisieran hablar en marplatense, como si los de Bahía Blanca quisieran jugar el mundial de fútbol con bandera propia. No tenía sentido.

En medio de todas las risas que me provocaba el conflicto catalán, nació mi hija Nina en Cataluña y yo empecé a hacer lo posible para que no fuera ni catalana ni española, para que fuera argentina.

Puse todos los relojes de mi casa con un retraso de cinco horas para que supiera la hora buena, la hora de acá. Le inculqué Charly García y dulce de leche en el chupete, le enseñé que los lunes se podía faltar a la escuela si el domingo jugaba Racing. Y ella entendió todo.

Hoy mi hija sabe decir «yo, vos, él, nosotros, ustedes, *eyos*», sabe decir *yuvia*, con ye, y y la enloquecen los alfajores triples y la pascualina. Es argentina hasta la última huella.

Pero cuando llegan los once de septiembre, mi hija se manifiesta en la calle por la independencia de Cataluña, y sabe muy bien por qué se manifiesta, y en verano conversa en voz baja con su madre sobre lo que le pasaba a su abuela en los tiempos de Franco. Y, sobre todo, esto: mi hija, cuando habla dormida, usa su lengua materna, habla en catalán.

Y de repente pasó algo: me dejé de reír. Ya no me burlé de los catalanes. Me empezó a provocar orgullo que mi hija

tenga una patria que defender. Porque yo también tengo una, sin importar donde viva.

Y repito: viví quince años en un país que no era el mío. Y no hubo un solo día en esos quince años en que yo no pensara «qué hora será en Buenos Aires».

Ahora fantaseo con que mi hija, que nació en la Clínica del Pilar —donde nace media Barcelona—, tenga un día el nombre completo de su patria en el documento de identidad. Mi hija es catalana tanto como yo soy argentino: mis errores son los míos y quiero vivir con ellos.

Fue un error creer que la canción «Pare», de Serrat, era un casete trabado en el walkman, una cinta del reverso. Y me encanta ese error. Nunca hubiera sospechado, esa tarde de mis doce años, que un día yo iba a tener una hija de la misma edad y que ella, al nombrarme frente a sus amigas, me llamaría «el meu pare».

—El meu pare —me dice. Mi padre.

Cuando Nina me dice así (el meu pare), yo me convierto en una canción de cuna que ella me canta al revés, y que me deja dormir tranquilo.

55. Carta para Hugo Laurencena



Una tarde encontré, por casualidad en Internet, la web de alguien a quien había visto solamente una vez en la vida, y entonces le escribí:

Querido Hugo —puse en la carta—: Esto que te voy a contar pasó al principio de los noventa. Seguramente no te acordás, porque estabas muy borracho esa noche. Vos venías haciendo zigzag y entraste al quiosco.

Chiri atendía de noche ese quiosco y yo lo acompañaba para hacerle el aguante. Cuando entraste estábamos escuchando a Piazzolla. Entonces nos empezaste a hablar de Piazzolla como si lo conocieras. Chiri y yo nos miramos de reojo. Decías que habías comido con Piazzolla. Eras un borracho mentiroso, pensamos. Y después dijiste:

—¿Ya cierran? Vamos a mi casa a tomarnos la última.

Chiri y yo teníamos veinte años, vos tendrías cuarenta, cuarenta y pico, pero supimos que no nos querías coger. No iba por ahí. Posiblemente, era todo tan simple como que te querías tomar la última en tu casa y no estar solo. Por eso fue que cerramos el quiosco y nos fuimos con vos. Aunque nos mintieras con que eras amigo de Piazzolla.

De camino a tu casa había una barranca. Vos resbalaste. Era Carlos Pellegrini, me parece, la calle. Te agarraste de mí, yo me agarré de Chiri, y nos fuimos los tres en picada.

La cara del portero de tu edificio fue genial. Cuando te vio llegar con nosotros (los tres embarrados hasta el culo), el portero hizo un gesto, como diciendo: «Otra vez, don Hugo». Tu portero te dio una botella de whisky carísimo.

Dijo que alguien te lo había traído de regalo. Nosotros miramos el edificio, altísimo, y empezamos a preguntarnos, para adentro: «¿Quién es este tipo?».

Te creí lo de Piazzolla cuando subimos a tu atelier en el piso veinticinco y yo vi, pegada en la pared, una foto tuya con Fellini, almorzando. Y después vimos tus cuadros. Y eso fue increíble.

Abriste el whisky y empezamos a tomar. Por eso esa noche se me desdibuja. Solamente me queda una sensación de pequeño viaje al fondo de Buenos Aires, de conversación fluida, absurda, hiperactiva... Nos bautizaste Tito y Cepillo. A mí me pusiste Cepillo porque tenía el pelo gracioso. A Chiri no sé por qué lo bautizaste Tito.

El milagro de entrecasa ocurrió entrada la madrugada. Hablábamos de algo y vos dijiste que habías nacido un dieciséis de marzo. Obviamente, dije «yo también». Y vos hiciste un escándalo. Me pediste los documentos, te cercioraste, después nos abrazamos como borrachos y dijimos que éramos hermanos. Para festejar nos llevaste a la azotea. Piso veinticinco, arriba de todo. Ya en la terraza, incluso nos subimos a un techito del ascensor. Más alto no podíamos estar. Yo nunca, nunca había visto Buenos Aires de ese modo. Chiri tampoco. Había un viento que en esta época ya no hay. Teníamos veinte años, y teníamos la cabeza llena de proyectos, de guiones, de novelas. Estábamos convencidos de que íbamos a vivir de escribir, tarde o temprano. Y vos nos subiste a la parte más alta de esta ciudad hermosa.

Me acuerdo de que cada vez estabas más borracho, pero nunca perdías la clase, Hugo. Me acuerdo de que pensé: «Qué lástima, Hugo mañana no se va a acordar de todo esto». (En realidad, uno de los motivos por los que te escribo es para que te acuerdes).

Había una bombita de veinte prendida, colgando en la terraza. Y atrás, todas las luces de la ciudad. Te quedaste

mirándola un segundo (a la bombita), la señalaste y nos dijiste:

—¡Miren la impertinencia de ese foquito!

Esa boludez nos quedó grabada, a Chiri y a mí, durante todos estos años. Creo que descubrimos que la gente que pinta ve otra cosa, ve distinto de lo que ve la gente que escribe. Descubrimos que no había otra palabra posible para esa bombita de luz: era impertinente, y era maravilloso que un pintor, incluso borracho, lo supiera tan fácil.

Nos despedimos en el ascensor de la terraza. Ni siquiera volvimos a tu atelier. Vos te quedaste ahí. Antes de irnos, nos pusiste de espaldas, mirando Buenos Aires, y dijiste esto, textualmente:

—Esta ciudad es de ustedes, Tito y Cepillo. Dios no tiene nada malo para darles.

Y después bajamos. Nos fuimos a casa, llenos de barro y con la cabeza como un tambor. Durante algunos días nos llamábamos a nosotros mismos Tito y Cepillo. Y le contábamos a todo el mundo sobre esa noche, que parece un cuento. Y estábamos felices de haber sido tus amigos esas cuatro horas.

Siempre pensé que vos no te acordás —que no te acordaste nunca— de todo esto. Por eso ahora, que encontré tu dirección en Internet, me animo a escribirte esta carta, para que te acuerdes.

Porque para mí Buenos Aires se puede resumir en esa historia. Todo lo bueno que te puede pasar con un desconocido pasó esa noche. Para nosotros siempre fue un acontecimiento inicial. Algo ya nos decía, en esa época de la juventud, que el mundo era maravilloso. Y vos viniste a decirnos que, además, era nuestro.

Gracias, Hugo. Un abrazo.

56. Teoría sobre las encuestas



Cada vez que suena el fijo, en casa, son encuestadores. Quieren saber qué diario leo, a qué candidato voy a votar, si lo odio a él o si la odio a ella... Al día siguiente los diarios dan los resultados de las encuestas. Es decir, la prensa nos comunica qué piensa cada uno de nosotros, qué vamos a hacer, qué voy a hacer.

Las encuestas nos dicen que si Cristina no se presenta, Mauricio pierde. Que si Sergio va de la mano con Martín, a Ricardo le da un soponcio; que si Elisa se hace la loca, recupera credibilidad; que si Eugenia sale con vestido, sube el dólar; que si Marcos dice «no», los mercados dicen «sí».

Todos los días en los diarios, en la radio, en la tele, hay por lo menos una afirmación categórica generada por el método de la encuesta. Pero falta una encuesta. Hay una encuesta que los encuestadores guardan bajo siete llaves. Ellos tienen un dato, sobre nosotros, que nunca van a publicar, y ese dato es... cuánta gente responde encuestas.

De diez llamados telefónicos, ¿cuántos acceden a responder? Los encuestadores saben, sin margen de error, este guarismo. Es el único resultado que tienen sobre nosotros, el único real. Todas las demás encuestas que publican están limitadas al pequeño grupo de gente aburrída, o que justo esa tarde estaba drogada; porque solamente los aburrídos y los drogonos contestamos el teléfono fijo. La gente ocupada ni en pedo atiende.

¿Qué pasa, entonces, con los que no atienden cuando llama el encuestador? Son el noventa por ciento de la po-

blación y no sabemos nada sobre ellos. ¿Son de izquierda moderada o de derecha progresista los que no conversan por teléfono con idiotas? ¿Qué opinión tienen los tímidos y los sensatos sobre el riesgo país?

Ni idea, no sabemos. ¡Nadie lo sabe! Porque la mayoría de la gente está ocupada tratando de sobrevivir. Y hay una segunda certeza que involucra a las minorías que sí responden; una certeza que empaña los resultados de cualquier encuesta.

Todo el mundo sabe que los aburridos y los adictos tienden a mentir. Los aburridos mienten como escape a la realidad, y los drogonos mienten por dispersión o por anacronismo. Pero mienten.

Con esto generamos una nueva evidencia; el noventa y seis por ciento de los que responden encuestas dicen la primera boludez que se les pasa por la cabeza.

Conseguimos, de este modo, un dato revelador: todo lo que sabemos sobre nosotros como sociedad es el resultado de compilar las mentiras que dicen los que están aburridos a la tarde y los que fuman porro a la noche.

Deberíamos tener más presente esto, porque el objetivo de las encuestas es idéntico al de un termómetro: hundirse en el recto de la sociedad para saber la temperatura de nuestras decisiones. ¡Pero ojo! Si solamente responden unos pocos culos sucios, las cifras del termómetro, cuando sale, van a estar llenas de mierda.

57. El amor de los metalampos



Hace muchísimo tiempo, en un planeta que no era este, hubo una raza superior. Eran bellos, eran inteligentes, generosos. Habían construido una sociedad perfecta: en su mundo no existían el hambre, ni el trabajo aburrido, ni los abogados, ni la enfermedad, ni la democracia. Se llamaban los metalampos.

Los metalampos no tenían ansiedad por llegar pronto a ninguna parte, porque estaban a gusto donde estaban. Y quizás por ese motivo consideraban que el progreso, en vez de mejorar la calidad de vida, solamente les afeaba el cuerpo. Había un refrán metalampo que decía: «El control remoto no te hace más moderno, te hace el culo muy gordo».

Una capacidad extraordinaria de esta raza es que solo podían aprender cosas en la oscuridad. De día o con luz artificial, solamente podían disfrutar, reventarse granos, cantar, coger, cocinar. Pero si querían aprender un arte, o tener un oficio, tenía que ser a oscuras.

Para aprender el oficio de repostero, por ejemplo, un metalampo solo necesitaba entrar en una panadería y permanecer a oscuras un par de horas. Y salía repostero. Para conseguir una licenciatura en Psiquiatría, únicamente debía entrar de noche a un manicomio. Obviamente, todos los metalampos nacían siendo ginecólogos.

El único problema de los metalampos era el amor. Cuando dos metalampos se enamoraban, morían instantáneamente. Esto, al principio, provocó que fueran promiscuos, pero como eran de un corazón muy grande, no podían dejar de enamorarse. Y de morir, siempre jóvenes.

El exterminio provocado por el amor mutuo fue una cosa que nunca pudieron solucionar. En su apogeo, los metalampos eran alrededor de ciento ochenta millones, y su tasa de natalidad menguaba un seis por ciento cada año.

El sexo por diversión era peligrosísimo, porque la diferencia entre orgasmo y amor los confundía mucho. Las familias, casi siempre, estaban constituidas por una pareja que no se amaba, pero se escudaba en la monogamia por temor a una aventura extramatrimonial que pudiera dejar huérfanos a los chicos.

Empezó entonces, de a poco, a gestarse el fin de la raza más valiente y hermosa de todas las que habitaron el universo. Fue una decadencia tan cruel, tan injusta, tan romántica que generó una de las leyendas más perdurables que se conocen: la orgía del fin del mundo.

Los metalampos decidieron organizar una fiesta interminable con el objeto de que cada metalampo pudiera morir de amor y no de miedo, y así hasta que no quedara ninguno.

Los metalampos salieron a las calles a buscar a su media naranja y morir entre sus brazos. Después de siglos de monogamia, ahora todos se besaron en la boca para saber qué pasaba. Algunos, los más enamoradizos, morían muy pronto, pero los primeros entierros se convertían en fiestas para que otros solitarios conocieran gente nueva.

Fueron años de jolgorio y de sexo casual. Como no había vecinos con ganas de dormir (porque estaban todos en la fiesta), nadie se quejaba de los ruidos molestos. Al séptimo año se habían celebrado más de seis millones de muertes, todas por amor, y la música no paraba.

Al inicio del último año de la especie, solamente quedaban setecientos veinticuatro metalampos en la superficie del planeta. Desde el aire, parecían una pequeña manifestación enloquecida que gritaba y que cantaba. No había dolor ni había remordimiento. Cada vez que uno de ellos

se moría, los que estaban cerca lo cubrían de flores y seguía la fiesta.

Por las noches dormían a la intemperie, bajo unas mantas cuadriculadas por donde se metían mano, sin saber quién era quién, y se besaban en la oscuridad diciendo sus nombres para reconocerse. Ni siquiera en los inviernos de esos años sintieron frío. Tampoco cuando en vez de setecientos fueron noventa. Ni cuando solamente quedaron ocho. Ni después, cuando en todo el planeta quedaron solamente tres.

Los últimos dos metalampos amanecieron con resaca, el último día de la especie. Cubrieron de flores al muerto anterior y se fueron a limpiar para que el planeta quedara presentable cuando ya no hubiera vida.

Después de limpiar tenían pensado fumarse un cigarro juntos, los dos, y contarse sus vidas. Los dos estaban un poco sensibles y borrachos después de tanta fiesta. Eran jóvenes, eran hermosos. La mañana parecía una mañana de primavera y ellos tenían clarísimo (clarísimo) que no iban a tardar mucho... en enamorarse.

58. Huéspedes y anfitriones



Era diciembre, yo tenía una novia nueva, flamante, y alquilamos una casa de fin de semana en Montevideo. Elegí esa casa por Airbnb, la elegí lejos del centro y me equivoqué, porque justo me infarté en el living de esa casa, y el primer hospital estaba en la concha del mono, lejísimos.

Si hubiera tenido que elegir el peor momento para morir, habría sido ese. Porque no solamente estaba en un país que no era el mío, no tenía obra social, nada; también me había separado de mi exmujer después de quince años y la única persona que sabía que yo estaba en Uruguay con Julieta, con la nueva, era mi ex. Para peor, Peñarol salió campeón esa tarde y el tráfico al hospital era imposible. O sea, me moría seguro y el infarto era tremendo.

Era el primer domingo caluroso de diciembre y sentí un ardor en el centro del pecho. «¿Querés que llame a alguien?», me preguntaba Julieta, y yo le decía que no, que seguramente era acidez, pero cruzaba los dedos para que no fuera un infarto. Es horrible, pero horrible, que te dé un infarto y que te mueras justo al principio de una relación con una mujer más joven, porque todo el mundo en el velorio se piensa que te moriste de esfuerzo sexual.

Me bajó la presión de pensar en ese velorio, y Julieta me dice: «¿Llamo a alguien? Ahora estás pálido». Ella también cruzaba los dedos para que no fuera un infarto. Nos habíamos conocido hacía muy poquito. Es muy feo ser una chica y que de repente una aventura sentimental se te convierta en la burocracia de meter un cadáver al congelador del Buquebus.

¡Pobrecita! ¿Y a quién iba a llamar, ella, además?, pensaba yo. Si solamente mi exmujer sabía dónde estábamos. No es recomendable llamar tan pronto a la exmujer de alguien para decirle «Mirá, te lo devuelvo porque se murió». ¡No!

Entonces, de repente, yo estaba en la cocina con este dolor. De repente, el brazo izquierdo se durmió por completo. Y ahí me di cuenta de que no era acidez, de que era un infarto, y se lo dije a Julieta: «Che, boluda, es un infarto». Y Julieta salió corriendo, se fue. Y yo pensé: «Ojalá que haya ido a buscar ayuda». Y me quedé solo, en ese momento, en la casa de huéspedes, me quedé solo con mi infarto. Y lo dije dos veces más: «Es un infarto, boludo, es tu infarto».

Y eso lo cambió todo, fue como una especie de frontera. Desde que me quedé solo en la casa, me convertí en un hombre cualquiera que se muere sin nadie; en mi papá, en el sillón, después del tenis, cuando se murió y no había nadie; en mi abuelo, con cáncer de páncreas, que se murió en el hospital sin ninguna enfermera; en cualquier mendigo que eterniza su apnea abajo de un puente... y que se muere; fui todos los hombres muertos que no tuvieron gente al lado. ¡Y es horrible morir solo! ¡Es horrible!

Y si estoy contando ahora la historia (quiero decir, si estoy acá y si vuelvo a ser el personaje del cuento), es porque Julieta volvió, no se había escapado, volvió con los anfitriones de la casa, con los dueños, con Javier y Alejandra, y como pudieron me subieron a un auto entre los tres. Yo no podía respirar. Salimos por una avenida que estaba llena de hinchas de Peñarol, era imposible llegar al hospital, pero tuvimos la suerte de cruzarnos con un patrullero. Alejandra, la anfitriona, la que manejaba el auto, sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo al policía: «Llevamos a un infartado, guianos al hospital». Y al patrullero le giraron luces azules y rojas, como en una serie yanqui, y le brotó un aullido de urgencia que obligó al tráfico a abrirse como el mar Rojo.

Yo miraba el camino con la presión en la mínima. Me di cuenta de que respirar, cuando estás infartado, requiere de un esfuerzo enorme, y también supe que si perdía el conocimiento mi cuerpo no iba a poder respirar solo. Supe que no tenía que hacer literatura mental: nada de pensar tristemente en mi hija, que estaba en Barcelona, ni en mi vida con nostalgia, nada de pensar en toda la gente a la que no le había dicho «te quiero», porque si me emocionaba, la energía de la respiración se disipaba y me moría.

Solamente había que respirar y llegar. Respirar y llegar. Y no morir. Si llegaba a una camilla, todo iba a estar bien, porque lo único que hay que evitar en la vida es la frase que dice: «Se murió de camino al hospital». Es una frase de mierda.

Por suerte llegamos. Por suerte me pusieron un stent, me salvaron la vida. El médico me dijo, después de la operación, que la velocidad con que me trajeron en el auto los anfitriones, los dueños de la casa, había sido vital. Gracias al patrullero y a Julieta y a Javier y a Alejandra, habíamos hecho en diecinueve minutos un camino que se suele hacer en cuarenta. El médico me dijo:

—Tu corazón no hubiera aguantado cuarenta.

Un par de días después, en la habitación de cuidados intensivos del Hospital de Clínicas de Montevideo, me llegó un correo de la página de alquiler de casas, de Airbnb. Me pedían una evaluación pública de mis anfitriones en Montevideo. Como yo todavía no podía escribir, le dicté a Julieta mi evaluación pública de esa casa, que dice así:

«Excelente vivienda para huéspedes con propensión al infarto agudo de miocardio. La zona posee comunicación directa con los mejores hospitales de Montevideo. Los anfitriones, Javier y Alejandra, se convierten al instante en ángeles de la guarda y te salvan la vida sin conocerte. Te llevan muy rápido al hospital, en su propio auto, mientras te estás

muriendo y después donan sangre para tu operación. No permiten que caigas en depresión ni que te sientas solo; te traen libros para que leas y además no te quieren cobrar los días que te quedás en su casa. ¡Muy recomendable!».

59. Buscando la fórmula perfecta



Tengo una hija catalana de quince años que me preguntó ayer, por WhatsApp, por qué todos sus contactos argentinos repetirían muchas veces el apellido Fernández en las redes sociales.

Yo odio hablar de política con mi hija; primero porque es europea y segundo porque es adolescente (que son dos cualidades que le impiden entender un montón de cosas, por ejemplo, el peronismo).

Pero intenté explicarle que acá estamos en un año electoral, que vamos a elegir presidente en octubre, y que el sábado pasado uno de los partidos políticos con más seguidores de la Argentina anunció sus candidatos a presidente y a vice, y que en los dos casos el apellido de estas personas es Fernández. Y que por eso en Argentina ese apellido fue trending topic.

—¿Son hermanos? —me preguntó mi hija.

Le dije que no, que son un hombre y una mujer que hasta hace muy poco se llevaban para el orto, pero que ahora se amigaron.

—¿Qué son, Pimpinela? —me preguntó.

—¡No! Él se llama Alberto y ella es Cristina. ¿Te acordás de la presidenta que había cuando yo vivía con vos, en España?

—Sí —me dice mi hija—, ¿pero esa no era Kirchner?

—El marido era Kirchner —le digo. Ella es Fernández de soltera.

—¿Y el marido qué piensa de que ella se vaya con otro?

—El marido se murió. Alberto era el mejor amigo del

marido. Y ahora los dos juntos, los dos Fernández, le quieren ganar a Macri.

—¡Aaah! —me dice mi hija—. ¿Y Macri va con la señora en silla de ruedas?

—No —le digo. Cuando Macri se enteró de que los dos Fernández van juntos, está buscando un nuevo vicepresidente con un poco más de cartel.

—¿Y tiene que ser del mismo apellido? —me dice.

—No, eso no es obligatorio por el momento, pero en este país nunca se sabe. Ahora parece ser que la vice de Macri puede ser Vidal, que es una chica joven.

—¡Genial! —me dice mi hija—. ¡Aborto legal en 2020!

—No —le digo—, es otra clase de chica joven.

—Y si no es Vidal, ¿quién más puede ser vice de Macri?

—Hay un montón de opciones... Algunos hablan de Urtubey, otros hablan de Martín Lousteau.

—Ay, papá, no me hagas gulear, no sé quiénes son.

—Uno se casó con Isabel Macedo y el otro con Carla Peterson.

—Aaah. Qué divertida es la política argentina, ¿es una novela!

—Te parece divertida porque no vivís acá. La mayoría de la gente preferiría que no sea una novela. Que hubiera un poco más de calma: con los candidatos... con los precios... con el dólar...

—No entiendo, ¿prefieren aburrirse, como acá?

—Y sí..., es horrible no saber nunca lo que va a pasar. Los dos Fernández, Macri, Lousteau, Massa, Lavagna, Urtubey, Vidal... quién va con quién, es un embole. Después, en el cuarto oscuro, no sabés qué hacer.

Y entonces ella me dice:

—¿Pero la otra opción no sería eso que vos me contabas, que había un presidente de tu pueblo con bigote que prohibía los discos y mataba gente?

Y yo me quedé callado.

—Papá, está buenísimo que se junten todos los Fernández con todos los Macri, con Carla Peterson, y que después gane el que tenga más followers. ¿No habían peleado ustedes por eso?

Y yo no supe qué decirle, porque es verdad. Aunque parezca todo un quilombo, es verdad... Es mucho mejor que nos enloquezcan con la fórmula perfecta, con encuestas falsas, con alianzas impensadas, con focus groups, con tejes y manejes... Es mejor eso a la tristeza mortal de no tener nada que elegir.

Me da bronca cuando quiero explicarle algo complicado a mi hija y ella me lo termina explicando a mí.

60. Dos alemanes quedan para cenar



La tarde que el alemán Jürgen Brandes tocó el timbre de la casa de Armin Meiwes, la vida social de la humanidad cambió para siempre. ¿Conocen esta historia? Yo se la voy a contar, pasó en 2001.

Desde chiquito, Armin quería ser caníbal; al mismo tiempo y sin conocerse, Jürgen fantaseaba con ser devorado vivo. Nunca hubieran llegado a conocerse en otro siglo, pero ya vivían en este siglo. El seis de junio de 2001 se encontraron de casualidad en un foro de internet, se contaron sus deseos y programaron una cita para el fin de semana. Para comer. En realidad, para comerse uno al otro.

Esto puede pasar solamente en épocas de redes sociales. En nuestros tiempos, si por ejemplo desarrollábamos el deseo de comernos vivo a alguien, lo más probable es que jamás hubiéramos encontrado a otro que se dejara comer.

No hace mucho me contaron que existe una clase de gente que quiere ser amputada. Parece mentira, pero es verdad. Se reúnen en unos foros macabros donde conversan sobre sus deseos de que les corten una pierna, un dedo, un brazo. Y cada vez que llega un nuevo a ese foro, se sorprende de ver a tantos con la misma necesidad. «Yo creía que esto me pasaba solamente a mí», dicen todos cuando llegan.

En 2001, Armin Meiwes (el caníbal de esta historia) era un técnico informático de cuarenta y tres años que vivía en Rotemburgo. Pasó la adolescencia entera sin hablar con nadie de sus ganas de comer gente. ¿Cómo hubiera podido

charlar sobre eso? ¿Con quién? Creció y llegó a la adultez con el secreto atragantado.

En la otra punta de Alemania vivía Jürgen Brandes, un militar retirado de cuarenta y dos años que fantaseaba con que alguien le masticara el cuerpo, de a poquito, de a rebanadas, con él mismo mirándolo todo. Pasó cuatro décadas, Jürgen, creyéndose loco y sabiendo que nunca iba a encontrar a nadie con quien poder hablar del tema.

En el siglo pasado, a toda esta gente le quedaba únicamente la opción de matarse. Era imposible para ellos pensar que encontrarían, en su barrio, en su ciudad, a otros con los mismos placeres descarriados.

Ya quedan muy lejos los tiempos donde la última opción del hombre era el suicidio triste. Ahora, con una conexión 4G y un poco de suerte, podemos encontrarnos con un grupito de nuevos amigos de Twitter con las mismas patologías que nosotros.

El día que Jürgen Brandes tocó el timbre de la casa de Armin Meiwes, el anfitrión estaba en la cocina preparando una ensalada. Armin se había vestido con un traje que le quedaba perfecto; Jürgen llegó con una camisa salmón.

—Traje el vino —dijo el recién llegado cuando el otro le abrió la puerta y, señalándose a sí mismo, agregó—: y también el postre.

Horas más tarde, para el mundo tradicional se iba a cometer un asesinato del que se habló años enteros en Alemania. A Armin Meiwes se lo acusó de grabar durante cuatro horas la mutilación, el asesinato y el posterior festín gastronómico de su amigo Jürgen Brandes, que vio con sus propios ojos el principio de la fiesta, pero ya no le llegaba la sangre a la cabeza cuando su amigo se comió los veinte kilos restantes de su cuerpo en una semana.

Los dos eran adultos, los dos querían hacerlo —esa fue la defensa del abogado de Armin—, los dos habían consensua-

do los detalles de la cena y, sobre todo, estaban de acuerdo en lo que había para comer.

No es el principio de la locura lo que pasó esa noche de 2001 entre dos alemanes de mediana edad. Es el final de la desesperación solitaria y el principio de una nueva forma de patología: la grupal, la que antes solamente se daba en algunas sectas caribeñas.

Era junio de 2001, era el nacimiento de este siglo. Meses más tarde, el impacto de unos aviones contra unos edificios neoyorquinos iba a cambiar para siempre nuestra visión del mundo, obligándonos a decir por primera vez la frase: «Yo pensé que esto nunca iba a pasar».

Pero fue un poco antes, en Alemania, cuando empezó a torcerse sin remedio el sentido de la locura solitaria del hombre. La indivisible, la secreta. Fue entonces que empezamos a escuchar esa otra frase que ahora escuchamos cada vez más: «Yo creía que esto me pasaba solamente a mí».

61. La loca Raquel



Había una loca en mi infancia, la loca Raquel. No era peligrosa, pero mi vieja, Chichita, no me dejaba mirarla porque la mujer se desvestía por completo en la calle, algunas mañanas. Raquel era inofensiva. Mi mamá me resguardaba por temor a que yo pudiera verla desnuda siendo tan chiquito. Me resguardó bastante mal, porque fue la primera concha peluda que vi en toda mi vida.

Yo tenía, me acuerdo, cinco años y esperaba en la vereda a que mi papá sacara el auto del garaje. Hacía frío, pero Raquel apareció y se puso atrás de un árbol y se sacó el vestido como si fuera una tarde de verano. Me quedé hipnotizado viéndole las tetas caídas, el matorral esponjoso, las estrías.

—¡Hernán, métete para adentro! —gritó mi mamá enseguida.

Chichita me sacó del medio, se acercó a la loca y la espantó como si fuese un perro rabioso. ¡Jura, Jura!, le dijo y le agitó un repasador. Después, en el auto, Chichita me preguntó qué había visto y yo le dije que nada.

—¿Cómo nada?

—No vi nada, mamá. Te lo juro.

Pero no era verdad. Yo había visto algo en el cuerpo de la loca. Lo que más me llamó la atención fue la tremenda cicatriz de una cesárea que le partía la panza en dos. Al rato escuché una conversación entre mis padres sobre la loca Raquel. Chichita le decía a Roberto:

—La pobre mujer está así porque el marido la traicionó.

Y yo creí que hablaban de esa herida horrible. Por eso,

desde esa mañana, la palabra «traición» significa, para mí, un tajo de cuchillo en el abdomen.

No era la primera vez que yo entendía mal las palabras. De chico me gustaba oír a los adultos cuando hablaban en susurros. Y siempre me equivocaba. Yo les ponía significados falsos a las palabras que no entendía. Por eso creí, durante años, que el orgasmo era un pianito eléctrico que mi tía Luisa no había tenido nunca.

Con el tiempo y los diccionarios descubrí el verdadero significado de algunas palabras. Pero en otros asuntos yo seguía siendo un boludo. A los siete años, por ejemplo, yo ya sabía cuál era la palabra más larga del diccionario, pero al mismo tiempo creía en los Reyes Magos. Sospechaba que había algo raro con los reyes, pero no sabía qué. Era imposible que tres personas en camellos pudieran entregar regalos al mismo tiempo en todo el mundo, pero creía en ellos...

Cuando un compañero de banco, en el recreo, me contó la verdad sobre los Reyes, yo sentí el peso multiplicado de la traición. No me sentí traicionado una vez, sino siete veces. Mis padres me habían engañado año tras año, durante los siete años de mi vida.

Porque... si los Reyes no existían, ¿qué fueron todas esas noches en vela? Recuperé en mi cabeza imágenes felices que, de repente, se convertían en humillaciones del pasado: mi papá llevándome a buscar pasto (¿para qué?), Chichita fingiendo sorpresa al ver un regalo que había envuelto ella misma; todos, absolutamente todos los veranos de enero habían sido una mentira.

La traición es un terremoto en los cimientos del pasado, una segunda versión de tu propia historia que no conocías y que alguien (el traidor) modificó para que sientas vergüenza y te conviertas en un imbécil en diferido. Porque la traición nunca pasa en directo. Cuando te enterás, ya pasó. Las manchas del recuerdo en la alfombra son las que

te señalan la ofensa. Si no tuviéramos memoria, nadie nos podría traicionar.

Si los Reyes, que eran algo importantísimo, no existen, entonces puede ser que no existan otras cosas. ¿Seré adoptado? ¿Mi abuela también será mentira? ¿Existirán de verdad Mario Kempes, Dios, las milanesas? ¿Cuánto más me engañaron, estos dos, en mis siete años de vida? ¿Cuántas veces me quedé esperando insomne, a la noche, las pisadas de unos camellos en el patio, como un boludo, mientras ellos se reían de mí?

La traición siempre es un descubrimiento tardío, pero es en la infancia donde pasa por primera vez. Las demás traiciones de la vida son ecos de la primera. El cornudo que descubre a la mujer en la cama con otro... se enoja, antes que nada, de su propia infancia dolorida, no por la infidelidad.

Lo monstruoso del engaño es que el ayer se derrumba; se derrumba lo que creíamos limpio, y nos sentimos estúpidos en el ayer, pobres diablos en la percepción del otro, que se reía y nos veía reír, que juraba haber oído los pasos de unos camellos o que juraba llegar tarde del trabajo cuando en realidad volvía de un hotel.

No, yo no estaba equivocado a los cinco años: la traición sí es el tajo de un cuchillo en el abdomen, una cesárea mal cerrada, una puñalada que te puede volver loco como a la loca Raquel y dejarte desnudo para siempre atrás de un árbol.

62. Todos del mismo lado del mostrador



Esta semana vi en la tele y en los diarios las fotos públicas que circulan con la cara del pediatra acusado de pedófilo. En algunas aparece con el rostro difuminado, en otros casos no.

El tema me causa dolor de panza, pero al mismo tiempo me llama la atención la ausencia de grieta en la pedofilia. Todos pensamos lo mismo: odiamos a ese tipo inmediatamente.

No estamos acostumbrados a pensar lo mismo como país. ¿Se dieron cuenta de eso? Ya hace muchos años que no tenemos ni un solo tema en el que estemos de acuerdo todos sin debate.

En lo que sea, en lo más simple o lo más sensato, siempre hay disenso: la igualdad de género, la distribución de la riqueza, el arquero de la selección, el aborto, la corrupción, la bicisenda, las medialunas de grasa, el impuesto a las ganancias... Siempre es cincuenta y cincuenta. ¡No nos podemos poner de acuerdo! Con una sola excepción: la pedofilia. Esa palabra es mágica. Nos lleva a todos al mismo lado del mostrador.

No encontré en Twitter a nadie matizando el tema, ni haciendo chistes irónicos, ni poniendo paños fríos. Ni diciendo que el pediatra «no es tan malo». A nadie. El odio es unánime.

Pero ojo. Solamente la pedofilia nos aún. Si el médico es un pediatra que tiene fotos de menores en su compu, estamos todos de acuerdo. Pero si el médico es un ginecólogo que obliga a una chica violada a dar a luz contra su voluntad, volvemos otra vez a ser cincuenta y cincuenta.

Más allá del espanto del tema, es auspicioso que todos estemos de acuerdo por lo menos en algo. Haríamos fila para cagar a trompadas al pediatra del Garrahan. Si pudiéramos ser jueces, le daríamos sesenta años por pedófilo y cinco años más por tener cara de buen tipo.

Porque esa es la otra cuestión que nos aterriza de la noticia de esta semana. ¿Vieron las fotos en las redes sociales de este hombre? Aparece feliz, mirando la cámara con una cerveza en la mano; o de vacaciones de invierno con una montaña detrás; o en el Mundial de Rusia, besando la camiseta; o tocando la guitarra eléctrica con su hijo.

El espanto que nos causa es porque se parece a nuestros amigos, se parece a los papás del cole, se parece al vecino que saludamos en el ascensor...

Nos angustia que el pedófilo no lleve un disfraz de degenerado, como en las pesadillas. Nos confunde que no tenga una cicatriz en la cara o la mirada estrábica; nos asusta que no sea un ermitaño sucio que se alimenta por delivery; nos da rabia que no lleve un gamulán en verano o un portafolios al cine. Querriamos que fuera más fácil de detectar; no soportamos cuando el pedófilo es un tipo parecido a lo que nos devuelve el espejo.

A veces lo malo de estar de acuerdo todos con todo es que el enemigo empieza a tener nuestra cara.

63. La trampa de McCracken



Esta historia capaz les interese más a los fanáticos del fútbol, pero tiene una moraleja triste que le sirve a todo el mundo. Lo que voy a contar nos enseña que a veces hacemos las cosas sin saber por qué.

En la primavera de 1904, Billy McCracken y Frank Hudspeth eran zagueros del Newcastle, un equipo de fútbol que nunca había ganado un torneo inglés y que además se la pasaba perdiendo cada partido por más de nueve goles.

En esa época, principios de siglo veinte, había muchos goles por partido porque se jugaba muy distinto a hoy: el esquema más habitual era un dos, tres, cinco: es decir, cinco delanteros y solamente dos defensores. Por lo general, el arquero pegaba un pelotazo muy alto y todos corrían como locos a buscar la pelota al arco contrario.

Si bien existía una ley del orsai rústica (una inventada en 1863, donde un delantero debía tener por lo menos tres defensores delante), este inciso había sido creado solamente para que nadie se quedara colgado en el área esperando el pelotazo. Nada más que para eso. Y la ley se acataba con normalidad.

Pero, en 1904, Billy McCracken tuvo una idea. Una tarde, en el vestuario, le dijo en voz baja al segundo zaguero (a Frank Hudspeth):

—Escucháme, Frank —le dijo—, ¿qué tal si el próximo domingo nos hacemos una seña y damos unos pasos al frente justo cuando parta el pase contrario?

Frank era un poco estúpido y no entendió. Le dijo:

—¿Pero qué ganaríamos con eso?

Y McCracken buscó una tiza y dibujó en el suelo las posiciones en la cancha.

—Nosotros damos este paso al frente —le dijo—, los dos al mismo tiempo, y la ilusión óptica le va a hacer creer al árbitro que el jugador contrario está en orsai.

Frank se quedó con la boca abierta: no podía creer que una trampa tan simple no se le hubiera ocurrido a nadie en cuarenta años de fútbol. Pero era verdad: no se le había ocurrido a nadie... ¡Y lo hicieron!

Gracias a este engaño, el Newcastle ganó la Liga de Fútbol Inglesa de 1905, 1906, 1907 y 1908, consecutivas... sin que nadie pudiera entender por qué.

En 1908, de hecho, fue el campeón con menor cantidad de goles en la historia del fútbol inglés; de hecho, el Newcastle empató cero a cero durante seis partidos.

Cuando descubrieron el truco, los demás equipos de la liga inglesa empezaron a usar este sistema del achique. Todos empezaron a usarlo, y los espectáculos de fútbol cayeron drásticamente en cantidad de goles... y en emoción.

Entre 1910 y 1920 la gente empezó a ir menos a la cancha, los delanteros no sabían qué hacer con sus vidas y los hinchas bostezaban a cada rato. Para peor, cuando Billy McCracken fue demasiado viejo para jugar de zaguero, se convirtió en director técnico y quiso seguir usando su invento.

Entonces, la Asociación de Fútbol de Gran Bretaña decidió hacer todavía más complicada la ley del offside, en vez de, simplemente, impedir la del achique, que hubiera sido lo más normal. El error fue tremendo.

El primer cambio a la regla clásica ocurrió en 1925, y es conocida como la regla actual. La regla actual cambió la palabra «antepenúltimo» por la palabra «penúltimo», para que los partidos no fueran tan aburridos después de la trampa de McCracken.

Volvieron los goles durante varios años, pero ya en nuestra época el fútbol se volvió más físico, se volvió más técnico, y entonces una tarde de 1990, después del aburridísimo Mundial de Italia, se decidió que si el atacante y el defensor estaban «en la misma línea» ya no habría offside.

En ningún caso nadie pensó en impedir la trampa de McCracken, que hubiera sido lo mejor. Y hoy los lunes, después de cada partido, hablamos horas enteras sobre el offside. Los periodistas, los hinchas, todos. Acatamos esa ley, discutimos esa ley, sin saber ni desde cuándo ni por qué esa ley está ahí. Como la vida misma.

64. Los veranos sin los padres



Quedarse solo en la casa sin los padres debe ser la situación más excitante de la adolescencia. En mi pueblo natal, Mercedes, solamente nos quedábamos los peores, los que no estudiábamos nunca en invierno y teníamos que rendir una docena de materias.

Nuestros padres, cansados de llorar por nuestra suerte, decidían irse igual a Mar del Plata y dejarnos en el pueblo «en penitencia», estudiando. Lo importante, en esos casos, era fingir tristeza cuando ellos se iban en el auto:

—¡Adiós, mamá! —Había que mantener hasta el final la cara triste.

—¡Chau, papá, no corras por la ruta! —La mano en alto, la alegría escondida.

—¡Hasta la vista, simpática hermana menor! —Ella sabía que yo era feliz; ella me odiaba desde la ventanilla, pero no podía decir nada. Mi hermana esperaba su turno de libertad, que iba a llegar dos años después. Aunque le hubiera encantado delatarme: «¡Mamá, papá, el idiota está contento!», pero se mordía la lengua.

El auto se iba haciendo chiquitito por la esquina y yo seguía saludando. Una vez que el Taunus se convertía en un punto sin forma, yo bajaba la mano. ¡Y esa era la señal!

Todos mis amigos se descolgaban de los árboles o se tiraban de los techos. Traían bolsas de dormir, damajuanas de vino, dos mudas de ropa y una bolsa de porro. Chiri, además, siempre traía un palo, porque quería ser el primero en romperle un florero a Chichita.

Esas temporadas hubieran sido perfectas, pero siempre había dos enemigos al acecho: mi abuela Chola y Mabel. Mi abuela, que tenía llave de casa y vivía a la vuelta, podía aparecer siempre, sin previo aviso, en cualquier momento del día o de la noche. Y Mabel era la señora que venía a limpiar, los lunes a las siete de la mañana, justo cuando la fiesta del domingo se empezaba a poner buena.

No teníamos una estrategia muy clara para esquivarlas, porque vivíamos borrachos. A la abuela Chola, por lo general, decidíamos trabarle la puerta desde adentro para que no pudiera entrar. Ella nos espiaba desde la ventanita de la puerta y veía fragmentos del caos:

«¡Abrime, nene!», me decía tratando de hacerse oír por encima de la música y de los gritos. «¡Volvé después, abuela, que estoy estudiando!», le decía yo apareciendo desde algún lado con una bombacha en la cabeza. «Cuando llame tu padre, se va a enterar», decía siempre antes de irse.

En cambio, la llegada de Mabel, aunque inoportuna, era necesaria. Alguien tenía que limpiar los vómitos, sacar las manchas de las sábanas, airear el olor a encierro, y estaba clarísimo que no íbamos a ser nosotros. Entonces yo decidía dejar abierta la puerta los lunes a la madrugada para que la mujer entrara a limpiar la cocina y a repasar el baño, porque a nosotros nos daba asco.

El regreso de mis padres, quince días después, resultaba siempre problemático. Ellos llegaban con alfajores, bronceados, felices, y la cara se les iba descomponiendo de angustia conforme iban interpretando el desastre. «¡Mamá! —gritaba mi hermana—. ¡Mi diario íntimo está abierto!». Y mi papá decía: «¡La caja fuerte también!». Y mi madre gritaba: «¡Hernán!».

Pero yo no estaba: los padres de Chiri se tomaban siempre la primera quincena de marzo, y las fiestas se trasladaban a su casa. Dos semanas más de libertad.

Mis problemas verdaderos iban a empezar el quince de marzo: volver a ver a mis padres, empezar de nuevo el colegio y, sobre todo, esa sensación de que se empezaban a acabar las grandes aventuras de la juventud.

El verano de 1988, uno de mis mejores amigos (mientras yo dormía) despidió a Mabel. La señora de la limpieza no vino nunca más. En marzo mi mamá fue hasta a la casa de Mabel a preguntarle por qué no venía más a trabajar como siempre, y Mabel le dijo:

—Porque un amigo de su hijo me echó, señora Chichita.

Nunca le dijimos a mi madre quién había sido el que, después de nueve años de servicio, despidió a la empleada. Pero ya es hora de que lo sepa (aprovecho que mi mamá se queda hasta tarde mirando Telefe). No voy a decir el nombre completo de mi amigo, pero es alguien que después se casó con mi hermana. No diré más que eso.

65. Estamos perdiendo los papeles



Los periodistas (y los escritores, claro) que ahora tienen entre cuarenta y cincuenta años escribieron su primera historia en una máquina de escribir Olivetti, y la última historia la redactaron en una computadora portátil, o incluso en una tablet. Yo pertenezco a esa generación.

La primera crónica que escribí, para el diario de mi pueblo, la redacté en un cuaderno y la pasé en limpio a máquina, y después la mandé por fax, y en la redacción un tipógrafo tuvo que componer la página; mientras que, a mi última historia, esta, la que estoy contando ahora, la redacté esta mañana en el aeropuerto de Lima y la leo por la noche en un noticiero de Buenos Aires.

Pasó tan poco tiempo y pasaron tantas cosas... Resulta que esta generación, la que ahora tiene entre cuarenta y cincuenta años, será, de la humanidad entera, la única que pueda decir: «Yo caminé por las dos veredas».

Nacimos analógicos, crecimos en una transformación trepidante y estamos envejeciendo ya completamente digitales. Y aunque muchos de nosotros recordamos con nostalgia el olor de la tinta (la Pelikan, la Schiffer, la Parker, según la clase social), aunque nos acordemos de ese olor secándose en nuestro primer cuaderno, lo vamos a contar con nostalgia en los doscientos ochenta caracteres de Twitter. Los que pudimos probar las dos formas de comunicación estamos más o menos convencidos de preferir esta época, estas herramientas, para decir lo que pensamos y para compartir nuestras ideas.

Es un tiempo con menos intermediarios, en el que llegar al lector, o al espectador, suele ser un vuelo directo, sin escalas. Pero hay algo que estamos perdiendo sin remedio, algo que nadie está extrañando todavía, pero que, en poco tiempo, va a ser un bache inmenso en la transmisión cultural: estamos perdiendo los originales de papel.

Uno de mis grandes placeres de estudiante de periodismo fue ver tachaduras, las tachaduras de los maestros en el papel. Ya no tenemos eso. Los futuros maestros, los chicos de hoy que mañana van a ser los grandes comunicadores, arrastran sus errores a la papelera de reciclaje.

Nuestros hijos ya no van a poder beber de esa fuente. Parece frívolo, pero se trata de una pérdida tremenda. Yo les presté siempre mucha atención a los originales y a las primeras versiones de los periodistas que admiro, sobre todo por su prosa simple, porque fueron justamente ellos los que más tacharon, los que más borrararon, los que mejor sintetizaron. Es decir, los que más exprimieron los márgenes de las hojas con anotaciones. Los que más dieron cátedra de errores resueltos a tiempo.

¿Quién escribe a mano hoy en día? ¿Se acuerdan de cuando la maestra nos reconocía por la letra? ¿Quién se acuerda hoy del Liquid Paper, ese pincelito de olor intenso con el que blanqueábamos nuestra mala taquigrafía y con el que a veces incluso nos drogábamos sanamente? Hoy todo va a la papelera de reciclaje. Hoy todo lo que no sirve desaparece de la pantalla, y cada cosa que escribimos es la última versión.

Hoy quiero recordar que ya no tenemos memoria, ni siquiera de nuestros propios errores. Por ahí me equivoco, pero sospecho que, por culpa de la velocidad tecnológica, dentro de treinta años se va a escribir peor periodismo que hace treinta años, pero también es verdad que va a escribir periodismo el triple de gente.

Y yo sigo sin saber si eso es mejor o es peor.

66. Nunca le abras la puerta a un chino



Una tarde de 2006 sonó el portero eléctrico de mi casa, en Barcelona.

—Hola, soy Woung, ¿está Hernán? —me dijeron. Una voz joven.

—Sí, él habla.

—Ay, necesito verlo. Me vuelvo esta noche, hice el viaje para conocerlo. ¿Podré pasar un ratito?

Yo me imaginé que era un lector de mi blog y salí al pasillo. Vi a un muchacho chino, pero de porte occidental, esa gente híbrida que hay ahora, gente moderna, un chico cosmopolita, veintidós, veintitrés años. Bien vestido, con una sonrisa en la cara. Me saludaba del otro lado de la puerta. Le abrí y me pegó un abrazo, un abrazo largo. Rarísimo. Y al verlo de cerca, su cara me sonó familiar, pero no me acordaba de dónde.

Y se metió en casa sin pedir permiso y se fue derecho al sofá donde estaba mi hija Nina, en ese momento de dos años. El chino se puso en cuclillas, le apretó los cachetes a mi hija Nina y, hablándome a mí, me dijo:

—Yo a usted no llegué a conocerlo, pero a ella sí. A ella sí la conocí, ¿no es cierto, Nina, que a vos te conocí? (Y la boluda de mi hija decía que sí).

Entonces yo le digo:

—¿De dónde la conocés a la nena, del blog?

—No —me dice—, de ahí no. Nina es mi bisabuela, por parte de madre.

Y a mí me corrió un frío por la espalda. ¡Había dejado entrar a un loco! Entonces le digo:

—¿Vos lo que me querés decir es que tu bisabuela también se llama Nina? ¿No es cierto?

Y él sonrió y me dijo:

—No, no, no. Nina es mi bisabuela. Usted es mi tatarabuelo —y se sentó en la silla, como si estuviera cansado, y me dijo—: ¿es que yo vengo del futuro!

Yo lo miré a los ojos, sin gestos. El chino no parecía peligroso en un sentido físico. Quiero decir, no parecía inquieto o desesperado. Pero era un loco. Toda su locura, por el momento, era verbal. Pero yo me crucé muchas veces con locos: yo sé que son paulatinos, que su alucinación va siempre *in crescendo*. Yo estaba cagado de miedo. Mi hija tenía dos años, y yo la estaba poniendo en peligro. Entonces me decidí por una estrategia y actué muy despacio. Le digo:

—Mirá —con mucho tacto se lo decía—, hagamos lo siguiente. Yo la llevo a Nina a la guardería ahora. Y nos encontramos en el bar de la esquina en veinte minutos. Vos me esperás ahí y charlamos. ¿Qué te parece?

Y él me dice:

—No vas a venir —me tutea.

Y le digo:

—¿A dónde no voy a ir?

—Al bar. Te voy a esperar una hora, dos horas, después llega un guardia civil, me pide los documentos. Vos estás en casa de tus suegros. Me mandaste a la policía por teléfono porque pensás que estoy loco... Ya lo vivimos a esto, abuelo.

A mí se me pone la boca seca. Esa era exactamente mi idea, punto por punto.

Le digo:

—No, nada que ver. ¿Por qué pensás eso?

Y me dice:

—Porque es la segunda vez que vengo a verte, abuelo. La primera me mandaste la policía. Yo te estaba esperando en el bar. Ahora aprendí. Créeme.

—Estás loco, hermano —le digo—, no podés pedirme que te crea.

—Mirá —me dice—, en un minuto, justo en un minuto, te va a llamar tu mujer al celular. Te va a pedir que compres pañales para la bisabuela.

—¡No le digas bisabuela a mi hija! —le digo—. Enfermo.

—Bueno, bueno. Pañales para Nina... Eso te va a pedir tu mujer. ¿Te convenzo con ese dato? ¿Si suena el celular, te quedás tranquilo?

No le contesté; me mordí el labio. Miré el celular, que estaba arriba de la mesa. No sabía si quería que sonara o que no sonara.

Y él me dice:

—Faltan veinte segundos. Yo, mientras, voy a poner el agua para unos mates —me dice, me guiña un ojo y después se va a la cocina—. Diez segundos y suena, eh. Tranqui, abuelo.

El chino se levanta y se mete a la cocina de mi casa. Me quedo quieto. Escucho el agua caer como una lluvia en el fondo de la pava, y cuando suena mi celular todo me empieza a parecer rarísimo. Es mi mujer. Le digo:

—Hola, amor —y hablo con el corazón en la boca. Ella me habla y yo digo—: okey, okey después compro... ¿Los de siempre o panties? —le pregunto, y no puedo respirar—. Bueno, bueno, a la noche hablamos.

Cuando cuelgo, el chino saca la cabeza por la puerta de la cocina, sonriendo con su sonrisa de chino, y me dice:

—Abuelo, tomás el mate con un chorrito de limón, ¿no? Como toda la familia.

Y yo le digo:

—Sí, Woung, sí, como lo toman ustedes.

67. Tarifa plana de porro



Hace tiempo estaba en casa, lo más tranquilo, y me toca timbre un chino joven. Me dice que se llama Woung y que es mi tataranietao del futuro. Yo le seguí la corriente. Le digo:

—¿Qué es esto de venir al pasado? ¿Una moda?

Y me dice:

—No, viene bastante gente a tu siglo... A comprar porro, más que nada, porque allá casi no hay. Pero, así como yo, a visitar familia, poco. Es un viaje incómodo, es caro.

Y yo me asusté. Le digo:

—¿No hay porro en el futuro?

—Bah —me dice—, como haber, hay, lo que ya no existe es esa cosa tan linda de ustedes de armarlo, de ver la hoja, de fumar echando humo. De eso no hay más.

Y le digo:

—¿Y cómo fuman porro ustedes?

—Ah, no. Tenemos tarifa plana. Pagamos por mes, y hay empresas que te dan el servicio directo a la cabeza.

—¿Qué? —le digo—. ¿Están todos drogados, todo el tiempo?

—No, abuelo, no —me dice—. La mayoría, no. Yo ahora estoy desconectado, porque estamos charlando. Pero si quiero un poco, me hago doble clic en la nariz y ya me sube el porro. Es práctico.

—Más que práctico —le digo—. ¡Es buenísimo! No hay que ir a comprar, no hay que esconderse...

Y él me dice:

—Y además no te hace fingir. Si estás drogado y se apa-

rece tu vieja en tu pieza, clic derecho y ya estás careta el tiempo que haga falta. Después tu vieja se va, doble clic y otra vez drogado.

—Qué maravilla, el futuro —le digo—. ¿Y cuánto sale por mes la tarifa esta de porro?

—Ah, no, abuelo, hay varios precios —me dice—. Yo tengo un servicio que me cuesta once minutos al mes.

—Pará —le digo—, ¿cómo once minutos? ¿Cuánto sería eso en plata?

—No, abuelo. En el futuro no hay plata. El valor máspreciado es el tiempo. Todos nacemos ricos. Cada chico que nace, ponete, tiene cien años de crédito como en una especie de riñonera. Después crecés y vas gastando tiempo. ¿Querés comprarte una moto? Te sale ocho meses. ¿Querés una casa? Un año y medio. ¿Una casa grande, con pileta? Cuatro años te sale.

—Pero entonces —le digo—, ¿quiénes son los ricos en el futuro?

—No, eso varía... Por ejemplo, mirá: yo tengo veintitrés años. Es decir, tengo un capital suficiente para tener siete autos, dos chalets, darme la gran vida durante cinco años y morirme a los veintiocho como un campeón. O puedo vivir sin tanto lujo hasta los ochenta, ochenta y cinco... Cada cual hace lo que quiere en el futuro. Hasta ahora, mi gasto más extravagante fue este viaje. Venir a verte me costó tres años y medio. Es carísimo.

—¿Y el trabajo? ¿Cómo funciona, cuánto gana un empleado medio en el futuro?

—No, allá la gente gana exactamente lo que labura. El que trabaja seis horas al día, gana seis horas. El que trabaja cuarenta horas a la semana, recibe eso: cuarenta horas, por home banking, el sábado.

—Entonces —le digo— ¿el trabajo cualificado no cuenta? Un carpintero que tarda dos horas en hacer una silla y

un conductor de tele que hace un programa de dos horas...
ganan lo mismo.

—Claro —me dice—, cada cual gana dos horas.

—¿Pero... pero si el programa tiene mucho rating?

—Esa es una gran mentira de tu sociedad, abuelo. Un famoso no vale más que un carpintero.

Y yo le digo:

—¿Y los ladrones... qué roban los ladrones si no hay plata?

—¡No hay ladrones, abuelo! No existe el delito económico en el futuro. Solamente, cada tanto, algún crimen por celos, pero es de gente vieja.

—¿Pero van a la cárcel esos criminales? —le pregunto.

—No, no tenemos cárceles. Hay multas para el asesinato.

—¿Cómo multas?

—Sí, te multan con los años que le quedaban por vivir a la víctima. Vos matás a un tipo de treinta y cinco años y te debitan a vos sesenta y cinco años. Al toque, de un viernes a un lunes, por home banking.

—¿Entonces tampoco hay malos?

—¡Claro que hay malos, abuelo! Bocha de malos. Los pesados son los malos del futuro. Los que te hace perder el tiempo. Los que tardan mucho en contarte una anécdota. Los que te invitan a fiestas aburridas. Esa es la gran escoria de mi sociedad.

—Y la política —le digo—, ¿cómo funciona?

—Ya te dije, abuelo... no hay ladrones en mi época.

—Pero me imagino que en cada país habrá presidentes, que al presidente habrá que elegirlo...

—No, cuando acabamos con las enfermedades, terminamos con el capitalismo, con el comunismo, con todas las boludeces. Nadie tiene nada que otro pueda querer. Si cagás a alguien, no te quedás con su tiempo extra. Entonces, ¿para qué lo vas a cagar?

Y yo lo miro a los ojos y le digo:

—Boludo, me emociona esto que me estás diciendo... Pero tiene que haber grietas, tiene que haber fallos. Somos humanos, estamos diseñados para hacer mierda todo lo bueno. ¿Dónde está la grieta?

—La grieta, abuelo, también es una mentira de tu sociedad. Con el tiempo las cosas van a estar mejor, te lo juro.

Y entonces mi tataranieto me mira con los ojos claros, lleno de esperanza en el futuro, y se rasca la nariz, dos veces, y aparece un olor a porro maravilloso en toda la casa, y me dice:

—Tocáte, abuelo. La nariz, tocáte. Que te acabo de compartir la contraseña del wifi.

68. Alguna leyenda nueva



Hace un rato empezó la Copa América. Brasil, el dueño de casa, le ganó bastante complicado a Bolivia y dentro de un rato, porque ya es sábado, nos toca jugar a nosotros. Van a ser, con suerte, cinco partidos para llegar a la final.

Si el siete de julio no cambia la racha en el Maracaná, esta va a ser la décima Copa América sin gloria del equipo argentino. La décima consecutiva. La última vez que ganamos una Copa América fue en 1993 con el Coco Basile.

Parece mentira, pero ya hay gente de veintiséis años (gente con pelos en las patas) que nunca vio a Argentina salir campeón. (No, los juegos olímpicos no cuentan, estamos hablando en serio, hablamos en serio). Ya hay criaturas de cinco o seis años que tienen padres que nunca vieron a la Argentina salir campeón.

Nenas y nenes que les dicen a sus papás: «Papi, papi, contanos de cuando salíamos campeones», y el papá tiene que responder: «No sé, nunca vi a la selección salir campeón». Y los nenes preguntan: «¿Qué pasa papi?, ¿somos peruanos?», y el papá dice: «No, somos argentinos modernos, andá a preguntarle a tu abuelo».

Pero un día se van a morir los abuelos. Es decir: nos vamos a morir. Nosotros, los que vimos a Argentina muchas veces salir campeón de un montón de cosas. En mi época era más o menos natural, cuando empezaba un torneo, ir organizando con los amigos en la casa de quién íbamos a ver la final. La pregunta no era si íbamos a jugar la final. En la casa de quién la íbamos a ver.

Con mi papá, que se murió en el 2008, vimos doce Copa América juntos, en cuatro llegamos a la final, y en dos fuimos campeones. Con mi viejo vimos seis mundiales de fútbol juntos, en tres llegamos a la final, en dos fuimos campeones.

Y gracias a eso mi viejo y yo tuvimos una relación, porque en general no hay más temas que el fútbol entre un padre y un hijo. ¿De qué carajo van a hablar los nenitos de hoy con sus padres si nunca vieron a Argentina salir campeón? ¿De qué van a hablar?, ¿del riesgo país? ¿Del dólar? «Papá, papá, contame de cuando entramos en default». ¿De eso van a hablar los chicos con los padres?

A veces el deporte no es solamente un juego, ni un negocio, ni el opio de los pueblos. Es todo eso... y una cosa más.

También es lo que conecta a una generación con la otra, y a esta otra con aquella otra. Nenes y nenas con sus padres y sus abuelos en una mesa después de cenar. Y el abuelo dice: «Yo vi la Copa América de 1955, que la ganó Angelito Labruna», y el padre dice: «Y yo estuve en el Sudamericano de 1967, en la que Luis Artime fue el goleador», y el tío más joven dice: «Más goleador fue Batistuta en la Copa América de 1991», y así va charlando la familia entera.

Si de un día para el otro dejamos de ganar Copas América, y de ser campeones de alguna cosa a cada rato, esas conexiones familiares, esas pequeñas leyendas de sobremesa, van a empezar a ser menos. O incluso van a desaparecer...

Ojalá que hoy a la tarde este equipo haga un poco de magia y el siete de julio lleguemos a la final y la ganemos. Porque en cualquier momento mi hija grande me hace abuelo y yo voy a necesitar poder contarles a mis nietos alguna leyenda nueva.

69. La revancha



Una noche de 2009 mi hija Nina se despertó llorando y me contó una pesadilla tremenda mientras hacía pucheros. Vivíamos en Barcelona. Yo me asusté, porque lo que me estaba contando lo conocía perfectamente. Para explicarlo mejor tengo que irme a 1994. En esa época yo era un tipo flaco, de veintitrés años, que trabajaba en una revista con mi amigo Chiri. En ese trabajo nos hicimos muy amigos de Andrés Gelós y los tres decidimos alquilar una casa para compartir los gastos. Estábamos convencidos de que la idea era perfecta.

Pero lo cierto es que nos llevamos pésimo con Andrés Gelós. En un porcentaje enorme por mi culpa, porque yo en esa época fumaba mucho porro. Andrés no me soportaba más y a mí tampoco me caía muy bien él, aunque su hermano sí. Pablo Gelós era unos años mayor que Andrés; cuando aparecía por la casa era como si llegara un Andrés con menos pelo y más relajado. Cuando había discusiones serias entre nosotros, Pablo no se metía. Era un tipo divertido, era actor.

Un día Andrés me echó de la casa y Chiri se vino conmigo. Estábamos demasiado drogados para resistirnos. Buscamos un departamento chiquito y nos retiramos con dignidad. Pablo se iba a quedar a vivir en la casa. El hermano era el nuevo inquilino de Andrés.

Una semana después, en mi departamento chiquito, yo soñé que volvía a la casa. En el sueño yo tenía las llaves de la casa y era consciente de que aquella ya no era mi casa. Era de madrugada y sentí curiosidad por ver dónde dormía Pablo

Gelós. Entré en puntas de pie, en el sueño, e iba flotando y subí las escaleras. Abrí la puerta de la habitación de Andrés y ahí estaba él, dormido. Estuve a punto de hacerle alguna maldad, pero preferí seguir de largo.

Yo era consciente de estar dentro de un sueño, y eso me daba poderes. Subí a la que había sido mi habitación. Abrí la puerta y me quedé en penumbras. En la cama estaba Pablo Gelós, durmiendo boca arriba.

Me acerqué; en el sueño, Pablo se despertó. En ese momento tuve miedo de asustarlo y le tapé la boca para que no gritara. Yo quería decirle que estaba todo bien, que no era mi intención molestarlo. Pero vi sus ojos, aterrorizados, y descubrí algo espantoso. Descubrí que no era un sueño mío en el que estábamos, sino una pesadilla de él. ¡Claro! En general, las pesadillas deberían asustar al dueño, al que las sueña. Pero en este caso yo estaba muy tranquilo, en casa ajena, asustando a otro.

Los ojos de Pablo Gelós estaban llenos de terror, las pupilas dilatadas, su corazón a los saltos. Cuando confirmé que el malo del sueño era yo, me ayudé con la otra mano y empecé a ahorcar a Pablo para que se despertara. Apreté su cuello con fuerza y me empecé a reír. «¡Ja, ja, ja!». Y entonces me desperté transpirado. Y también riéndome. Mil veces conté esto en sobremesas, cada vez que hablamos de sueños raros. Me encanta esta historia, porque por única vez yo fui el monstruo, el malo en una pesadilla ajena.

Después pasaron los años. Nunca más vi a ninguno de los Gelós. Ni a Andrés ni a Pablo. Y una tarde me fui a vivir a España para siempre y tuve una hija. Andrés tuvo dos hijas, por lo que supe. Una noche de 2006, Andrés Gelós les empezó a contar un cuento a sus hijas, un cuento que se llamaba «Reinas Magas». El cuento resultó ser tan interesante que lo vendió a la televisión argentina y en 2007 se produjo una serie infantil con guiones de Andrés. (La pasaba Canal

Trece, a la mañana). En esa historia hay un malvado que se llama Das Pulgas. En la serie, a este personaje, al malo, lo interpreta Pablo Gelós.

Reinas Magas tuvo mucho éxito en muchos países del mundo y en 2008 llegó a la televisión española. Nina, mi hija, se vio todos los capítulos. Se rio y bailó con las protagonistas, pero también se asustó mucho con el malo malísimo de la historia, porque la interpretación de Pablo Gelós, en el papel de Das Pulgas, es tremenda.

Entonces, una noche, Nina se despertó a los gritos y fui a su habitación para calmarla. Me contó su pesadilla. Me dijo que ella estaba durmiendo y que entraba Das Pulgas a su cuarto, que se sentaba en su cama y la despertaba. Me dijo que ella quería gritar y no podía, porque Das Pulgas le tapaba la boca con una mano.

Mientras yo la escuchaba, tragué saliva y me puse pálido, pero creo que ella no se dio cuenta de nada. En un segundo se me representó la revancha de Pablo Gelós. Tranquilité a Nina y le dije que volviera a dormir. Ella me dijo que no con la cabeza, me dijo que tenía miedo de quedarse sola y dormida, porque Das Pulgas podía aparecer otra vez.

La miré a los ojos y le dije, con absoluta seguridad, que eso no iba a pasar.

—¿Por qué? —me preguntó.

Y yo le dije:

—Porque no te está buscando a vos, me está buscando a mí.

70. El gran secreto de mi vida



El gran terror de mi vida es no saber cuándo voy a ser, por fin, desenmascarado. Es mi terror recurrente: estar expuesto a que las personas que me sospechan inteligente, o mundano, o simpático, o capacitado para alguna tarea compleja descubran la verdad: descubran que soy un imbécil.

Les voy a contar una cosa que me pasó de chico y que marcó mi vida para siempre.

Era el año 1983, yo tenía doce años. Mi papá, en aquel tiempo, era el tesorero de la mayoría de las instituciones benéficas de Mercedes. Entre ellas, CAIDIM —Centro de Apoyo Integral del Insuficiente Mental—, un lugar donde conviven (aún hoy) la gran mayoría de los chicos con síndrome de Down del pueblo, un lugar donde se les da trabajo y cobijo.

Una mañana de mis doce años, mi padre me pidió que fuera al Banco Provincia a cobrar un cheque de CAIDIM. Llegué al banco en bicigrós, entregué el talón en ventanilla y el cajero me devolvió, sin darse cuenta, cincuenta pesos de más.

Yo noté el error enseguida, y durante todo el camino de vuelta a casa, en la bici, fantaseé con lo que me iba a comprar con esa plata extra. Creo que mis prioridades en esa época eran un karting a motor y un perro nuevo.

Cuando llegué a casa le entregué a Roberto Casciari, mi padre, el dinero exacto del cheque y me quedé miserablemente con los cincuenta pesos que sobraban.

Durante el almuerzo, sin embargo, me agarró una especie de ataque de culpa y le confesé a mi papá que me habían

dato plata de más, pero también le pedí permiso para quedarme con los cincuenta pesos.

Mi papá me dijo:

—Si a esa plata la perdiera el banco, ningún problema. Pero cuando hagan el balance de caja y falten cincuenta pesos, se los van a descontar al cajero, y los cajeros del Provincia son todos amigos míos. Así que mejor lo devolvemos. ¿En qué ventanilla cobraste? —me preguntó.

Yo le contesté:

—En la ventanilla dos —y me juré para mis adentros nunca más ser sincero en la vida de Dios (actitud que sigo cumpliendo a rajatabla).

—¿Ventanilla dos? —me dice mi papá—. En esa ventanilla está Eduardo —dijo Roberto Casciari, que es amigo de toda la gente que está detrás de cualquier ventanilla. Y acto seguido llamó por teléfono al banco, pidiendo hablar con Eduardo.

—Hola, Eduardo, soy Roberto —dijo mi papá—, me parece que me diste plata de más en un cheque de CAIDIM.

—¡Sí! —le contestó el cajero—. Me di cuenta casi enseguida, te iba a llamar esta tarde. No le quise decir nada al chico retrasado que me trajo el cheque porque no me iba a entender.

«Al chico retrasado»... Mi papá se empezó a reír en ese momento y se siguió riendo hasta que se murió en 2008 (posiblemente de risa).

Ya pasaron un montón de años desde aquella tarde, pero Roberto Casciari nunca se cansó de contar en las sobremesas, cada vez que podía, esta anécdota en la que un cajero de banco vio mi verdadero rostro. Creo que este es el trauma más grande que tengo, exceptuando los sexuales y los que derivan de ser hinchada de Racing.

Porque aquella tarde no solamente perdí mis cincuenta pesos, mi perro nuevo, mi karting a motor...; sino que

gané, y para siempre, este temor a que la gente descubra mi verdadera identidad. Esta fobia a que todos los esfuerzos que hago por aparecer simpático e inteligente ante el mundo queden aplastados por una mirada sagaz que me devuelva a mi categoría.

Por eso, cada vez que alguien me obliga a hacer alguna cosa que está fuera de mis posibilidades (como, por ejemplo, votar, o discutir sobre economía, o contar cuentos a la noche en la televisión de aire), empieza a subirme por el esternón un frío de pánico que se instala en mi alma y no me deja vivir en la paz sencilla de los chicos de CAIDIM, ese sitio cálido del que nunca debí haber salido para intentar comerme el mundo.

71. Diez punto seis segundos



Antes de tocar por última vez la pelota con su pie izquierdo, a las trece horas, doce minutos y treinta segundos del mediodía mexicano, el jugador argentino ve que ya dejó atrás a Peter Shilton; ve que Valdano arrastra la marca de Fenwick; ve que Raid y que Glenn Hoddle quedaron en el camino.

Ve a Terry Butcher que se tira a sus pies con los botines de punta; ve a Burruchaga que frena su carrera con resignación; ve a Héctor Enrique, todavía clavado en la mitad de la cancha; ve a Bilardo, su entrenador, que salta del banco como expulsado por un resorte, y ve al otro entrenador, al rival, que baja la mirada para no ver el final del avance.

Ve a un hombre pelirrojo con una pipa humeante en la boca, en la primera bandeja de la platea baja; ve la línea de cal del área chica y se acuerda de la cara del empleado que, durante el entretiempo, la repasó con un rodillo.

Ve nítidamente a su hermano, el Turco, cuando tenía once años, que le echó en cara un error que cometió en Wembley en una jugada parecida: «La próxima no le pegues cruzado, boludito: amagáale al arquero y seguí por la derecha», le dijo el hermano. Ve la cara de su hermano nítida, con dulce de leche en la boca.

Ve, atrás del arco, un cartel que dice Seiko en letras blancas sobre fondo rojo; ve las uñas pintadas de verde de su primera novia, el día que la conoció, y ve a esa misma chica, ya mujer, amamantando a una nena.

Ve una pelota desinflada y se ve a él mismo, con ocho años, intentando dominar esa pelota; ve a su madre y a su

padre que arrastran con esfuerzo un enorme bidón de kerosén por una calle de tierra en la que ha llovido.

El jugador argentino controla el aire de sus pulmones durante nueve segundos, y ahora está a punto de soltar todo el aire de un soplido. Al revés de lo que les pasa a los rivales que dejó atrás, él puede respirar con su pierna izquierda, y puede intuir el futuro mientras avanza con la pelota en los pies.

Ve, antes de tiempo, que Shilton se va a tirar a la derecha; ve la intención segadora de Terry Butcher a sus espaldas; se ve a él mismo, muchos años después, con un nieto en los brazos, visitando la entrada del Estadio Azteca donde se levanta una estatua de bronce sin nombre, un jugador joven con el pecho inflado y una fecha grabada en la base: veintidós de junio de 1986.

Ve un departamento en penumbras donde solamente hay una mesa, dos amigos y un espejo sobre la mesa; ve un enjambre de periodistas y de fotógrafos a la salida de todos los aeropuertos, de todas las terminales, de todos los estadios, de todos los centros comerciales del mundo.

Ve el cadáver de un hombre viejo que acaba de morir en Ginebra ocho días antes de ese mediodía, un hombre que también vio todas las cosas del mundo en un solo instante.

Ve Fiorito de día; ve Nápoles de tarde; ve Barcelona de noche.

Ve la Bombonera llena de gente como nunca y él está en el medio de la cancha, pero no lleva una pelota en los pies, sino un micrófono en la mano; ve un tobillo inflamado; ve a una enfermera de la Cruz Roja, regordeta y sonriente; ve a un estadio entero silbando su himno nacional y se ve a él mismo devolviendo ese insulto con cien veces más fuerza.

Ve todos los goles que hizo y todos los que va a hacer; ve todos los goles ajenos que gritó y los que va a gritar en su vida entera. Ve el día que verá a su madre por última vez; ve

la noche en que verá por última vez a su padre; ve crecer a todos los hijos de sus hijos.

Ve los dolores de parto de una mujer que está a punto de parir un nene zurdo en Rosario, un año y dos días más tarde de ese mediodía mexicano; y también ve un espacio mínimo, imposible, entre el poste derecho de Shilton y el botín de Terry Butcher.

Entonces cierra los ojos. Se deja caer hacia adelante, con el cuerpo inclinado, y se hace silencio en todo el mundo.

El jugador sabe que dio cuarenta y cuatro pasos y doce toques, todos con la zurda. Sabe que la jugada completa va a durar diez segundos y seis décimas. Entonces piensa que ya es hora de explicarles a todos quién es él, quién será y quién fue hasta el final de los tiempos.

72. Pajaritos en jaula gigante



Mi pueblo natal se llama Mercedes, está en una llanura verde de la provincia de Buenos Aires y cuando lo miro con el Google Maps tiene la forma exacta de dos alegrías que perdí: mi adolescencia y mi padre. Cuando me hice grande, a los veinticinco, Mercedes dejó de fascinarme y fui de visita cada vez menos; cuando murió mi papá, en 2008, dejé de ir para siempre.

Después me hice escritor y escribí mucho sobre Mercedes. Y aunque en general escribí con cariño, mi pueblo no fue un pueblo soñado. Sus señas de identidad eran un regimiento, unos tribunales y una curia; es decir, estuvo siempre infectado por tres oficios espurios: militares, jueces y obispos. También había payasos, panaderos y cantantes, pero muchísimo menos. Nunca logramos ser mayoría.

El problema de los militares, los jueces y los obispos no es solamente el sinsentido de sus oficios, sino que se trata siempre de gente muy mayor. De lo contrario se llamarían chicos violentos, estudiantes sin vocación o adolescentes con sexualidad reprimida.

En mi juventud, Mercedes fue una olla a presión en la que se cocinaron mentes conservadoras. De hecho, el personaje más nefasto de la Argentina es mercedino. Jorge Rafael Videla nació a diez minutos de mi casa; lo vi varias veces, en la infancia, entrar a la Catedral, a rezar y a tomar la hostia.

Cuando empecé segundo grado, a los siete años, Videla ya era el presidente del país y vino a mi escuela con su disfraz militar, nos saludó a todos con un gesto marcial y nos

regaló una jaula gigante, llena de canarios y de zorzales, que unos soldados empotraron en el medio del patio del recreo. Éramos chicos y, cuando salíamos al recreo a jugar, veíamos pajaritos enjaulados.

Yo hubiera vuelto cada tanto al pueblo (por lo menos a visitar a mis viejos amigos, los panaderos, los payasos, los cantantes), pero desde la muerte de mi padre no volví más. Y tenía previsto seguir así, cobarde y ajeno, hasta un llamado de teléfono que ocurrió una semana antes de las elecciones de Argentina, en 2015.

—Tenés que venir —me decía uno de mis mejores amigos del pueblo—, te voy a buscar a donde digas, pero tenés que venir a dar una charla, a contar cuentos, lo que sea, porque estamos peleando cabeza a cabeza y esta vez puede ser que no ganen los de siempre; esta vez podríamos ganar nosotros —me dijo.

Le dije que era imposible, que tenía la agenda apretada. Yo vivía en Barcelona, le dije que podíamos hacerlo en diciembre. Y me respondió con un cachetazo que me llegó desde la infancia, desde el patio de su casa donde tomábamos el Nesquik. Me dijo:

—Gordo, soy el Chino, y esto es un pedido personal.

Entonces me metí el miedo en el culo y volví a Mercedes. Ocho años después de la muerte de mi padre, entré por la calle Cuarenta y me reencontré con todos mis fantasmas. Me senté en una mesa, con mucha gente alrededor, y leí una docena de cuentos. Fue extraño, porque en algunos párrafos nombraba a los personajes de los cuentos y esos personajes estaban ahí, sentados en la fila dos o en la fila siete, y yo los podía señalar mientras narraba.

Todavía me conmueve el recuerdo de aquella tarde. Estaban las personas que me leyeron por primera vez.

Y es verdad: no pasé ni un minuto entero sin pensar, con tristeza, en mi papá, la persona más mercedina que conocí

en la vida; pero, sin embargo, no tuve nostalgia de mi adolescencia, ni tampoco de mis sueños viejos, porque vi a un montón de chicos con las mismas ganas que tenía yo, a esa edad, de que el pueblo no estuviera dirigido por militares, ni por obispos, ni por jueces.

Una semana después de mi regreso fueron las elecciones y, como pasa siempre, Mercedes votó al revés que el resto del país. El flamante intendente de mi pueblo resultó ser un chico más joven que yo, que padeció la dictadura y que se convirtió en el intendente más joven de la ciudad.

Me hace feliz saber que los payasos, los panaderos, los cantantes fuimos por fin mayoría, después de tantos años de aburrimiento. Me hace feliz saber que puedo volver cuando se me antoje a mi pueblo, a Mercedes, sin miedo a que mi padre, ni mi adolescencia, ni Videla, me acechen en las esquinas.

Lo primero que hizo el nuevo intendente, el segundo día de su mandato, fue quitar del patio de mi escuela la jaula gigante de pajaritos.

73. Podés estar matando un mundo



Cuando mi exmujer y yo nos separamos, después de quince años de convivencia, nos topamos con un problema: no sabíamos cómo darle la noticia a Nina, nuestra hija de once años. El gran problemón de separarse sin gritos es que ni los hijos ni los vecinos se enteran de nada antes de tiempo. ¿Cómo contárselo a nuestra hija sin romperle el corazón?

Entonces empezamos a evaluar cuándo se lo íbamos a decir. Yo quería que fuera rápido. Hay escenas de la vida que me dan pánico y quiero que pasen pronto. Nos habíamos separado en octubre y pasamos noviembre buscando el momento. Yo quería darle a mi hija la noticia a finales de diciembre.

—¿En Nochebuena? —me decía Cristina—. Va a relacionar siempre la Navidad con algo triste.

—¿Y una semana después?

—¡Eso sería Año Nuevo, no puede empezar el año con semejante noticia!

—¿Y después de Año Nuevo?

—¡Después vienen los Reyes Magos! —me decía Cristina.

—Entonces aprovechemos —decía yo— y digámosle que los Reyes son los padres y que los padres se separaron. Matamos dos pájaros de un tiro.

Cristina me miraba seria, no le gusta cuando hago chistes.

Me acuerdo de todas las noches que hablamos del asunto. Esperábamos a que Nina se durmiera y conversábamos en voz baja sobre cómo decirle.

La veíamos dormir, respirar fuerte, y era lo que más pena

nos daba de la ruptura. Fue lo único que habíamos hecho bien: una hija sana y feliz.

Yo tenía programado un viaje a Sudamérica para dar unos recitales de cuentos, así que decidimos con Cristina que después de mi viaje se lo íbamos a decir. Nos pareció una decisión correcta.

Pero entonces pasó que, en medio de ese viaje, me dio un infarto agudo de miocardio en Uruguay y los doctores montevideanos no me dejaron volver a Barcelona. Fueron unas semanas muy extrañas porque, de repente, todos se habían enterado de la separación, menos mi hija Nina.

Entonces empecé a fantasear con contarle a mi hija por Skype. Pero Cristina me dijo que hay cosas que no se pueden decir a la distancia, y es verdad... Y así fue que las dos (madre e hija) cruzaron el océano para verme.

Dejamos pasar los Reyes Magos y un día de enero estábamos cenando con un montón de amigos y parientes en Buenos Aires. En un momento nos llevamos a Nina aparte. Nos pareció que la noche era perfecta para darle la noticia.

Cristina y yo estábamos nerviosos, sin saber cómo empezar. Yo fui a buscar un jugo y me senté en el sofá. Nina, en el medio. Nos hacíamos los boludos, como si quisiéramos confiar en una espontaneidad que no aparecía. Y yo le dije:

—Nina, Nina, queríamos decirte que mamá y yo estamos separados.

La frase retumbó en la habitación y me dio tristeza haberla dicho en voz alta. Nunca la había ensayado. Me di cuenta de que tendría que haber practicado frente al espejo, porque a la mitad de la frase se me llenaron los ojos de lágrimas.

Me acordé de una cosa que decía un escritor amigo: «Cuidado cuando pasás cerca de un chico, porque podés estar matando un mundo».

¿Quién era yo para decirle eso a mi hija, para darle esa noticia de mierda?

Nina no tardó ni dos segundos en hablar. Lo hizo automáticamente, casi pisando mi última sílaba. Me miró mi hija y me dijo:

—Sí, ya sabía.

Cristina y yo nos quedamos inmóviles. No lo podíamos creer. Le preguntamos si estaba triste y nos dijo que sí, pero que prefería que fuéramos amigos. A mí entonces me dio bronca que una chica de once años no hiciera escándalo ni pataleara; me había preparado durante dos meses para enfrentarme a sus lágrimas.

Le digo:

—¿No quieres llorar un ratito? Es un momento importante, hija, alguien tendría que llorar.

Me miró primero, seria. Y después le dio risa el pedido. Así que nos reímos los tres un poco. Entonces Nina tomó jugo y Cristina le preguntó desde cuándo sabía que estábamos separados.

Y ella dijo:

—Desde mayo. Se les notaba mucho.

¡Desde mayo! Nosotros habíamos empezado a hablar de la separación a principios de septiembre, cuatro meses después.

74. Una metáfora frutal



La semana pasada se armó un nuevo debate sobre propiedad intelectual, derecho de autor, piratería. Estos debates se empujaban siempre en el mismo punto: cuando se usa la palabra «robar». Uno dice: «Si te descargás mi película gratis, me estás robando». Y el otro se defiende: «Si te robo el auto, te quedás a pata, pero si me bajo una película, la película sigue ahí». Y otro grita: «Pero te sentás en un sofá que pagaste, con pizzas que pagaste, mirando una televisión que pagaste, a ver mi película gratis. Me estás robando». Y otra vez el debate queda trabado. Y no se avanza.

Yo creo que no se avanza porque nadie encontró una buena metáfora con la que todos estén de acuerdo. Es difícil equiparar cosas que no se pueden replicar (un sofá, un auto, una pizza) con cosas que sí se pueden replicar (una película, o un disco, o un libro).

Tienen razón los que dicen que copiar no es lo mismo que robar. No es lo mismo... Y tienen razón los que creen que su trabajo debe pagarse. Por supuesto que debe pagarse.

Yo me permito aportar al debate una metáfora. Una metáfora nueva que no son tomates, ni pizzas, ni autos. Una vez existió un bien tangible que se podía piratear. Todas nuestras madres lo compraron a fines de los setenta. Se enchufaba y era blanco... Se llamaba «la yogurtera».

La yogurtera era un aparato espantoso que hacía seis yogures solamente usando leche, pero tenías que comprar, sí o sí, un yogur de verdad para poder copiar el sabor de los otros cinco yogures. Ponías en un bol un yogur verdadero y

un litro de leche, mezclabas, llenabas los seis vasos y dejabas la yogurtera enchufada toda la noche. Después de eso, tenías seis yogures.

Enfrente de mi casa había un almacén. La almacenera estaba enojadísima con la existencia de la yogurtera. Mi familia, que compraba en el almacén una docena de yogures por semana, pasó a comprar solamente un yogur.

Con ese yogur, y un litro de leche, hacíamos seis yogures. Comíamos cinco y guardábamos uno para volver a hacer seis la semana siguiente.

La almacenera experimentó los cinco estados de dolor: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Primero siguió vendiendo yogures, creyendo que la yogurtera sería una moda temporal. Y no fue una moda temporal. Entonces sintió rabia, y les hizo juicio a todas las familias que tenían yogurtera; pero tener yogurtera no era ilegal. Entonces le pidió a la Municipalidad un impuesto a las yogurteras para subsidiar su almacén. Pero el barrio empezó a prestarse las yogurteras para no tener que comprar yogurteras caras.

Entonces la almacenera se deprimió y empezó a vender yogures vencidos. Mientras tanto, la gente del barrio dejaba un yogur bueno en la ventana para que otros vecinos lo agarraran y pudieran copiar más yogures.

Y así fue que un día la almacenera aceptó que las cosas habían cambiado, se dio cuenta de que no podía seguir igual, y tuvo una idea.

Esa idea fue maravillosa: les puso pedacitos de fruta a los yogures que vendía. Pedacitos de durazno. Pedacitos de pera. De frutilla.

Me acuerdo muy bien de ese día. Mi mamá nos preparó —como cada mañana— los yogures clonados, los clásicos de la yogurtera, sin nada adentro, pero nosotros queríamos yogures saborizados.

Y los saborizados no se podían multiplicar.

Y entonces volvimos a comprar yogur, y la yogurtera quedó arrumbada en el garaje. Y hoy nadie se acuerda de la yogurtera.

Esta es solamente una metáfora, pero me parece que sirve. La industria está todavía en la etapa de la depresión. Quejándose, quejándose todo el día... Le falta solamente aceptar que los tiempos cambiaron, y darle a su negocio un toque sutil, un toque talentoso, de fruta fresca.

75. A los jóvenes de ayer



Mi mamá, Chichita, tenía unas primas más jóvenes que ella. Y, como eran solamente un poco mayores que yo, las llamé siempre mis primas. Yo las veía una vez por mes, en San Isidro. Mis primas trabajaban para Charly García. Es decir que la primera vez que escuché un disco de Charly, en realidad, escuché el disco del jefe de mis primas.

No era un disco. Era un TDK que me regaló Maricel, una de mis primas, en la Navidad de 1982.

—Esta es la música que hace Carlitos, mi jefe —me dijo Laura, la otra de mis primas.

Yo tenía once años y, hasta ese momento, solamente había escuchado la música que ponían mis papás en el tocadiscos: Perales, Nino Bravo, Julio Sosa.

Mis primas le decían Carlitos. Y hablaban de él como cualquier persona normal habla de un jefe caprichoso. Me contaban que era insoportable Charly, que se olvidaba de todo, que ellas a veces tenían que limpiar su habitación, o despertarlo para un recital. Pero al mismo tiempo eran fanáticas de esa música. Mis primas padecían al jefe, pero adoraban al artista.

Ese casete TDK lleno de canciones de Charly me dinamitó la cabeza a los doce años. Fui devorador de su música, como casi cualquier adolescente argentino de esos tiempos. Lo único distinto fue la existencia de mis primas, que una vez por mes me contaban datos secretos, que solamente conocía el entorno: por ejemplo, que Charly se burlaba de Pedro Aznar porque Pedro tomaba leche, que con Spinetta había una guerra de egos... Chusmeríos. Boludeces.

Cuando fui un poco más grande y mis padres me dejaron venir solo a Buenos Aires, mis primas me conseguían entradas para los conciertos. Y ahí las pude ver en acción. Ellas estaban siempre del otro lado de las vallas, con los músicos, con carpetas, con auriculares. Nunca supe exactamente qué hacían. Pero todo el mundo las conocía como Las López. Las adoraban. Una tarde llegué a la casa de mis primas y había una señora tomando mate con ellas.

—Es Carmen —me dijo Maricel—, la mamá de Carlitos.

Y ahí estaba la madre de Charly García, hablando pestes de su hijo, mientras mis primas la consolaban. No me acuerdo en qué año pasó esto, pero no fue mucho antes de que Maricel se enfermara.

Una tarde, Laura me llamó por teléfono y me dijo que su hermana tenía una enfermedad muy grave y que solamente podía salvarla una operación en Norteamérica. Estaban empujando a juntar plata y necesitaban manos amigas. Yo fui a su casa, que estaba llena de gente. Charly García, y muchos otros músicos, habían organizado un recital en Palladium: toda la recaudación iría para la operación de Maricel. No cobraba nadie. Yo me ofrecí para llevar gacetillas a los medios. Fue una semana intensa de hacer fotocopias y llamar por teléfono a todo el mundo.

Y estuve ahí el siete de julio de 1989, hace ahora treinta años, la noche en que Charly García y Luis Alberto Spinetta se subieron juntos a un escenario por mi prima Maricel. La recaudación alcanzó justo, justo para el viaje y la operación. Y Maricel voló a Houston dos meses después. Y esa operación le dio algunos años de sobriedad a mi prima.

Yo no sé qué música hubiera escuchado si, a los diez años, mis primas grandes no me hubieran regalado ese casete TDK. Desde la infancia y hasta que me fui de Mercedes, Charly y el Flaco y un montón de bandas sonaron en todos los tocadiscos de mi juventud.

Después, durante quince años de mi adultez, viví en España. Es muy complicado hacerle entender nuestra música a personas que nacieron en otro lado, o a destiempo de nuestra adolescencia. Mientras viví en Barcelona yo seguí escuchando esos discos, y mis amigos españoles ponían cara de asco, de mucho asco, cada vez que sonaba mi música. En general, los extranjeros no le encuentran la verdadera dimensión a la música nacional.

Y entonces yo me empecé a preguntar, con miedo: ¿existe esa dimensión... o todo el amor que yo sentía por esa música era nada más que nostalgia por la juventud perdida, o por la patria lejana? ¿No será que nuestro corazón es arcilla hasta los veinticinco años (arcilla moldeable, quiero decir) y que después, cuando cumplimos cuarenta, se convierte en cemento seco?

Cuando viví en España me empecé a preguntar esto. Si mi música querida era realmente buena, o si yo la estaba poniendo en un falso pedestal.

Ahora hace cuatro, tres años que volví a Buenos Aires. Que volví a caminar las calles por donde escuchaba los viejos casetes de mis primas. Y ahora lo puedo decir a los gritos, y sé que es la verdad: aquella es realmente la mejor música del mundo.

Toda la música que te hizo creer en algo cuando fuiste joven es la mejor música que existe.

76. Mientras todo el mundo dice «uh»



En el año 2005 vino mi papá por primera vez a visitarme a Barcelona. Y lo primero que hice cuando llegó fue llevarlo a ver al Barça. Cuando entré con Roberto al Camp Nou, me sentí, por primera vez, llevándolo a él a la cancha. Hasta entonces él siempre me había llevado a mí. Cuando vas con tu papá a ver fútbol, siempre te lleva él, no importa quién sea más alto, no importa que tengas pelos en las patas. Si estás con tu papá, te lleva él. El padre siempre lleva al hijo. Pero esta vez estábamos en otro país y yo lo había invitado a Europa; entonces me sentí responsable. Y descubrí que Roberto, mi padre, no estaba cómodo en las plateas del Camp Nou. Estaba inquieto.

Miraba las bocas de ingreso y no podía entender, mi papá, la parsimonia de la gente que hacía fila para entrar. «¿Por qué nadie le pega a nadie?», me preguntaba. «¿Por qué no nos empujan, Hernán?», me decía. «¿Por qué ninguno me quiere afanar la billetera?». Roberto no me preguntaba esto con admiración primermundista, me lo preguntaba con disgusto. «¿Por qué nadie trae del brazo a una novia con el culo desproporcionado, Hernán?». Mi papá estaba descubriendo, de repente, que al postre que más le gustó en la vida le faltaba todo el colesterol.

Mi padre buscaba, en vano, la adrenalina en las plateas del Camp Nou. Miraba el civismo reinante con sospecha, como si el deporte que estaba a punto de ver no fuera fútbol, sino otro más patético: natación sincronizada o danza rítmica. «¿Y los papelitos, Hernán?», me preguntó cuando

salieron los equipos. Y miraba al cielo y me decía: «¿Y los cantitos chanchos, Hernán?». Y otra vez miraba al cielo.

A la mitad del primer tiempo le pregunté por qué miraba tanto al cielo, y me dijo: «Es que es todo tan aburrido... los de la platea alta ni siquiera te mean».

En ese momento yo era bastante nuevo en España, y todavía no entendía la incomodidad de lo perfecto. Me dio la impresión de que mi padre exageraba, pero con el tiempo lo entendí.

Durante los siguientes diez años, al caminar por Las Ramblas, o por cualquier rincón de Barcelona, yo tampoco me pude sentir cómodo. En Barcelona no hay baches que saltar, ni bocinazos en las esquinas, ni manifestaciones espontáneas, ni colectiveros que te mandan a la recalcada concha de tu madre. Es un mundo paralelo, bastante mejor que mi mundo de origen, pero muy poco mío. No me gusta caminar por Barcelona porque lo más feo de la calle siempre soy yo. Y es horrible ser lo más feo de la calle.

Cuando volvía de visita a Buenos Aires me encontraba con todos los baches del mundo, y me topaba con los piquetes y recibía con alivio los bocinazos y las recaladas conchas, pero tampoco lograba sentirme en casa. Eran mis calles, estaban mis amigos y mi familia, y mis insultos más queridos, pero en el bolsillo siempre tenía un pasaje de Iberia que decía: «Volverás en unos días a España; te estoy hablando yo, soy tu billete de regreso, volverás, gordo sudaca, a afear las calles de Europa». Pero un día, por suerte, pasó algo con mi pasaje de Iberia. La fecha de regreso era para mediados de diciembre y un poco antes tuve un infarto; entonces el médico no me dejó volar. Tuve que quedarme en Buenos Aires y perdí el vuelo. De hecho, fue la mejor excusa para quedarme a vivir.

Y en ese momento, cuando tomé la decisión de quedarme, los baches y los bocinazos y las puteadas me envolvieron como si otra vez fueran míos.

Me acuerdo de que el día siguiente al que perdí mi pasaje de vuelta a Barcelona era un miércoles. Me desperté a las siete y media de la mañana porque había fútbol. Era un día laborable como cualquier otro. Pero jugaba River contra un equipo japonés por el mundial de clubes. Siete y media de la mañana.

A los diez minutos del primer tiempo un japonesito pateó esquinado, y la pelota casi se mete en el ángulo, pero Barovero la sacó al córner. Yo dije «¡uh!» y me agarré la cabeza. Al mismo tiempo, por la ventana abierta, muchas otras voces en otras casas, gritaron «uuuuuuuh». A la vez. Fue un murmullo de vecinos invisibles, como un coro de palomas mensajeras. Yo no los vi, pero intuí que estaban todos mirando la misma televisión.

Y entonces supe que había vuelto a mi país, por primera vez en quince años. Supe que ya no estaba en un lugar donde la gente duerme o hace otra cosa cuando yo miro lo que me importa por la tele. Supe que ya no tenía que pensar qué hora es en el lugar del mundo que me importa, ni qué temperatura hace en el lugar del mundo que me importa. Me sentí tan bien en la incomodidad y el caos. Descubrí que estaba, otra vez, en el lugar donde todos decimos «¡uh!» a las ocho de la mañana por las razones más estúpidas. Y me puse a llorar, frente a la tele, como un chico, mientras que por la ventana todo el mundo decía «¡uh!».

77. Teníamos un juguete



Teníamos un juguete y era el más divertido del mundo. No lo habíamos inventado nosotros, pero jugábamos mejor que los inventores. Aceptamos algunas palabras de su idioma original: ful, córner, orsai, pero enseguida lo llenamos de palabras nuestras: sombrero, rabona, pared. Empezamos a jugar en la vereda, en los patios, en invierno y verano, hasta que un día algunos de nosotros, los que jugaban mejor, dejaron sus empleos y se dedicaron por completo. ¡Y qué bien que jugaban!

Era tan grande la belleza de sus movimientos que muchos dejamos de jugar y nos pusimos a mirarlos. Armamos clubes sociales, construimos tribunas de madera, después de cemento, solamente para ver de cerca a los mejores de cada barrio. Después organizamos torneos semanales, discutimos las reglas y elegimos colores para las camisetas. Éramos grandes, pero actuábamos como si fuéramos chicos.

Y, claro, los que habíamos nacido en un barrio queríamos que el domingo ganaran los nuestros, y que los vecinos perdieran. Entonces le incorporamos una variante al juego: mientras durase el partido, los que mirábamos teníamos que cantar a coro y a los gritos. Y así lo hicimos.

Un día se hicieron tan numerosas las hinchadas, tan efusivas, que tuvimos que poner barras de fierro en las tribunas, a la altura de la cadera, para no caernos en avalancha por culpa de la emoción. Después esa barra de metal sirvió para que el hincha con mejor garganta, subido a ella, dirigiera al coro improvisado. Bautizamos a este hincha

con el nombre de «barrabrava», porque sus malabares eran de vértigo.

Entonces nos empezó a interesar más el accesorio que el juguete. En esa época empezamos a exagerar la emoción que sentíamos. Los hinchas, que hasta ese momento fingíamos pequeñas guerras ficticias, nos olvidamos de que actuábamos en chiste. Empezamos a llamarle «pasión» a nuestra simpatía por un club.

A muchas empresas esto les pareció muy rentable y reforzaron la idea de «pasión». La pasión del encuentro. Todos unidos por una pasión. El juguete se había vuelto tan importante como la vida. Entonces, una tarde, dejamos de alentar a los jugadores y empezamos a ser hinchas de nuestra propia pasión.

Mientras en el pasto ocurría el juego, las tribunas se felicitaban a ellas mismas, y creímos sensato fundar periódicos, emisoras de radio, canales de televisión que informaran durante las veinticuatro horas del día sobre el juego, aunque el juego solamente ocurriera una vez por semana. No nos pareció excesivo. Porque de martes a sábados queríamos saber sobre las hinchadas, sobre los barrabravas, sobre los dirigentes, sobre la pasión.

Los periódicos le daban la misma importancia a un conflicto entre hinchas que a la guerra de Medio Oriente. Y los barrabravas empezaron a tener nombre y apellido en la prensa. Les sacaban fotos, se hablaba de ellos en la tele. Cuanto mayor era su salvajismo, más grande su fama y su titular.

Los relatores del juego, que al principio decían los nombres de los jugadores por la radio, también empezaron a fingir emoción. Durante los partidos gritaban los goles cincuenta segundos en el micrófono, como poseídos, y después les pedían calma a las tribunas.

Nadie sabe cuándo fue, exactamente, que todo se fue al carajo. Nadie se acuerda cuándo murió el primero de los

nuestros, ni a manos de quién. Nadie sabe cómo algunos se hicieron dueños del juguete. Pero un día las tribunas se convirtieron en campos de batalla. Y la prensa no hablaba de la muerte de seres humanos, sino de la muerte de «hinchas». Para alimentar la pasión.

Los dueños del juguete se llenaron los bolsillos y hasta pusieron árbitros tecnológicos con la potestad de interrumpir el partido cada diez minutos para saber qué cobrar, y así el juguete dejó de parecerse al que se jugaba en los barrios. Hoy ya no hay sombreros, ni rabonas, ni paredes. Y pusieron una manga de plástico para que los jugadores puedan salir de la cancha sin morir.

Teníamos un juguete. Era el más divertido del mundo. Todavía no sabemos si fue un accidente, pero rompimos el juguete en mil pedazos. Lo hicimos mierda, entre todos. Lo hicimos mierda.

Y lo más triste es que no sabemos jugar a otra cosa.

78. Un homenaje a mis cuadernos



Yo soy cuaternófilo, la palabra la inventé yo. Me gustan los cuadernos, quiero decir. Soy uno de esos tipos que entran a una papelería a comprar sobres y en lugar de eso se quedan una hora y media mirando cuadernos mientras se les cae la baba en el mostrador.

Los abrimos a los cuadernos, los olemos, tocamos las hojas con la yema de los dedos, preguntamos: «¿No tendrá este mismo, pero en tapa dura?», hacemos ir al papelero tres o cuatro veces al depósito, decimos «atienda, atienda» si entra alguien, fantaseamos sobre lo que vamos a escribir en ese cuaderno y salimos un rato a la puerta, a fumar y a decidir cuál vamos a comprar.

En la casa de un cuaternófilo hay tres o cuatro cuadernos empezados. Siempre. Ninguno está vacío, siempre tenemos cuadernos escritos hasta la mitad, otros casi nuevos con ideas que parecen geniales de noche y al otro día son una garcha. Esto es lo que menos le importa a un cuaternófilo. Lo bueno es volver, cada dos o tres meses, a la papelería.

La suma de todas las páginas escritas en todos los cuadernos de la vida conformaría la verdadera obra de un escritor. Pero hay dos catástrofes naturales que provocan la pérdida irremediable de los cuadernos: las mudanzas (primero) y después los momentos de rebelión existencial.

Cuando los cuaternófilos nos mudamos, siempre le debemos plata al señor del alquiler. Entonces solemos irnos de noche, metiendo cosas en cajas y decidiendo al tuntún qué va a ser más importante conservar. En esos momentos

nos parece más importante una tostadora que un cuaderno, una tele de catorce pulgadas nos parece más útil que otro cuaderno, y así vamos perdiendo la mitad de los cuadernos en las mudanzas.

Los que se salvan de esta primera catástrofe siempre son los últimos, y así descubrimos que hicimos una elección estúpida: hubiera sido mejor conservar los antiguos, los que guardaban información que ya no está en nuestra cabeza. Y entonces retomamos la compra de cuadernos nuevos, para que los que ahora son los últimos se conviertan en los antiguos.

Y cuando de nuevo logramos tener muchos cuadernos, llega la segunda depredadora natural: las rebeliones existenciales. Estas catástrofes ocurren (¡siempre!) en la bonanza económica del cuaternófilo, y cuando llegan... arrasan con todo.

Cuando un cuaternófilo tiene la panza llena, un trabajo estable y coge periódicamente, le importa un carajo la conservación de elementos que reconstruyan su anterior vida de mierda. Entonces, un día, se compra muebles burgueses para decorar el estudio y descubre que se convirtió en un ser minimalista y que a la habitación de trabajo le sobran muchas cosas que, asegura el cuaternófilo, «estoy guardando porque sí».

Y entonces tira a la basura fotos que alguna vez le habían dicho algo, billetes de cien australes que guardaba para mostrarles a sus hijos, diarios de su pueblo donde aparecían recortes de la época en que era campeón de tenis, mails impresos de los tiempos en que los mails se imprimían.

La pareja del cuaternófilo salta de alegría cuando al cuaternófilo le dan estos ataques de rebelión y lo ayuda a limpiar. Es ella, generalmente, la que lo alienta a dar el paso en falso: «A todos estos cuadernos me imagino que también los vas a tirar», dice la yegua.

Y el cuaternófilo, envalentonado por el formateo que está haciendo con su vida, sin que se le mueva un pelo, responde:

«Claro, por supuesto, si están ahí para juntar mugre», dice y se siente inmortal.

Esto pasa siempre a las siete de la tarde de un sábado. Alrededor de las doce de la noche el cuaternófilo, puteando al cielo, está en una esquina, en pijama, revisando la basura de todo el barrio y empezando a extrañar, ya no sabe qué, porque no se acuerda, pero extrañando cosas que tiró a la basura. Está enojado y triste, el cuaternófilo, se siente de repente huérfano de sí mismo y, sobre todo, solo. Solo. Solo y sin cuadernos.

A mí me pasó todo esto, todo esto que acabo de contar, desde los diecisiete años. Escribí a medias un montón de cuadernos, todos con alegría momentánea. Y después los perdí, en mudanzas y en rebeliones. Yo sé que, como dice el tango, «es mejor el verso aquel que no podemos recordar». Yo sé, porque no soy estúpido, que en la ausencia de las cosas se exageran su intensidad y su valor.

Pero me gustaría tener todos mis cuadernos, en fila india, de una punta a la otra punta de este estudio, para leerlos y revolcarme de la risa, o para acordarme de qué imbéciles que eran mis amores adolescentes, y qué tontos que eran mis primeros cuentos, o para confirmar que el que escribía esas historias sigue siendo el mismo estúpido que esta noche les está contando esto en la televisión.

79. Las caras en los sueños



Las personas que se nos aparecen en los sueños tienen caras que alguna vez vimos en la vida real. Si en tu sueño sos futbolista, por ejemplo, cada uno de los cien mil espectadores de la multitud tiene la cara de alguien que pasó por tu vida: actores viejos, compañeritos de la primaria, un tipo que tocó el timbre de tu casa para venderte una aspiradora, una maestra de música suplente, el que quieras.

A veces pienso que cuando nos quedamos solos en la mesa de un bar, distraídos con el vaivén de las caras ajenas, lo que hacemos en realidad es el casting de los rostros con los que vamos a soñar esta la noche.

«Este sí, porque tiene una pelada graciosa; esta no, porque le faltan tetas; a esta vieja la llevo, porque puede hacer de abuelita macabra...». Sin querer, buscamos personajes secundarios para algún sueño caro, de esos con muchos extras y con cambios abruptos de paisaje.

Posiblemente, las personas que solamente duermen de noche no tengan necesidad de buscar rostros, porque los sueños nocturnos solamente tienen dos o tres personajes fuertes: el padre muerto que vuelve, un exnovio que se convierte en el actual, el tipo que vende diarios abajo y que nos asusta con un cuchillo... boludeces así.

Pero los que tenemos la costumbre de dormir la siesta soñamos con espacios infinitos y hay una bocha de extras. Los sueños de la siesta son más intensos, más duraderos y más creíbles que los nocturnos.

Ojo: si te toca una pesadilla de siesta, agarrate de la fra-

zada con las dos manos. Las pesadillas de la siesta pasan con tanta nitidez que una vez que te despertás estás toda la tarde con una sensación fea. Como si hubieras pisado caca de perro y ahora te quedase el tic de caminar en puntas de pie para no ensuciar.

La misma sensación de realidad, pero esta vez feliz, ocurre cuando el sueño de la siesta ha sido erótico o de amor. A mí llegó a pasarme (nunca de noche, solamente en la siesta) que me desperté de la cama completamente enamorado. Hay una clase de sueño donde conocés a una chica que no habla, que sonrío pero no mucho, una chica lánguida, con los ojos como de haber llorado; alguien que supuestamente no habías visto nunca en tu vida. Y todo lo que pasa en el sueño es romántico tirando a boludón, muy poco sexual. Un sueño que, sin embargo, te deja al despertarte una sensación feliz de amor verdadero.

A la noche, en cambio, el subconsciente nos proyecta más bien cortometrajes, seis o siete seguidos, pero cortitos; alguno es de terror, otro medio alegórico, a veces reponen dos o tres simpáticos, pero no hay ninguno que te vuele la cabeza. El sueño nocturno es demasiado disperso, es poco intelectual.

Por ejemplo, estás soñando con un tipo que trata de conseguir bemoles, que en el sueño significa que está a punto de sobornar a un funcionario marroquí. El sueño es grisáceo y con un argumento torpe; entonces, en un instante de lucidez, descubris que el paisaje es el de tu pueblo natal, cosa imposible porque vivís lejos, y que el señor de los bemoles es Jaime Roos. ¡Listo!, decís. Por esos datos ridículos te das cuenta de que estás soñando; el corazón te palpita y descubris que, si desenfocás la mirada, podés convertir la escena sórdida en lo que quieras. Y empezás a ser el guionista de tu propia fantasía.

Del subconsciente, lo único que de verdad me preocupa

es que uno mismo, también, es el rostro difuso en la pesadilla o el sueño de alguien. Si todas las caras que vimos en la vida aparecen como extras en nuestros sueños, es probable que nosotros, nuestra cara, haya provocado que un chico se despertara gritando en medio de la noche o, lo que es peor, que hayamos excitado sin querer a una vieja. ¡Qué asco!

Ser el extra en la noche de otro: ese es el verdadero problema de soñar. Haber participado sin querer en el casting de alguien que estaba sentado en un bar cuando nosotros pasábamos por la calle. Ahora él nos tiene en su cabeza, puede usarnos para sus pesadillas, para sus romances perversos, o para hacer goles imposibles en estadios colmados con nuestra cara.

De los sueños propios nos escapamos tarde o temprano, es fácil; de nuestra novela onírica podemos salir cuando abrimos los ojos, cuando suena el despertador o cuando pegamos un grito en mitad de la noche.

¿Pero cómo salimos del sueño de un japonés que nos cruzamos ayer por Parque Saavedra y que ahora se volvió a Tokio llevándose nuestros gestos en el subconsciente? ¿Qué es capaz de hacer con nosotros ese hombre, en la noche oriental, con nuestra dignidad, con nuestra boca, con nuestra cara? Por todas estas razones es que yo salgo muy poco a la calle.

80. Mundo viejo, mundo nuevo



Desde siempre estoy medio en contra de los derechos de autor. Todos mis cuentos, los que leo acá o los que están en mis libros, todo es de libre acceso. Cualquiera lo puede usar, en tanto se diga clarito quién es el autor. Nada más, plata no quiero.

Les cuento algo sobre este tema: hace unos años me llama por teléfono una editora de Alfaguara (del Grupo Santillana en Madrid); me dice que están preparando una Antología de la Crónica Latinoamericana. Y que quieren un cuento mío que aparece en mi último libro.

Le digo que por supuesto, que agarren el cuento que quieran. Me dice que me va a mandar un mail para solicitar la autorización formal. Y a la semana me llega este mail:

Estimado Hernán, Alfaguara editará próximamente una antología bla-bla-bla y queremos incluir tu cuento equis. Si estás de acuerdo con el contrato que te adjunto, envíame dos copias en papel con todas las páginas firmadas.

Y me da la dirección de Alfaguara en Madrid.

Abro el adjunto y leo el contrato. Me fascina leer contratos de editoriales, porque no se molestan en lo más mínimo en disfrazar la hijaputez que tienen. Al cuento que me piden lo llaman LA APORTACIÓN. La cláusula cuatro dice que «el EDITOR podrá efectuar cuantas ediciones crea convenientes hasta un máximo de cien mil». La cláusula cinco pone: «Como remuneración por la cesión de derechos de la APORTACIÓN, el EDITOR abonará al AUTOR cien euros brutos».

Yo pensé, inmediatamente, en los otros autores que componen la antología, que seguramente firman mierdas como estas. Cien euros menos impuestos y retenciones son sesenta y tres euros, y a eso hay que quitarle el quince por ciento que se lleva el representante (porque todos los escritores tienen un pelotudo que es el representante), o sea que al autor le quedan cincuenta y tres euros limpios. No importa que la editorial venda dos mil libros, o cien mil libros. El autor siempre se lleva cincuenta y tres euros.

Esa misma tarde le contesté el mail a la editora de Alfguara:

Hola, Laura, mis cuentos no tienen copyright. Es decir, vos podés compartir, copiar, distribuir, ejecutar, hacer obras derivadas e incluso usos comerciales de cualquiera de mis cuentos siempre que digas quién es el autor. Te regalo el texto para que hagas lo que quieras, y que sirva este mail como comprobante. Pero no puedo firmar esa porquería legal espantosa. Un beso.

La respuesta llegó unos días después:

Hernán: entendemos esto, pero el departamento legal necesita que firmes el contrato para no tener problemas en el futuro. ¿Podrás hacerlo?

Y obviamente, ya no contesté. ¿Para qué seguir con una cadena de mails que me mandaban desde el mundo viejo?

Yo cada vez estoy más convencido de que vivimos en dos mundos. El viejo mundo se basa en control, contrato, exclusividad, confidencialidad, representación, dividendo. Y el mundo nuevo se basa en confianza, en generosidad, en libertad de acción, en creatividad, en entrega.

Y a mí me parece que no hay que pelear más contra el mundo viejo, ni siquiera hay que debatir con él. Hay que dejarlo morir en paz, sin molestarlo. No tenemos que ver al mundo viejo como aquel padre castrador que fue en sus buenos tiempos, sino como un abuelito con demencia.

«¿Me das eso?», dice el abuelito. «Sí, abuelo, tomá». «No, así no. Firmame este papel donde dice que me das eso y yo a cambio te escupo». «No hace falta, abuelo, yo te lo doy. Es gratis». «¡Necesito que me firmes el papel, no lo puedo aceptar gratis!». «¿Pero por qué, abuelo?» «Porque si no te cago de alguna manera no soy feliz». «Bueno, abuelo, otro día hablamos... Te quiero mucho».

Y de verdad lo queremos mucho al abuelo. Hace veinte años, treinta años, esas editoriales, quiero decir, ese abuelo, ese hombre que ahora está gagá, nos enseñó a leer, puso libros hermosos en nuestras manos. No hay que debatir con él, porque gastaríamos energía en el lugar incorrecto. Hay que usar esa energía para hacer libros de otra manera; hay que volver a apasionarse con leer y con escribir; hay que defender a muerte la cultura para que no esté en manos de esos viejos gagá. Pero no hay que perder el tiempo luchando contra el abuelo. Los escritores tenemos que hablar únicamente con nuestros lectores.

Y nuestros lectores deben poder acceder a nuestras obras de forma gratuita, siempre. No son demonios los lectores que se descargan mis libros, por ejemplo. No hay demonios, en realidad. Lo que hay son dos mundos. Dos maneras diferentes de hacer las cosas. Está en cada autor seguir firmando contratos absurdos con viejos de mierda, y después quejarse todo el día de que los roban... o empezar a escribir una historia nueva, y que la pueda leer todo el mundo.

81. Petit alzhéimer



Hay un verso de Antonio Machado que me encantaba de chico. Dice: Entre la vida y el sueño... hay una tercera cosa... ¡adivínala! ¡Y tiene razón! Todos pasamos por esta «tercera cosa» alguna vez: hay un momento, al despertar, justo antes de abrir los ojos, que se parece a la demencia: sabemos que estamos vivos, pero no sabemos nada más. No hay una palabra en castellano para nombrar esto. Yo lo bauticé con dos palabras, una en francés y otra en alemán: petit alzhéimer, le puse. Porque es eso. Es un segundo al despertarnos donde no sabemos nada.

Me pasó por primera vez a los nueve años: yo me había quedado a dormir en la casa de un amigo y cuando me desperté no reconocí la puerta, ni el olor de la sábana, ni el mes, ni el año. La luz de la ventana me llegaba desde un ángulo raro... y no supe dónde estaba. Me gustó tanto ese rato de angustia que empecé a buscarlo, desde los diez, doce años. Quise provocar que me pasara más seguido esa tercera cosa entre la vida y el sueño. Adivínala, me decía Machado al oído: ¡Adivínala!

En general todo el mundo prefiere las respuestas antes que las preguntas, por eso se venden más los libros de autoayuda que las novelas buenas. A las personas les provoca tanta angustia este petit alzhéimer que necesitan salir enseñada de la duda: abren los ojos, enfocan la habitación...

Yo debo tener algún trauma no resuelto, porque (¡al contrario!) disfruto la sensación de no saber nada. Con los años aprendí a estirar la duda, a quedarme quieto en la cama con

los ojos entrecerrados, a no moverme, a no tragar saliva, a no enfocar el techo para que la incertidumbre no se vaya.

Descubrí que solamente puedo engañar al cerebro cuando me despierto en un lugar imprevisto. Sobre todo, me pasa cuando me despierto en las siestas. Me encantan las siestas.

No es lo mismo dormir de noche que hacer la siesta, porque al sueño nocturno lo tenemos domesticado. Sabemos para qué sirve; nosotros lo buscamos y él aparece, leal y pesado, como un san bernardo. En cambio, la siesta es como una gata de Angora: llega lánguida cuando se le antoja, prefiere los sofás más que las camas —mucho más que las camas—, actúa como si nos hiciera un favor. La siesta es una gran compañera para alcanzar el petit alzhéimer.

Cuando vivía con mi hija Nina, en Barcelona, yo la incomodaba mucho a ella, pobre; sobre todo cuando ella volvía de la escuela con sus amigas para merendar y me encontraba durmiendo la siesta abajo de la mesa de la cocina. Una tarde la escuché disculparse con sus compañeras: «No os preocupéis», les dijo, «mi padre es un poco latinoamericano».

La curiosidad por el petit alzhéimer me empezó en la infancia. Después perfeccioné la técnica: en la adolescencia llegué a aguantar quince segundos sin saber nada. Una mañana de mi juventud estuve medio minuto en la cama sin saber quién era. Y a los treinta años, con mucha práctica, pude traspasar la frontera del minuto.

Ahora tengo más de cuarenta años y puedo alcanzar el petit alzhéimer cuando se me antoja. Como en el resto de las actividades del ser humano (la guitarra, el sexo, hacer plata), después de mucha práctica se consigue siempre un estilo propio.

Ahora, en mis largos momentos de petit alzhéimer, me despierto de la siesta y consigo una especie de perfección. No me acuerdo de nada, no tengo pasado ni futuro. Nunca sé en qué año estoy, ni si acabo de despertarme en Buenos

Aires o en Barcelona, ni si estoy en la época en que era flaco o en la época en que era gordo, ni si tengo plata o soy un muerto de hambre, ni si ya nació mi segunda hija o todavía no soy padre de nadie, ni si conseguí publicar mi primer libro o me dedico a otra cosa, ni si la mujer que amo ya apareció en mi vida, ni si hay examen de historia y anoche no estudié, ni si tengo deudas peligrosas o estoy llegando tarde a un viaje, ni si me queda la última raya en el papel o si eso ya no me importa, ni si mi padre ya se murió o sigue jugando al tenis, ni si el doctor ya me avisó que tengo cáncer o todavía puedo dormir sin llorar.

Cuando me despierto de la siesta no sé si ya estoy muerto y puedo seguir durmiendo, o si acabo de nacer y tengo que recitar sin culpa unos versos de Pessoa que me encantan. (Porque esto empieza y termina con unos versos; no hablo de este relato, hablo de la vida entera).

Siempre que salgo victorioso del petit alzhéimer recito unos versos portugueses de Fernando Pessoa para despedir la siesta. Abro los ojos y digo:

No soy nada.

Nunca seré nada.

No puedo querer ser nada.

Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo.

82. El amor es una goma elástica



Mi mamá, Chichita, una señora dos veces viuda de más de setenta años, se enteró al mismo tiempo de dos noticias: que me había dado un infarto y que me había separado de mi mujer.

Cuando se lo contaron, Chichita lloraba y lloraba, pero no podía decidir cuál de las dos situaciones la ponía más triste, si el infarto o el divorcio. De hecho, evitó contarle a su propia madre Beatriz (mi abuela, de noventa años) lo que me había pasado.

Mi abuela había estado casada un millón de años con mi temible abuelo Marcos, y jamás se le había pasado por la cabeza el divorcio. Chichita le ocultó a su madre la desgracia del nieto para preservarla de las tristezas, pero si hubiera tenido que hacerlo (me dijo después) le habría contado sobre el infarto y no sobre el cambio en mi estado civil. A mi mamá el divorcio le parece más trágico que el ataque cardíaco.

A mí me cuesta pensarlo de esa manera, porque una de las dos noticias es una decisión meditada y libera a una pareja de su error. En cambio, la otra noticia es preocupante: se trata de la peligrosa lesión de unos tejidos en el pecho que provocan que ya no podamos fumar, ni comer con sal, por ejemplo.

Para mí no hay punto de comparación entre un infarto y un divorcio. Pero ¿esto que siente a mi madre es puramente generacional? Sospechar que en una separación solamente puede caber la tristeza, o que es un dolor equiparable a una enfermedad mortal, ¿es algo que sienten las señoras de casi

setenta años, dos veces viudas, católicas, sudamericanas y educadas en la perdurabilidad del amor, o es un prejuicio extendido?

Lo que hice unas semanas más tarde, cuando los médicos me permitieron volver a escribir, fue testear esta pregunta entre un grupo muy variopinto de gente. Escribí un relato sobre los detalles de mi infarto donde, de un modo lateral, sin explicar mucho y haciéndome el desentendido, dejaba entrever también que me había divorciado. Y un martes cualquiera publiqué el texto en mi blog, donde suelen ir a entretenerse muchos lectores de edades y de geografías muy diversas que conocen bastante bien mi vida privada. Les quise contar a ellos el asunto del mismo modo que se enteró Chichita, es decir, rápido, de sopetón, para espiar sus reacciones en los comentarios.

El resultado fue alucinante. A la mayoría de los lectores les importó un carajo que yo haya estado al borde de la muerte. Minimizaron la tragedia, les chupó un huevo que yo ya no pudiera fumar, ni comer frituras, ni cosechar porro en mis macetas. El gran debate de los comentarios del blog fue la grandísima tragedia del divorcio.

En el fragor de la charla, muchos dieron por sentado que mi exmujer había sido abandonada, o por lo menos que estaba sufriendo, sintieron tristeza y decepción por la noticia del divorcio y casi ni les llamó la atención la trama principal, ni siquiera los detalles sobre el infarto.

Una lectora mexicana grabó un video en YouTube diciendo que yo era un miserable. Otro lector aportó una frase de Enrique Jardiel Poncela que dice que el amor es como una goma elástica que dos seres mantienen tirante, sujetándola con los dientes; un día, uno se cansa y suelta, y la goma le da al otro en las narices.

Otro grupo muy divertido, que entiende bien la fusión entre vida y literatura, confesaba que iba a echar de menos a

mi exmujer Cristina como personaje de mis historias y que iba a rechazar con prejuicio cualquier aparición futura de Julieta, mi nueva pareja, a la que bautizaron con seudónimos horribles. Se habían convertido todos en Chichita. Todos eran mi mamá.

Ese relato tiene más de doscientos comentarios en mi blog. Por primera vez en los doce años, yo no contesté ninguno. Ese relato apareció unos días más tarde en *Clarín* y entonces mi abuela Beatriz, la anciana que no debía enterarse de lo que había pasado, se enteró.

Mi mamá fue a visitarla la tarde siguiente y mi abuela estaba más silenciosa de lo habitual. Después del té, madre e hija se sentaron a ver televisión. Mi abuela entonces preguntó, sin vueltas:

—¿Así que Hernán tuvo un infarto?

Mi mamá, sorprendida, le dijo que sí. Mi abuela dijo:

—Decile que se cuide, que no sea pavo.

Mi madre le dijo que sí de nuevo y las dos volvieron a quedarse en silencio. Al rato mi abuela dijo:

—¿Y es verdad que se separó, como dice el diario?

Chichita suspiró profundo, viéndose venir el melodrama, y le dijo que sí, que mi exmujer y yo ya no vivíamos juntos. Entonces mi abuela Beatriz bajó la vista y dijo:

—Ay, nena, qué suerte... Si yo hubiera podido hacerlo en mis tiempos.

83. La rana hervida en la olla



Me invitaron a un simposio en México para disertar sobre el futuro del libro. La pregunta era: ¿Libro digital o libro de papel en el futuro? Como mi conferencia era el último día, cuando llegué me senté a escuchar a un pelado que hablaba, y enseguida me distraje. En el siglo veinte yo podía concentrarme sin problemas. Podía ir a conferencias largas y prestar atención; pero ahora ya no puedo.

Me pasó una cosa rara, como cuando ponés una rana en una olla con agua tibia y prendés la hornalla. La rana no se da cuenta de que empieza a calentarse el agua, no se escapa de la olla, y cuando por fin entiende el peligro del hervor ya es tarde: los nervios no le responden y no puede saltar. A mí me pasó eso en el siglo veintiuno. Ya no me puedo concentrar ni media hora sin mirar noticias en el teléfono, sin ver la repetición de un gol, sin pasar un rato por Twitter. Mi cabeza empieza a divagar... Me evaporo.

A los quince minutos de conferencia algunos, como yo, empezaron a toser. Y a los veinte minutos todos los oyentes —al mismo tiempo— sacamos el teléfono y lo empezamos a mirar. Todos fingimos que vamos a tuitear algo que está diciendo el conferencista, pero lo que queremos es tener la pantalla prendida. Nos relaja saber que estamos conectados a otra cosa.

Mientras miraba mi teléfono con culpa, descubrí que la charla completa del pelado iba a estar colgada en Internet en dos, tres días, y me puse a pensar en otra cosa. Mientras, el pobre pelado seguía hablando.

Me puse a pensar en que al día siguiente yo voy a tener que estar sentado ahí, donde está el pelado, hablando sobre el futuro del libro, y voy a tener que escuchar las toses de todo el mundo durante el minuto quince, y la aparición de los teléfonos desde el minuto veinte.

O capaz —pensaba— mañana puedo dejar de hacerme el pelotudo y confesar, adelante de todos, que no me importa un carajo el futuro del libro. Ni el de papel, ni el electrónico... No me importa. En este momento, lo único que me preocupa es que no nos podemos concentrar. Ni para leer, ni para escribir. (¡A mí me cuesta una bocha escribir! ¡Y leer, ni les cuento!).

Y al otro día, cuando me tocó hablar a mí en esa conferencia, se lo dije a todos. Tomé envión y les dije la verdad: «En esta sala», les dije, «en este simposio, somos todos muy inteligentes. No somos gente que no lee. Somos editores, bibliotecarios, escritores, librerías, somos periodistas. En esta sala estamos los que vinimos al mundo para reflexionar sobre qué tenemos que hacer para que «los otros» lean. No nosotros. Los otros. Nosotros estamos muy bien, ¿no? No tenemos problemas con este asunto... ¿No? (Y los miraba a los ojos). ¿Leemos con la misma concentración de antes, nosotros, los inteligentes? (Y todos hacían silencio y miraban). Y ahí está el tema, señores: yo creo que no.

Cuando nos quedamos solos en los hoteles, en este simposio o en cualquiera, la mayoría de nosotros, los cultos, no nos podemos concentrar en nada que no nos estimule con velocidad. Y no son libros, ni de papel, ni digitales. ¿Qué hacemos en los ratos libres? No sé ustedes, pero a mí me daría vergüenza si se hiciera público mi historial de navegación en Internet.

¿Saben en qué pienso? Pienso en un mundo paralelo donde todos nos fuimos convirtiendo en bulímicos y en anoréxicos, pero no somos capaces de confesarlo. Para disi-

mular, inventamos simposios para debatir sobre si es mejor cocinar en horno a leña o en microondas. Y estamos todos piel y hueso, ojerosos, con trastornos alimenticios, pero discutimos si es mejor el horno viejo o el horno nuevo. Y nadie en ese mundo paralelo, nadie, se pregunta nunca cómo hacer para volver a disfrutar de la comida, cómo hacer para que nuestros hijos no vomiten a escondidas en el baño.

Tengo una hija que es nativa digital absoluta. Ella no tiene la menor nostalgia por los libros de papel. A veces le digo: «Mirá, Nina, olfateá este libro de mi infancia, fijáte, sentí la mezcla de tinta, de papel y de tiempo». Y ella huele el libro y me dice: «¡Qué asco!». Y tiene razón. Yo le envidio a mi hija esa ausencia de melancolía por el papel. Ella pasa muchas más horas mirando videos de YouTube que leyendo. Hasta hace un tiempo esto me preocupaba, pero ahora no me importa. No creo que el mundo, dentro de treinta años, mantenga como virtud la concentración. Ya somos la rana hervida. Ya se nos pasó el tiempo de saltar de la olla y salvarnos.

Cuando mi hija tenga mi edad, en el año 2040, capaz que va como invitada al Simposio del Pendrive Telepático. En esa época los contenidos culturales se van a traspasar al cerebro por una ranura, mediante un dispositivo, en menos de medio minuto: bzzzzk. En veinte segundos el usuario tendrá el *Quijote* entero en la cabeza sin transitar el esfuerzo de haber leído el libro.

Entonces mi hija irá a ese simposio y tendrá melancolía del iPad, tendrá nostalgia de las épocas en que todavía los humanos lográbamos mirar videos de YouTube durante nueve minutos sin pestañear.

84. El gracioso es una lacra social



Hay una clase de gente que cuenta chistes, que sabe chistes. Saber chistes es muy fácil; te metés un rato en Internet y te aprendés noventa. Pero saber contar chistes es otra historia. Yo no sé contar chistes, y le tengo un miedo espantoso a la gente que piensa que sabe. Le tengo más miedo a eso que al cáncer de próstata.

—Hernán, vení, vení —dice el que cuenta chistes y te agarra del hombro y te lleva para que no te escapes—. ¿Sabés el del tipo que va a la tintorería porque tiene una mancha de semen en el pantalón?

—No, contame —digo yo. Yo soy de los que dicen «Contame», como casi todo el mundo. Quisiera ser de los que dicen «Sí, ya lo sé» y se quedan quietos sin pestañear. Pero mi falta de reflejos provoca que mi respuesta sea «No, contame». Y entonces me quedo quieto, como las liebres en la ruta cuando viene un camión de frente. Me quedo quieto, digo «No, contame» y me preparo a vivir un momento incómodo. Porque hay que hacer demasiado esfuerzo para fingir la risa.

Primero hay que poner la mandíbula en piloto automático. Esto es, sonreír de entrada mientras el otro empieza el chiste. Siempre el contador amateur quiere ser gracioso de entrada, no es paulatino: mueve las manos, cambia la voz si hay más de un personaje... Y esto, supuestamente, ya es gracioso. Entonces yo tenso el músculo abductor y muestro los dientes todo el tiempo, y esto me cansa muchísimo.

Pero el momento de mayor sufrimiento es cuando el chistoso va llegando al final, y desde lejos se nota que la trama

perdió fuerza. Que no se sostiene, que el remate se ve venir, que se intuye... Y entonces empiezo a preparar la carcajada falsa. Yo no me sé reír de mentira. Me sale como un catarro. Pero mentalmente voy practicando.

Y cuando el chistoso termina, exploto de repente: «¡Aja, jaaaa jaa ja, ja, ja!» y enseguida freno, trato de no quedar del todo satisfecho, por las dudas de que el contador quiera contarme otro.

Pero hay algo peor que el que te arrincona en soledad: y es el que cuenta chistes verdes en la mesa, y en vez de decir «culo», «poronga», «mierda», hace gestos, o ruiditos, o movimientos de cejas:

«Había una pareja en un auto, a la noche, y estaban a punto de...», y hace el ruido y cierra el puño, pone cara graciosa o mueve la mano para atrás. «Entonces ella le agarra al tipo la...», y no dice qué, mira a las mujeres presentes y no dice qué. Y yo pienso: ¡Si vas a contar algo en donde la poronga es protagonista, decí «poronga»! Y si pensás que decir «poronga» es una falta de educación, o constituye delito, ¡no cuentes nada donde la poronga es protagonista!

¡Por el amor de Dios! Yo transpiro mucho en esas reuniones de gente que cuenta chistes. Me hago mucha mala sangre.

Odio mucho, por ejemplo, a los que cuentan chistes de gallegos y ponen la zeta todo el tiempo, a los que después del primer chiste te cuentan otro porque fingiste risa, a los que tartamudean al final porque se ponen nerviosos, a los que cuentan chistes de Verdaguer imitando la voz de Verdaguer, a los que se ríen mientras cuentan como si los ganara la tentación, a los que imitan la voz de los homosexuales usando la misma zeta de los gallegos, pero poniendo la mano como si tuvieran una bandejita, ¡como si llevaran una bandejita! A los que te explican el final antes del final, a los que se equivocan y empiezan de nuevo, a los que creen que para hablar como un judío hay que decir *noive* en vez de nueve, a los

que repiten el remate porque no te causó gracia, a los que sospechan que los chistes donde aparece Marx o Freud son chistes inteligentes, a los que preguntan si no hay gente con cáncer en la mesa antes de contar un chiste negro.

Los chistosos de las fiestas no son graciosos y lo saben, pero insisten. La única virtud que tienen es haber aprendido algo de memoria. Saben las palabras, las pueden repetir una atrás de la otra, pero no tienen la menor idea de cómo se dice.

Yo, por ejemplo, yo me sé de memoria un montón de letras de tango clásico, pero eso no me habilita a ir por las reuniones recitándole versos de tango a la gente por la espalda y a traición.

Aunque no estaría mal, una noche de estas, para vengarme de todos los que se creen graciosos, que yo empezara a llevármelos uno por uno a un rincón y les dijera: «¿Sabés ese del tipo que campaneaba su catrera y la encuentra desolada, y solo tiene de recuerdo un cuadrito que está ahí?». A ver cuántos tangos del año veinte son capaces de aguantar.

85. Dos maneras de saltar la banca



A veces me vuelven a la memoria todas las noches de casino de mi vida. Los viajes a Gualeguaychú con la plata justa; ensayar mi mejor cara de mayor de dieciocho en Bariloche; mi primera vez en el aséptico casino de Barcelona, cuando todavía se jugaba con pesetas y el mínimo de chance era de cincuenta duros; los sótanos clandestinos de Santiago de Chile en los que era conveniente perder, porque si ganabas te cagaban a sopapos; la noche mágica de Punta del Este en la que —con dos monedas y mucha paciencia— levanté mil dólares en treinta minutos y los perdí en tres.

Mi papá me enseñó a leer y a escribir cuando yo tenía tres años, y cuando cumplí trece me enseñó algo todavía mejor. Me dijo:

—Tenés que esperar que salga cuatro veces negro, y enseguida apostar una ficha grande a rojo. Si perdés, dos a rojo; si perdés, tres a rojo. Es imposible, Hernán, que salga negro siempre —me decía—, y una vez que recuperás vas a tener siempre una ficha grande más de la que tenías. Acordate siempre de esto, Hernán, y nunca pero nunca vas a tener que estudiar.

Eso me decía mi viejo.

Y yo puse en práctica el sistema todas las veces que pude. Y la verdad es que gané bastante plata algunas noches, pero cuando perdí (¡aaah!), cuando perdí, los sablazos fueron tremendos. Cuando perdí, perdí muchísimo. Porque a veces el azar hacía que saliera negro diez, quince veces seguidas.

Así y todo, la mayoría de los libros de mi biblioteca de adolescente los compré con plata ajena. A todo Cortázar me lo regaló el casino.

Pero había algo todavía mejor que ganar o perder: era la adrenalina, la fascinación por la ruleta, que todavía me dura. Me enloquece la aventura psicológica, la fiebre, de pensar martingalas como la que me enseñó mi papá.

Después, ya de grande, cayó en mis manos un libro de Norman Leigh, un inglés genial que en los años sesenta saltó la banca de todos los casinos de Europa, hasta que le prohibieron la entrada y, en venganza, publicó el sistema: el Labouchère inverso. Era todo lo contrario de lo que me había enseñado mi viejo. Norman Leigh dice que, si bien es improbable que salga muchas veces lo mismo (o rojo, o negro, o impar), tarde o temprano pasa. ¡Tarde o temprano sale doce veces rojo en la misma mesa! Y te quedás en la lona.

Y cuando pasa perdés todo lo que habías ganado en meses de trabajo. La banca tiene toda la vida para esperar, decía Norman Leigh, y uno no es inmortal.

El Labouchère inverso consistía exactamente en lo contrario de lo que me había enseñado mi papá: apostar cada vez menos en las constantes, y duplicar la apuesta en las variables; pero claro: había que jugar en equipo de seis (cada cómplice apostaba a una de las seis posibilidades: rojos y negros, pares e impares, mayor y menor).

Para poner en práctica el Labouchère inverso se necesitaban horas de trabajo y concentración. El equipo de Norman Leigh estaba compuesto por doce personas (para dividirse en turnos de media jornada), y era tanta la tensión que se producían desmayos por deshidratación en los casinos.

Los casinos de Europa empezaron a poner trabas para desestabilizar al grupo: primero sacaron las sillas de las mesas para que no pudieran estar cómodos; después dejaron de servir bebidas para que se les resecara la garganta cuando

apostaban, y hasta contrataron camareras escotadas hasta el ombligo para desconcentrarlos.

El grupo de Norman Leigh, cuando no estaba jugando, ensayaba técnicas de relajación y de yoga para soportar la presión. Y saltaban la banca, y nadie los podía detener. Finalmente, los casinos les prohibieron la entrada, pero Norman y sus amigos ya se habían llevado más de quince millones de dólares.

Norman Leigh fue mi héroe durante mucho tiempo. Porque cambió las reglas del juego y se fue victorioso a descansar.

Sin embargo, cada vez que entro a un casino, ahora de grande, yo sigo apostando con el sistema de mi papá, incluso sabiendo que es un sistema erróneo. Espero a que salga cuatro veces negro, y entonces apuesto una ficha grande a rojo. Yo sé que a la larga eso no funciona. Yo sé que la banca tiene toda la vida para esperar, y en cambio yo me voy a morir un día cualquiera. Ya sé todo eso.

Pero cuando sale rojo, esas veces en que la ruleta le da la razón a mi papá, es como si Roberto Casciari volviera de la muerte y me dijera: «Hernán, guardá la ficha grande en el bolsillo de atrás; y ahora, empecé a jugar solamente con las ganancias».

86. El uno para el otro



No hace mucho tuve que ir a una cena de parejas. En realidad, una amiga de mi mujer se fue a vivir con un tipo, y mi mujer quería conocer al novio nuevo. Yo fui como adorno. Fui como simetría, un mueble fui en la reunión.

Ella se llamaba Mireia y el novio nuevo se llamaba Pol. El tipo y yo nos sonreímos, en silencio, un par de veces. Ellas conversaban mucho. Al principio de la noche yo intenté sacar el tema fútbol, pero él no sabía mucho de fútbol. Después él me quiso sacar el tema negocios, y yo no dije nada porque no entiendo de negocios. Es decir: tardamos menos de un minuto en saber que no éramos compatibles Pol y yo.

Sin embargo, a los postres pasó algo que me reconcilió un poco con Pol. En un momento entornó los párpados y levantó las cejas. Era el gesto masculino universal, el que dice: «Hermano, aguátemos que falta poco». Me hizo bien saber que yo no era el único que se aburría en esa cena.

A la hora del café, Mireia nos contó cómo se habían conocido con Pol. No podía faltar la anécdota romántica. Parece que los dos trabajan en la misma multinacional, ella de secretaria ejecutiva y él como responsable de Recursos Humanos. Aburridísima la anécdota. Pero ella la contaba fascinada:

—De a poco Pol empezó a hacerme regalos. Y lo increíble es que siempre acertaba con mis gustos. La flor, una orquídea; un libro, de Coelho; las sandalias, de Koh Tao...

Mi mujer, emocionada, le dijo:

—Ay, como si te conociera de toda la vida. (Y después

me miró a mí con asco, porque lo último que le regalé fue un disco de Pappo's Blues). Y Mireia dijo:

—Sí, como si fuéramos almas gemelas.

Yo lo miré a Pol y él parecía intranquilo. A ningún hombre le gusta que otro hombre escuche los detalles cursis de sus galanterías. Entonces traté de ayudar:

—Pol —le dije—, ¿me decís dónde hay un lugar abierto para fumar?

—Te acompaño —me dijo, y nos fuimos los dos varones a la terraza con dos cervezas.

Cuando llegamos le dije:

—En realidad no quería fumar, quería salvarte de la charla cursi. Y él me dijo:

—A veces conocer los secretos de los demás puede ser muy útil. (Y cambió la voz para decirme eso).

De repente, al aire libre, Pol era otra persona. Me dijo:

—¿Te cuento, de verdad, cómo conocí a Mireia? (Y yo le dije que sí, y se acercó). Me dijo:

—Yo trabajo en tecnología, controlo lo que hacen en Internet los cuatro mil empleados de mi empresa. Hace un año activé un sistema que me permite ver qué busca cada empleado en Google.

—¿No es ilegal eso? —le dije.

—Es útil —me dijo él—, y lo útil nunca es ilegal. Google es una herramienta increíble. Las personas le preguntan cosas como hace mil años le preguntaban al oráculo... El buscador es una especie de dios que no te juzga, que solamente te ofrece respuestas...

Y yo le dije:

—Pero en tu trabajo no importan las respuestas.

—Exacto —me dijo—. Lo que me importa a mí son las preguntas que hacen. Cada empleado busca cosas veinte veces al día, diferentes cosas, según su estado de ánimo. Si anotáis búsquedas que hace una persona en un año, vas a tener

su verdadero diario íntimo. El diario que nadie se atrevería a escribir.

Y después me dijo esto:

—Hay una administrativa veterana, en mi empresa, con hijos ya adolescentes; bueno, ella busca todas las tardes videos de mujeres besándose. Hay un cadete al que le gusta ver fotos de viejas desnudas, pero viejas de noventa años, con las tetas caídas... Y así te podría contar la historia secreta de todos los empleados.

Yo no podía creer lo que Pol me estaba contando. Y él no podía dejar de hablar:

—Desde hace un año —me dijo—, las búsquedas de todos mis empleados quedan archivadas en mi disco rígido. Con esa información yo saco conclusiones a nivel management, por supuesto. Pero también puedo saber, por ejemplo, cuál es el escritor preferido de la nueva secretaria.

Y yo le dije:

—Y después le regalás un libro de Coelho.

Y él se rio. Y me dijo, canchero:

—También investigué qué marca de sandalias le gustan...

Y ahí Pol me mostró su verdadera sonrisa, una sonrisa de depredador. Y me dijo:

—Mireia primero me entró por los ojos, desde el primer día que la vi aparecer por la puerta. Después empecé a espiar sus búsquedas en Google, empecé a saber qué quería, a qué le tenía miedo, qué cosas la motivaban, qué compraba, qué vendía. En qué creía y, sobre todo, qué estaba dispuesta a creer. Con la mitad de esos datos, Hernán, yo te puedo garantizar que te cogés a quien quieras en menos de media hora de charla.

Yo lo miraba a Pol con un asco enorme, enorme... y no podía dejar de pensar en lo que puede hacer un gobierno, por ejemplo, con las búsquedas de un pueblo entero.

87. Los hinchas de Borges



Yo no leo a Borges, yo soy hincha de Borges. Para ser hincha de Borges, pero hincha en serio, es necesario ir todos los domingos a la cancha. No vale con ser simpatizante; es decir, no vale comprarse tres o cuatro libros de Borges durante toda la vida y ponerlos en el estante. No vale haber leído a Borges.

Para ser hincha incondicional de Borges, por lo menos la poética completa (el libro gordo con todas las poesías) tiene que estar siempre en el baño, arriba de la canasta de la ropa, al lado de la revista del domingo y del diario deportivo del lunes.

Para empezar, hay que saber que Borges dijo todo lo necesario que había para decir en el mundo. Si no tenés bien clarito esto, no podés ser hincha de Borges. Las demás cosas que dijeron —o que escribieron— todos los demás escritores (y los filósofos) pueden estar bien, pueden estar mal, pueden estar muy bien, pero no son tan, tan fundamentales como las cosas que dijo Borges.

Por eso, en cualquier conversación sobre cualquier tema, un hincha en serio no tiene otra opción más que decir cada dos por tres: «¡Boludo, pero eso ya lo dijo Borges!» y poner cara de barrabrava.

Los hinchas de Borges no son intelectuales, les importa un carajo las siguientes palabras: semántica, silogismo, hipertexto, entre línea, epistemología. Un carajo, les importa.

Los hinchas de Borges no compran nunca, ni a punta de pistola, libros que estudian la obra de Borges. Ni tampoco compran libros que chusmean sobre su vida privada. Con

excepción del diario íntimo de Bioy Casares. A ese sí hay que comprarlo, para hacer enojar a María Kodama. (Para los hinchas, Borges es Batman y María Kodama es el Guasón).

Lo que sí hacen los hinchas, muy seguido, es juntarse en un departamento a fumar y a leer a Borges en voz alta, pasándose el libro cada tanto para que no se le seque la garganta a nadie.

Se empieza con la poética y se sigue con algún cuento. Después, más o menos a las dos de la mañana, se entremezcla algún ensayo corto para no caer en el fanatismo barato.

Si bien no es conveniente conversar mucho durante esas lecturas, está permitido decir alguna palabra propia.

Por ejemplo, alguien lee: «A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: / la juzgo tan eterna como el agua y el aire». Y entonces alguien puede decir: «¡Qué hijo de una gran puta! ¡Qué genio Borges!».

Las hinchas femeninas de Borges fuman mucho, fuman como escuezos, y son bastante liberales en lo sexual. Puede invitarse a alguna señorita tímida también, o conservadora, pero entre la medianoche y el alba pasan dos cosas: o se queda dormida (en ese caso hay que despertarla y decirle que lo suyo es Neruda), o entiende de golpe el mundo y empieza a manotear la poronga del que está leyendo.

Hablando de esto: una conversación muy tópica es la que gira sobre la sexualidad de Borges. A un barrabrava serio no le importa si a Borges se le erguía o no se le erguía la chota en la intimidad. No le preocupa en lo más mínimo que su literatura esté exenta de salvajismo sensual.

Los hinchas están en contra de Estela Canto y de todas las mujeres que se han querido hacer famosas a costa de la impotencia del escritor. Si Borges no se las culeaba es porque él no quería.

Pequeños detalles para ser un buen hincha: los libros de Borges no se prestan, se regalan. Está permitido decirle «el

ciego» en la intimidad, pero nunca adelante de gente que no sea barrabrava.

No necesariamente hay que obsesionarse con las espadas, ni con los espejos, ni con el color amarillo, ni mucho menos con el idioma alemán. Una cosa es ser fanático y otra cosa es ser un adolescente histérico.

Pero lo más importante, para un hincha, es no hacer alarde de Borges fuera de Argentina. No hay que decirle nunca a un extranjero que Borges es el mejor escritor en castellano de todos los tiempos.

Yo viví un montón de años en España. Y los gallegos se creen que Cervantes es el mejor del mundo. Están convencidos de esa pelotudez. No hay ni un español vivo que haya leído el *Quijote* entero, pero te dicen lo mismo, en voz alta... y se lo creen.

No hay que decir en España que Borges era el mejor. Porque a los españoles se les atraganta la paella cada vez que descubren que la Eurocopa a veces la ganan ellos..., pero ¿el Mundial...? El Mundial fue y será siempre color celeste y blanco.

88. Mis recuerdos con famosos



La primera vez que vi a un famoso fue en Mar del Plata. Yo tenía nueve años y ella era Verónica Castro. Estaba cenando en el mismo restaurante que nosotros. Yo miraba *Los ricos también lloran* todas las tardes y no podía creer que ella estuviera ahí. Mi mamá me dijo: «Andá a pedirle un autógrafo, boludo, dale, no seas quedado». Y yo fui, con mis nueve años, con toda la timidez del mundo. Me acerqué a su mesa y ella me miró con asco, como si yo tuviera toda la cara llena de mocos. Y me fui corriendo sin decirle nada.

Ver a un famoso es raro. Lo ves venir por la vereda y no sabés qué hacer; lo malo es que el cerebro inmediatamente te da la orden de saludar.

Una vez me pasó con Facundo Cabral en Buenos Aires: me lo confundí con un mercedino, le levanté las cejas cuando pasaba y le dije «Qué hacés». Qué vergüenza, la cara que me puso el cantautor no se me borra nunca más.

Hay otras cercanías, más indirectas, que me llaman mucho la atención. ¿Cuántos de ustedes pueden llegar a Chaplín en cuatro pasos? Yo puedo: hace mucho trabajé en una obra de teatro, en mi pueblo, con Carolina Fal, que es la mercedina más famosa que conozco, que trabajó en *Casas de fuego*, con Carola Reyna, que trabajó en *Las caras de la luna* con Geraldine Chaplin, que es la hija de Charles Chaplin.

Es decir que toqué a alguien que tocó a alguien que tocó a alguien que tocó a Chaplín. ¿No es increíble? Cada vez que lo pienso, me pongo orgulloso. Y lo pienso, mínimo, una, dos veces al día.

Igual, la historia más rara con un famoso le pasó a mi amigo Chiri cuando trabajaba en un maxiquiosco de la avenida Santa Fe. Le había tocado guardia justo un mediodía de 1990 que Argentina se jugaba la clasificación a semifinales del Mundial de Italia. No había un alma por la avenida Santa Fe: todo el país estaba en su casa mirando el partido, aguantando la respiración.

Chiri estaba en el maxiquiosco y se comía las uñas enfrente de una tele chiquitita en blanco y negro, cuando, a los trece minutos del segundo tiempo, le entra un cliente medio borracho a comprar una botella de cerveza.

Y Chiri pensó: «O es una vieja, o es un japonés». Lo pensó con rabia, antes de mirarlo a la cara. ¿Quién podía estar metiéndose en un quiosco en medio del mundial? Pero no era una vieja ni un japonés: era el Beto Márcico, que no podía ni vocalizar del pedo que tenía... ¿Cómo es posible que un futbolista serio, en el medio de un mundial, anduviera borracho por la calle? Ese y el tema de la pirámide de Keops son los dos misterios que nunca voy a poder resolver.

Yo admiro por valiente (con la misma intensidad que compadezco por pelotuda) a la gente que es capaz de molestar a una celebridad para sacarse una foto. Jamás me dio el cuero para interrumpir la existencia rutilante de una estrella con la intrascendencia de mi propia vida. Es como si a vos, que sos un ser humano recién bañado, viniera a darte conversación un chancho. Algo así debe pensar un famoso cuando te ve venir por la calle.

Mi hermana Florencia, en su época más fanática de los Parchís, se los encontró en una esquina (¡a los cinco!) y estuvo a punto de sacarles conversación y pedirles un autógrafo. Ella tenía seis años. Los Parchís y yo teníamos ocho o nueve.

Yo odiaba a los Parchís, pero más odiaba que mi hermana bailara esos discos, y entonces, cuando Florencia estaba llegando al grupo, la empujé contra Tino, y el boludo de

Tino se tropezó y le dijo, a mi hermana, una frase que, en mi familia, ya es legendaria. La miró con asco y le dijo: «Niñata, serás gilipollas». Y a mi hermana le dio tanta vergüenza que se puso colorada como la ficha roja y se fue llorando sin decir nada.

Yo sé que la salvé de convivir con el recuerdo patético de haber entablado conversación con ese conjunto musical. Pero mi hermana es terca y se niega a reconocer que le hice un favor. Incluso hace unos días me lo recriminó, de vuelta, porque está la serie en Netflix.

A mí no me piden autógrafos por la calle. Y eso que leo cuentos en la televisión, pero debe de ser la hora. Muy tarde salgo, la gente que pide autógrafos se va a dormir temprano. Y también debe de ser que me falta carisma para que me reconozcan por la calle..., y tampoco soy muy de salir.

Pero el día que yo salga a la vereda de mi casa y me estén esperando los admiradores, yo voy a ser tremendamente antipático; les voy a firmar los papelitos así, sin ganas, sin mirar, haciendo incluso esfuerzos para que no se me entienda el apellido. Y voy a mirarlos, a mis fanáticos, igual que me miró Verónica Castro aquel verano en Mar del Plata: con bronca, como si estuviera viendo llegar a un chancho.

89. Paranoias del nuevo rico



Hace unas semanas estuve en Barcelona, visitando a mi hija, y vi a siete policías pegándole a un negro que vendía carteras falsas en una manta, en Las Ramblas. El pobre negro vendía carteras justo enfrente de la vidriera de Dolce & Gabbana, donde se vendían las originales. Es muy loco. En la vidriera de Dolce & Gabbana hay carteras chiquititas, de cuero, a ochocientos euros. Y a veinte metros, en la vereda, los inmigrantes marroquíes venden unas idénticas, pero idénticas, a quince euros.

Claro. Como las carteras de adentro y las de afuera tienen el mismo color, el mismo diseño, el mismo logo, a la tarde llega la policía. ¡Pero no se llevan preso al hijo de puta que vende carteras a ochocientos euros! No. Se llevan preso al marroquí, al inmigrante, al negro, por molestar a los nuevos ricos con una realidad escandalosa: el verdadero precio de las carteras.

A los millonarios de toda la vida les importa un pito que la gente más pobre, la gente común, compre falsos Rolex o falsos Ray Ban o falsos complementos de Armani. Ellos están en otra nube, viven en el limbo de los que consumen productos imposibles de falsificar. Mientras no haya vendedor ambulante capaz de imitar un yate, los verdaderos ricos estarán tranquilos. No son ellos los que llaman a la policía para que metan preso al marroquí que vende carteras.

Hay mucha gente que se está haciendo rica de golpe en Europa, son ricos sin pedigrí, millonarios de sopetón. Gente que no tuvo una familia poderosa en el pasado ni una edu-

cación ricachona desde la cuna. Los nuevos ricos son, ante todo, ricos asustados de perder la brújula de un estatus que nunca se merecieron.

El estatus es un galardón de prestigio, casi siempre falso, que se da en todas las clases sociales. Mi viejo contaba, con orgullo, que en la época de Alfonsín, de la hiperinflación, él robaba la bolsa de basura de los vecinos y la metía en casa, a escondidas, para después salir a la calle con su propia bolsa de basura y que el barrio entero viera... que el barrio supiera que teníamos basura para tirar. Tener algo que tirar en esa época también era un síntoma de estatus.

El nuevo rico se compra una carterita de ochocientos euros no porque le guste mucho el producto en sí mismo, sino porque la cartera tiene un código común, la marca; este símbolo indica su valor comercial en el mercado de las cosas.

Se trata de un código no secreto, no oculto, un código que va a entender todo el mundo a simple vista; es como si el producto tuviera el precio grabado a fuego y ellos pudieran así generar la envidia de los imbéciles.

El mercado de la falsificación es, por lo tanto, el infierno de los superficiales.

Lo peor que le puede pasar en la vida a un frívolo es que otro frívolo, por menos plata, pueda ostentar sus mismos códigos de grandeza, aunque sean imitaciones vulgares de los códigos reales, aunque las costuras sean pésimas y se destiñan al segundo lavado.

A los nuevos ricos no les importa realmente la calidad de lo que tienen, solamente les importa la seguridad de saber que nadie más que ellos puede conseguirlo. Para ellos, una marca indica la seguridad de la subsistencia, la grieta que lo separa de la antigua vida de mierda que tuvieron.

Recordemos que no han sido ricos siempre: son nuevos, son torpes en el malabarismo de la opulencia. Hace poco eran envidiosos de los verdaderos ricos, eran resentidos de la

vida de los otros, por eso ahora se desesperan para no caer otra vez en la miseria, por eso cuando se cruzan con un mantero, con un inmigrante que en la vereda de enfrente ofrece códigos de estatus a todo el mundo, a un precio ínfimo..., el nuevo rico se siente estafado.

«Yo quiero que me estafen las grandes marcas», parece decir el nuevo rico, «Yo quiero que una cartera de mierda me cueste muchísima plata, necesito demostrar que puedo despilfarrar y alardear, pero no soporto que me estafen otros, prefiero que me quiten la plata que me sobra y no la autoestima, porque de eso no tengo nada», dice el nuevo rico.

Por eso el nuevo rico llama a la policía para que se lleven preso al mantero.

«Policía, venga rápido a la esquina, que hay un delincuente, en la calle, ofreciendo a la población cosas inútiles a precios razonables. ¡Apúrese, oficial, que hay muchos pobres a punto de convertirse en ricos falsos!».

90. Charlas con mi hemisferio derecho



Conocí a mi hemisferio derecho de pura casualidad, una tarde desesperada del año noventa y nueve.

Mi vida era un caos. Hacía más de seis meses que yo no podía escribir un cuento decente; ya no sabía qué hacer. Fue el bloqueo literario más grande de mi vida (duró un montón) y también fue la única vez que pensé, con terror, que capaz yo no había nacido para escribir. Año 1999, yo estaba a punto de cumplir treinta.

Me acuerdo de que había intentado todo: escribir un cuento por el final, empezar una novela por el medio, dictarle ideas a una grabadora, escribir drogado, escribir sobrio, escribir en bares, mantener una rutina de monje (el escritorio todo vacío), escribir en bolas, escribir parado y en una pata, en Olivettis viejas, en libretones, escribir con caligrafía de maestra rural, con cinco dedos, con tres dedos...

No me funcionaba nada. No me salía un carajo: ni un cuento, ni la idea de un cuento. Nada.

Entonces un sábado pasó algo. Yo estaba mirando un documental del Discovery sin darle mucha bola. Hablaban sobre los hemisferios del cerebro: «El hemisferio izquierdo —decía el locutor— es lógico y procesa la información de manera lineal; el hemisferio derecho es holístico y procesa la información de manera global».

No sé si las frases eran exactamente así, pero más o menos.

Cuando escuché esto me saltó una alarma interna, como si mucho tiempo antes yo hubiera puesto un sánguche al microondas y después me hubiera olvidado de tener ham-

bre. De repente tuve una certeza: supe que mis dos hemisferios del cerebro no se hablaban. Lo supe instintivamente.

Por algún motivo, desde el principio de mi crisis literaria yo estaba funcionando solamente con el izquierdo. Hay gente que vive con un riñón, o con un brazo; pero ellos lo saben. Yo estaba viviendo con medio cerebro y no me había dado cuenta.

Cuando en mi vida las cosas están en orden, adentro de mi cabeza hay una conversación permanente. Es un estado mental, es una especie de ritmo.

Por ejemplo, yo camino hasta la heladera, abro la puerta y escucho dos voces internas. Una dice: «¿Tenés ganas de que nos comamos este yogur, gordito hermoso?». La otra dice: «Y bueno, dale, pero pongámosle corazón de dulce de leche». Así son mis pensamientos naturales cuando la vida me sonríe.

En cambio, cuando estoy en crisis, el fluir de la conciencia es un monólogo oscuro. Un monólogo de mierda. Voy caminando a la heladera, cuando estoy en crisis, abro la puerta, miro los productos y una voz sola me habla, me dice: «Dejá de comer yogur, gordo hijo de puta, ponete a escribir, estás hecho un chanchito, hace medio año que no se te ocurre una idea, vas a reventar como un sapo». ¡Eso me habla!

Desde hacía unos cuantos meses yo solamente escuchaba esa voz, ese monólogo. Ni noticias del diálogo divertido de un hemisferio al otro. ¿Era esa mi crisis literaria?

Apagué la tele y busqué un cuaderno. Sobre la mesa había dos lapiceras, una negra y otra azul. Agarré la negra, abrí el cuaderno y quise escribir con mi hemisferio derecho. Con el hemisferio mudo, con el ausente, con el que me había abandonado.

«A ver, ¿qué le pasa?», escribí. La frase salió en mayúsculas. Eso me sorprendió. También me sorprendió la ausencia del tuteo: «A ver, ¿qué le pasa?».

Me quedé mirando la hoja, sin respirar, porque el hemisferio derecho había hablado.

Entonces dejé sobre la mesa la birome negra y agarré la azul. Escribí en minúsculas, con mi letra de siempre: «Lo que me pasa es que no puedo escribir. Me siento y no me sale nada».

Me quedé quieto, sin pensar en nada. Mi mano soltó la birome azul y agarró otra vez la negra. Yo no tenía la menor idea de lo que iba a escribir.

«¿Es solamente una crisis creativa o esconde algo más?», me preguntó el hemisferio derecho, en mayúsculas, y mi corazón empezó a latir.

Ese día, juro por mis hijas, empecé a escribir.

91. Debo caretear paternidad



Tengo una hija chiquitita que va a cumplir tres años, Pipa, y es tremendo lo que me cuesta educarla. En realidad, nunca aprendí a educar a un hijo, porque tengo otra más grande y por lo visto no aprendí nada de la otra educación.

Con la otra hija, Nina, yo vivía en España, pero me pasaba lo mismo. No sabía qué hacer. Me acuerdo que en 2007 (todavía vivía mi viejo), llamé por teléfono a Mercedes para preguntarles a ellos, a mis padres, qué habían hecho para educarme de un modo natural cuando yo tenía dos, tres años. ¿Cómo lograron encarrilar, sin la ayuda de Internet, a un hijo estúpido como yo?

Llamé a cualquier hora, porque hay cinco horas de diferencia. Atendió Chichita, mi mamá. Le digo:

—Mamá —sin saludar le pregunté—, ¿qué hicieron ustedes conmigo en el año 1973?

—Nada —me dijo.

—Pero ¿me leían libros, me enseñaban a vocalizar, me contaban cuentos, me ponían música clásica a la noche?

—¿Música clásica? —dijo mi vieja—. ¿Vos estás drogado?

—No, mamá... ¿Y al revés? ¿Hubo algo horrible que haya pasado en esa época?

—No. Nada, Gordo.

—¿No habré mirado cuando ustedes estaban en la cama haciendo chanchadas o algo?

—Que yo me acuerde, no —dijo Chichita—. A ver, esperá que le pregunto a tu padre.

Entonces escuché en el auricular una conversación in-

comprensible entre mi mamá y mi papá. Y después volvió, Chichita, al teléfono:

—Dice tu padre que lo único que se acuerda de 1973 es el equipo completo de Huracán. ¿Quieres que te pase con él?

—No, no. Está bien. Solamente quería saber cómo me educaron ustedes en esa época.

—¡Ah! ¿Eso? Te dejábamos en la casa de los vecinos, ¿no te acordás?

—No.

—Nosotros trabajábamos y vos estabas todo el día con los vecinos de al lado. Cuando llegábamos vos ya estabas cenado y dormido.

De repente, en medio de la conversación con mi vieja, se abrió adentro de mí la puerta de un sótano oscuro, y aparecieron un montón de recuerdos que estaban dormidos: la casa de al lado, la señora Otilia, sus cuatro hijos. Tenían una librería, había olor a cuadernos nuevos, había mapas. Ellas me enseñaron a calcar, a dibujar. Había libros, había una máquina de escribir Remington.

—Listo, mamá —le dije a mi vieja—. Ya me acuerdo. Te mando un beso.

—Bueno, abrigáte que en Barcelona parece qu-...

Y le corté a la mierda. Por lo visto, mis padres tampoco podían ayudarme porque me habían dado en adopción en esa época. ¿Qué debía hacer yo entonces con mi hija? Me sentí un poco solo y un poco agobiado. Seríamos únicamente ella y yo; pero nadie parecía tener la receta de la felicidad.

Y ahora me pasa lo mismo con Pipa, con mi segunda hija. Cuando ella se duerme, yo me meto en Google y busco tutoriales que me indiquen de qué manera tiene que comportarse, con su hija, un padre atípico que no va al trabajo, que está siempre en su casa escribiendo boludeces y comiendo boludeces. ¿De qué modo horrible puede afectar mi

comportamiento perezoso al desarrollo intelectual de una hija chiquita?

Es posible que una de las maneras de solucionar el entuerto sea convertirme en un hipócrita. Es decir: usar la camisa adentro del pantalón cuando viene ella, ver únicamente documentales en la tele, contarle historias de hadas y de princesas, almorzar a las trece, cenar a las veintiuna, irnos a dormir a las veintitrés, cagar en silencio sin hacer fiesta ante un sorete con forma divertida (que es lo que hago), no conversar con los objetos cuando me drogo, no fumar porro, no cultivarlo en presencia de ella, no echar llamaradas usando el culo y un encendedor para hacerla reír, etcétera.

En suma: caretear paternidad. ¿Pero todo eso —en caso de que alguien pudiera hacerlo— daría por resultado una futura hija sin traumas, o una futura hija de derecha?

El riesgo es tan alto que prefiero seguir paralizado de terror.

92. La sorpresa de Lelé



Esto le pasó a un amigo de mi pueblo y siempre me pareció una gran historia. Fue hace algunos años. Mi amigo Juan Jáuregui se fue temprano a Buenos Aires para dar una conferencia y cuando volvió a Mercedes, a las diez de la noche, ni su mujer Lelé ni su hijito estaban en la casa. Había una nota imantada a la heladera. La nota decía: «Estoy harta de tus mentiras, Juan. Voy a pasar unos días con Laura para pensar mejor. No me llames».

A Juan se le vino el mundo abajo. Todo lo que él quería al llegar a su casa era sacarse los zapatos y ver Boca-Vélez, y ahora tenía que hacer llamadas para ver qué carajo le pasaba a su mujer.

«Pero ¿qué pasa —se preguntó— si la llamo después del fútbol?».

Total, nadie sabía a qué hora había llegado de Buenos Aires. Además, quedaba mejor llamar a la casa de su cuñada después de medianoche, con tono angustiado.

Así que Juan se tranquilizó, abrió la heladera, sacó un plato de langostas con una salsa muy rara, lo metió en el microondas, fue a su pieza y se puso un shorcito. De pasada prendió la tele. Durante el compacto de River-San Lorenzo pensó un poco en la nota de Lelé, de su mujer: «Estoy harta de todas tus mentiras...».

Alguien abrió la boca, pensó mi amigo, porque Lelé jamás había sospechado su relación con la Turca. Es más, Lelé no conocía a la Turca. Él siempre había tenido mucho cuidado.

Después de todo, se dijo, cuando hable con Lelé, las cosas se van a arreglar. Está la criatura de por medio, y siempre queda la posibilidad de negarlo todo.

Ensayó incluso algunas frases convincentes para calmar las aguas, pero justo empezaba el primer tiempo de Boca-Vélez, y se olvidó de todo. En el entretiempo fue hasta la habitación matrimonial, agarró el teléfono fijo y marcó un número. No a la casa de su cuñada, sino al departamento de la Turca.

—Turca, ¿vos le dijiste algo a alguien de lo nuestro?

—No —dijo la Turca.

Por eso su esposa Lelé no salió del ropero. Se sentía tan estúpida, Lelé, escondida desde hacía dos horas en el placard, con la lencería nueva, llorando en silencio, que ni aunque hubiera querido habría podido salir.

A las cinco de la tarde de ese mismo domingo, a Lelé se le había ocurrido la pelotudísima idea de esperar al marido de una forma diferente. ¡Me cago en la revista *Cosmopolitan* y sus consejos para la mujer!, pensaba ahora, escondida y llorando. Había dejado al nene con su tía Laura, y le había dicho: «Cuando llame papi y pregunte por mí, decile que se fije en el ropero».

Después había vuelto excitadísima a su casa, había cocinado algo afrodisíaco con salsa de nueces, y cuando sintió que su marido estaba llegando, apagó las luces y se escondió, semidesnuda, en el placard.

Ahora estaba obligada a escuchar cómo su marido se tiraba en la cama con el teléfono y le preguntaba a su secretaria si ella le había dicho algo a alguien.

La Turca, desde el otro lado de la línea, debió decir que no.

—Bueno, Turquita —dijo Juan—, no te hagas problema, cuando termine el fútbol la llamo por teléfono y arreglo todo.

El marido volvió a la televisión: estaba por empezar el segundo tiempo.

Lelé aprovechó para salir del ropero, ponerse un gamulán sobre los hombros y escaparse por la ventana de la habitación hasta la calle. Se fue caminando, y llorando, por la avenida hasta la casa de su hermana, que quedaba a cinco cuadras. Llegó a la casa de Laura. Abrazó a su hijo. Se puso ropa nueva. Comió algo. Y entonces, por fin, sonó el teléfono.

Le hizo señas a su hermana para que nadie atendiera, y después del quinto timbre descolgó ella misma. No hablaron mucho. Juan le preguntó «Qué bicho te picó, mi amor», y ella le dijo, sin llorar, muy serena, que buscara un abogado.

Que había entendido, ese domingo, que ya no lo quería. Solamente eso.

93. Antes me llamaban bloguero



Como empecé a escribir en Internet justo en los tiempos en que empezaron los blogs, durante un montón de tiempo me llamaron bloguero. O blogger. Las dos palabras son horribles, pero en castellano suena peor «bloguero».

«Blogger» por lo menos tiene doble consonante, y le da un cierto lejano prestigio. Pero «bloguero», en castellano, se parece a un insulto tropical. Me imagino a una madre cubana, o dominicana, diciéndole así al vago de su hijo:

—¡Pero no sea usted bloguero, vaya a trabajar!

La sensación que da la palabra «bloguero» es la de una persona que no encontró qué tiene para decir en Internet. Es una palabra hueca, vacía de oficio. Como más tarde lo serían «youtuber» o «instagramer».

La primera gran división entre los usuarios que utilizan redes sociales es la siguiente: por un lado, hay personas que usan un blog, o YouTube, o Instagram, por una razón puntual, porque tienen algo para decir; y, por el otro lado, hay personas que lo usan, pero todavía no saben bien para qué.

En el primer grupo (los que tienen cosas para decir), es un error llamarlos blogueros, youtubers o instagramers. Se llaman del modo que se llamaban antes de usar la herramienta: poetas, informáticos, periodistas, monologuistas, narradores, novelistas, humoristas gráficos, lo que sea.

Y en el segundo grupo sí hace falta una definición. Y entonces aparecen instagramers, o youtubers. Puede ser esa la definición. Se trata de personas que utilizan las herramientas porque existen las herramientas.

Ya después verán qué hacer con ellas.

A mí me pasó algo extraño con este asunto. Soy escritor desde los nueve años, porque esa fue la edad en la que escribí mi primer cuento y alguien lo leyó. Y soy periodista desde los trece, porque a esa edad me publicaron una crónica en el diario de mi pueblo por primera vez.

Desde que tengo memoria, cuando me preguntaban cuál era mi oficio, yo decía escritor, o decía periodista.

Así lo dije a los quince, a los veinte, a los veintisiete, a los treinta y uno; siempre con la misma seguridad, con la convicción de no estar mintiendo. Desde hace un montón de años, para escribir mis cuentos y mis historias yo uso las diversas herramientas de escritura que me proponen los tiempos: lápiz, cuaderno; tiza, pizarrón; lapicera, carpeta; máquina de escribir, folio A4; máquina de escribir eléctrica, folio carta; computadora, WordPerfect, formulario continuo, impresora de chorro, etcétera.

Nunca, en todo ese tiempo, a nadie se le ocurrió bautizarme cuadernero, ni pizarronero, ni carpetero, ni olivetero, ni wordperfectero, ni impresor de chorretero, mucho menos. El siglo veinte era maravilloso: no importaba dónde escribieras, ni en qué soporte; siempre te decían: «ahí va el escritor».

Pero a finales de 2003, intentando mantener mi equilibrio cotidiano con el progreso, empecé a escribir una novela online, y en vez de usar un cuaderno, o una pizarra, o una lapicera... usé un blog.

Y yo les puedo jurar que desde ese día empezó a sonar el teléfono en mi casa y la gente pedía hablar con un bloguero. Durante mucho tiempo mi nombre salía en la prensa precedido por la palabra «blogger», o «bloguero». Y me hacían muchas preguntas sobre blogs, y ninguna pregunta sobre lo que yo escribía. Y me pagaban para que escribiera blogs.

Las preguntas ya no eran «¿Cuál será su próxima novela?», o «¿Qué nuevo cuento está usted pensando ahora, señor

Casciari?». No. Las preguntas eran: «¿Es tuyo el blog del perro que habla?», «¿Tiene pensado abrir otro blog?».

Mi vida se había convertido en un infierno. Años enteros estuve quemándome las pestañas para ser escritor, o por lo menos un cronista de mi tiempo, un observador de la realidad... y me decían bloguero.

Por suerte, por suerte, ese tiempo pasó. Ya no me dicen bloguero. Ahora soy el gordo ese que cuenta cuentos en Telefe. Y no sé qué es peor.

94. Juguetes



Cuando cumplí diez años me regalaron el juego de química. No era un juguete como todos los anteriores que yo había tenido, es decir, no era un juguete de una pieza: el juego de química tenía alrededor de doscientas pelotudeces, una más peligrosa que la otra. Tubos de ensayo, pócimas de colores, un microscopio de verdad y hasta un cuchitril para prender fuego igualito al que tengo ahora de la *fondiú*.

Cuando me regalaron el juego de química, yo era muy chiquito y entendí que para mis viejos ya era grande: si mis padres me dejaban jugar con carbonato de sodio, con azufre, con fuego, es que confiaban en mí. Mal hecho, mal hecho, porque la felicidad, igual que las cortinas del comedor, duró una semana.

Cuando se fueron los bomberos y mi mamá empapeló de nuevo el living, me trajeron de regalo el juego de magia. Era la época de la plata dulce, me podían traer juguetes de afuera. Así que dejé de extrañar el juego de química, que había quedado todo chamuscado, inservible, en el garaje.

Y el juego de magia era impresionante, y me olvidé rápidamente de todos los demás juegos. Venía con unas cartas trucadas, con unas bolas rojas que se convertían en azules, con una valija de mago profesional llena de trucos sorprendentes, y con dos sogas que parecían unidas pero no...

Pero lo mejor de todo era un manual del mago, un cuadernillo de ochenta páginas que te explicaba qué había que responderles a los que querían saber el truco.

El juego de magia era lo mejor que había tenido yo hasta

el momento, porque además de aprender, y jugar, yo podía engañar a los chicos del barrio y sacarles plata.

Era un lujo de juguete y yo me divertí un montón con la magia, hasta que una noche tocó timbre el padre de Pablo Giorgetta, caliente como una pipa, porque según él yo me había quedado con diez mil pesos del hijo.

Mi papá le devolvió la plata antes incluso de preguntarme a mí. Un poco porque desconfiaba, y otro poco porque Giorgetta padre le daba cagazo a mi papá.

Y después mi vieja, Chichita, se encargó de mí. Esa noche fue terrible.

—¿Vos le robaste un marrón a Pablito Giorgetta? —Un marrón eran diez mil pesos, mi vieja estaba loca.

—No, señor —le digo yo—, se lo hice desaparecer, que es distinto. —Yo usaba las frases del cuadernito.

—¿Y dónde está la plata, carajo? —me decía mi vieja.

—En el éter —le dije yo, porque el manual decía que había que contestar las preguntas del público con evasivas.

Lo que no decía el manual es que después venía un sopapo.

—¡Decime dónde está la plata, Hernán, porque te juro que no me conocés enojada! —decía mi vieja, y después vino el segundo sopapo, y yo le dije:

—Mamá... ¿Vos sabés guardar un secreto, mamá?

—Sí —me dijo ella.

—Un mago también —le dije yo. ¡Para qué! Se lo dije calcando los consejos de manual. Pero mi mamá, que nunca fue muy amiga de suspender la realidad, me reventó la cabeza contra el aparador y tuve que romper la regla de la magia.

—La plata está en el doble fondo de la cajita amarilla —le dije medio llorando con cobardía, y esa medianoche se acabó mi futuro como mago. Después de un mes de penitencia, me regalaron el primer walkie-talkie. ¡Ah, el walkie-talkie! Los anteriores juguetes no tenían que ver con el walkie-talkie.

Durante semanas no me separé de mis dos transmisores; les tenía tanto cariño que no quería prestarle el segundo aparato a nadie, por lo que no me quedaba más remedio que hablar solo, como un pelotudo.

Mi historia con los juguetes terminó un día, a finales de 1981, cuando mi papá trajo a casa el mejor invento del siglo veinte, la televisión a colores. Vino en una caja gigante y tenía control remoto. Cuando la prendieron yo no entendí cómo había hecho durante diez años para ver todo en blanco y negro. No lo podía entender. Lo primero que apareció en la tele fue *Los Dukes de Hazzard*. Casi me pongo a llorar. Corrí al teléfono, lo llamé a mi mejor amigo y le dije:

—Chiri, es anaranjado: el Chevy de los Dukes es anaranjado.

Pero cinco segundos después apareció en la pantalla la prima de los Dukes de Hazzard, la prima Daisy, en colores, la prima Daisy con su vaquero ajustado en colores, con las dos tetas en colores... y me olvidé para siempre de todos los juguetes.

95. Fiestas del hemisferio norte



Los países que tienen la desgracia de pasar diciembre y enero entre bufandas y estornudos celebran la Navidad sin ganas, como si el festejo fuese una tortura que hay que soportar una vez cada doce meses. Como los chequeos médicos, como las declaraciones juradas.

En algunas partes de España, donde viví más de quince años, ni siquiera existe Papá Noel. Lo que hacen es conseguir un tronco de madera, lo tapan con una frazada y le pegan con un palo hasta que «caga» regalos. Este ser sobrenatural no viene del polo, ni tiene barba, ni es gordo, ni va en trineo. Este ser es un tronco. Y los chicos cagan a palos al tronco toda la noche. Ese es Papá Noel.

A pesar de esta tradición violenta, en las Fiestas del hemisferio norte los petardos suenan más despacio, los parientes más enojados nunca llegan a las manos, los regalos de Melchor son más caros pero valen menos, en las mesas no hay pionono ni mucho menos salpicón de pollo, y los chicos se congelan como cubitos antes de que llegue el ser sobrenatural que corresponde a cada región y se chamusque el culo en la chimenea.

Yo conozco las ventajas y las desventajas de pasar fin de año con frío y con calor. Pasé mis primeros treinta diciembre en el hemisferio sur, abriendo la heladera cada dos minutos para buscar hielo. Y después, durante quince diciembre, cagué a palos a un tronco al lado de una estufa, como un esquimal achanchado.

Lo más preocupante de las culturas frías es que no se puede

sacar la mesa al patio para ver llegar el nuevo año. Y eso genera que las conversaciones sean tediosas, sean programadas. No sé por qué pasa esto, pero el español, cuando está bajo techo, tiende a construir sobremesas sin gracia. En cambio, cuando lo alumbraba la luna, las estrellas o los faroles del jardín, el español se da el lujo de ser natural, de tirarse pedos sin disimulo y de decirles cosas chanchas a las cuñadas.

En España, a las doce de la noche del treinta y uno de diciembre, todos los televisores de todas las casas están prendidos; eso es lo que se llama empezar el año para el orto. Generalmente, en la tele se ve a unos personajes conocidos, abrigados hasta el cuello, en una plaza pública donde hay un edificio con un reloj enorme. Cada año, los españoles acostumbra a comer una uva por cada campanada que suena en la tele, hasta tragar exactamente una docena en doce segundos. Esto les parece a todos muy divertido, porque fingen atragantarse o fingen que les cuesta mucho.

En la parte del mundo donde yo nací, acá, nadie sabe exactamente qué programa pasa la tele a las doce de la noche del treinta y uno de diciembre. Me imagino que alguna misa, o una película donde Jesús es lindo. La gente normal está en el patio a esa hora, peleándose con los mosquitos y los cascarudos. Yo creo que la presencia cercana de insectos nos ayuda mucho a liberarnos de los códigos y de los reglamentos. No es lo mismo conversar cuando el animal más cercano es un locutor de televisión que charlar mientras una vaquita de San Antonio te va caminando por el brazo.

En España no hay insectos en Navidad. No hay ventiladores, ni patios, ni espirales contra los mosquitos. Tampoco suena la sirena de los bomberos a las doce en punto, ni se ilumina el cielo con fuegos artificiales mortíferos, ni un vecino saca el revólver y tira un balazo al aire, ni otro vecino muere al instante por culpa de la bala perdida, ni se cae tu suegro borracho a la pileta, ni la gente se pasa la tarde cor-

tando frutas para la ensalada, ni las amigas de tu hermana se aparecen a la una y media para ir a bailar, semidesnudas y alegres, ni te llama por teléfono a las doce en punto un pariente emigrado desde España para decirte que allá ya son las cinco de la mañana, que todos duermen y que en las calles desiertas hay dos grados bajo cero.

Durante quince años ese pariente estúpido que llamaba a Buenos Aires era yo. Esas comunicaciones telefónicas me revolvían el estómago.

Porque detrás de la voz de mi vieja o mi papá o mi hermana, detrás de la conversación trivial y del cómo la están pasando, detrás de los deseos recíprocos de felicidad, yo siempre escuchaba los gritos veraniegos, los estruendos y los petardos, a los chicos que gritaban o se tiraban a la piletta, las sirenas. Yo escuchaba la música de fondo.

Yo escuchaba todo eso en el teléfono, cagado de frío, aburrido y solo, trasnochado, del otro lado del mundo.

Y a veces, cuando pegaba bien la oreja al teléfono, también podía escuchar mi voz, mi propia voz de los veinticinco años, mi voz antigua allá al fondo, arrastrando las erres, conversando con mi cuñado al final de la parrilla.

96. La estrategia del banderín



La broma que le hicimos al Colo se llama «la estrategia del banderín» y siempre salía perfecta, yo no sé por qué esta vez salió mal. Es una broma muy simple: solamente es necesario que la víctima viva en un departamento. La broma requiere de dos elementos nada más: un banderín del equipo de la víctima y un petardo.

Esa vez tocamos el timbre de abajo y esperamos. El Colo vivía en el cuarto F. Antes de que nos invite a entrar, le hacemos el regalo: el banderín.

—Mirá lo que te trajimos, Colo.

Él nos agradece y entonces nosotros decimos:

—Ponelo acá afuera para que todo el mundo sepa que sos de Vélez —y colgamos el banderín en el picaporte de afuera del departamento.

Después actuamos como cualquier trío de amigos que cena de noche. Vemos un partido, fumamos un porro. A los postres, Chiri se levanta de la mesa y dice:

—Che, me pegó el bajón.

Y yo digo:

—Salgamos a buscar alfajores. —Y agarro las llaves del departamento. (Esto es muy importante).

Cuando estamos saliendo, Chiri dice:

—Uy, me estoy cagando, yo me quedo. —Y se queda.

Un minuto después, la primera parte del plan está encarrilado. Siempre lo hicimos así, y siempre salió bien. ¿Qué conseguimos hasta ahora? Uno, tenemos al Colo en la calle, escoltado por mí; dos, las llaves del departamento las tengo

yo; y tres, conseguimos que Chiri se quede adentro. Todo perfecto.

Mientras el Colo y yo vamos al quiosco, Chiri sale del departamento, descuelga el banderín y, sin cerrar la puerta (porque no tiene llave), sube por la escalera un piso más y cuelga el banderín en el picaporte del quinto F. Después, en silencio, vuelve al cuarto F, apaga las luces y se queda sentado a esperar.

Mientras tanto, el Colo y yo ya estamos volviendo al departamento con los alfajores. Entramos al edificio, subimos por el ascensor. Este es un momento muy importante. Sin que el Colo me vea, yo pulso el botón del quinto piso (¡no del cuarto!), y después le doy charla al Colo para distraerlo. El porro provoca distorsión del tiempo. La gente drogada siempre piensa que los ascensores tardan mucho. Por lo tanto, el Colo llega al quinto con la certeza de que está en el cuarto.

Cuando bajamos, el Colo ve el banderín colgando de la puerta F y cree que esa es su puerta. Entonces nos acercamos y yo, llave en mano, le digo:

—Colo, ¿vos sabés que estas llaves abren las puertas de todos los departamentos?

—No digas boludeces, Gordo —me dice el Colo.

—Vení, vení —le digo—, acompañáme al tercero y vas a ver.

El Colo me sigue escaleras abajo. Esto tiene que ocurrir entre las dos y las tres de la mañana, en medio de un gran silencio. Bajamos. Cuando llegamos al verdadero cuarto piso —el Colo está convencido de que estamos en el tercero—, yo me acerco al departamento F y hago girar la llave en el picaporte. La puerta, obviamente, se abre. Adentro está Chiri a oscuras. El Colo se sorprende y dice:

—¡Boludo! ¡Pudiste abrir el tercero!

Y yo le digo:

—¿Viste?

Chiri, desde adentro, ya está con el petardo en la mano.

—Cerrar, cerrará —me dice el Colo—, que ahí vive gente.

—No —le digo yo—, voy a entrar.

—¡No, boludo, no entres! —me dice el Colo.

Entonces yo hago tres cosas al mismo tiempo: entro al departamento, le tiró las llaves al Colo para que las tenga él, y cierro la puerta. El Colo se queda del lado de afuera. Y empieza a decir muy bajito: «Gordo... Gordo, salí de ahí que es peligroso».

Entonces Chiri se levanta del sofá, pone voz gruesa y dice: «¡Quién anda ahí!».

Prendemos una lámpara, para que el Colo vea luz desde la hendidura. Para nosotros, esta parte del chiste es como hacer radioteatro. Fingimos un forcejeo y nos revolcamos un rato por el piso. Y entonces Chiri prende el petardo y lo tira al suelo. El petardo explota y retumba como un tiro. Y yo me tiro contra la puerta, como si me hubieran disparado. Y grito:

—¡Aaaah!

El Colo ahí se desesperó. Nuestro amigo, angustiado, hizo lo que hacen todas las víctimas en este punto de la broma: subió corriendo las escaleras para entrar a la que creía que era su casa. Escuchamos los pasos del Colo por la escalera. Asustadísimo, el Colo puso la llave en el picaporte donde todavía colgaba el banderín de Vélez. Para él, esa era su casa.

Intentó abrir la puerta una vez, dos veces, tres veces. No pudo. El Colo nunca supo que intentaba abrir la puerta de su vecino del quinto, la puerta de Cárdenas. Tampoco supo que Cárdenas estaba del otro lado, muerto de miedo porque ya le habían robado dos veces, con la escopeta de caño recortado apuntándole a la puerta. Cuando escuchamos el disparo nos dimos cuenta de que el Colo, si sobrevivía, nunca nos iba a perdonar.

97. La noticia no es el perro



De repente, un video de YouTube recibe un millón de visitas. Su autora, una gordita de Illinois, escribe con el culo en una pizarra.

En casa de la gordita suena el teléfono sin parar, llaman las radios, la televisión comarcal, tres diarios regionales, es un día de locos en la casa de esta chica.

La madre de esta adolescente no entiende, pero empieza a sentirse orgullosa. En realidad, Lorene (así se llama la chica) escribe con el culo en una pizarra desde los diez años. Una tarde se puso una tiza en el culo, la apretó con las nalgas y escribió su nombre, con mucho esfuerzo...

Al mes siguiente ya dominaba la técnica como nadie. Sin embargo, hasta los catorce años solamente mostró su habilidad a amigas íntimas en algún pijama party o en un campamento de verano.

Después vinieron el alcohol, los amores adolescentes y entonces algunos chicos del instituto también pudieron disfrutar del espectáculo. Lorene era rápida con la tiza; tenía buena letra y excelente ortografía.

Le gustaba escribir pequeños aforismos adolescentes: «Si lo amas, déjalo libre» o «Me has dejado el corazón roto». Un día, ya cumplidos los diecisiete, Lorene se enamoró de Jim, un compañero de clases, y después de la segunda noche de manoseos le hizo conocer esta habilidad.

Jim quedó fascinado con la faceta literaria de su novia y no tardó mucho en grabarla con el celular. Desde entonces Jim no vio la hora de cortar la relación con la gordita para

poder subir el video a YouTube sin sentir culpa. Lo hizo dos semanas más tarde.

«Mi novia escribe con el culo» fue el video más visto del día, y la transmisión viral resultó imparable. Miles de páginas lo reprodujeron y tardó doce horas en aparecer en la prensa. Todos querían saber quién era esta gordita de Illinois que escribía con el culo.

Al segundo día, Jim proporcionó el teléfono de la gorda a una agencia de noticias nacional a cambio de quinientos veinte dólares. Pudo haber sacado más plata, porque cuando la prensa no tiene nada para decir, las gorditas que escriben con el culo en una pizarra son como la lluvia fresca.

Ellas o quien sea: el chico holandés que gana plata mientras duerme, la chancha que amamanta gatitos huérfanos, la azafata francesa que en pleno vuelo le muestra las tetas al piloto, el loro que canta la marcha peronista, el gordito siniestro que hace playback de una canción pegadiza, la chica que revienta a patadas a la nueva compañera de colegio, la ardilla que baila el foxtrot, el adolescente italiano que le toca el culo a la profesora, la niñera que le pega al bebé sin saber que la están grabando, el neozelandés que se destroza la cabeza con la patineta, las tres chicas japonesas que se arrancan pestañas con los dientes, el desalmado que mete un sapo en el microondas... o una adolescente simpática de Illinois que escribe frases de amor con el culo.

Lorene ni siquiera sabía que sus intimidades literarias circulaban por Internet cuando, muy temprano, recibió el primero de una docena de llamados telefónicos. Casi todas las entrevistas provenían de programas radiales matutinos donde dos o tres columnistas graciosos le hacían preguntas con doble sentido. «Dime, Lorene, ¿nunca se te ha escapado una tiza?», pelotudeces así.

La chica, que era extrovertida y sincera, contestaba a todo con mucha gracia. La prensa mediática (todavía muy

acotada a Chicago) generó que el video de Lorene lograra quinientas mil visitas a la tarde y un millón esa misma madrugada. Y entonces sí, los teléfonos de la chica empezaron a recibir llamados de todo el planeta, porque la radio, la prensa y los noticieros del mundo miden la relevancia de sus noticias en millones de visitas a YouTube.

Novcientos mil no es noticia, pero un millón es noticia. No les importa qué pasó, solamente tiene valor aquello que fue visto por un millón de descerebrados.

Lorene alcanzó la cumbre de su fama dos días después: escribió con el culo, y en directo, en el show nocturno más visto de Norteamérica. Redactó unos versos de Shakespeare que le dictó el comediante Jay Leno.

Y después todo el mundo se olvidó de ella.

Hace años había un axioma periodístico muy válido que decía: «La noticia no es un perro que muerde a un hombre; la noticia es un hombre que muerde a un perro». Eso se decía en el siglo veinte. Hoy, con YouTube, con los noticieros mirando todo el tiempo YouTube, hoy... es noticia cualquier cosa que haga un perro.

La noticia no es más el perro. Es el número de imbéciles mirando al perro.

98. Blanco en la nariz



No es de ahora que cuento historias en voz alta. Viene de antes... Como nací en un pueblo, hacíamos fiestas en las quintas, en el medio del campo. Iban drogonos, pichones de escritores, jugadores pobres de monte, desocupados, madres solteras, bajistas sin banda y toda clase de comunista: desde afiliados al partido obrero hasta socialistas depresivos que votaban a Zamora o a Vicente.

No nos conocíamos tanto entre nosotros, pero teníamos algo en común: estábamos más solos que los perros. Aunque éramos alrededor de treinta en esas noches, siempre faltaba alguno porque estaba preso, otro faltaba porque se había escapado a Chivilcoy y otro faltaba porque había conseguido trabajo en la fábrica DuPont y tenía que madrugar.

Las quintas quedaban saliendo a la ruta, y de los muchos que éramos solamente tres tenían auto, y cinco le usaban la Zanella a la madre. De todas maneras —yo nunca supe cómo— llegábamos más o menos al mismo tiempo. Y siempre nos enterábamos dónde era la fiesta el mismo viernes a la noche, que es una cosa complicadísima sin WhatsApp.

Las fiestas no eran felices, pero eso lo sé ahora.

En las cocinas había seis jugando a las cartas por plata; en los comedores enormes siempre estaba el desmayado entorpeciéndoles el paso a los cinco que bailaban brasilerero o los redondos, y más allá, en los sillones, un grupo masculino —muy compacto— alrededor de la hermana de alguien, que era una chica que venía por primera vez y se la quería coger todo el mundo.

Yo pasaba un ratito por todos los ambientes, pero siempre terminaba afuera, al fresco, charlando con gente alrededor de una mesa de mimbre donde había fuentones de empanadas y una música distinta que adentro (también era brasilero o los redondos, pero otro disco).

En la mesa de afuera siempre había alguno armando porro, otro fumando un porro y otro —más previsor— que avisaba a cada rato que nos estábamos quedando sin porro.

A eso de las tres de la mañana aparecía uno desde adentro, todo transpirado y con un sombrero en la mano, a pedir plata para cerveza.

Todos poníamos monedas o billetes de dos pesos abollados que sacábamos del vaquero con dolor, pero también con enorme sentido cívico. Nadie encanutaba en esas fiestas: estaba mal visto encanutar.

Los que tomaban merca eran los que más aportaban a la vaquita porque tenían trabajo fijo o un padre profesional. Y también porque tomaban el doble de cerveza.

Perseguidos, como todos los merqueros, se escondían en las habitaciones para enviciarse y volvían a la mesa levantando la ceja y haciendo gestos de aprobación.

Yo nunca supe si el puntito blanco en la nariz con el que volvían era un descuido o era una marca voluntaria, una especie de tatuaje que indicaba que tenían más poder adquisitivo que los que solamente fumábamos porro.

De todas formas, me caían bien los merqueros. Cuando a mí me pegaba el bajón de charla, yo apuntaba siempre a este grupo de cocainómanos porque eran más permeables a mis divagues de porro.

Y yo les contaba cosas de cuando yo era chico, o les contaba historias inventadas, o les contaba anécdotas tristes, o cuentos que los hacían cagar de la risa... Más o menos lo mismo que hago ahora acá, en la tele.

Por eso, cada vez que se prende la cámara y esta gente

me dice que arranque, yo tengo como una sensación de déjà vu. Será porque es de noche, ahora, o porque este estudio queda medio lejos del centro, como las quintas... O porque ustedes, los que están escuchando esto, también están solos, aunque sean muchos.

Pero me los imagino a ustedes alrededor de una mesa de mimbre, con los ojos vidriosos y con un puntito en la nariz. Ustedes tampoco son amigos entre ustedes, y sí, además tenemos algo en común: alguna vez, yo no sé bien cuándo, pero alguna vez... vamos a dejar de ser jóvenes.

99. Los justos



Los miércoles a las nueve de la noche, hora de Nueva York, la cadena ABC emite una serie que me gusta mucho. A esa misma hora un mexicano llamado Elías, dueño de un vivero en Veracruz, la está grabando a su disco rígido y subirá el archivo a internet sin cobrar un centavo. Tiene esta costumbre, dice, porque le gusta la serie y sabe que hay personas en otras partes del mundo que están esperando verla.

A las once de la noche de ese miércoles, Erica, una violinista canadiense de veinticuatro años que ama la música clásica, baja la copia de Elías y desgraba, uno por uno, los diálogos para que los fanáticos sordomudos de la serie puedan disfrutarla. Distribuye esos subtítulos en un foro tan rápido como puede.

A las tres de la madrugada del jueves, hora venezolana, Javier baja en Caracas la serie que grabó Elías y el archivo de texto que sincronizó Erica. Javier podría ver el capítulo en inglés, porque sabe inglés a la perfección, pero antes necesita traducirlo, siente un placer extraño al descubrir nuevas etimologías.

Para no perder tiempo, Javier divide el texto en ocho. Son bloques de tamaños parecidos y los distribuye por mail. Inmediatamente, les llega el segundo bloque a Carlos y a Juan Cruz, dos empleados nocturnos de Buenos Aires que suelen matar el tiempo jugando al ajedrez, pero que se ocupan los miércoles a la madrugada de traducir una parte de la serie porque estudian inglés.

El tercer bloque de texto lo está esperando Charo, una ceramista de Alicante que está subyugada por la trama y

necesita ver la serie con urgencia sin esperar a que la televisión española la emita, tarde y mal doblada, muchos meses después.

El cuarto bloque lo recibe María Luz, una tipógrafa rubia y alta que trabaja de noche en un matutino de Cuba. María Luz deja por un momento de diseñar la tapa del diario y se pone a traducir lo que le toca. Lo hace para practicar el idioma, porque se quiere instalar en Miami.

El quinto bloque viaja por mail hasta Raquel y José Luis, una pareja andaluza que tiene una librería en el centro de Sevilla; llevan casados más de veinticinco años, no tuvieron hijos y hasta hace poco traducían sonetos de Yeats con el único objeto de poder leerlos juntos. Ahora descubrieron que, además de buena poesía, existen también las buenas series de televisión.

El sexto bloque le llega a Ricardo. A Ricardo lo dejó su novio y está triste, así que traduce frenéticamente mientras hace dormir a su gato Ezequiel. El séptimo lo recibe Patrick, un inglés con cara de bueno que viajó a Costa Rica para perfeccionar su español, lo desvalijó una pandilla (casi al bajar del avión) pero igual se enamoró del país y se quedó a vivir en San José. Y el octavo bloque le llega a Ashley, una chica sudafricana de madre uruguaya, que es fanática de la serie porque le recuerda a *La isla del tesoro*, su libro favorito.

Los ocho, que jamás se vieron ni tienen más puntos en común que ser fanáticos de una serie, o de un idioma, traducen al castellano el bloque de texto que le corresponde a cada uno.

A esa misma hora, Fabio, un adolescente a destiempo que vive en Rosario, encuentra por fin el subtítulo terminado. Lo incrusta al video original, desesperado por mirar el episodio. A veces su mamá lo interrumpe en mitad de la noche y le dice: «Todavía estás metido ahí en Internet, Fabio, ¿cuándo vas a hacer algo por los demás?», «Tenés razón, mamá,

ahora apago», dice él, pero antes de irse a dormir comparte el archivo subtitulado para que cualquiera, desde cualquier parte del mundo, pueda descargarlo. Fabio nunca se olvida de ese detalle.

Los jueves yo me levanto a las once, casi a la misma hora que Fabio se va a dormir. Mientras me preparo el mate y reviso el correo, busco en Internet si ya está la versión original con subtítulos de mi serie favorita, y cuando la descargo pienso en algo que hace más de treinta años dijo Borges, mucho mejor que yo, en un poema maravilloso que se llama «Los justos». Dice Borges:

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan
un silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

El tipógrafo que compone bien esta página,
que tal vez no le agrada.

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales
de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

100. El alma de las fiestas



Todos fuimos a esas reuniones de finales del siglo veinte en las que alguien, sin merecerlo, se convertía en el alma de la fiesta. Eran reuniones de quince personas y nadie se conocía mucho. Un almuerzo anual de compañeros de trabajo, por ejemplo... un bautismo.

En esos escenarios siempre había un tipo, uno solo entre todos, convencidísimo de su ingenio. Un tipo que tenía frases ocurrentes para todo, que no dejaba pasar de largo el chiste jamás, ni el buen chiste ni el malo.

Al principio, cuando llegabas a esta reunión, este muchacho, el decimoquinto, te parecía un invitado simpático, pero a la media hora descubrías que su cerebro no filtraba el descarte. Cualquier situación, para él, merecía ser agujereada por la chispa.

Si alguien decía gato montés, él decía que te monte un gato; si alguien ofrecía dos tazas de té, él decía dos tetasas... No era esto exactamente. Estoy poniendo ejemplos estúpidos para no perder la idea, pero eran latiguillos por el estilo.

El asunto es que perseguía el chiste hasta los confines del argumento y siempre volvía con algo en la boca. No creo que haga falta describir mejor al decimoquinto de la fiesta. Todos fuimos a esas reuniones y padecimos su verborrea.

Yo dejé de ir a todos los asados del mundo, a todos los casamientos, a todos los bautismos, por culpa de este señor. Y entonces cambió el siglo y tuvo que haber pasado algo, yo no sé qué.

No lo supe a tiempo porque salgo poco, pero este año

tuve que decir que sí a unas cuantas reuniones con más de quince invitados y me resigné a padecer de nuevo el martirio del alma de la fiesta, pero pasó una cosa muy rara.

El decimoquinto estaba, estaba ahí, pero no hablaba. En ninguna de las reuniones a las que fui este año apareció la verborrea terrible del decimoquinto.

En la primera reunión pensé que había sido una bendición del azar, en la segunda reunión sospeché que quizás el ser humano había evolucionado, en la tercera disfruté como un chanco la fluidez de la charla grupal... y en la cuarta reunión observé el contexto y descubrí lo que estaba pasando.

El decimoquinto sigue existiendo, nunca se cansa de creerse ingenioso y popular, ni deja pasar un minuto sin soltar sus frases de toda la vida... ¡Pero ahora las tuitea!

Ahí está el tipo en la fiesta, pero en modo vibrador. Lo vi al pesado, al plomo, ahí estaba, distraído de la charla porque mira todo el tiempo su teléfono. Finge estar presente en la reunión, pero en realidad está navegando en Twitter o en Instagram de arriba a abajo, se le ilumina la cara con el teléfono.

Lo vi morderse la lengua y teclear con los dos pulgares, lo vi hacer esfuerzos por resultar inteligente y gracioso, pero en el teléfono. Es maravilloso. El decimoquinto escribe frases cortas, en directo, sobre todo lo que ocurre.

Si mira fútbol, comenta las incidencias del partido; si en la sobremesa se habla de política, él teclea lo que piensa, casi siempre con veneno.

A mitad de la reunión escribe que está en una fiesta, y dice con quién está, y le explica al mundo cuánto se está divirtiendo. ¡Mentira!

Yo lo vi, todas las veces, siempre es uno entre quince.

Más tarde, cuando volví a casa, espí lo que había escrito el decimoquinto en la reunión. Eran las mismas pelotudeces que antes decía en voz alta en los asados del siglo veinte, en los casamientos, en los bautismos...

La misma necesidad patológica del ingenio a cualquier precio. Espié también sus frases del día anterior a la fiesta, y lo descubrí satisfecho cuando el número de sus seguidores crece, lo descubrí vanidoso cuando otros repiten sus frases, preocupado cuando un seguidor deja de seguirlo y sobre todo ajeno, ajeno a la conversación fluida del resto de los mortales.

Qué alegría más grande me dio saber que por fin supimos enjaular al alma de la fiesta, a ese gran pelotudo del siglo veinte.

101. La muerte del gemelo



Hace cuatro años que no prendo un cigarro, pero antes de eso fui un fumador empedernido: desde la adolescencia fumé. La primera vez que intenté dejar de fumar fue a mitad de 2006, y no lo conseguí. Pero la experiencia me parece divertida. Yo tenía muchas ganas de dejar el cigarro porque había nacido mi primera hija, y entonces me dije: «Para cortar algo de raíz hay que encontrar el peor momento». Y tomé la decisión de dejar de fumar el día que empezó el Mundial de Alemania.

Si uno logra deshacerse de un vicio cuando más le duele, pensé, después mantenerse a salvo es cosa de chicos. Para dejar de apostar hay que viajar a Las Vegas. Para dejar el alcohol lo mejor es un casamiento con barra libre. Y yo elegí el peor momento para dejar el cigarro: los nervios de un mundial. Y además lo invité a Chiri, a mi mejor amigo, a España justo ese mes.

Porque, para un fumador, la llegada de su mejor amigo provoca situaciones en donde el humo es necesario. Es casi imposible dejar de fumar en medio de la felicidad. Pero lo conseguí. No fumé nada mientras estuvo mi amigo en casa mirando el mundial conmigo. Ni un cigarro.

Al principio me sentí inmortal, me sentí una especie de superhéroe que hace lo que quiere cuando quiere. Subía y bajaba las escaleras, les sentía el gusto a las manzanas, podía oler los jazmines del patio. Era la primera vez que dejaba el cigarro —nunca lo había intentado, en toda la vida— y estaba perfecto.

Tosí durante la primera semana como un leproso, pero en cada arcada me sentía un poco más épico. A las dos semanas algo en mi laringe pareció lubricarse y empecé a ser otro. Pude cantar el estribillo de «Nostalgias» de un tirón. Mi casa dejó de oler como una agencia hípica. Mi hija de dos años empezó a mirarme con respeto.

Y hubo un día glorioso en que subí con amigos una montaña entera sin asfixiarme. Nunca había llegado a la cima de ningún accidente geográfico. Por primera vez estaba limpio.

Pero me di cuenta muy rápido del problema: no podía escribir. Tampoco me podía sentar en el sofá a pensar boludeces, ni a inventar teorías, ni a despuntar historias.

Algo estaba pasando, no en mi cuerpo, ni siquiera en mi cabeza. Algo se había quebrado en mi alma, adentro de mí. Yo siempre fui un gordo frívolo, la mayoría de las veces alegre, despreocupado. Pero cuando dejé el cigarro me convertí en mi abuelo materno, en don Marcos, un señor que vivía enojado y nadie sabía por qué.

Sentí la muerte de un gemelo. La muerte de alguien idéntico a mí, que ya no estaba. Y no hablo del cigarro, sino del que yo era con el cigarro en la mano.

Ya no era el mismo en las sobremesas, ya no era el mismo en la calle, ni podía aportar nada en medio de una charla interesante. Habían puesto al otro en mi lugar, a uno que no era del todo yo, a un pelotudo con chicle; yo no estaba porque me había muerto de buena salud.

Una tarde, incluso, me descubrí doblando ropa. «¿Qué carajo estoy haciendo?», me dije mientras alisaba una sábana de color cremita. «¿Quién soy, de dónde vengo, por qué estoy doblando ropa en vez de ser feliz?».

Y entonces pasó lo inevitable: me empezaron a rechazar los trabajos. Yo ahora estaba sano y no me dormía con el silbido de la muerte en la garganta, pero tenía que seguir comprándole pañales a mi hija, y mi trabajo en esa época

consistía en escribir guiones graciosos para la televisión de Madrid.

Por primera vez en la vida me devolvieron un texto por mediocre. Lo hicieron con respeto, porque los gallegos son respetuosos. Me dijeron, por mail: «Hernán, fíjate si puedes mejorar un poco esto que nos has mandao, porque le falta pulido». Yo me puse todo colorado, solo, frente a la pantalla.

Y además, no. No podía mejorar ese texto, porque yo ahora era un estúpido. Un tipo sin gracia.

Y al mes siguiente ni siquiera había mandado guiones nuevos, ni había hecho nada gracioso en todo el día. Mi hija lloraba porque no tenía pañales.

Entonces, la noche del once de julio de 2006, tres meses después de mi único intento de ser saludable, me senté en la computadora y me prendí un cigarro. En el exacto momento en que el humo subió a mi cabeza, aparecieron delante de mis ojos todos los chistes del mundo.

102. Vos no sos el Gordo



Yo estaba pasando ese verano en Mercedes porque mis viejos estaban de vacaciones afuera. Creo. Chiri llegaba los viernes de Buenos Aires muy de madrugada, y pasaba por mi casa para ver si yo estaba despierto. Si veía luz en la pieza, me tocaba el timbre y nos íbamos a emborrachar por ahí. Pero si no veía luz, entraba por la ventana de mi pieza a oscuras y me despertaba de maneras horribles: a veces me tiraba agua en la cara, o me pegaba una patada en la panza. (¡Una vez me metió un pájaro adentro de las sábanas!). O se subía arriba de las sábanas y empezaba a bombearme, como un amante desaforado. Esto pasa siempre en los pueblos, porque podemos dejar las ventanas abiertas. El objetivo de Chiri era despertarme siempre de una manera creativa.

Pero cierto fin de semana pasó que, por la tarde, conocí a Gonzalo Garcés (que entonces era una promesa de escritor de diecisiete años) y lo invité a pasar un fin de semana a Mercedes. Gonzalo ya era entonces el cachorro de lo que es hoy: una persona fina, siempre muy bien bañado, concheto, sereno. De hecho, se había convertido un año antes, a los dieciséis, en el crítico literario más joven en la historia del diario *La Nación*.

Un prodigio, Gonzalo Garcés.

Nos conocimos por casualidad porque integramos una antología de «jóvenes promesas literarias» de esa época. Y se había publicado un libro. Yo leí su cuento y fue el único que me gustó de la antología, entonces lo llamé por teléfono y lo invité a casa para charlar. Yo tenía dieciocho, él tenía quince.

Estuvo en Mercedes ese fin de semana del año 1990; lo llevé al corso del pueblo, que es uno de los corsos menos luminosos de toda la provincia.

La pasamos muy bien ese día, hasta el accidente nocturno.

Gonzalo se quedó a dormir en casa, yo le ofrecí mi habitación y me fui a dormir mi borrachera de esa noche a la cama de mis viejos, sin acordarme de la rutina favorita de Chiri, que se metía en casa de madrugada.

Esa noche Gonzalo Garcés, un chico buen mozo y frágil, se acostó y apagó la luz en una ciudad desconocida del oeste de la provincia de Buenos Aires y se quedó dormido, sin saber que en medio de la noche un borracho iba a entrar a oscuras por la ventana y se iba a subir encima suyo para bombearlo.

Qué cagada más grande...

Yo no escuché el grito, porque la habitación de mis viejos quedaba lejos. No me enteré de nada.

Pero a la mañana siguiente lo encontré a Gonzalo Garcés en la cocina, desayunando, con los pelos alborotados. Y me contó lo que había pasado a la noche:

—Ayer entró un tipo por la ventana —me dijo— y me quiso fornicar. Yo estaba adentro de las sábanas y cuando saqué la cabeza, asustado, el tipo me mira y me dice «vos no sos el Gordo», y me deja de bombear. Se levanta de la cama, me pide disculpas y se escapa por la ventana. Iba en una motito... de la marca Zanella. No apareció más. —Estaba asustado, Gonzalo, mientras me hablaba.

Yo miré la taza de café que tenía Gonzalo en la mano. Le temblaba.

Antes de que se pusiera a llorar lo tranquilicé.

Le dije:

—Estamos en carnaval. En estas épocas vale todo.

El susto de Garcés fue enorme, pero creo que con el tiempo se le pasó.

Pero el susto de mi amigo Chiri duró un montón de años y fue traumático.

Con el paso del tiempo fue peor, porque Gonzalo Garcés empezó a crecer en el mundo literario, se convirtió en un escritor prestigioso, un tipo bien bañado, que charla con el presidente de Francia, que firma solicitadas serias (ahora mismo es el director de la Editorial Galerna), y el trauma de Chiri creció siempre a la par de la consagración de Gonzalo Garcés. Hace unos años, cuando Gonzalo ganó el Premio Seix Barral, Chiri sintió mucha vergüenza por haberse culeado en la oscuridad a alguien que había conseguido el mismo galardón que Vargas Llosa.

Crear que te estás culeando en joda a un amigo gordo, de toda la vida, y ver de repente que te estás cogiendo en joda a una promesa literaria menor de edad, es horrible, pobre Chiri. Esa imagen no se rasquetea fácil del subconsciente.

Quiero pedirle perdón, a Chiri, por lo que pasó esa noche.

103. Los placeres del nieto



Querido nieto, ojalá alguien te muestre esto cuando cumplas doce, trece años. Me hubiera gustado tener esta charla con un hijo varón, pero solamente tuve mujeres; una de ellas, tu madre. Así que hablo con vos. También me hubiera gustado conocerte, pero ya ves, los abuelos gordos y fumadores duramos poco. Además, las personas se conocen de verdad con la costumbre de los días. No tendremos —no vamos a tener— esa suerte. Yo no te voy a conocer.

Entre esas costumbres hay una, querido nieto, que ocurre más o menos a tu edad (los trece años). Tendrás un nuevo hábito que practicarás en el baño, en la ducha o muy tarde en la cama. No le preguntes a tu padre, porque seguramente tu padre será un nabo. Yo quiero hablarte de una herramienta muy útil, y muy poco valorada por los hombres mediocres como tu padre: la fantasía privada.

La imaginación privada masculina se desarrolla únicamente en dos contextos; uno, bajo el amparo de un hecho inconcluso del pasado, por ejemplo: «Qué hubiera pasado si yo me animaba a proponerle un trío a las mellizas Klein la noche que estaban borrachas al lado de la pileta; desarrollar la idea hasta acabar»; o dos, en la sospecha de un futuro improbable, por ejemplo: «Qué haría yo si la vecina del quinto me viene a pedir azafrán un sábado a las dos de la mañana, en camisón; explayarse en ese tema hasta acabar». No hay más recursos que esos dos, querido nieto.

Qué haría yo si... Qué hubiera pasado si... Esas cuatro palabras van a servirte como contraseña para todas las no-

ches, desde la noche de hoy y para siempre. Ni tu padre, ni los chimpancés conocen este secreto. Ningún animal peludo sabe casi nada sobre la frustración, querido nieto.

¿Qué harías, nieto querido, si tu joven profesora suplente de francés, que te acaba de encontrar fumando solo en el baño, en vez de llevarte de una oreja a Dirección te pidiera un cigarro y se quedara ahí con vos?

¿Qué harías si, entre pitada y pitada, esta profesora suplente de francés te confesara que se separó hace tres meses y que extraña el calor de alguien en su cama? Y si después te dijera, por ejemplo, que parecés mayor de lo que sos y después te rozara al descuido una pierna, vos, querido nieto, ¿qué harías? Yo, que soy tu abuelo y que ya estoy muerto, hace muchos años fui un alumno estúpido y tembloroso.

La historia con la profesora de francés me pasó en la vida real, no en la fantasía; y me escapé del baño; corrí por el patio del colegio como un cobarde. No supe qué hacer...

Antes de ese día, mis noches eran irreales, de principio a fin, y con eso me bastaba. Pero desde esa tarde, solo en la cama o en la ducha, empecé a descubrir las infinitas variantes que me había ofrecido la profesora de francés. Ella me había abierto una puerta. El placer ahora me resultaba más doloroso, más humillante, pero su hallazgo inauguró un sinfín de mundos paralelos.

A veces yo la desnudaba en el baño del colegio, trabando la puerta con el talón del zapato. Otras veces iba a su casa a la noche siguiente, y ella me había dejado la ventana de su cuarto entreabierta. O nos escondíamos de todos en la oscuridad del salón de actos.

A veces, en mi fantasía, la chica del colegio que me gustaba nos veía desnudos y se ponía celosa. Otras veces se acercaba a nosotros y se nos unía.

Cada noche yo tenía un romance distinto con mi profesora de francés, querido nieto. Un romance que empezaba,

siempre, con la conversación real en el baño y la caricia real en la pierna. Esa verdad le daba al resto de la fantasía un poder deslumbrante.

Cuando terminé los estudios seguí fantaseando con ella. Al casarme con tu abuela seguí fantaseando con ella. Todavía lo hago algunas noches, ahora que soy viejo: imagino el momento inicial del cigarrillo y la conversación que alguna vez ocurrió en ese baño, y después construyo las diferentes variaciones que pudieron ser y no fueron.

Quiero pedirte algo, querido nieto: quiero que pienses, durante tus primeras noches de placer solitario, en mi profesora de francés. Empezá imaginándote la escena por donde yo la dejé a tu edad: ella me mira, fuma despacio, me roza una pierna. Ella era hermosa, tenía algo de tristeza en los ojos. Después avanzá por donde quieras. Seguí tu propia fantasía. Acabá por mí... El desahogo masculino es un amor a destiempo, un romance nocturno que ocurre en épocas paralelas que no se cruzan. Se parece mucho a esta conversación remota, querido nieto, en la que yo le hablo al hombre que serás, y en la que vos me estás escuchando cuando ya estoy muerto.

104. Elogio a la punta de la lengua



Hace mucho tiempo nos sentábamos con mis amigos alrededor de la mesa, y uno decía: «¿Cómo carajo se llamaba el cuatro de Ferro que ganó el Metropolitano de 1981?». Y al rato otro decía: «¿Quién era ese peladito que trabaja en *La tuerca*, el que casi no hablaba, pero que tenía la mirada graciosa...?». Y así podíamos estar todo el día.

¡Qué fácil es todo para la juventud ahora! Con Google y con el 4G... En nuestra época podíamos estar días enteros con un cosquilleo en el cerebro por culpa de un dato, o de un apellido, que no nos podíamos acordar.

Yo sé que la tecnología mejoró todo y ni en pedo me voy a poner en contra, ni voy a estar como los viejos, llorando por las cosas del pasado. Pero hay una cosa que sí extraño. Una sola cosa. Extraño tener cosas en la punta de la lengua. ¡Era lindo tener cosas en la punta de la lengua!

«Aaah, me sale Recabarren, pero no era Recabarren», decíamos con gesto de dolor.

«Gurundarena», saltaba algún amigo que se había sumado a la lucha, «¿No era Gurundarena, o Gorostiaga? Algo que empieza con G».

Y otro decía: «No, no. No empieza con G, empieza con R, o lleva R en algún lado, ¡la concha de la lora! ¿Cómo era?». Y así empezábamos todos... El olvido era contagioso como el bostezo.

A la media hora, nuestros amigos estaban igual que nosotros, ¡desesperados! Y consultaban a otros amigos, y estos otros amigos consultaban a la familia... y la rueda se hacía infinita.

Llegaba un momento en que la mitad de Mercedes (que es un pueblo grande) dejaba todo lo que estaba haciendo, paralizada la ciudad entera por la necesidad de saber cómo se llamaba ese actor secundario de *Calabromas*, o cuál era el apodo de un baterista que había sustituido a Oscar Moro en Serú Girán, en dos recitales en Chile, en 1979.

Siempre había un amigo idiota sentado al fondo de la mesa, harto de darle vueltas al asunto, que decía la siguiente pelotudez: «Van a ver que, cuando dejemos de pensar en eso, sale solo». ¡Claro que salía solo! Pero el problema no era ese. El problema era que no se podía, ni con los bomberos, dejar de pensar en eso. La palabra perdida, el dato perdido, fuera el que fuera, se instalaba en todos los rincones del cerebro como un virus y no nos dejaba seguir con lo que estábamos haciendo.

Lo que estábamos haciendo era casi siempre la Claringrilla o rascarnos el higo a dos manos (porque no estábamos buscando la cura del cáncer), pero había algo de masoquismo en esa sensación prehistórica, en el dulce devaneo de habernos olvidado algo.

Queríamos sacarnos el peso de encima. Queríamos, más que nada, que la respuesta llegara de repente a la cabeza, pero al mismo tiempo flotábamos en ese mar de dudas con un placer enorme. Nos encantaba pensar en eso...

Lo realmente desconcertante de esta manía pasaba siempre a las dos o tres de la mañana, cuando por fin nos acordábamos de lo que se nos había perdido en la memoria. La respuesta venía sola, cuando estábamos pensando en otra cosa.

Y la sensación era rarísima, porque en vez de alegría nos causaba una tristeza infinita habernos acordado.

«¡Vicente Rubino era!», decíamos solos en nuestra pieza, quince horas después. «¡Vicente Rubino!, la puta madre que los parió, Vicente Rubino, mirá qué pelotudez...».

Recuperar la información le quitaba toda la magia al asunto. Inmediatamente, nos dejaba de importar. Entendíamos que lo intenso no era conocer el dato perdido, era buscarlo desesperadamente, inútilmente, buscar el dato durante toda la vida.

Por eso, cuando recuperábamos sin querer la palabra olvidada, éramos capaces de entregar nuestros mejores discos a cambio de volver al segundo anterior del hallazgo, a cambio de ubicarnos de nuevo en ese terreno gelatinoso, vibrante, que es la punta de la lengua... donde no sabíamos nada, donde cada cosa era posible.

La punta de la lengua... Yo extraño, extraño mucho esos tiempos en que Google no existía. Esos años donde todas las respuestas del mundo dependían de la buena memoria de un puñado de amigos.

105. La teoría de los guiños



Desde hace mucho tiempo tengo una teoría que —sintetizada— resulta un poco paranormal, o en cierto punto inmadura, pero que tiendo a seguir al pie de la letra. Yo no suelo hablar mucho de este asunto más que en sobremesas con amigos, donde conozco bien al grupo que me está prestando atención, porque se trata de un pensamiento que puede confundirse con lo místico, o con lo religioso, y me daría mucha vergüenza compartir una postura con Paulo Coelho o con un obispo.

Pero como estamos entre amigos, hoy quisiera exponer, por primera vez, mi teoría de los guiños.

Hace unos años vino a verme a Barcelona la dueña de una editorial vasca para proponerme un proyecto. Nos encontramos en un café de Las Ramblas medio a la tardecita noche, pedimos cervezas y yo me dediqué a escuchar la propuesta.

Esta editora resultó ser una mujer muy simpática, hiperactiva, llena de ideas brillantes, que me cayó muy bien; la propuesta era escribir un libro policial y me pareció un gran desafío personal, me pareció una labor muy estimulante.

Sin embargo, al final de la charla, cuando llegó la hora de pagar las cervezas, yo descubrí que me habían robado el bolso con todo lo que había dentro. Las tarjetas, la plata, las llaves de mi casa, el teléfono, un par de libros... no era mucho, pero era todo.

La editora vasca me acompañó a la Policía para hacer la denuncia, me dejó usar su propio teléfono para cancelar las tarjetas y se portó como una gran amiga durante toda la bu-

rocracia que hay que hacer cuando nos roban, que a veces es incluso peor que el robo mismo.

Nos despedimos, la mujer y yo, en la puerta de la comisaría. Ella se fue para su hotel y yo para mi casa, completamente desvalijado. Dijimos que seguiríamos conversando por teléfono, para coordinar los tiempos del nuevo libro, los pasos a seguir.

Pero cuando me quedé solo, yo supe que no tenía que escribir ese libro. Y no lo hice. Nunca más la llamé.

La Teoría de los Guiños funciona, por lo general, cuando la vida nos brinda una posibilidad, o nos ofrece un riesgo, o nos da la opción de cambiar de carril. Es decir, cuando empieza a desarrollarse una esperanza.

En ese momento (¡me parece a mí, eh!), en ese momento el mundo que nos rodea se pone alerta y empieza a emitir gestos de complicidad, en clave, señales sutiles, a veces irónicas, para alentarnos o para persuadirnos de seguir adelante con ese proyecto.

Los primeros años que viví en Buenos Aires (después de la secundaria), mientras yo buscaba trabajo, yo le prestaba mucha atención al viaje entre mi casa y el lugar donde iba a ocurrir la entrevista laboral.

Si las puertas del subte se abrían exactamente donde yo me había parado... eso quería decir que el trabajo me iba a encontrar bien predispuesto, eso era un guiño, era un buen presagio laboral. Si elegía ir en taxi y tardaba mucho en pasar uno, era una mala señal. Si durante el camino me cruzaba a un conocido que me caía bien, buena señal. Si el conocido era un pesado, mala señal. Finalmente, yo aceptaba o no el puesto de trabajo según lo que me hubiera pasado en la calle. Siempre creí que la vida está grabada en los surcos de un long play, y uno es la púa ciega que rasguña el vinilo. Lo difícil no es que suene la música —siempre suena una música—, sino dar con el surco que a cada uno le corresponde.

Y la vida tiene sentido solamente cuando estamos parados en el surco del disco que tiene que ver con nosotros. Y no siempre pasa. Las pequeñas desgracias cotidianas son producto de una mala decisión anterior, tan anterior que nos resulta imposible relacionar una cosa con la otra.

Los guiños son complicidades del destino; son señas de truco que nos alertan justo en los momentos de cambio hacia una expectativa nueva.

—¿Es este riesgo un riesgo tuyo? —parece preguntar el destino, con un gesto mínimo—. ¿Realmente deberías dar este giro, firmar ese papel, seguir tan lejos a esa mujer, tener ese hijo ahora, escribir esa novela, mudarte de casa; justo ahora? ¿De verdad serás feliz en esa casa, o con ese hijo, o con esa mujer, o en ese proyecto? ¿Es ese el surco del disco en el que van a sonar las mejores canciones de tu vida?

106. Papá, ¿estás orgulloso de mí?



Me llegó hace poco un mensaje de un chico en Instagram, no lo conozco. Y el mensaje dice así:

Hola, Hernán, vivo en Nueva Zelanda, y anoche a la tarde salí a correr. Voy escuchando siempre historias tuyas en Spotify. Justo arranca un cuento tuyo donde hablás de que tu viejo se murió y vos no pudiste llorarlo. Yo sigo corriendo. Me conmueve lo que decís, pero lo puedo aguantar. Porque mi papá está vivo, en Argentina.

Empezás a hablar de un amigo tuyo, Fernando Luna, que tenía un hijo de doce años y, de un día para el otro, el chico se murió. Contás que esa muerte fue tremenda para vos. Contás que Fernando unas semanas después te dijo que se puede seguir viviendo tras la muerte de un hijo, pero que no se puede volver a ser feliz. Yo sigo corriendo, se me parte el corazón, pero puedo seguir corriendo porque no tengo hijos.

Son las ocho de la tarde. Las calles de Nueva Zelanda están vacías. Vos estás en mis auriculares. Y entonces contás que cuando se murió tu viejo, justo al día siguiente, Fernando Luna te mandó un mail que decía así:

«La semana pasada, Gordo, yo iba por la calle y me crucé a la librería para ver si ya había llegado tu libro, y en el cordón de la vereda estaba tu papá, Roberto Casciari, con tu libro en la mano. Tu papá estaba mirando la vidriera, porque el librero mercedino había puesto un montón de libros tuyos apilados como si fueran bestseller. (Un día Nina va a ser grande y vas a entender mejor esto que te cuento). Te lo

escribo y se me pone la piel de gallina como si estuviera en la Bombonera. Nos pusimos a hablar con tu viejo, creo que me dijo que Chichita me estaba buscando, y en un momento se hizo un silencio. Ahora me doy cuenta de que yo quise decirle algo y no encontré las palabras. Yo quería decirle que siempre te vi como un gordito terrible. Yo quería decirle que siento un placer enorme cuando en Boca aparece un jugador nuevo y en la tercera jugada vaticino: “¡Este va a ser un crack!”. Me pasó con Riquelme, con Bati, con Márcico. Y hace muchos años con tu hijo. Eso le quería decir, pero no le dije nada. Igual él debe de haber entendido algo, porque me miró a los ojos, como hacía tu viejo, medio de costado, y me dijo: “Bueno, Fernando, nos encontramos después y charlamos”. Créeme que nunca hablé tanto con él de cosas importantes. Esa noche (y esto lo sé ahora que tengo muchos años y que no tengo hijo que escriba libros, porque el mío se fue) confirmé que tu viejo era un gran tipo, y eso, Gordo, es mucho más difícil que escribir libros. Cuando me fui, él se quedó ahí, enfrente de la plaza, con tu libro en la mano, mirando la vidriera. Al otro día me dijeron que se había muerto y no lo podía creer. Te lo tenía que contar porque es la verdad, no es una frase hecha... Literalmente lo hiciste feliz hasta el último día de su vida... No sabés cómo estaba ese hombre ahí parado, mirando tus libros».

Y el chico de Instagram me dice:

Yo seguía corriendo mientras escuchaba esa carta, pero la última frase del mail de Fernando Luna me hizo mal. Alguien me apretó un switch en ese momento. Fue de un segundo para el otro. Empecé a llorar, y era cada vez peor. No podía parar. Ruido. Fue un llanto con ruido y me temblaba la pera.

Supe que yo estaba en Nueva Zelanda para demostrarle a mi papá que yo podía llegar a donde me lo proponía. Supe que corría todas las tardes para que él me aceptara como un hijo deportista.

Empecé a ver imágenes, Gordo. Se me vinieron a la cabeza tantas situaciones en ese momento, por la calle. No te las cuento porque me imagino que te chupan un huevo. Pero, por sobre todo, tuve de repente la sensación de que mi papá, en Argentina, se estaba muriendo. En ese momento.

Que lo que me estaba pasando era una superstición. Que ese llanto mío no era por tu historia, sino una señal de que en Buenos Aires estaba pasando algo feo. Algo horrible. Yo llevaba hechos doce kilómetros, y de todas maneras corrí todo lo rápido que pude hasta mi casa para enganchar señal de Internet.

En Argentina eran las seis de la mañana, pero no me importó. Le mandé un guasap: «Papá, ¿estás bien?». Y me senté el sillón del comedor, jadeando. Yo quería dejar de llorar y no podía.

Mi viejo me contestó asustado: «Sí, ¿por qué? Hijo... ¿te pasa algo?».

Y yo sentí un alivio enorme, y estuve a punto de preguntarle: «¿Estás orgulloso de mí, papá?», pero no lo hice. Le dije: «Sí, estoy bien, papá, no pasa nada».

Y caí en la cuenta de que todo lo que hago con mi vida es para que él, alguna vez, me diga si está orgulloso de mí.

107. Mensaje al chico abajo del pupitre



Una mañana hubo una especie de simulacro de bombardeo en medio de la guerra de las Malvinas, en mi escuela. Yo estaba en la primaria, me cagué de un susto abajo del pupitre. Y ya de grande, no hace mucho, me escribí una carta, a mí mismo, al pasado, que dice así.

Escucháme, Hernán, ya podés abrir los ojos y salir de abajo del pupitre, porque nadie va a bombardear tu escuela. Nunca. Este es el último simulacro de ataque aéreo de toda tu vida. Vengo a decirte que la guerra se pierde, en pocos meses, cuando empiece el invierno. Estoy acá, en tu cabeza, para decirte eso. Que no te preocupes. Tengo treinta y pico de años más que vos... No te preocupes.

La guerra se termina un día después de que empiece el Mundial de España. Vas a ver a los soldados, todos sucios, volviendo en tren a Mercedes (te va a llevar tu propia escuela para saludarlos). Vas a ver a muchas mamás abrazando a sus hijos. Y vas a ver a otras mamás; las vas a ver cogoteando, sin encontrar a nadie, hasta que se haga de noche.

Y después vas a escuchar a tus viejos, a Chichita y Roberto, durante la cena, diciendo en voz baja los apellidos de los chicos que no volvieron.

En la escuela te van a enseñar a que les digas «héroes» a los soldados. Vos deciles así, deciles «héroes», porque les hace bien escucharlo. Pero nunca te olvides de que son víctimas. Tenés la mesa de luz llena de libros de aventuras: ya sabés que un héroe es el que decide ir al peligro.

La guerra se va a terminar, oficialmente, el catorce de ju-

nio a la tarde. Pero tenés que saber que las guerras nunca se terminan «oficialmente». Desde ese catorce de junio en adelante, se van a suicidar casi tantos soldados en sus casas como los que se murieron en el sur desde el dos de abril.

Durante años y años y años, la guerra sigue viva en la cabeza del que no puede soportar el recuerdo. ¡Imagináte! Vos ahora estás abajo de un pupitre mientras suenan sirenas falsas, en un pueblo de provincia, sabiendo que es un simulacro, con zapatillas y medias, con veintitrés grados... y nunca te vas a olvidar del cagazo que te dio ese simulacro. Imagináte. Multiplicálo por mil...

«La guerra sigue viva en la cabeza del que no puede soportar el recuerdo».

Con todo este quilombo, capaz que pensás que tu infancia es medio rara, que de repente vas a vivir en esos países tipo Checoslovaquia, donde hay bombardeos cada tres meses, pero te juro que, después de esto que está pasando ahora en tu escuela, la vida sigue normal.

Vivís en un país donde no va a haber guerras a cada rato. Quedáte tranquilo. De hecho, esta es la última de todas las guerras. Y ni siquiera fue idea nuestra: esta guerra fue por culpa de una sucesión de presidentes imbéciles, o asesinos, o borrachos, o descerebrados. O todo junto.

Aunque de grande te parezca mentira, los gobernantes más horribles fueron los de tu infancia. Mirá que vas a tener presidentes absurdos en el futuro (corruptos, pusilánimes, imbéciles), pero ninguno (por más estúpido que sea) va a obligar a un chico de once años a que se meta abajo de un pupitre cuando suene una sirena. Ni uno.

La guerra es una noticia de mierda siempre, pero tiene un pequeño lado bueno. Esta guerra perdida va a ser la gota que colme el vaso para que se vayan los hijos de puta que dirigen el país en tu época. Esa es la parte buena.

Y yo, en realidad, me metí en tu cabeza para decirte eso.

Que ya podés abrir los ojos, que ya podés salir de abajo del pupitre, porque el año que viene es 1983... Durante todo séptimo grado, en la tele, en vez de comunicados de la guerra, vas a ver propagandas de partidos políticos. Y en la radio, y en el walkman, va a sonar la mejor música de tu vida.

La buena noticia es esa: que vas a empezar el secundario en democracia. Y aunque ahora no te des cuenta o no te importe, es la mejor noticia del mundo. Porque la primera vez que te drogues, la primera vez que te emborraches, la primera vez que vayas preso, la primera vez que creas ser comunista, la primera vez que te presten un libro raro, vas a estar en democracia.

Salí tranquilo de ahí abajo: estás a salvo.

108. Chicos muertos



En 1994 hubo en Ruanda una guerra civil entre dos tribus que les costó la vida a ochocientas mil personas analfabetas de color negro. La tapa de los diarios, al día siguiente, no decía nada.

El once de septiembre de 2001 se estrellaron dos aviones contra las torres gemelas de Nueva York. Murieron casi tres mil personas alfabetizadas de color blanco. La prensa del día siguiente tituló con letras del tamaño de un caballo y hubo ediciones especiales durante semanas enteras.

Yo estoy usando a propósito los colores blancos y negros para dar cuenta de la cantidad de melanina en la piel de los muertos en cada una de las tragedias. También podría decir: muertos con traje y corbata y muertos en camiseta. Muertos limpios; muertos sucios. Muertos parecidos a mí; muertos distintos a mí.

Y así llegamos a una hipótesis sobre las tragedias: está el dolor que nos duele en serio, y también está el dolor que debería dolernos, pero, por alguna razón, no nos duele.

La muerte de un montón de criaturas (del color que sean) debería dolernos. Pero, mirando las tapas de los diarios de estos días, leyendo en la prensa lo que está pasando ahora mismo en las costas europeas, con cientos de chicos ahogándose en barcos de mala muerte sin que los gobiernos los dejen atracar en sus puertos, no parece que nos trastorne demasiado.

Quien marca el destino de nuestros valores no es la ética, es el rating que una noticia tiene en nuestra vida diaria (el

rating hoy ocupa el sitio que en la antigüedad ocupaba la moral colectiva).

Y a mí me parece que lo que está pasando ahora mismo en las costas del Mediterráneo no está teniendo mucho rating, por lo menos en Argentina. Se habla más del dólar que de esos chicos muertos.

Este hecho es absolutamente natural (quiero decir, está en nuestra naturaleza), porque también se da en otros ámbitos. Atención que voy a poner un ejemplo muy lindo: miles y miles de africanos se mueren de hambre a diario o tiene que comer cualquier cosa para sobrevivir: esto lo sabemos, y no pasa nada. Ahora, se cae un avión con dieciocho deportistas uruguayos que deben practicar canibalismo para no morir de hambre... el asunto genera una novela de trescientas páginas, un documental de la BBC, una película en la que Ethan Hawke toma mate y un almuerzo anual con los sobrevivientes en el programa de Mirtha Legrand. ¿Por qué esa diferencia?

¿Por qué el Milagro de los Andes nos sigue produciendo escalofríos casi cincuenta años después, y el cotidiano goteo del hambre en el mundo no?

Respuesta: Porque los uruguayos son como nosotros; porque podría habernos pasado a nosotros.

La muerte cotidiana de gente distinta, que no juega nuestros deportes, que se viste con sábanas o túnicas, o que se divide en tribus, o que habla con muchas jotas, no nos importa un carajo. Un carajo, nos importa.

No nos acordamos nunca de esas muertes porque ocurren todos los días.

El perro muerde al hombre casi siempre: no es noticia, no nos importa porque ya estamos vacunados.

Cada tanto, por una cuestión de civilidad, donamos cinco dólares por teléfono para que coman un poco mejor unos seres intangibles que existen en lugares a los que no vamos a ir nunca de camping.

Si además de pobres, un día un terremoto los pone patas para arriba, hasta somos capaces de dejar dos litros de leche en polvo en la embajada de un país al que posiblemente ni siquiera sabemos ubicar en el mapa.

No estamos capacitados moralmente para decir «Cierta gente me importa una mierda». No podemos hacerlo. Pero en el fondo sabemos que son demasiados, que están lejos, que se van a morir de todos modos.

Sabemos que no podríamos mantener con ninguno de ellos una conversación decente. Porque no leen nuestros libros, porque no escuchan nuestra música, porque no se emocionan con nuestras cosas.

Y en realidad... ellos tampoco piensan mucho en nosotros. No nos duelen sus muertes porque tampoco nos alegran sus vidas.

Ojo por ojo, somos todos ciegos.

109. Nunca supe que se llamaba Guzmán



Hace tiempo salió la noticia de un perro, en Córdoba, que duerme en el cementerio al lado de su dueño muerto. Y que se hizo famoso por eso. Y un día me pregunté: «¿Qué pensará ese perro?». Y me parece que pensaba esto:

Yo nunca supe que mi dueño se llamaba Guzmán. Me enteré por los periodistas. Y tampoco supe nunca que Guzmán estaba muerto. Es mentira que yo sabía. No me voy a andar haciendo, a esta altura, el perro inteligente. Yo sé que si Guzmán estaba muerto o si estaba escondido, es cosa de él. Capaz que estaba jugando, capaz que un día salía. Yo no sé cómo funciona un muerto.

Yo soy un perro, y los perros entendemos de olores, nada más. No entendemos de muerte, ni de lealtad, ni de todas las boludeces que dice el periodismo sobre mí para llenar dos minutos del noticiero y hacer emocionar a las viejas. Los perros sabemos mucho pero mucho de olores. Mi dueño, Guzmán, tenía un olor dulzón cuando venía contento del trabajo. Y tenía otro olor, áspero, cuando venía triste. Eso es todo lo que sé.

Yo lo podía oler cinco, seis minutos antes de que entrara por la puerta. Nadie lo olía como yo a ese hombre. Si Guzmán venía con olor dulzón a contento, yo enseguida agarraba la correa y él me sacaba a pasear. Me hacía mover la cola que parecía una hélice, yo. «Vamos, Capitán», me decía, «Capitán viejo y peludo», y yo me meaba.

Pero si Guzmán venía con olor áspero a tristeza, entonces yo me agazapaba atrás de la puerta para hacerle alguna

gracia y ponerlo contento. No siempre me salía. A veces me revoleaba una patada y se iba a dormir. Pero otras veces yo conseguía hacerlo reír. Qué sé yo: me perseguía la cola, me masticaba una mosca en el aire, boludeces que hacemos nosotros los perros cuando el dueño viene mal barajado. ¡Ah, lo que se reía ese hombre cuando lo hacía reír!

Yo nunca supe que se llamaba Guzmán, ni tampoco que se había muerto. La historia fue así: un día lo esperé toda la tarde y no apareció. «Qué raro», me dije. Esa noche dormí en el zaguán. Al otro día tampoco vino del trabajo. Y ahí ya me empezó a preocupar, porque no me había dejado comida para dos días. Y él no era así... Esa misma noche cayó la exmujer a buscar ropa de él, y yo dije: «Uh, esta mina otra vez». Entonces cuando se fue, la seguí a la exmujer. Me acuerdo de que salió a pie, derechito por la avenida Perón, hasta que entró al hospital Sayago.

Y yo me pasé dos noches en el hospital, ahí afuera, sobre la calle Brasil, mirando la puerta doble del hospital sin saber qué pasaba. Me comí una paloma, tomé agua del charco. Asusté a unos pibes. Al otro día le ladré a una Citroneta. Y en un momento sentí el olor de Guzmán de nuevo, ese olor a dueño, lo sentí; más triste que nunca, estaba. Yo miré para ese lado y unos tipos lo iban metiendo en una Fiorino blanca. Y me fui atrás de la Fiorino, al galope. Porque tenía un olor a tristeza, Guzmán; a resignación, a formol. Y yo tenía que estar con él, yo tenía que ponerlo contento.

En una de esas, la Fiorino paró y lo metieron a Guzmán en este agujero, y le pusieron tierra encima y después una piedra blanca. Y yo me quedé acá a ver si salía, como cuando me quedaba atrás de la puerta, en casa, los días que Guzmán llegaba del trabajo arrastrando los pies.

No sé cuánto tiempo me habré quedado acá. Un año, cinco años. Qué sé yo. No somos de contar la fecha los pe-

rros, no tenemos ni idea... Además, no es nada del otro mundo hacerle el aguante al dueño.

No sé por qué aparecieron los periodistas. Creo que boqueó la exmujer, Marta. ¡Qué escandalosa, esa mujer! Primero apareció un pibe de *La Voz del Interior*. Después llegó una chica de *Clarín*, de Buenos Aires. Y un día aparecieron los franceses a hacer el documental. Ahí ya se desmadró. Me filmaron sacando pecho, me lavaron el pelo con champú. Me hicieron famoso. Los otros perros de acá, del barrio, me decían Rintintín en la filmación. Se burlaban. Lo que culié esa semana no tiene nombre.

Y desde ahí cada tanto aparecen contingentes de gringos para sacarme fotos, y me dejan carne picada, me dejan chorizo. Me pusieron un collar... Una vez dos japoneses medio que me quisieron llevar con ellos, y le tuve que morder la gamba a uno. Ni en pedo me iban a sacar de acá. Yo, en el cementerio hasta el final. Yo, acá hasta la muerte. Mirá si un día se levanta del agujero, Guzmán, y yo no estoy para hacerle fiesta.

110. Protocolo en el subsuelo



Hace un tiempo me invitaron a Lima para dar una charla. Justo antes de volver a casa, en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, unos policías muy enojados me llevaron a la rastra a un subsuelo, me pusieron las manos contra la pared, me abrieron las patas, rompieron una por una las artesanías que yo le llevaba de regalo a mi hija y me hicieron pasar una eternidad maravillosa junto a dos perros amaestrados: uno blanco y el otro negro.

Al revés que sus dueños, los perros que huelen droga en los aeropuertos son inteligentes y dóciles. Yo jamás los había visto trabajar, por eso creía que los perros adiestrados, cuando huelen una valija sospechosa, ladran fuerte. Nada que ver. No ladran. No es así en absoluto.

El primer perro que olfateó mi valija, en el aeropuerto de Perú, se sentó y se quedó quietito. Esa es la señal del crimen: sentarse inmóviles. Cuando pasa esto, a los policías peruanos les brillan los ojos y se ponen contentos. Si tuvieran cola, la moverían. Les encanta que sus mascotas den la señal de alerta, porque eso significa que pueden iniciar el protocolo.

El protocolo de detención por drogas en el aeropuerto de Lima es alucinante, de inicio a fin. Todo lo que pasa va in crescendo.

Primero te detectan en la fila de embarque, después te alejan de la gente con delicadeza, enseguida te hacen bajar por una escalera que tienen un cartel que dice «No pasar» y, cuando ya no hay testigos a la vista, te empiezan a hacer preguntas violentas mientras vas cruzando charcos y habita-

ciones. Te aprietan el brazo, nunca te dicen qué pasa y, todo el tiempo, mientras caminás por pasillos desolados, tenés un solo pensamiento: «Acá me cogen». Yo no pensaba otra cosa: «Acá me cogen».

Yo tuve esta certeza un montón de veces mientras duró el protocolo: «Acá me ponen en cuatro y me culean entre todos». Es lo único que pensaba.

Yo, en el fondo, estaba tranquilo porque no tenía droga en la valija. Lo que tenía era una valija con un olor a porro impresionante, porque durante una semana entera yo había guardado el porro ahí, mientras fumaba en el hotel. Pero me lo había fumado todo, no me quedaba más.

Por eso yo no tenía miedo de que me metieran preso por tráfico, sino de que me culearan en el subsuelo por pelotudo.

Llegamos a una habitación donde estaban mi valija y un funcionario que me miró con desprecio. «Vamos a tener que revisar su maleta», me dijo con la voz de Hugo Guerrero Marthineitz.

Yo le contesté que no tenía ningún problema, que la abrieran. Entonces cuatro policías empezaron a sacar la ropa y a revisar los bolsillos de la valija, a mirar las páginas de los libros que me habían regalado, y a hurgar en los instrumentos musicales que yo le había comprado a mi hija de regalo. Esto fue lo peor: perforaron la quena, destrozaron la bandurria buscando droga, rasgaron la zampoña y abollaron el pututu. Todo el tiempo buscaban droga y no encontraban.

«¿Usted consume drogas?», me preguntó decepcionado el jefe del operativo. Y yo le dije: «Todo el día, todo el día me drogo», le digo. Me miró muy serio, levantó una ceja y me dijo: «¿Consumió drogas estando en territorio peruano?». Y yo le dije: «Sin parar, señor, no hice otra cosa». Al policía superior no le gustaba tanta sinceridad. Dijo: «¿Usted trajo sustancias ilegales al Perú?». Le dije que no, que soy drogón, pero que no soy estúpido. «¿Y quién le proporcionó drogas

en territorio peruano?», me preguntó. Estuve a punto de nombrar al chino Julio Villanueva, el escritor que me había regalado la bolsa, pero no lo quise comprometer. Entonces dije: «Un señor alto con los ojos achinados, pero nunca le pregunté el nombre».

Los policías se empezaron a ir uno a uno de la habitación decepcionados, junto con sus perros amaestrados. Parecían tristes, como si les hubieran quitado un juguete.

Y yo me pregunté: ¿Les pagarían una comisión cada vez que encontraban un boludo con porro?

Dos funcionarios se quedaron arrodillados junto a mi valija, poniendo todo en su lugar. A mí me dio un poco de vergüenza cuando agarraron mis calzoncillos y los doblaron en cuatro, como si fueran sábanas...

Cuando terminaron de acomodar todo, el primer policía, el que me había traído a la rastra, me agarró otra vez del brazo y me llevó a la terminal uno.

Había pasado bastante tiempo, entonces le pregunté, por el camino: «¿Perdí el avión?». Y él me dijo: «No, señor, el vuelo todavía lo está esperando». Y, entonces sí, ahí me sentí un gordo importante.

111. Bienvenido al club



Mientras cuento esto, mi equipo favorito es el actual campeón del fútbol argentino. En este siglo ya salimos campeones tres veces. Y yo de chico quería, por lo menos, verlo a Racing campeón una vez en la vida. No pedía más que eso. Parece una meta pelotuda, pero cuidado: durante mucho tiempo la sequía me hizo pensar que nunca iba a ser de los privilegiados.

En los treinta años que me tocó vivir del siglo veinte me sentí destinado a quedarme afuera. Todos los que nacimos de 1970 en adelante fuimos una generación de hinchas de Racing vírgenes: nos amamantaron leyendas orales, recortes de diarios viejos y la memoria de los mayores.

En los recreos de mi escuela los compañeritos de Boca, de River o de Independiente me hacían bullying, salían campeones todos, hasta Quilmes salió campeón. Festejaban campeonatos mientras yo tenía que llevar tapas coloreadas de la revista *El Gráfico* con la foto de Corbatta para sacar pecho o sentir orgullo.

Yo fingía emocionarme cuando mi viejo me recitaba el equipo completo de Pizzuti, pero en realidad yo tenía un poco de envidia y, sobre todo, bronca. ¿Por qué me había hecho de un cuadro donde los recuerdos felices eran solamente de él y nunca míos? Envidiaba también a mi abuelo Salvador cuando me explicaba el tricampeonato del cuarenta y nueve, cincuenta y cincuenta y uno. ¿Por qué él tres copas seguidas y yo ninguna? Y envidiaba (sin conocerlo) a mi bisabuelo Pasqual, que vio completa la cam-

pañña gloriosa de amateurismo, con aquellos siete torneos al hilo, del trece al diecinueve, que nos dieron el apodo de La Academia.

Los mayores me recomendaban estar orgulloso de mi racinguismo, pero ¿por qué? ¿De qué maravilla había sido testigo yo? Durante los primeros treinta años de mi vida solamente vi partidos trabados, pelotazos a la tribuna, una quiebra que casi nos deja sin club... y dos años vergonzosos en el descenso de los sábados. Ese era todo mi currículum. Fui un nene de Racing, un adolescente de Racing y un bolastristes de Racing con un montón de historias ajenas y ninguna historia propia para contarles a mis hijos, o a mis nietos, si es que los tenía.

Ellos, mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo, lo habían tenido más fácil. Mi bisabuelo Pasqual llegó a la Argentina en 1909 y lo mató una bala perdida en un corso en 1938 a los cuarenta y cinco años; pero en el medio de eso pudo ver a Racing campeón nueve veces. Y le enseñó a ser de Racing a su hijo.

A mi abuelo Salvador le detectaron un cáncer de páncreas cuando Racing estaba en la B; mi viejo y yo queríamos que aguantara vivo hasta que ascendiéramos, pero se murió dos fechas antes; no le debe de haber importado porque vio a Racing campeón once veces, y le enseñó a ser de Racing a su hijo. También cumplió.

Y Roberto, mi papá, se murió sentado en un sillón una semana después del Clausura 2008, donde Racing salió último, pero a quién le importa, porque lo vio campeón siete veces. Y me enseñó a ser de Racing a mí, que fui su único hijo varón. Todos cumplieron su parte, menos yo.

Por eso pienso mucho en ellos tres, ahora que ya llevo tres campeonatos en este siglo. O, mejor dicho: pienso en nosotros, en los cuatro juntos. Pienso en Pasqual, en Salvador, en Roberto y en mí como si tuviéramos la misma edad y pudié-

ramos ocupar el mismo espacio físico. Nos veo sentados en los sillones de casa.

Y me doy cuenta —al verlos— de que no nos parecemos en nada. En nada. A Pasqual le fascinaban las armas, hablaba en cocoliche, era medio anarquista. A Salvador le gustaba criar palomas, vivía en el campo, fumaba Imparciales. Roberto era flaco y narigón, introvertido, votaba a la derecha. A mí me gusta el porro, soy gordo y escribo cuentos. Nada que ver.

No nos parecemos en nada. Por eso me resulta milagroso, tremendamente absurdo, que hayamos pasado por la vida con un club atravesándonos a los cuatro como si fuéramos una brochette. Hace más de cien años que alentamos lo mismo, cada cual a su manera. Que sintonizamos lo mismo en una radio a transistores o en una tele blanco y negro, que viajamos a la misma cancha desde que era de madera hasta que fue de cemento, que vivimos en países propios y extraños, pero siempre con la portátil o con el iPhone buscando señal, siempre con el mismo metejón en la cabeza.

Somos cuatro tipos de épocas distintas con un detalle en común que no tiene mucha importancia: ser hinchas de un equipo al que vimos campeón más de dos veces en la vida. Este año, cuando Racing salió campeón por tercera vez para mí, estos tres amigos, que ya no están pero estuvieron siempre, me dejaron entrar al grupo de los privilegiados: «Avanti, bambino», me dijo Pasqual. «Negrito, ya era hora», me palmeó mi abuelo Salvador. Y mi papá, de lejos, me dijo: «Hernán, bienvenido al club».

112. Puro cuento



Un amigo quiere empezar a escribir y me pide consejo sobre un buen lugar para aprender, o para experimentar. Un taller literario, o un buen curso para narradores.

Yo no creo mucho en eso.

Yo solamente creo en dos verdades: primero, en el decálogo del perfecto cuentista que escribió Horacio Quiroga a principios del siglo veinte; y, desde este siglo, creo mucho en escribir buenas historias en Internet, más o menos todos los días, para soltar la mano, para que te lean desconocidos de cualquier parte. No hay nada mejor que eso para empezar.

Los talleres literarios se usaban mucho en el pasado con un fin muy alejado al narrativo. La mayoría de la gente iba para ver si podía coger. Otros se anotaban para que alguien leyera sus cosas. Y una minoría, muy discriminada, realmente iba para aprender a escribir. Pero se decepcionaban mucho justo cuando descubrían que el profesor del taller también estaba ahí porque quería coger.

Los talleres literarios ya no tienen mucho sentido, porque ahora ya existen las redes sociales, que cumplen con creces sus dos funciones: mostrar textos y coger.

Además de eso, ¿qué más se le puede enseñar a una persona que ya conoce las veintisiete letras del abecedario, que ya sabe cuál es la forma de juntarlas para formar palabras en su idioma materno, y que no le está vedada la manera en que cada una de esas palabras, unidas, forman ideas?

Eso es todo lo que hay que saber en la literatura, y viene gratis en la escuela. Lo demás es intransferible.

Por ejemplo, una persona que no sabe contar una anécdota con gracia en un asado jamás va a poder escribir un cuento bueno.

Alguien que desconoce las bases de la seducción no va a lograr nunca envolverte con su prosa.

Ni tampoco sabrá engañarte con un buen cuento aquel que va siempre, en la vida diaria, con la verdad por delante.

El que no tiene nada interesante para decir no es escritor, es político; y el que no sabe seducir tampoco es escritor, es mimo.

El tercer mandamiento de Horacio Quiroga, en su «Decálogo del perfecto cuentista», habla de la personalidad narrativa. No está mal recordarlo. Dice así: Resistí todo lo que puedas la imitación, pero si el influjo es demasiado fuerte, imitá tranquilo. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia.

(Cuánta razón, cuánta razón...).

Yo creo, por ejemplo, que la amistad con otras personas del mismo palo es fundamental para mejorar la técnica.

Que un puñado de buenos amigos se entristezcan por nuestros fracasos literarios es, muchas veces, más importante que un éxito humilde aplaudido por cien mil desconocidos.

Y leerle a un grupo de amigos (no compañeros de taller que viste por primera vez esa semana; amigotes, estoy diciendo), leerles a los amigos las historias que uno escribe tiene más rédito que cualquier curso de redacción.

Si Horacio Quiroga hubiera escrito su decálogo en esta época, habría incluido, entre sus consejos, el siguiente:

«Escribe tus historias en Internet e intenta interpretar las sensaciones de tu puñado de lectores; no sus aplausos ni sus críticas, sino la temperatura que provocan tus palabras».

Sin duda, Horacio Quiroga hubiera visto con buenos ojos Instagram, las páginas de Facebook, e incluso Twitter, como herramientas nobles para el inicio de la literatura.

Escribir online es el undécimo mandamiento de su decálogo.

Así que, al final, solamente tengo un buen consejo para los que quieran escribir: gogleen el «Decálogo del perfecto cuentista» de Quiroga, imprímanlo y léanlo en voz alta.

Todo lo demás es puro cuento.

113. Dígame dónde hay un quiosco



Cuando un argentino pisa España por primera vez y recorre los bulevares sin rumbo fijo, descubre a los quince minutos que algo va mal, que algo va muy mal en el paseo, pero no se da cuenta de qué es.

Es como caminar por las calles un mundo paralelo, casi idéntico, pero con siete errores. «¿Qué es lo que me pasa?», se pregunta el argentino, «¿Por qué me vienen estas ganas de llorar?».

Al rato, descolocado su aparato digestivo, el recién llegado descubre el fallo.

El argentino ha caminado más de veinte minutos por la avenida principal sin toparse con ningún quiosco.

Como sabe todo el mundo, los argentinos no entramos en los quioscos por necesidad alimentaria, sino por angustia oral.

Según un estudio, el ser humano (cuando camina tranquilamente por la calle) piensa en sexo cada ocho segundos.

Los argentinos también, pero usamos los siete segundos restantes para fantasear con cosas rellenas con dulce de leche.

Nuestro ritmo mental se comporta con esta cadencia: «teta, Cabsha, Fantoche, Shot, cubanito, concha, Jorgito, Milka, Tubby 3, Tubby 4, culo, Aero, Minitorta de Águila, teta, Cabsha, Cachafaz de maicena», y así de vuelta.

Por lo general, la primera conversación entre un argentino recién llegado a España y un español es la siguiente:

—Disculpe, ¿me dice dónde hay un quiosco?

Y el español pregunta:

—¿De periódicos?

—No; de cigarros, de biromes, de chocolatines, de hilo de coser, de alfajores, de tarjeta de teléfono, de cinta scotch, de libros, de tornillos, de hojas Canson, de planisferios, de revistas, de pelotas de rugby, de linternas, de ginebra Bols, de desodorantes, de helados, de alcohol fino, de café, de panchos, de desinfectante para matar sapos. Un quiosco. ¿Dónde hay?

El español indica, cómo puede, que los cigarros se encuentran en el estanco, el hilo en la tienda, los libros en las bibliotecas, el helado en la heladería, la comida rápida en un Burger, los tornillos y la linterna en la ferretería, las hojas y el mapa en la papelería, las revistas en el odontólogo, el alcohol en los bares, las pelotas de rugby en Francia y lo demás no tengo ni pajonera idea porque no existe.

—¿Y los alfajores? —pregunta el argentino.

—De eso por aquí no hay.

—Y entonces, ¿qué comen ustedes cuando van por la calle? —pregunta el argentino.

—Generalmente, cosas con atún o con chorizo.

—¿Y a eso dónde compran?

—Pues, en la panadería.

Hay otras muchas costumbres argentinas que el español no entiende: el peronismo, la televisión por cable, la palabra «prolijo», la ironía publicitaria, la autocrítica, el cine subtulado. No tienen ni idea.

Son todas nebulosas difusas en el cerebro ibérico. Pero la ausencia del concepto quiosco es, de todas sus taras, la más peligrosa.

En España el quiosco no existe. El quiosco es una de las costumbres argentinas más difíciles de explicar. Es posible que te escuchen con atención y que después digan: «Ya, ya, entiendo». Pero no entienden nada, siguen en blanco, solamente se hacen una idea fugaz, pero no pueden ir muy

lejos con la idea. Su estructura moral no concibe que en un solo lugar se puedan conseguir todas las cosas del mundo a cualquier hora del día o de la noche. El español medio no entiende el concepto de síntesis ni la urgencia de tener un antojo a las tres de la mañana.

El día que el español entienda las ventajas de los quioscos, es posible que se convierta en una raza entretenida. En vez de gastarse las monedas en las tragaperras y las horas muertas en los bares o en los toros, comerían más minitortas y descubrirían que nadie puede ser dichoso en un país en el que no existen cosas rellenas de dulce de leche.

114. Las dos promesas



En mi barrio había un vecino muy viejo y cascarrabias. Era un italiano de ley, fanático de Boca. Don Américo, se llamaba, y fue uno de los muchos inmigrantes que llegaron a la Argentina por culpa de la Segunda Guerra.

Mil veces nos contó que su madre, a la que nunca volvió a ver, lo metió en un barco y le dijo: «Nunca traiciones tu origen milanés, Américo, y jamás te va a ir mal en la vida». Él tenía catorce años cuando cruzó el Atlántico con esas palabras. Y no se las olvidó nunca.

Cuando pisó tierra firme en Buenos Aires era 1943, y lo primero que lo sorprendió fue el silencio. Por primera vez no escuchaba el estruendo de las bombas, ni los gritos de las mujeres, ni el ruido de la panza cuando se tiene hambre. Llegó solo, desde Milán, con el pelo hasta los hombros, y se encontró con el primer gran problema: para trabajar, le dijeron, había que cortarse el pelo. Y para ir a la peluquería había que tener plata.

Descubrió que Argentina era un pueblo de pelicortos; las modas europeas no habían llegado. Los inmigrantes europeos se reconocían por la calle por las mechas largas. Muchos tenían el mismo conflicto que él, y entonces en el puerto escuchó un rumor: había una peluquería en La Boca que les cortaba gratis a los inmigrantes. Y para allá se fue Américo.

El peluquero, un criollo enorme, lo recibió con una sonrisa y le dijo que lo rapaba gratis si prometía ser hinchas de Boca Juniors. El joven Américo, sorprendido por tan buen

negocio, juró con solemnidad que siempre sería hincha de Boca. Lo juró como solamente puede jurar un chico con hambre: de verdad y para toda la vida.

Esa tarde, Américo salió de la peluquería sin un pelo en la cabeza y con dos colores nuevos en el corazón. Después pasaron los años, llegó el peronismo, se prohibió el peronismo, aparecieron nuevos gobiernos. Algunos muy malos, otros peores. Américo se casó con una buena mujer, tuvo hijos y siempre vivió en Mercedes. A dos casas de mi casa.

Prosperó mucho desde que llegó de Milán, y siempre pensó que su suerte había tenido que ver con esas dos promesas: a su madre, no traicionar nunca su origen milanés; y al viejo peluquero, ser de Boca para siempre. Pero a don Américo lo esperaba, en la vejez, una broma horrible que iba a ocurrir el domingo catorce de diciembre del año 2003, a las siete y cuarto de la mañana.

Para el resto de nosotros aquel fue solamente un partido de fútbol entre Boca y el Milan. Un partido importantísimo (el mejor equipo de América contra el mejor de Europa), pero en el fondo un pasatiempo. Para don Américo era algo más. Para él, aquello fue una tortura. Hinchara para quien hinchara, iba a romper una de las dos promesas.

Hacía un calor insoportable, y eso que era temprano. Don Américo se acomodó en la barra del bar, frente a la tele, desde antes de que la televisión conectara con Tokio. El viejo lloraba de antemano, porque todavía no había decidido qué traicionar: si al pueblo donde había nacido o al pueblo que lo había adoptado.

Cuando empezó el partido, él seguía llorando. Nosotros lo mirábamos más a él que a la pelota. Nos gustaba el morbo: siempre es más interesante ver sufrir a un hombre que ver transpirar a veintidós.

El primer gol fue del Milan. Américo se levantó de la silla y gritó:

—¡Vamo, caraco, forza, Milano, merda puta!

Después se sentó y siguió llorando. Seis minutos después fue el gol de Boca. Don Américo se levantó y gritó:

—¡Vamo, caraco, aguante Boquita, merda puta! —Y volvió a llorar.

Terminó el partido uno a uno, como si el destino hubiera querido profundizar la herida. Durante lo que duró el receso antes de los penales, don Américo no dijo ni mu. Caminaba alrededor de la mesa y tomaba su vaso de vino. Ninguno de nosotros lo quiso interrumpir.

Después gritó triunfal los penales convertidos y gritó triunfal los penales errados; gritó los goles de Boca y los del Milan, gritó a favor y en contra de sus dos corazones hasta que llegó el último tiro, que le dio el triunfo al equipo del peluquero, aquel criollo que había rapado gratis a un sin papeles sesenta años antes, en un país que todavía era próspero.

Y entonces don Américo dejó de festejar, y también dejó de llorar. Se quedó quieto. Nos miró a todos en el bar. Y nosotros hicimos de cuenta que estábamos interesados en otra cosa. No lo queríamos ver a los ojos.

Don Américo tenía la mirada vidriosa, seca de lágrimas. Miraba el aparato empotrado en la pared, y después nos miraba a nosotros incrédulo, y después otra vez al televisor, como si estuviera viendo por la tele... su propio entierro.

115. Lo mejor es no hacer nada



Me acuerdo perfecto de la primera vez que pasó. Habíamos ido con Roberto, con mi viejo, a ver un River-Racing decisivo que perdimos dos a uno. Yo tenía trece años. Cuando volvimos a Mercedes pensé que, posiblemente, el resultado habría sido otro si esa tarde no hubiéramos ido a la cancha. Supe que, al ir a Núñez, en auto, habíamos modificado sutilmente el destino. Al ocupar un parking de la cancha de River, provocamos que otro auto tuviera que buscar sitio.

Ese otro auto quizá se haya topado —por nuestra culpa— con el ómnibus que traía al equipo de Racing, impidiéndole el ingreso al estadio. Esos segundos de retraso pudieron haber provocado algún malestar en Rubén Paz, que, una hora más tarde y por culpa de todo esto, erró un penal que nos hubiera puesto dos a dos.

Fue la primera vez que pensé algo así. La duda (la acechante probabilidad de los universos paralelos) me generó por primera vez incertidumbre.

Cada cosa que hacemos modifica algo del mundo. ¿No es posible, por ejemplo, que al llamar a un número equivocado de teléfono, al provocar que alguien atienda un llamado, estemos salvándolo de morir en un accidente o —¡al revés!— provocándole la muerte en la bañera? Lo mejor es no atender ni usar el teléfono. Lo mejor es no hacer nada.

A mí me pasaba algo muy raro en Navidad. La medianoche nos encontraba siempre de sobremesa en el jardín de la casa de mi hermana. Al aire libre. Y entonces yo escuchaba, muy lejos, los primeros tiros al aire de los vecinos borrachos.

Al mismo tiempo que sonaba un tiro al aire, yo me preparaba para recibir la bala perdida. Pero con dignidad, me preparaba: sin luchar. Cualquiera cosa que pase (por ejemplo, un balazo al cielo) inaugura la posibilidad de morir. Es decir, que si estoy a la intemperie cuando ocurre un disparo festivo, acabo de comprarme —sin querer— un número para la lotería de la muerte.

Las posibilidades de que la bala caiga en medio del campo o en mi cabeza son las mismas. En esos casos, la gente superficial lo que hace es salir corriendo y guarecerse en un techito. Yo no. Yo me quedo quieto.

Pienso que, si me muevo, la bala me va a encontrar por el camino. Lo mejor es no hacer nada. Siempre. Es preferible que la bala te encuentre y no que la vayas a buscar.

Los que llevamos con dramatismo este terror, los que tenemos miedo de interferir en el destino, solemos quedarnos paralizados. Dentro de lo posible, no hacemos nunca un carajo. No es que tengamos fiaca, como piensa con malicia mi mujer. Es que no queremos vivir con la culpa de estar tejiendo desastres involuntarios.

Mi mujer me pregunta:

—¿Esta vez tampoco me vas a acompañar al pediatra?

—No. Mejor andá vos sola —le digo—, porque si hago algo, después pasan cosas raras. Ayer, por ir a sacar la basura, mirá la que se armó...

—¿Qué pasó? —me dice.

—El atentado en Bangladesh —le digo, sintiendo cómo la culpa me envuelve—. Dieciséis muertos. Si hubieras sacado la basura vos, no pasaba nada.

—Un día —me dice mi mujer—, un día va a pasar una desgracia en serio. —Y después se va pegando un portazo.

Yo no sé si lo hace a propósito, pero cada vez que ella se va pegando un portazo puede estar provocando un terremoto en Portugal y ella no lo sabe. Hay que tener más cuidado.

116. Un forúnculo



Durante todo el fin de semana tuve un forúnculo en el cachete derecho del culo. Me dolía cuando me sentaba, me dolía cuando me paraba, cuando me acostaba. Me dolía.

El dolor físico es incómodo; es como esos tipos que te hablan de sus dramas todo el tiempo. Uno cambia de mesa y el pesado te sigue. Tratás de no prestar atención y el tipo te habla más fuerte.

El dolor es igual al plomo del barrio. El dolor físico es eso, es un pesado de anteojos que vive adentro de nosotros y que a veces te toca el timbre.

A mí toda esta semana el tipo me hizo un monólogo en forma de forúnculo.

Para alguien como yo, que se pasa la mayor parte del día tirado en el sofá y pidiéndole cosas a su mujer y su hija, es muy complicado convencerlas de que esta vez es en serio. De que realmente necesitás un vasito de agua, o que te traigan el control remoto, o que te acerquen la mesa ratona, o que te hagan un té con limón.

Me pasó igual que en la fábula de Juan y el lobo: yo me enfermé en serio el viernes, pero mi mujer no me hizo caso hasta el domingo a la noche, cuando ya volaba de fiebre.

Así, pasé un fin de semana horrible, entre la despreocupación de mi familia por mi grano en el culo y todo este asunto político de la transición, el dólar y cómo vamos a hacer para no hundirnos en la mierda.

El domingo el dolor me llevó a un estado febril delirante: treinta y nueve cinco... la temperatura no me bajaba, y en

el culo ya no tenía un grano: era el grano el que escondía en su epicentro un pequeño y triste orto inútil.

Yo pensaba, para mis adentros: «El dolor es una información, tranquilo, el dolor es una información de que algo va mal, es solamente eso...», y así me daba ánimos durante la noche en vela, incendiado de fiebre.

Y entonces mi cerebro relacionó esto con otro dato. No hace mucho leí que ya existen las heladeras que te avisan cuáles son los productos que se están empezando a acabar. Vos pasás por la cocina y suena un pitido en la heladera, una voz electrónica que te informa: «Nos estamos quedando sin queso mantecoso, señor».

Es fantástico... Es como la serie *El auto fantástico* pero en versión heladera. ¿No es hora de que incorporemos esta tecnología al cuerpo?

Si el dolor es, como dicen, un pitido, una alarma que el cuerpo le manda al cerebro para avisar que algo va mal: ¿por qué tiene que ser punzante?, ¿por qué tiene que ser incómodo?, ¿por qué tiene que darte fiebre?

¿Por qué no inventamos algo para que te llegue un mensaje de WhatsApp? Por ejemplo: «Cuidado, posible forúnculo en cachete derecho del orto, Fermodín (pomada) urgente antes de dos días. Transcurrido ese lapso, duele».

Este sistema sería ideal... no solamente para mi forúnculo, que no fue grave, sino para cosas peores.

Hay gente que convive sin saberlo con asuntos que pueden ser jodidos. ¿Por qué hay que ir a hacerse un chequeo? ¿No está el mundo ya tan avanzado como para que estas cuestiones se detecten de forma automática y viajen por satélite?

«Hay algo raro en su intestino, puede convertirse en un cáncer en el año 2021, deje de comer lechón urgente. ¿De-sea oír esta alarma el próximo mes?». ¡Eso hay que hacer!

Ahora yo estoy mejor y todos estos pensamientos febriles me vuelven a parecer utópicos, pero no estaría mal que algu-

na vez la tecnología nos ayudara a prevenir el sufrimiento, los forúnculos, la próstata, en vez de fabricar tanto iPad Pro, tanto teléfono con seis cámaras, tanta mierdita digital de doce megapíxeles.

Que se acuerden de los forúnculos, por el amor de Dios.

117. Nostalgia del presente



Lo más raro que me pasó en la vida fue en 2015, a mediados de 2015. Una lectora se acercó después de una función y me pidió que le firmara un libro. Y yo agarro el libro y le digo:

—¿Cómo te llamás?

—Julieta —me dice.

Y levanto la vista para entregarle el libro y fue muy raro lo que pasó... No quiero que parezca romántico lo que voy a decir, porque no es romántico. Fue más que nada un error del tiempo, y de hecho me asusté.

La primera vez que vi a esta lectora, Julieta, la primera vez que le vi la cara, sentí una familiaridad espantosa. Durante cinco o seis segundos mi cabeza se dividió y vi la escena desde el futuro. Escuché mi propia voz diciendo: «Mirá, ahí nos vimos por primera vez. Mirá, tenías el pelo corto, boluda, mirá». De verdad, escuché eso.

Era mi propia voz adentro de mi cabeza, pero una voz gastada, era la voz de un viejo. Debía de ser el año dos mil cincuenta y pico. Por mi voz, lo intuyo. Yo seguramente estaba en un sillón, con más de ochenta años, un poco nostálgico... mirando escenas de mi vida en un álbum de fotos. Y sin querer di vuelta una página y apareció la escena del día en que conocí a Julieta. Y, por alguna razón, mi voz del futuro se ligó y me pude escuchar mientras ocurría la escena en la vida real.

No estoy exagerando. No estoy haciendo literatura. Lo juro por mis hijas que me pasó esto.

Escuché mi voz desde el futuro. Me escuché decir: «Mirá,

mirá, ella tenía el pelo corto». «Mirá qué linda que estabas». ¡Y me cagué de un susto! No fue una sensación placentera. Porque al mismo tiempo yo podía sentir lo que sentía ese viejo por esa chica desconocida. Y era un amor sereno lo que sentía ese viejo, era un amor lleno de años y de nietos; y de perros; y de viajes compartidos y de crisis superadas. Tiempo. Un amor lleno de tiempo. Fue como si de repente me llegara una memoria que no era mía, como si me hubieran puesto un pendrive en el culo. Una cosa complicadísima.

Me quedé mirando a la lectora con los ojos abiertos, sin poder hablar. Julieta me dijo, unos días después, que yo parecía drogado. Y también era verdad. Yo había fumado el día que estaba firmando libros. Pero eso no anula la experiencia. No invalida lo que estoy contando. El porro le da un marco legal al pensamiento mágico, pero nada más.

Esto que cuento me pasó una sola vez en la vida. Algunos lo llaman amor a primera vista. Otros le dicen química. Y el ochenta por ciento de las veces es calentura y se convierte en un gran error.

Pero después empezamos a hablar por WhatsApp con esta chica. Y ahí supe que era antisocial como yo, que era fanática de Racing, y me dije «Esto tiene que funcionar». Pensé y creí todavía más en ese viejo del futuro. Y entonces un día la invité a Montevideo a pasar un fin de semana. Nos habíamos visto muy pocas veces, ese fin de semana no podía salir bien.

Y salió peor: en Montevideo tuve un infarto y ella me llevó al hospital. Me tuvo que salvar la vida. En el hospital pasó algo que nunca conté. Yo estaba en una camilla. No podía respirar y había dos médicos haciéndome reanimación. Y no estaba funcionando. Yo me había separado de mi exmujer hacía tres meses. Habíamos convivido durante quince años. Y ahora yo me estaba muriendo junto a una desconocida.

Por lo general, el borde de la muerte es el mejor termómetro del error. No podés caretear cuando te estás muriendo.

Porque la verdad se pone nítida. Si te estás muriendo querés estar con tu mujer de siempre, porque sabe la contraseña de las tarjetas, sabe cuál es tu obra social...

Pero yo no podía dejar de pensar en Julieta mientras me iba muriendo. Nos habíamos visto ocho veces en la vida. Ella estaba del otro lado del quirófano, peleándose con unas enfermeras que no la habían dejado entrar. Desde la camilla yo podía ver la puerta del quirófano. Y ella saltaba desde afuera para espiar. Parecía un perrito. Yo la veía por el ojo de buey, pedacitos de la cabeza, como si fuera un dibujo animado. Y eso me hacía reír mientras me moría.

¡Y no me quería morir! Hacía fuerza para llegar a viejo y ver si era cierto ese futuro donde me espera un amor sereno, lleno de años y de nietos, y de perros y de plantas.

Y entonces sobreviví, y tuve que dejar de fumar para siempre. Y sin fumar no pude escribir nunca más... Y un día, tres años después de no escribir nada, a finales de 2018, me dieron ganas de escribir de nuevo. Y escribí esto. Esto que termina con una escena muy chiquita. Aproveché que Julieta cumplía años y que ya teníamos una hija y escribí esta escena que dice: «Mirá qué jóvenes éramos, esto debe de ser 2018 o 2019. Mirá qué hermosa nuestra hija, no tenía ni tres años todavía, tenía rulitos. Mirá cómo juega con su perro, ¿te acordás del primer perro que tuvimos? Qué perro estúpido... Miráte vos, con el pelo largo. Fue el año que Racing salió campeón, que quedamos punteros en el receso y vos cumplías treinta y cinco esa mañana. Fue el año que leí ciento diecisiete cuentos en la tele, de madrugada, y vos cada noche me esperabas para cenar... Qué jóvenes éramos, qué vida intensa. A veces, Julieta, tengo nostalgia del presente».

118. Diez consejos para el niño poeta



El otro día mi hija me preguntó cómo había que hacer para escribir una poesía, y entonces le improvisé un reglamento de diez pasos fundamentales. Le dije: «Nina, escuchá muy bien este decálogo para ser un poeta».

Si tienen hijos, nietos o sobrinos, arrímenlos al televisor porque les va a interesar.

I.

Hay que empezar por el principio: Cada oración de una poesía se llama «verso». Después de cada verso, bajá un renglón. Un grupo de cuatro versos se llama «estrofa». Después de cada estrofa, bajá dos renglones y suspirá como si te doliera la panza, o como si hubieras comido huevo frito de noche.

II.

Para escribir una poesía, nunca tengas el pelo demasiado limpio. Si hoy te bañaste, sentate a escribir mañana. No escribas una poesía después de ducharte, porque te va a salir un cuento, o un dibujo, o un formulario de la AFIP.

III.

Prestáles atención a las sílabas, pero no a las sílabas que te enseñan en la escuela. En las poesías las vocales tienen un imán. En la frase «pasa el tren», no separes «pa-sa-el-tren». Separá «pa-sael-tren». Y ojo: cuando una vocal tiene acento, pierde el imán. Por ejemplo, «ha-bí-au-na-vez».

IV.

Con los zapatos puestos te puede salir una poesía más o menos. Si llevás solamente medias, o si tenés puestas pantuflas, te puede salir una poesía muy buena. Si estás descalza te sale una poesía excelente. Pero si estás en patas sobre el pasto te va a salir la mejor poesía del mundo.

V.

La poesía más fácil de inventar tiene ocho sílabas por cada verso. Por ejemplo: «Es-ta-ba-la-Ca-ta-li-na». Pero si la última palabra es aguda, tiene que tener siete sílabas, no ocho, por ejemplo: «sen-ta-da-ba-joun-lau-rel». Si te acordás de esto, ya casi casi sos poeta.

VI.

Las poesías se escriben en papeles sin renglones, con lápiz negro y con la goma de borrar a la derecha. Nunca escribas poesía en hojas cuadriculadas, ni con birome, ni muchísimo menos en una computadora. Al que escribe poesía en la computadora, Dios lo castiga, y en vez de una poesía le sale una canción de Miranda.

VII.

Una poesía es más recordable si el primer verso rima con el tercero, y el segundo, con el cuarto. Para que dos versos rimen, tienen que ser parecidos en la penúltima sílaba, y tienen que ser igualitos en la sílaba final. Por ejemplo: «pe-lo-ta» y «ri-co-ta» riman. Pero, en cambio, «pe-lo-ta» y «biz-co-chue-lo» no riman.

VIII.

Un verdadero poeta se la pasa cazando frases de ocho sílabas en cualquier conversación. Si tu mamá te dice «¡Cuando te agarre, te mato!» vos respondéle: «Muy bien, madre, has he-

cho un verso de ocho sílabas poéticas». Después salí corriendo antes de que te alcance.

IX.

Las poesías no tienen un largo determinado. Pueden tener una sola estrofa, o tres estrofas, o cincuenta estrofas, o las que vos quieras. Te das cuenta de que llegaste al final de una poesía cuando escribís el último verso de una estrofa y sentís que te duele la panza en serio, que estás en patas de verdad, y que tenés el pelo más sucio que antes.

X.

Último consejo: No empieces a escribir poesía si todavía nunca abriste los ojos abajo del agua, si nunca gritaste abajo del agua con los ojos abiertos. Tampoco empieces a escribir poesía si nunca te quemaste un dedo, lo pusiste abajo de la canilla de agua y dijiste: «¡Aaah! Esto es mejor que no haberse quemado nunca».

119. Una novela involuntaria



Una vez publiqué una novela que no recuerdo haber escrito nunca. Después de publicarla hablé por teléfono con mi hermana y me dijo que había llorado leyéndola y que se había reído sin parar, y que era un libro hermoso.

Suspiré aliviado, porque me lo decía alguien que protagoniza varios capítulos de la historia, con su nombre y con su apellido, y yo nunca le avisé que eso iba a pasar. Lo supo con el libro ya en la mano.

(Yo no sé por qué me arriesgo a perder la amistad con mi familia).

La historia de este libro es casual: en 2009 yo tenía un contrato con una editorial y en abril me tocaba entregar un libro de cuentos. El libro ya estaba terminado y tenía hasta nombre, pero una tarde me puse a rastrear un correo viejo en el buscador de Gmail y se me aparecieron varios chats con mi papá, con Roberto Casciari.

Seguramente yo sabía que ahí estaban todas mis conversaciones con Roberto de los últimos años, pero nunca se me había ocurrido revisarlas después de su muerte. Mi padre había muerto un año antes.

Esas lecturas me conmocionaron: en casi todos los chats con mi viejo (generalmente muy nocturnos para mí, y para él antes de cenar) hablábamos de fútbol o de mis cuentos.

Me llamó mucho la atención ese detalle: él me comentaba los cuentos que yo publicaba en mi blog, sobre todo las historias donde yo hablaba de él, donde él aparecía como personaje.

Esa noche, después de leer chats antiguos con mi padre muerto, puse el nombre de mi papá en el buscador de mi blog y aparecieron más de treinta cuentos donde lo nombro.

Me los puse a leer, desde el más antiguo al más actual, y lo que leí tenía el tono y el ritmo de una novela involuntaria.

Me quedé pasmado: la historia empezaba con él llevándome a prácticas de rugby hace cuarenta años (según él, para que yo no le saliera puto) y terminaba con su muerte sorprendente y anacrónica.

¿Qué hacía yo, entonces, mandando a la imprenta un libro de cuentos dispersos, si tenía frente a mis ojos un material que me hacía saltar las lágrimas cada cuatro líneas?

El pibe que arruinaba las fotos (así se llama este libro) nació esa noche en mi cabeza. Descubrí que había escrito una novela de a ratos, sin intención, y que ahora Roberto ya no estaba y esa historia había terminado para siempre.

Al otro día convencí a la editorial para que me diera más tiempo, porque yo quería entregar la novela y no un libro de cuentos, y ellos por suerte accedieron.

A mí, en cambio, me costó mucho editar esas historias. Bastante más de lo que pensaba. Porque todos los relatos en los que aparecía Roberto estaban narrados en presente. Por ejemplo, en la frase: «Mi papá es amigo de toda la gente que transpira por placer», yo tenía que cambiar una sola palabra, nada más que una. En lugar de «es» amigo, yo tenía que poner «era». Era amigo.

Nunca antes los tiempos verbales me habían causado tanto dolor.

Más allá de esos inconvenientes, más emotivos que gramaticales, las historias caían en el papel llenas de enlaces internos, con eslabones propios que las iban atando, unas a otras, a las historias, de un modo que —por lo menos a mí— me empezaba a parecer milagroso.

El libro crecía conmigo en los bordes, conmigo de es-

pectador, como si un puzzle que tiraras en la mesa se fuera uniendo solo de a poco. Fue muy, muy increíble.

A mí me gusta mucho que este libro haya surgido de casualidad. A la mayoría de las historias que están escritas en esta novela yo las leí noche a noche, poquito a poquito, en estos encuentros de cinco minutos en Telefe.

En esas historias aparecen mi amigo Chiri, mi viejo, mi mamá Chichita, mi hermana, su marido el Negro Sánchez, mi temible abuelo Marcos, mi hija Nina... Es decir, en este libro y en estas historias que cuento aparecen las peores verdades y las mejores mentiras que escribí durante los últimos años.

120. El milagro de los pueblos



Cuando mi hija estaba a punto de cumplir tres años, es decir, cuando iba a empezar la escuela, decidimos irnos de la gran ciudad, que es preciosa pero inmensa, para buscar un pueblo chiquito, una casa con pasto, un lugar con animales cerca.

Yo siempre creí que una buena parte de mi felicidad infantil tuvo que ver con haber crecido en Mercedes, un pueblo de provincia, y probablemente con que mi abuelo Salvador haya vivido en una quinta. Con patos, con palomas, gatos, gallinas.

Y más tarde, en la juventud, con haber ido a un colegio con los mismos compañeros desde el principio.

Yo le tengo un respeto irracional a la amistad temprana, a conocer a mis amiguitos desde la primera infancia. Con mi amigo Chiri, por ejemplo, tenemos recuerdos lúcidos, recuerdos limpios, que tienen más de cuarenta años ya. Y a Guillermo, a mi primo, me le acuerdo la cara desde hace casi cincuenta años.

Con ellos no hay, no existe, la posibilidad del aburrimiento, solamente claridad en la conversación y una especie de placer muy sereno.

Llega un punto en que la serenidad es tan enorme y la conversación tan fluida que es complicado, al otro día, no confundir una charla común con un pensamiento en solitario.

Cuando cumplí dieciocho y me vine a vivir a Buenos Aires, una ciudad preciosa pero inmensa, yo me di cuenta de que la amistad de las grandes capitales era menos antigua, o era más frágil, capaz, porque los amigos infantiles se perdían

en la maraña de una ciudad tan grande, y los amigos nuevos se habían conocido de grandes.

Los chicos de las grandes capitales hacen el jardín en un barrio, la primaria en otro, el secundario más allá... se pierden el rastro, cambian mucho de colectivo.

Pero no les pasa a todos, por supuesto... Algunos tienen la suerte de la perseverancia o del anhelo o de la casualidad, y entonces hay reencuentros felices, pero son los menos.

En general, el medioambiente de las capitales no ayuda a la germinación de la amistad temprana, a la amistad que es para siempre... Y después está el asunto del pasto, el asunto del río, el asunto de los olores.

Creecer en los pueblos tiene algunas desventajas, por ejemplo, la antena de televisión en Mercedes no sintonizaba TV2, pero también produce un provecho lento que se descubre con los años. El olor de las lombrices cuando levantás una baldosa, los barriletes de caña, juntar huevos calientes mientras te mira la gallina madre, pisar un hormiguero y sentirse un dios malvado; sentirse sucio, sentirse lejos de casa, sentirte del otro lado del río.

Por eso, cuando mi hija cumplió tres, nos mudamos a un pueblito de cinco mil habitantes en la montaña. Mi hija volvía sucia del jardín, sus amigos del colegio tenían padres que habían nacido y habían crecido ahí mismo.

Cuando llovía mucho, había barro; y cuando nevaba, había silencio.

Por supuesto que la ecuación esta que hago no tiene por qué funcionar como una magia. Vivir en un pueblo no es la receta de ninguna felicidad, y tampoco las ciudades escupen moldes de chicos tristes todo el tiempo...

Pero hay algo, hay algo en mis propios recuerdos de la infancia, algo que me lleva a repetir el idéntico camino de una esperanza; es como plantar una semilla en tierra propicia. Igual, hay egoísmo en todo esto, porque solamente me

puedo relacionar profundamente con personas que tuvieron una infancia feliz, y eso no tiene nada que ver con la geografía: eso solamente es suerte.

Pero yo quiero ser amigo de mi hija cuando seamos grandes. Supongo que los padres que fueron felices con riquezas pretenden hijos que aprendan pronto a sumar y a multiplicar... y los que fueron felices con la música hacen lo posible por darles a sus hijos un entorno lleno de pianitos y de saxofones.

El amor funciona de esa manera. También funcionan así la voluntad y el deseo. A mí me tocó ser feliz gracias a que conversé toda la vida con la misma gente; por eso, cuando mi hija volvía del colegio, todos los días a las cinco, yo la veía entrar a casa y le preguntaba si había jugado con los chicos, le preguntaba el nombre de sus mejores amigos, yo quería saber si se había divertido en el patio del recreo. La pregunta era otra, obviamente, la pregunta verdadera era: ¿Sembraste muchos Chiris esta mañana, hija? ¿Les pusiste agua a todos tus Guillermitos?

121. Miedo a ser enterrado vivo



Algunos tenemos una especie de enfermedad o fobia (yo la tengo), un terror extraño, que también conlleva una pizca de esperanza, que es el miedo de ser enterrados en un cajón de madera sin estar muertos del todo. ¡Pánico le tengo a eso!

La espantosa sensación de despertarnos de repente con los zapatos lustrados, con un traje oscuro, con olor a tierra húmeda, y no tener quien escuche nuestros alaridos de socorro.

Cuando era chico me despertaba de las pesadillas asfixiado por esta sensación de claustrofobia. Creo que la culpa fue de Narciso Ibáñez Menta y que fue en este canal. Una vez, Teleonce pasó por la tele un programa que ningún chico de nueve años debería ver jamás. Se llamaba *El hombre que volvió de la muerte*.

A finales de los setenta a mí me costó mucho conciliar el sueño a la noche, mientras que por las tardes releía mil veces en un diccionario Sopena la definición de la palabra «catalepsia», la peor enfermedad del mundo, pensaba yo; la única peor que la muerte, porque era un simulacro de muerte que no te deja ni en el cielo, ni en el infierno, ni en el hospital, sino en la tierra oscura, a solas y con tres metros cúbicos de aire.

Con el tiempo, escribí testamentos infantiles en mis cuadernos: les pedía a mis padres que, si moría joven, me enterrarán con una palanca y con una botellita de agua mineral.

Más tarde, mi temor obsesivo empezó a desdibujarse, un poco porque me hice grande, y otro poco porque se habían inventado los celulares. La telefonía móvil nos cambió la

vida en muchos sentidos, pero a mí más que nada me tranquilizó la muerte.

Ya no me hacía falta una palanca para abrir el cajón, sino un cementerio con buena cobertura de Internet y con wifi.

Así pasé estos primeros veinte años del siglo veintiuno, desentendido de mi fobia, hasta que el otro día me llegó un recorte de prensa desde Honduras, y todos los fantasmas del pasado... volvieron de golpe.

El joven Isaac Ramírez Pérez, de veintisiete años, sintió un dolor muy fuerte de estómago el martes pasado, y sus familiares lo trasladaron al hospital. El diagnóstico: problemas en la vesícula e intervención quirúrgica urgente.

Isaac fue ingresado a la sala de cirugía y falleció la mañana del miércoles. Su cuerpo estuvo en la morgue dos horas enteras, mientras la familia, de muy pobres recursos, conseguía un ataúd más o menos decente.

Después lo trasladaron hasta su pueblo natal, y ahí lo lloraron a cajón abierto una tarde entera.

¡Una tarde entera!

Isaac fue enterrado el jueves a la noche. No quiero crear suspenso con el asunto, porque me estremezco, se me pone la piel de gallina solamente de pensarlo.

Dice la prensa que Isaac se despertó el viernes a la una de la madrugada, se vio encerrado adentro del cajón y empezó a gritar.

La hora exacta de los gritos está documentada porque en el cementerio había dos guardias de seguridad que escucharon los pedidos de auxilio, que —según ellos— venían «del fondo de la tierra».

Pero estos dos empleados, que eran muy supersticiosos, ignoraron los lamentos y salieron disparando cada cual para su casa. A la mañana siguiente dieron parte del suceso, y las autoridades cavaron los tres metros de terrones de tierra seca y sacaron el cajón.

Encontraron el cuerpo de Isaac sudado, en una posición confusa y con las uñas astilladas de tanto percutir la madera por el lado de adentro.

Isaac Ramírez Pérez había muerto a causa de la asfixia, después de haber padecido un estado de catalepsia que ni los doctores del hospital, ni los forenses de la morgue, pudieron detectar a tiempo.

Así que hoy, bienvenida otra vez mi fobia, después de tantos años de falsa calma.

122. Tiempos de perdón escaso



Hace un montón de años (yo creo que fue en el siglo pasado, porque tengo el recuerdo del logotipo de Nuevediarario), ocurrió en el noticiero una cosa única. Un chico de quince años había atropellado con el auto a otro chico. Sin carnet y posiblemente borracho, se había escapado sin ayudar.

El periodista le estaba poniendo el micrófono en la boca a la madre del chico muerto. Yo estaba almorzando y esperaba el discurso de siempre: me preparé para el nudo en la garganta y la empatía con aquella pobre mujer que, en diez segundos, iba a empezar a gritar la palabra justicia, justicia por mi hijo, justicia... tres veces, seis veces.

Pero no pasó eso. Fue sorprendente. La madre del chico muerto miró la cámara y le habló al otro chico, al que se había fugado en el auto. Al asesino del volante. Le dijo que ella lo perdonaba, y que ojalá ese perdón le sirviera (al que se escapó) para dormir mejor por las noches. Dijo la mujer que debía de ser horrible, para un muchacho, matar sin querer a otro.

Y les pidió a los jueces que tuvieran compasión.

¡Yo no lo podía creer!

Hay más gritos que palabras en los noticieros, y aquella mujer se perdió muy pronto en el maremoto de otras mil noticias, todas más sangrientas y menos redentoras. Aquella mujer quedó relegada, al día siguiente nadie se acordaba.

Yo nunca volví a escuchar, hasta esta semana, a nadie perdonar en caliente. Pasó de nuevo el martes pasado. Otra vez yo almorzaba y no lo podía creer. Esta vez fue en Andalucía.

La madre de un tal Juan Fernando Martínez, un chico

de dieciocho años apuñalado en Sevilla por otra banda de adolescentes, le decía al cronista de televisión española: «Prefiero mi situación a la que deben de estar pasando las madres de los que mataron a mi hijo. Prefiero su muerte a que él hubiera matado a alguien».

La cara de esta mujer estaba en paz, como aquella otra madre de Buenos Aires. Su gesto era un gesto sereno.

Y el padre del chico, al lado de su esposa, asentía cada palabra que decía su mujer. Él también habló, aunque la voz le temblaba mucho. Dijo el padre: «Tendrías que haber visto la expresión de mi hijo muerto, porque, para haber sido una muerte violenta, Juan tenía cara de paz, de sosiego, era una cara que no habría tenido si hubiera muerto con odio... Estamos seguros de que Juan también los perdonó».

La esposa lo interrumpió y dijo: «Sabemos que sus madres están deshechas y pensamos mucho en ellas, en cómo deben de sentirse al saber que sus hijos han causado tanto daño». ¡Rarísimo!

Son tiempos de perdón muy escaso. Casi nadie perdona.

La violencia se multiplica, y la prensa olfatea el sufrimiento y pone los micrófonos en el epicentro del dolor.

En cualquier parte del mundo, no solamente acá, en Argentina...

La inseguridad está acurrucada en la sombra de la siguiente vereda, y los micrófonos también están acurrucados, esperando la primera bocanada de odio para meterse en la garganta del que sufre.

Las madres de las víctimas son un plato fuerte. Siempre. No es únicamente acá, es en todas partes.

La madre encorvada del chico muerto a balazos en un fuego cruzado de México, el padre de la nena violada en el jardín de infantes en Francia, la estrella mediática que perdió al amigo y pide balazos.

Todos hablan con el dolor en la mano, con la razón apa-

gada, cuando les ponen un altavoz en la boca seis minutos después de la herida mortal.

Y el perdón es escasísimo, la compasión no llega nunca.

Pero cuando llega (esas contadas veces en que llega), siempre es una madre. Una madre poniéndose en los zapatos de otra.

123. Los dos Rulfos



Cuando volvió de México, mi amigo Comequechu nos contó una historia. Dice que va paseando él, con su mujer y con su hija, por las calles de Jalisco y entonces descubre, a dos pasos, la imponente Universidad de Guadalajara.

En la puerta hay un cartelito con información para turistas, y Comequechu lee que allí están los bustos de todos los ganadores del premio Juan Rulfo de literatura, que concede esa casa desde el año 1991.

Entonces Comequechu, sin dudarlo, arrastra a su familia por los pasillos y les dice: «Vamos a ver el monumento a Cayota».

Yo ya no me acuerdo desde cuándo, ni por qué, Comequechu me dice Cayota en lugar de Casciari. En realidad, nunca se dirigió a mí usando nombre y apellido reales. En su cabeza yo siempre fui Cayota, y también lo soy para su mujer y para su hija, que me llaman de ese modo con toda naturalidad. Cayota.

Por eso a ellas no les sonó extraño el segundo sustantivo de la frase, (es decir, «Cayota») le sonó extraño el primer sustantivo: «monumento» a Cayota.

Y yo creo que el malentendido tenía una explicación.

Un par de meses antes de su viaje a México, Comequechu supo la noticia de que yo había ganado un certamen literario llamado Juan Rulfo, pero nunca supo (no tiene por qué saberlo) que en el mundo hay dos premios Juan Rulfo.

Uno es bastante intrascendente, se otorga en Francia (ese es el que había ganado yo), y otro es importantísimo y se

concede en México, y ese no lo voy a ganar nunca en la puta vida de Dios.

La diferencia entre los dos premios es enorme.

El galardón francés premia una obra puntual (un cuento, una novela corta) y ofrece una compensación económica discreta. El premio mexicano rinde homenaje a una trayectoria literaria, el cheque es suculento y, en efecto, cada ganador queda immortalizado con un pequeño busto de bronce en el centro de exposiciones de la Universidad de Guadalajara, justo el sitio al que se dirigen ahora, con paso firme, Comequechu, su mujer y su hija.

En la sala principal del centro de exposiciones, sobre el mosaico ajedrezado y en medio de un gran silencio, los tres visitantes descubren por fin una fila de esculturas de metal, que son réplicas de escritores legendarios, y empiezan a buscar mi estatua para sacarse una foto.

Dan vueltas y vueltas alrededor de los bronce de Nicanor Parra, de Juan José Arreola, de Nérida Piñón, de Julio Ribeyro, pero no encuentran a mí por ninguna parte.

—Papá, papá, ¿dónde está Cayota? —pregunta la hija de Comequechu, que entonces tenía cuatro años.

Un guardia de la Universidad (morocho, medio alto), que viene siguiendo al trío con la mirada desde el principio, se les acerca y les dice:

—¿Les puedo ayudar en algo?

—Disculpe —le dice Comequechu—, estamos buscando el monumento a Cayota, pero no lo podemos encontrar.

—¿Perdón, señor?

—Que estamos buscando el monumento a Cayota —dice Comequechu, más despacio—. ¿Todavía no lo construyeron?

Cuando Comequechu nos cuenta este diálogo, dos meses después del viaje, Chiri y yo nos desparramamos de la risa. Él todavía no entiende el error, y está convencido de que yo soy un mentiroso.

Me dice:

—¡Vos no te sacaste ningún premio, Cayota! El policía me llevó con el rector, y yo le dije que era amigo tuyo, y que vos te habías ganado el Juan Rulfo de este año, y el rector se pensó que yo era amigo de Monte Hermoso.

—¡De Monterroso! —le dice la mujer de Comequechu desde la cocina, y a nosotros nos duele la panza de la risa.

Ya pasaron muchos años de este malentendido, pero todavía no me puedo sacar de la cabeza esas imágenes mexicanas, absurdas y hermosas, que me regaló mi amigo Comequechu que es, sin dudas, mintiendo, mucho mejor que yo.

124. Un lector se murió de muerte natural



En 2003 yo escribía mi primera novela por Internet, de forma anónima, disfrazado de un ama de casa mercedina que se llamaba Mirta. Nadie sabía que el que escribía era yo. Para hacerlo más ambiguo todavía, le abrí a Mirta un correo electrónico. Los lectores leían a esta mujer y creían que esta vieja era real. Uno de estos lectores se hacía llamar Basdala (nadie ponía su nombre verdadero en esa época en Internet, todos eran Antraxito, El Ángel Gris, Velusita, Ginger, Basdala).

Este lector, Basdala, dejaba siempre comentarios correctos y bien redactados, y quería mucho a esta vieja Mirta. Un día Basdala dejó de leer mi blog, nadie se dio cuenta. Pasó un mes más, y en enero de 2004 llegó un mail al correo de Mirta. Lo firmaba Montse, la hermana del lector Basdala, y el correo decía esto:

«Señora Mirta, mi hermano Miguel Ángel, al que usted conoce como Basdala, falleció el pasado dieciséis de diciembre de 2003 en Barcelona. Estaba muy enfermo del corazón. Había aguantado dos paros cardíacos, pero no pudo soportar el tercero. Murió a los dieciocho años recién cumplidos...».

(Yo cuando leí dieciocho años, no lo podía creer, se me hizo un nudo en la garganta, yo pensaba que Basdala era un lector grande, por la forma de escribir, no que era un chico).

Decía la hermana:

«Murió a los dieciocho años recién cumplidos. Mi hermano sabía que iba a morir, y dejó varias cartas antes de irse. Una para mis padres, otra para mí, una para su médico, otra para su novia, y en la última de esas cartas mencionaba

tu página web y dejó anotado tu correo electrónico. Una de esas cartas era para ti, Mirta. La he adjuntado a este mail, porque creí conveniente cumplir con la última voluntad de mi hermano».

Yo solamente entonces vi que había un documento adjunto al mail de Montse. Lo abrí temblando, pero no lo pude leer enseguida. Yo había empezado a llorar a la mitad del mail de Montse y las lágrimas no me dejaban hacer foco en la carta de Basdala. Yo entendí más de literatura en esos cinco minutos que en todos mis años donde había intentado escribir novelas. Jamás se me hubiera ocurrido la trama de un chico catalán llamado Miguel Ángel que le había escrito una carta de despedida a una señora de Buenos Aires sin saber que ese era un personaje falso escrito por un autor que vivía a siete cuadras del hospital donde él agonizaba. Porque yo vivía en Barcelona, igual que él.

Cuando me pude calmar un poco leí, por fin, la carta que Basdala le había dejado a Mirta. La leí con la sensación espantosa de estar espiando la correspondencia ajena. Decía esa carta:

«¡Saludos, mamá Mirta! —Él siempre decía “mamá Mirta”—. Cuando leas esto, mi pluma ya se habrá parado. ¿Sabes quién soy, verdad? Soy Basdala. Hace unas semanas que llegué del hospital. ¡Dieciocho años y ya he sobrevivido a un paro de corazón! Bueno, al grano. Mucha suerte y valor para seguir adelante en tu vida, Mirta. Recuerda que estaré contigo esté donde esté... Aunque la verdad es que tengo miedo... Tengo tantas cosas que hacer. ¡Tengo tan poco tiempo! Quizás me queden tres meses. Hasta siempre, mamá Mirta. Cuídate y sé feliz. De alguien que te quiere y siempre te ha querido. —Firmado—: Basdala».

Yo esa noche lloré como si hubiera muerto alguien de mi familia. El siguiente capítulo de mi novela no fue una historia más sobre la familia de mentira, sino una triste des-

pedida de Mirta a uno de sus lectores más fieles. Me costó una bocha escribir ese capítulo utilizando la voz femenina de siempre.

Por un lado, yo tenía que seguir siendo la narradora y actuar como tal, pero, por otra parte, me transformaba en un personaje falso para hablar de una muerte verdadera. En un punto me pareció inmoral.

Pero lo hice. Escribí ese capítulo y le expliqué al resto de los lectores que había muerto uno de ellos.

Lo que pasó en el blog, al día siguiente, fue tan extraño. Los comentarios se convirtieron en un velorio triste, virtual, en el que nadie escribió en mayúsculas ni con signos de admiración. Las charlas de los lectores, durante los siguientes capítulos, fueron grises, fueron charlas filosóficas, y estuvieron todo el tiempo teñidas por la certeza de la muerte.

De a poco empezó a darse un cambio monumental en la dinámica del grupo: aquellos cientos de comentaristas, que hasta el momento eran nada más que seudónimos (Antraxito, El Ángel Gris, Velusita, Ginger), empezaron a decir públicamente sus nombres reales y a contar quiénes eran. Nadie quería ser un Basdala anónimo, todos querían tener un nombre real, por si la muerte llegaba a destiempo.

Primero empezó Antraxito, dijo: me llamo Carlos, vivo en Santo Domingo, tengo una hija, me gusta el jazz; y otra dijo: mi nombre es Luisa, tengo sesenta y dos años, tres nietos, vivo en Sevilla; soy Ernestina, de Rosario, tengo veinte años, estudio derecho; me llamo Julio, soy un uruguayo viviendo en Dublín, a veces me siento solo.

Yo también tuve miedo, yo también lo hice. En febrero de 2004 abrí otro blog, sin cerrar este, le puse de nombre Orsai, y por primera vez en la vida escribí en Internet mi nombre y mi apellido verdaderos.

125. Basdala



Hace poco les conté sobre la muerte de mi lector Basdala. Eran los tiempos en que yo fingía en Internet ser un ama de casa mercedina. Todavía me acuerdo de lo triste que nos puso a todos saber sobre la muerte de ese lector español, un chico joven llamado Miguel Ángel.

Unos meses después de su carta póstuma, recibí el correo de una madre valenciana, Alejandra, muy enojada conmigo. Me decía que su hija adolescente, de nombre Nery, se había enterado de la muerte de Basdala desde mi blog, y había caído en una depresión muy profunda. Parece ser que Nery y Basdala habían sido noviecitos de verano, en Alicante, y después de ese noviazgo fugaz, cada uno por su lado.

Y acá viene lo más raro: la madre también me decía en su correo que, después de enterarse de la muerte de Basdala, «Vimos a Basdala el pasado fin de semana en un centro comercial, vivito y coleando», me decía. Y me echaba a mí la culpa de lo que ella creía una broma pesada.

Yo primero pensé en un inmenso malentendido. Quizá hubiera dos seudónimos «Basdala». Pero Alejandra me daba, además, el nombre y el apellido del muerto que no estaba muerto. Y el nombre era Miguel Ángel. Demasiada coincidencia.

Esa fue la primera vez que yo dudé de la carta del chico muerto. No fue antes.

Hasta entonces, la historia de la muerte de mi lector no había pasado nunca por el colador de la sospecha. Era todo tan real en 2003, 2004. ¿Cómo iba a ser falsa, además, una

carta tan sentida? Y, sobre todo, ¿cómo iba a hacerme llorar, a mí, una historia inventada, si en mi cabeza era yo, y nada más que yo, el único que estaba capacitado para fingir ser una vieja de Mercedes y engañar a los demás?

Con la información que me dio Alejandra hice una búsqueda muy simple en Google y descubrí que Basdala, nuestro Basdala, con su misma prosa diplomática y correcta, dejaba mensajes en docenas de foros y de blogs con fechas muy posteriores a su muerte. «Qué ingenuo soy», pensé, «y qué genio él. Qué hijo de una gran puta».

Lo que más me gustó de la estrategia de Basdala es que había preparado la trampa con mucho cuidado y con increíble destreza literaria.

Pero, sobre todo, lo admiré porque había hecho explotar esa bomba para hacerme caer solamente a mí, al mentiroso, al que se hacía pasar por una vieja mercedina. Y porque, después de triunfar con su engaño, no le hizo falta alardear ni me llamó por teléfono para decir: «Te cagué». No hizo nada, eso es digno. ¡Es digno!, pensé.

Hay un valor agregado de nobleza en las victorias cuando no llevan firma. Y Basdala, o como carajo se llame, nunca había buscado la gloria personal.

Necesité con urgencia escribirle para mostrarle mi admiración. En la búsqueda de los datos encontré su mail. Y le escribí allí mismo, en caliente, pensando que jamás me iba a contestar. Le puse: «Sos un genio». Y me equivoqué de nuevo: recibí su respuesta al toque. Basdala siempre, en toda esta historia, estuvo diez metros por delante.

Recibí su respuesta y supe que realmente escribía muy bien. De verdad tenía dieciocho años y se llamaba Miguel Ángel. Me dijo, con mucha humildad, que durante seis meses él había creído que Mirta era real. Que la llegó a querer como a una madre postiza, que él a los quince había perdido a su mamá, y que con el paso del tiempo descubrió que no

había ninguna Mirta, que alguien lo había engañado, que un desconocido lo había hecho llorar con mentiras.

Me dijo que provoca una sensación horrible creer en alguien, confiar en las palabras de alguien, y descubrir después que ahí donde había una casa, una familia, una madre, en realidad no había nada.

Primero pensó en dejar de leer mi blog, pero eso le pareció, me dijo, «como perder seis meses de su vida sin beneficio», así me dijo, y que por eso una tarde se le ocurrió la venganza y la puso en práctica. ¡Un genio!

Mantuvimos una buena charla durante toda la noche. Me despedí de él con reverencias y lo felicité por jugar sus cartas en silencio. Me acuerdo que le dije:

—Si no hubiera sido por esa madre y esa hija que te vieron caminando por el centro comercial, yo nunca me hubiera enterado de nada. Es muy loable, Miguel Ángel —le dije— que no hayas querido firmar tu obra.

La respuesta de Basdala fue también su última línea de mail. Me dijo:

—Entonces ¿también te has creído que existen Alejandra y Nery?

Índice

Prólogo.....	7
1. Memorias de un jugador de rugby.....	11
2. La luna por veinte dólares.....	14
3. El cajón secretos.....	17
4. El celular de Hansel y Gretel.....	20
5. Tetas.....	23
6. No me importa el fútbol.....	26
7. El abuelo facho.....	29
8. Primera noche en Buenos Aires.....	32
9. A veces es Finlandia.....	35
10. Backstage de un milagro.....	38
11. Algo para recordar.....	41
12. La máquina de escribir.....	44
13. El aburrido del casamiento.....	47
14. El intermediario.....	50
15. La edad de los países.....	54
16. Acordarse y olvidarse.....	57
17. La culpa fue de Dustin Hoffman.....	60
18. En Europa no se consigue.....	63
19. La tarántula.....	66
20. Messi es un perro.....	69
21. Lejos del dolor y de la fiesta.....	72
22. Una madre extrovertida.....	75
23. La leyenda del Negro Sánchez.....	78
24. Sesenta mil pesos argentinos.....	81

25. Canelones.....	84
26. Pelea por el apellido.....	87
27. Mauro, mi enemigo.....	90
28. Una foto con mi padre	93
29. Los veinticinco de mayo	96
30. Una década flaca.....	99
31. La alarma inesperada	102
32. La foto del presidente Wasmosy.....	105
33. Últimas palabras en un ascensor	108
34. Mi primer asalto.....	111
35. El hermano de mi amigo fue a la guerra	114
36. De chico arruinaba las fotos	117
37. El colmo de un campesino.....	120
38. La madre de las desgracias	123
39. Un belga en casa.....	126
40. ¿Un maté pour moi?	129
41. Una visita a la casa natal	132
42. La escondida con los padres.....	135
43. ¿Me agregás como amiga?	138
44. Me hago cargo.....	142
45. Teoría de los horóscopos.....	145
46. Encuentro con un caradeforme.....	148
47. ¿Cuándo voy a ser grande?	151
48. A veces creo que soy uruguayo.....	154
49. La guerra para los niños.....	157
50. Una relación padre e hija	160
51. Antes los autos eran gente.....	163
52. Los consejos de don Marcos	166
53. Ojalá seamos el pianista.....	169
54. Una canción de cuna	171
55. Carta para Hugo Laurencena.....	174

56. Teoría sobre las encuestas.....	177
57. El amor de los metalampos.....	179
58. Huéspedes y anfitriones.....	182
59. Buscando la fórmula perfecta.....	186
60. Dos alemanes quedan para cenar	189
61. La loca Raquel.....	192
62. Todos del mismo lado del mostrador	195
63. La trampa de McCracken	197
64. Los veranos sin los padres	200
65. Estamos perdiendo los papeles.....	203
66. Nunca le abras la puerta a un chino.....	205
67. Tarifa plana de porro	208
68. Alguna leyenda nueva.....	212
69. La revancha	214
70. El gran secreto de mi vida.....	217
71. Diez punto seis segundos.....	220
72. Pajaritos en jaula gigante	223
73. Podés estar matando un mundo.....	226
74. Una metáfora frutal.....	229
75. A los jóvenes de ayer.....	232
76. Mientras todo el mundo dice «uh»	235
77. Teníamos un juguete	238
78. Un homenaje a mis cuadernos.....	241
79. Las caras en los sueños.....	244
80. Mundo viejo, mundo nuevo	247
81. Petit alzhéimer.....	250
82. El amor es una goma elástica	253
83. La rana hervida en la olla.....	256
84. El gracioso es una lacra social	259
85. Dos maneras de saltar la banca	262
86. El uno para el otro.....	265

87. Los hinchas de Borges	268
88. Mis recuerdos con famosos	271
89. Paranoias del nuevo rico	274
90. Charlas con mi hemisferio derecho	277
91. Debo caretear paternidad	280
92. La sorpresa de Lelé	283
93. Antes me llamaban bloguero	286
94. Juguetes.....	289
95. Fiestas del hemisferio norte	292
96. La estrategia del banderín	295
97. La noticia no es el perro	298
98. Blanco en la nariz	301
99. Los justos	304
100. El alma de las fiestas	307
101. La muerte del gemelo	310
102. Vos no sos el Gordo.....	313
103. Los placeres del nieto.....	316
104. Elogio a la punta de la lengua	319
105. La teoría de los guiños.....	322
106. Papá, ¿estás orgulloso de mí?.....	325
107. Mensaje al chico abajo del pupitre	328
108. Chicos muertos	331
109. Nunca supe que se llamaba Guzmán	334
110. Protocolo en el subsuelo	337
111. Bienvenido al club.....	340
112. Puro cuento.....	343
113. Dígame dónde hay un quiosco	346
114. Las dos promesas.....	349
115. Lo mejor es no hacer nada.....	352
116. Un forúnculo	354
117. Nostalgia del presente.....	357

118. Diez consejos para el niño poeta.....	360
119. Una novela involuntaria	363
120. El milagro de los pueblos.....	366
121. Miedo a ser enterrado vivo	369
122. Tiempos de perdón escaso	372
123. Los dos Rulfos.....	375
124. Un lector se murió de muerte natural	378
125. Basdala.....	381

Esta 1ª edición se terminó de imprimir en
Pausa Impresores, Buenos Aires, en el mes
de diciembre de 2022.

+ de esta colección



01
Charlas con mi hemisferio derecho
Cuentos

03
Más respeto que
soy tu madre
Novela

05
El nuevo paraíso
de los tontos
Cuentos

07
El mejor infarto
de mi vida
Cuentos

09
Todos los
desechos
reservados
Crónicas

11
Seis meses
haciéndome
el loco
Novela

02
El pibe que
arruinaba
las fotos
Novela

04
España,
decí alpiste
Cuentos

06
Messi es un
perro y otros
cuentos

08
Los consejos de
mi abuelo facho
Teatro y cuentos

10
Renuncio (una
antología)
Cuentos

12
100 covers
de cuentos
clásicos
Relatos

Reunimos aquí ciento veinticinco cuentos de Hernán Casciari (en versiones resumidas) a los que el autor además les ha puesto voz. Son versiones más cortas que las originales porque fueron leídas en el ciclo *Cuentos a la medianoche* de la televisión argentina durante la pandemia de 2020.

Muchas de estas historias aparecen en otros libros del autor con mayor peso literario, y muchas más páginas, por eso en esta edición el foco coloquial del relato hace que sea un libro muy útil para convertirse en una primera lectura.

Este libro tiene un objetivo simple: que cada historia pueda leerse (o escucharse) en menos de cinco minutos.

Una playlist de 125 cuentos es un volumen de relatos que incluye un complemento en audio en la voz de su autor, Hernán Casciari.



HernanCasciari.com
[instagram.com/casciari](https://www.instagram.com/casciari)
twitter.com/casciari
[facebook.com/EditorialOrsai](https://www.facebook.com/EditorialOrsai)
editorial@orsai.org
casciari@gmail.com